

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# LA BESTIA DEBE MORIR

POR  
NICHOLAS BLAKE



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

«Voy a matar a un hombre. No sé cómo se llama, ni dónde vive, no sé cómo es. Pero lo encontraré y lo mataré...».

Frank Cairnes es un escritor de novelas policíacas de éxito, publicadas bajo el pseudónimo de Félix Lane, cuya identidad nadie conoce. Frank ha vivido una pesadilla, seis meses antes su hijo Martie murió atropellado por un conductor que circulaba a excesiva velocidad y que se dio a la fuga. Martie era lo único que le quedaba en el mundo, ya que su mujer murió en el parto. Después de pasar unos meses ingresado en un sanatorio psiquiátrico por una crisis nerviosa, Frank intenta salir adelante con un único objetivo en su vida: la venganza.

**L=LIBROS**

Nicholas Blake

**La bestia debe morir**

**Nigel Strangeways - 4**

**El Séptimo Círculo - 1**

**Club del Misterio - 8**

# Club DEL MISTERIO

Nicholas Blake  
**LA BESTIA  
DEBE  
MORIR**



# EL SÉPTIMO CÍRCULO



COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES  
Y ADOLFO BIOY CASARES.



## PRIMERA PARTE EL DIARIO DE FELIX LANE

20 de junio 1937

Voy a matar a un hombre. No sé cómo se llama, no sé dónde vive, no tengo idea de su aspecto. Pero voy a encontrarle, y le mataré...

Amable lector: debe perdonarme este comienzo melodramático. Parece la primera frase de una de mis novelas policíacas, ¿no es cierto? Sólo que esta historia nunca será publicada, y el amable lector es una cortés convención. No, tal vez no sea una cortés convención. Estoy decidido a cometer lo que la gente llama « un crimen ». Todo criminal, cuando carece de cómplices, necesita de un confidente: la soledad, el espantoso aislamiento y la angustia del crimen son demasiado para un solo hombre.

Tarde o temprano confesará todo. O, aunque su voluntad siga firme, le traicionará su súper-yo, ese estricto moralista que llevamos dentro y que juega al gato y al ratón con los furtivos, con los cautelosos o con los atrevidos, induciendo al criminal *in lapsus verbi*; induciéndole al exceso de confianza, dejando pruebas en contra y representando el papel de agente provocador.

Todas las fuerzas de la ley y el orden serían impotentes contra un hombre absolutamente desprovisto de conciencia.

Pero en lo más hondo de nosotros existe ese deseo de expiación, una sensación de culpabilidad, el íntimo traidor; somos delatados por lo que tenemos de falso. Si la lengua se niega a confesar, lo harán nuestros actos inconscientes. Por eso el criminal regresa a la escena del crimen. Por eso estoy escribiendo este diario. Usted, imaginario lector, *hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère*, será mi confesor. No le ocultaré nada. Usted será quien me salve de la horca, si alguien puede hacerlo.

Resulta bastante fácil afrontar un crimen, aquí sentado, en el bungaló que me prestó James para que me restableciera después de mi colapso nervioso (no,

amable lector, no estoy loco; debe abandonar desde ahora esa idea. Nunca he estado más cuerdo; culpable, pero no demente).

Es bastante fácil afrontar un crimen mirando por la ventana el Golden Cap que brilla en el sol de la tarde, las olas metálicas y encrespadas de la bahía, y el brazo curvo del Cobb con sus barquitos, cuarenta metros más abajo. Porque todo esto, para mí, significa Martie. Si no le hubieran matado, estaríamos haciendo excursiones en el Golden Cap; él estaría chapoteando en el agua con ese brillante traje de baño, del que estaba tan orgulloso; y hoy habría cumplido siete años; y lo había prometido enseñarle a manejar el *dinghy* cuando tuviera siete años.

Martie era mi hijo. Una noche, hace seis meses, estaba cruzando la calle frente a nuestra casa. Había ido al pueblo a comprar caramelos. Para él habrá sido un resplandor de faros en la curva, la pesadilla de un momento, y luego el impacto, transformándolo todo en una eterna oscuridad.

Su cuerpo fue arrojado a la cuneta. Murió en seguida, minutos antes de que yo llegara. El paquete de caramelos estaba desparramado sobre el asfalto; recuerdo que empecé a recogerlos. No me parecía que hubiese otra cosa que hacer, hasta que encontré uno con sangre. Después estuve enfermo durante bastante tiempo: fiebre cerebral, colapso nervioso, o algo semejante. La verdad, por supuesto, es que naturalmente yo no quería seguir viviendo. Martie era todo lo que me quedaba en el mundo. Tessa había muerto al darle a luz.

El hombre que mató a Martie no detuvo su coche. La policía no ha podido encontrarle. Dijeron que para que el cuerpo fuera arrojado y herido de esa manera, debió tomar la curva a ochenta por hora.

Ése es el hombre que tengo que encontrar y matar.

No creo que por hoy pueda seguir escribiendo.

### *21 de junio*

Amable lector: había prometido no ocultarle nada, y ya he roto mi promesa. Pero es una cosa que tenía que ocultarme a mí mismo, a la vez, hasta que estuviera bastante bien como para encararla: ¿Fue culpa mía? ¿Hice mal en permitir que Martie fuera al pueblo?

Ya está. Gracias a Dios, ya lo he dicho; el dolor de escribirlo casi me ha hecho atravesar el papel con la pluma. Me siento débil como si me hubieran arrancado de la carne la punta de una flecha; pero el dolor mismo es una especie de alivio. Déjenme mirar la flecha que estaba matándome lentamente. Si yo no le hubiera dado a Martie los veinte centavos, si yo hubiera ido con él esa noche, o mandado a la señora Teague, todavía estaría vivo, estaríamos navegando en la bahía, o pescando camarones en la boca del Cobb, o descolgándonos por los riscos entre esas flores amarillas... ¿Cómo se llamaban? Martie quería saber el nombre de todas las cosas, pero ahora que estoy solo me parece que no hay



ninguna razón para averiguarlo. Yo quería que se criara independiente. Sabía que, muerta Tessa, existía el peligro de que mi cariño lo echara todo a perder. Traté de que se acostumbrara al peligro; pero ya había ido solo al pueblo docenas de veces: mientras yo trabajaba, tenía la costumbre de jugar con los niños del pueblo. Era cuidadoso al cruzar la calle y, por otra parte, en ese camino hay muy poco tránsito. ¿Quién hubiera pensado que aquel diablo aparecería por la curva, destruyendo todo a su paso? Luciéndose ante alguna inmunda mujer que le acompañaba; o borracho. Y no tuvo el coraje de pararse y dar la cara.

Tessa querida, ¿fue mía la culpa? No te hubiera gustado que le criara envuelto en algodones, ¿verdad? A ti no te gustaba que te mimaran, o que anduvieran detrás de ti: eras independiente como el diablo. No. Mi conciencia me dice que tenía razón; pero no puedo sacarme de la cabeza esa mano apretando el cartucho de papel; no me acusa, pero no me deja descansar —es un dulce fantasma que me importa—. Mi venganza será para mí solo.

Me gustaría saber si el médico oficial hizo algún comentario censurando mi «negligencia». En el sanatorio no me dejaron ver el papel. Sólo sé que dictaron sentencia del homicidio casual, contra una persona o personas desconocidas. ¡Homicidio casual! Asesinato infantil más bien. Si le hubieran cogido, le habrían condenado a unos meses de cárcel y luego hubiera estado libre para hacerse el loco de nuevo, a menos que le hubieran quitado para siempre el permiso de conducir, y creo que nunca lo hacen.

Tengo que encontrarle e impedir que siga siendo un peligro. Al hombre que le mate deberían coronarle con flores (¿dónde leí algo parecido?), como benefactor público.

No, no empieces a engañarte. Lo que te propones no tiene nada que ver con la justicia abstracta. Pero me gustaría saber qué dijo el oficial. Tal vez eso me retenga aún aquí, puesto que ya estoy bastante repuesto; temo, sí, qué dirán los vecinos. «Mirad, ahí va el hombre que dejó matar a su hijo»: eso dijo el oficial. ¡Oh, que se vayan al diablo! ¡Y el oficial también! Ya tendrán razones para llamarme asesino dentro de poco; entonces ¿qué importa?

Pasado mañana me voy a casa. Ya está arreglado. Escribiré a la señora Teague esta noche y le diré que prepare la casa. Ya he afrontado lo peor de la muerte de Martie, y creo sinceramente que no tengo nada que reprocharme. Mi cura ya está terminada; ya puedo dedicar todo mi corazón a la única cosa que me queda por hacer.

*22 de junio*

Esta tarde he recibido una rápida visita de James; «solamente para saber cómo sigues». Muy amable. Se sorprendió de encontrarme tan bien. Le dije que eso se debía a la saludable situación de su bungalow: no podía decirle que ya le

había encontrado una finalidad a mi vida; le hubiera incitado a hacer preguntas molestas. A una de ellas, por lo menos, ni yo mismo podría responder. «¿Cuándo decidiste por primera vez matar a X?» es el tipo de pregunta (como «¿Cuándo te enamoraste de mí?») que requiere todo un tratado para ser contestada. Y los futuros asesinos, a diferencia de los amantes, prefieren no hablar acerca de ellos mismos, a pesar de que este diario evidencia lo contrario; más bien hablan después del hecho, y demasiado, ¡pobres infelices!

Bueno, mi imaginario confesor, supongo que ya es hora de que conozca algunos detalles personales míos: edad, estatura, peso, color de los ojos, condiciones para el oficio de asesino; ese tipo de cosas.

Tengo treinta y cinco años, mido un metro sesenta y cinco, ojos pardos, expresión habitual una especie de sombría benevolencia, como la lechuza, o por lo menos, eso me decía siempre Tessa.

Mi pelo, por una extraña anomalía, no ha encanecido aún. Mi nombre es Frank Cairnes. Antes tenía un escritorio (no diré empleo) en el Ministerio del Trabajo; pero hace cinco años una herencia y mi propia pereza me persuadieron a presentar mi renuncia y a retirarme a la casa de campo donde Tessa y yo habíamos siempre deseado vivir. «Allí debería haber muerto», como dice el poeta.

Dar vueltas por el jardín, y en el *dinghy*, era muy poco, aun para mis posibilidades de ocio; por eso empecé a escribir novelas policíacas bajo el seudónimo de Felix Lane. Son bastante buenas, según parece, y me reportan una sorprendente cantidad de dinero; pero no puedo convencerme de que la ficción policíaca sea una rama seria de la literatura; por eso Felix Lane ha permanecido siempre en el incógnito.

Mis editores se han comprometido a no descubrir el secreto de mi identidad; después de su horror inicial frente a la idea de un escritor que no quiere ser relacionado con las ineptitudes que da a la luz, terminaron divirtiéndose con esa especie de misterio. «Buena publicidad, este asunto del misterio», pensaron con la simple credulidad de los de su clase, y empezaron a usarlo como propaganda; aunque me gustaría mucho saber a quién demonios importa dos pepinos saber quién es en realidad Felix Lane; él me será muy útil en un futuro próximo. Cuando mis vecinos me pregunten qué estoy escribiendo durante todo el día, les diré que trabajo en la biografía de Wordsworth; sé bastante acerca de él, pero me comería una tonelada de engrudo antes que escribir su biografía.

Mis cualidades para un crimen son, por no decir otra cosa, débiles: representando a Felix Lane he adquirido algunos conocimientos superficiales de medicina legal, justicia criminal y procedimiento policial.

Nunca he disparado un tiro, ni he envenenado a una rata. Mis estudios sobre criminología me han hecho comprender que solamente los generales, los cirujanos famosos y los propietarios de minas pueden cometer asesinatos

impunemente. Pero tal vez sea injusto con los asesinos no profesionales.

Con respecto a mi carácter, es mejor deducirlo de este diario; me gusta imaginar que lo creo sumamente despreciable, pero esto tal vez sea tan sólo una sofisticación...

Perdóneme usted esta locuacidad presuntuosa, amable lector que nunca habrá de leerla. Un hombre está obligado a hablar consigo mismo cuando se encuentra sobre los hielos flotantes, solo en la oscuridad, perdido. Mañana vuelvo a casa; espero que la señora Teague haya regalado sus juguetes. Así se lo ordené.

### *23 de junio*

La casa está como antes; y ¿por qué no? ¿Acaso las paredes deberían estar llorando? Esa patética presunción de esperar que todo el rostro de la naturaleza cambie por nuestros pequeños y retorcidos sufrimientos es típica de la impertinencia humana. Por supuesto, la casa está igual, salvo que no hay vida en ella. Veo que han puesto una señal de peligro en la curva; demasiado tarde, como de costumbre.

La señora Teague está muy abatida. Parece que lo ha sentido; o tal vez sus tonos funerarios sean sólo comedia de habitación de enfermo para halagarme. Leyendo de nuevo esta frase, la encuentro singularmente malvada; celos porque otra persona ha querido a Martie y ha ocupado un lugar en su vida.

Dios mío, ¿habré estado a punto de convertirme en uno de esos padres absorbentes? Si es así, realmente no sirvo para asesino.

Escribía esto cuando entró la señora Teague, con una expresión de pedir disculpas, aunque decidida, en su enorme cara colorada, como una esposa tímida que se ha comprometido a elevar una queja, o como un comulgante que vuelve del altar. «No pude hacerlo, señor —dijo—; no he tenido coraje». Y me horrorizó echándose a sollozar. «¿Hacer qué?», pregunté. «Regalarlos», sollozó.

Tiró una llave sobre la mesa y salió del cuarto.

Era la llave del armario de los juguetes de Martie. Subí al cuarto del chico y abrí el armario. Tuve que hacerlo en seguida, porque, si no, nunca lo hubiera hecho. Durante largo rato, incapaz de pensar, estuve mirando el garaje de juguete, la locomotora Hornby, el viejo osito con su único ojo; sus tres favoritos. Me vinieron a la mente los versos de Coventry Patmore.

*A su alcance tenía una caja de bolitas,  
una piedra vetuada,  
un pedazo de vidrio roído por la playa,  
y siete u ocho conchillas:  
una botella con campanillas  
y dos monedas francesas de cobre,*

*arregladas con arte cuidadoso,  
para consolar su corazón desolado.*

La señora Teague tenía razón. Me hacía falta. Hacía falta algo que mantuviera abierta la herida: esos juguetes son un recuerdo más punzante que la tumba en el cementerio, no me dejarán dormir, serán la muerte de alguien.

*24 de junio*

Esta mañana he hablado con el sargento Elder. Cien kilos de músculo y de hueso, como diría Sapper, y más o menos un miligramo de cerebro; los arrogantes ojos de pescado del imbécil investido de autoridad. ¿Por qué nos sentimos siempre invadidos por una especie de parálisis moral al hablar con un policía, como si uno estuviera a bordo de una canoa a punto de ser arrollada por el *Normandie*?

Probablemente es una especie de temor contagioso. El policía está siempre a la defensiva: contra las clases superiores porque pueden dañarle si da un paso en falso; contra las clases inferiores porque es el representante de la ley y el orden, que éstas parecen considerar, con toda razón, como sus enemigos naturales.

Elder desplegó la acostumbrada reticencia pomposa y oficial; tiene la costumbre de rascarse el lóbulo de la oreja derecha y mirar, al mismo tiempo, hacia la pared, por encima de uno, costumbre que considero extrañamente irritante.

Me dijo que aún proseguían las investigaciones; todas las posibilidades serían analizadas; habían reunido gran cantidad de informaciones, pero todavía no había ninguna pista segura. Lo cual significa, por supuesto, que han llegado a un punto muerto y no quieren admitirlo. Me dejan la vía libre. Combate abierto. Me alegro.

Le ofrecí a Elder un medio litro, y se ablandó un poco. Averigüé algunos detalles de las investigaciones. La policía es bastante perfecta. Aparte de la llamada radiotelefónica para que se presentaran los testigos del accidente, parece que visitaron todos los garajes del condado, averiguando si no habían traído radiadores averiados para arreglar, parachoques, guardabarros, etc.; se investigaron las coartadas de todos los propietarios de coches con respecto al instante del accidente, dentro de un extenso radio. Además preguntaron, casa por casa, a lo largo de la posible ruta seguida por el individuo en las proximidades del pueblo; se interrogó a los propietarios de las gasolineras; y así sucesivamente. Parece que aquella tarde había tenido lugar un juicio público, y la policía pensó que la persona buscada podía haber sido alguno de los asistentes que se hubiera extraviado (en verdad corría a la velocidad de alguien que quisiera recuperar el

tiempo perdido); pero ninguno de los coches estaba averiado al llegar a la próxima parada. También descubrieron, de acuerdo con las horas indicadas por los oficiales de esas paradas y de la anterior, que ninguno de los conductores había tenido tiempo para dar un rodeo y pasar por el pueblo. Pudo existir alguna excepción; pero pienso que la policía la hubiera descubierto.

Creo haber obtenido toda esta información sin parecer demasiado fríamente inquisitivo. ¿Para qué quiere saber todo esto un padre desolado? Bueno, supongo que Elder no se preocupa demasiado por los matices morbosos de la psicología. Pero es un problema abrumador. ¿Qué éxito puedo tener donde ha fallado toda la organización policiaca? Es como buscar una aguja en un pajar.

Un momento. Si yo quisiera esconder una aguja, no la escondería en un pajar: la escondería en un montón de agujas. Elder estaba muy seguro de que el impacto del choque debía haber averiado de algún modo la parte delantera del coche, aunque Martie pesara menos que una pluma. La mejor manera de disimular una avería sería causar más daño en el mismo lugar. Si yo hubiera atropellado a un chico y hubiera abollado un guardabarros, buscaría otro accidente: lanzaría el coche contra una puerta, un árbol o cualquier otra cosa; esto disimularía todas las marcas del choque anterior. Tenemos que ver si aquella noche hubo algún accidente de este tipo. Llamaré a Elder por la mañana y se lo preguntaré.

### *25 de junio*

La policía ya lo había pensado. El respeto de Elder por los afligidos fue sometido a una severa prueba, a juzgar por su tono en el teléfono: me dio a entender, cortésmente, que la policía no necesitaba que los de afuera le enseñaran a hacer su trabajo. Todos los accidentes ocurridos en las inmediaciones habían sido investigados, para establecer su «bonafides», palabras textuales del imbécil.

Es asombroso, enloquecedor. No sé por dónde empezar. ¿Cómo se me ocurrió que no tenía más que estirar el brazo para coger al hombre que estoy buscando? Debe haber sido el primer paso de la megalomanía del criminal. Después de mi conversación telefónica de esta mañana con Elder, me sentí irritado y desanimado. No tengo nada que hacer; salgo a dar vueltas por el jardín, donde todo me recuerda a Martie, sobre todo este estúpido asunto de las rosas.

Cuando Martie apenas sabía caminar, tenía la costumbre de seguirme por el jardín, mientras yo cortaba las flores para la mesa. Un día descubrí que él había cortado dos docenas de rosas finas, que yo guardaba para una exposición; esa espléndida flor rojo oscuro: «Noche». Me enfadé con él, aunque, aun en ese momento, comprendía que sólo había querido ayudarme. Fui bestial. Luego, durante varias horas, nadie pudo consolarle. Así se destruyen la inocencia y la

confianza. Ahora está muerto, y supongo que ya no importa; pero me gustaría no haber perdido la cabeza ese día; para él debió ser como el fin del mundo. ¡Oh diablos, estoy volviéndome imbécil! No me falta más que hacer un catálogo de sus frases infantiles. Y ¿por qué no? Mirando ahora hacia el césped, recuerdo cómo me dijo una vez que vio un gusano cortado en dos por la segadora: « Mira, papá, ese gusano quiere ir a dos lugares a un mismo tiempo» . Me pareció muy bien esa facilidad para las metáforas; podía haber llegado a ser poeta. Pero lo que me llevó a pensar en estas cosas sentimentales fue el descubrimiento que hice esa mañana al salir al jardín: que me habían cortado todos los rosales. Mi corazón se detuvo (como digo en mis novelas). Durante un momento pensé que los últimos seis meses habían sido una pesadilla y que Martie estaba todavía vivo. Sin duda habrá sido algún chico travieso. Pero esto me desanimó, me hizo sentir como si todo estuviera en contra de mí; una providencia misericordiosa y justa podría haber dejado por lo menos algunas rosas. Supongo que tendré que comunicar este acto de « vandalismo» a Elder, pero no tengo ganas de que me molesten.

Hay algo intolerablemente teatral en el sonido de los sollozos.

Espero que la señora Teague no me haya oído. Mañana por la noche recorreré las tabernas y veré si consigo alguna información. No puedo seguir para siempre entristeciéndome dentro de mi casa. Tal vez vaya a tomar algunas copas con Peters, antes de acostarme.

### *26 de junio*

Hay un placer incomparable en la simulación: la sensación de aquel hombre del cuento, que llevaba en el bolsillo una bomba que, al apretar una perilla, le haría volar instantáneamente junto con todo lo que le rodeaba. Sentí lo mismo cuando me comprometí secretamente con Tessa. Ese secreto peligroso y maravilloso dentro de mi pecho; y lo sentí de nuevo anoche, hablando con Peters.

Es un buen tipo, pero supongo que nunca se ha encontrado con nada más melodramático que un parto, una artritis o una gripe. Yo trataba de imaginarme qué hubiera dicho de haber sabido que un futuro asesino estaba sentado con él, tomando un whisky. En un momento dado, el deseo de decirlo llegó a ser intolerable. Realmente, tendré que ser más cuidadoso. Esto no es un juego.

No lo hubiera creído, pero no quiero que me manden de nuevo a ese sanatorio —o a algún lugar peor— bajo « observación» .

Me alegré cuando Peters me dijo, después que me hube decidido a preguntárselo, que el informe no decía nada acerca de una posible responsabilidad mía en la muerte de Martie. Sin embargo, todavía me molesta esa idea. Miro las caras de las personas del pueblo y trato de imaginarme lo que realmente estarán pensando de mí. La señora Anderson, por ejemplo, la viuda de

nuestro organista, ¿por qué cruzó esta mañana la calle para evitarme?

Siempre quiso mucho a Martie. En realidad, me lo estaba arruinando con sus fresas con nata y esos extraños rombos de gelatina, y sus mimos furtivos cuando suponía que yo no miraba. Esto último nos disgustaba a ambos por igual.

Es cierto que la pobre nunca tuvo hijos, y que la muerte de Anderson fue para ella un golpe decisivo. Preferiría que me cortaran en pedazos antes que tener que soportar su pegajosa simpatía. Como casi todas las personas que llevan una vida aislada —aislada espiritualmente, quiero decir—, soy extraordinariamente sensible a la opinión que los demás tienen de mí. Odio la idea de ser un tipo popular, bien recibido en todas partes; sin embargo, la idea de ser impopular me produce un sentimiento de profunda intranquilidad. No es un rasgo muy simpático querer comerse el pastel y al mismo tiempo guardárselo; ser querido por mis vecinos, pero permanecer esencialmente separado de ellos. Pero, por otra parte, como ya he dicho, no pretendo ser una persona muy agradable.

Voy a ir al Saddler's Arms, y afrontar la opinión pública dentro de su mismo antro. Tal vez consiga una pista, aunque supongo que Elder ya debe haber interrogado a los muchachos.

### *Más tarde*

He bebido casi cinco litros en las últimas horas, pero todavía estoy frío. Parece que hay algunas heridas demasiado profundas para la anestesia local. Todos muy amigos.

Por lo menos no soy el villano de la obra.

«Una vergüenza —dijeron—. La horca es muy poco para esa clase de gente» .

«Echamos de menos al chico; era muy espabilado —dijo el viejo Barnett, el granjero—. Esos automóviles son la maldición de los campos: si dependiera de mí, los prohibiría» .

Bert Cozzens, el sabio del pueblo, agregó: «Es el peaje de los caminos, no es más que eso, la libertad de tránsito de los caminos. Selección natural, ¿comprenden? Supervivencia de los más aptos, sin faltarle al respeto, señor; frente a esta horrible fatalidad, le acompañamos todos en el sentimiento» .

«¿Supervivencia de los más aptos? —chilló el joven Joe—. ¿Qué nos cuentas, Bert? Supervivencia de los más gordos, parece» .

Esto fue considerado como una falta de respeto, y el joven Joe fue suprimido de la conversación.

Son buenas personas: ni hipócritas ni cínicos ni sentimentales cuando se trata de la muerte; tienen la correcta actitud realista. Sus hijos deben ahogarse o nadar; no pueden pagarse nodrizas o comidas de fantasía, por eso nunca se les ocurriría

ver mal que yo permitiera a Martie vivir la vida independiente y natural de sus propios hijos.

Yo pude haberlo adivinado. Pero temo que no me hayan sido útiles en ningún sentido. Como lo resumiera Ted Barnett, «daríamos todos los dedos de la mano derecha por encontrar al sinvergüenza que hizo eso. Después del accidente vimos a uno o dos coches que cruzaban por el pueblo, pero no nos fijamos en ellos, pues no sabíamos qué había pasado; y los faros deslumbran de tal manera, que uno no puede ver las matrículas. Supongo que para eso está la policía. Lástima que Elder se pasa el tiempo...». Y aquí seguía una serie de calumnias y de suposiciones, de un carácter sumamente erótico, relativas a lo que nuestro honorable sargento hace en sus horas libres.

Lo mismo en el Lion and Lamb y en el Crown. Mucha voluntad, pero ninguna información. A este paso no llegaré a ninguna parte. Debo tomar una dirección totalmente distinta. Pero ¿cuál? Esta noche estoy muy cansado para seguir pensando.

### *27 de junio*

Hoy, una larga caminata por el lado de Cirencester. He pasado por la colina desde donde Martie y yo lanzábamos aquellos planeadores de juguete; le gustaban terriblemente; tal vez hubiera llegado a estrellarse con un aeroplano si no hubiera aparecido antes el coche. Nunca olvidaré cómo miraba los planeadores, con una cara inefablemente tensa y solemne, como si hubiera querido mantenerlos planeando y volando eternamente. Todo el campo me lo recuerda. Mientras permanezca aquí, mi herida no ha de cerrarse, y es justamente lo que quiero.

Alguien trata de hacerme desaparecer. Anoche destruyeron y tiraron sobre el camino todas las plantas de lirios y de tabaco del cantero que está bajo mi ventana. Más bien esta mañana, temprano; a medianoche estaban como siempre. Ningún chico del pueblo repetiría una cosa semejante. En todo esto hay una malevolencia que me preocupa un poco. Pero no me intimidará.

Se me ha ocurrido una idea extraña. Tengo, tal vez, algún enemigo mortal, que ha matado deliberadamente a Martie y que está destruyendo ahora todas las otras cosas que amo. Fantástico. Demuestra cómo se nos puede trastornar el cerebro si estamos demasiado tiempo solos. Pero si esto sigue durante más tiempo, llegaré a tener miedo de mirar por la ventana al levantarme.

Hoy he caminado rápidamente, para que mi cerebro no pudiera seguirme, y por unas horas me libré de su constante recriminación. Me siento más fresco; por lo tanto, con su permiso, hipotético lector, me decidiré a pensar sobre el papel. ¿Qué nueva línea de conducta debo adoptar? Será mejor disponer el asunto bajo la forma de una serie de proposiciones y deducciones. Ahí va:



1.º No vale la pena utilizar los métodos de la policía, que posee más medios y que parece haber fracasado.

La consecuencia es: debo explotar en lo posible mis propios puntos fuertes. Seguramente, en un escritor policial, la capacidad de situarse dentro de la mente del criminal.

2.º Si yo hubiera atropellado a un niño y averiado mi coche, me alejaría instintivamente de los caminos principales, donde el deterioro podría ser advertido, y trataría de llegar lo más pronto posible a un lugar donde repararlo. Pero, de acuerdo con la policía, todos los garajes han sido registrados, y todas las averías que fueron reparadas en los días siguientes al accidente eran susceptibles de alguna explicación inocente. Por supuesto, pueden haber mentido de una manera u otra; si así fuera, me parece humanamente imposible descubrirlo.

¿Qué se deduce de esto? a) Que el coche no resultó, después de todo, dañado; pero la opinión de los expertos sugiere que esto es muy improbable. b) Que el criminal llevó su coche a un garaje particular, y lo ha mantenido hasta ahora bajo llave; es posible, pero sumamente improbable. c) Que el criminal llevó a cabo las reparaciones por sí mismo, secretamente; ésta es, sin duda, la explicación más verosímil.

3.º Supongamos que el individuo efectuó las reparaciones. ¿Esto revela algo acerca de él?

Sí. Debe de ser un experto, con las herramientas necesarias a su disposición. Pero aun una pequeña abolladura en un guardabarros hace necesaria la utilización de un martillo, y provoca por lo tanto un estrépito capaz de despertar a los muertos. « ¡Despertar! ». Exactamente. Tuvo que hacer las reparaciones durante esa misma noche, para que al día siguiente no quedaran rastros del accidente. Pero un martilleo nocturno podría despertar a la gente y provocar sospechas.

4.º No martilleó durante la noche. Pero aunque estuviera el coche en un garaje público, o en uno particular, los golpes de martillo por la mañana hubieran llamado la atención, suponiendo que hubiera podido posponer las reparaciones hasta la mañana.

5.º No utilizó el martillo para nada. Pero debemos suponer que las reparaciones fueron efectuadas de una manera u otra. ¡Qué tonto soy! Aun para arreglar una abolladura pequeña *hay que sacar el guardabarros*. Y si, como estamos obligados a deducir, el criminal estaba imposibilitado de hacer ruido mientras arreglaba el coche, la consecuencia es que tuvo que retirar la parte averiada y sustituirla por otra nueva.

6.º Supongamos que colocó otro guardabarros, quizá también un parachoques, o un faro nuevo, y se deshizo de los averiados. ¿Qué deducimos?

Que debe ser por lo menos un buen mecánico, y que puede conseguir piezas de repuesto. En otras palabras, debe trabajar en un taller de reparaciones público.

Es más: *debe ser el dueño*, porque solamente el dueño del taller podría ocultar la desaparición de esa pieza de repuesto sin dar explicaciones.

¡Por Dios! Parece que he llegado por fin a alguna parte. El hombre que busco posee un taller, y debe ser importante; si no, no tendría las piezas de repuesto necesarias; pero no demasiado importante, porque en un taller grande las piezas de repuesto en existencia estarían seguramente bajo la supervisión de algún empleado o encargado, y no en manos del patrón. A menos que el criminal fuera ese empleado o encargado.

Me temo que esto aumente de nuevo el radio de elección.

¿Qué puedo deducir acerca del coche y de la naturaleza de las averías? Desde el punto de vista del conductor, Martie cruzaba la calle de izquierda a derecha; su cuerpo fue arrojado a la cuneta izquierda del camino. Esto sugiere que la abolladura ha de haber sido a la izquierda del coche, especialmente si se desvió un poco a la derecha, para evitarle. El guardabarros, el faro o el parachoques izquierdo. Faro; esta palabra trata de decirme algo. Piensa. Piensa...

¡Ya lo tengo! No había cristales rotos sobre el camino. ¿Qué clase de faro es más difícil de destruir con un impacto? Los que están cubiertos por una rejilla, como los de esos coches deportivos rápidos y bajos. Y debe haber sido un coche bajo y alargado (con un piloto experto), para haber podido dar vuelta a esa esquina a semejante velocidad y sin salirse del camino.

Recapitemos. Hay bastantes razones hipotéticas para suponer que el criminal es un piloto experto y temerario, propietario o encargado de un taller público de cierta importancia, y dueño de un coche deportivo con faros protegidos por rejillas. Probablemente un coche bastante nuevo; si no, se hubiera notado la diferencia entre el guardabarros viejo de la derecha y el nuevo de la izquierda, aunque pudo haber disimulado el nuevo para que pareciera usado: rajaduras, polvo, etc. ¡Ah!, y otra cosa: o su taller está en un lugar más bien solitario, o tiene alguna buena linterna sorda; de otro modo hubiera sido visto mientras efectuaba sus reparaciones nocturnas. Además, esa noche tuvo que salir de nuevo para deshacerse de las partes deterioradas después de cambiarlas; y debe existir un río o unos matorrales allí cerca donde tirarlas, pues de ningún modo podía dejarlas junto a los desperdicios del taller. ¡Cielos! Son más de las doce de la noche. Debo acostarme. Ahora que sé por dónde empezar, me siento como nuevo.

### *28 de junio*

Desesperación. ¡Cuán frágil parece todo a la luz de la mañana! Si hasta ni sé, ahora, si hay coches con rejillas frente a los faros; los radiadores, sí, pero ¿los faros? Claro que esto es fácil de averiguar. Pero aun suponiendo que esta cadena de argumentos sea, por milagro, verídica, estoy tan lejos como antes del hombre.

Habr  miles de dueños de garajes que poseen coches deportivos. El accidente ocurrió más o menos a las seis y veinte de la tarde; suponiéndole un máximo de tres horas para colocar las partes nuevas y deshacerse de las viejas, le quedaban todavía diez horas de oscuridad para hacer lo que quisiera, lo cual significa que el garaje puede estar en cualquier parte dentro de un radio de trescientas millas. Un poco menos, quizá; no es probable que se atreviera a cargar gasolina en alguna parte, con la marca de la bestia sobre el coche. Pero imagínense ustedes todos los garajes que caben en ese radio, aun cuando lo reduj ramos a cien millas.  Debo ir a cada uno de ellos preguntando al dueño si tiene un coche deportivo?  Y si contestara que sí? La perspectiva es tan espantosa como la extensión infinita de la eternidad. Mi odio hacia ese hombre ha destruido mi sentido común.

Tal vez no sea ésta la razón principal de mi falta de ánimo. Esta mañana llegó una carta anónima. Tra da personalmente, mientras todos dormíamos, seguramente por el mismo bromista repugnante o monomaniaco que ha estado destruyendo mis flores.

Me ataca los nervios. Ésta es la carta. Papel barato, mayúsculas de imprenta como de costumbre.

*Usted lo mató. No s  cómo se atreve a mostrar su cara por el pueblo después de lo que pasó el 3 de enero.  No se da por aludido? Aquí no lo queremos, y vamos a crearle una situación tan molesta que se arrepentirá de haber vuelto. La sangre de Martie est  sobre su cabeza.*

Parece una persona educada. O personas, si el «nosotros» significa algo definido.  Oh, Tessa!,  qu  hará?

*29 de junio*

 La hora más oscura precede al alba!  Ha terminado la cacería! Déjenme saludar el nuevo día con una salva de lugares comunes. Esta mañana he salido con mi coche, como estaba aún en lo peor de mi depresión, pens  ir hasta Oxford para ver a Michael. Fui por un atajo desde el Cirencester hasta el camino de Oxford, una huella angosta por las colinas, por donde nunca había pasado. Después de la lluvia, todo vivía y resplandecía a la luz del sol. Mirando a lo lejos, más allá de los montes a mi derecha —había un maravilloso campo de trébol, color de frambuesa aplastada—, me met  de golpe en un vado.

El coche se arrastr  por el agua hasta el otro lado y se detuvo. Nunca he sabido nada de lo que sucede debajo del cap ; pero sí que cuando el coche se para hay que dejarlo un rato hasta que se le pase el mal humor, y casi siempre vuelve a marchar. Me había bajado para sacudirme el agua —al meterme en el

vado un gran abanico de agua se había lanzado sobre mí—, cuando un sujeto apoyado en la valla de una finca me habló.

Cambiamos unos cuantos chistes acerca de los baños de lluvia.

Luego el individuo me dijo que una noche, este invierno, había sucedido algo semejante, allí mismo. Ociosamente, sólo por hablar, le pregunté qué día. Esta pregunta resultó toda una inspiración. Hizo con tono moralista algunos cálculos complicados, relacionados con una visita a su suegra, una oveja enferma y una radio que se había estropeado, y contestó: «El tres de enero. Eso mismo: el tres de enero. No tengo la menor duda. Después de la oración».

En este momento —ya saben cómo— se meten en la cabeza ciertas frases intempestivas, vi mentalmente esta frase: «Lavado en la Sangre del Cordero». Recuerdo que la había leído en un cartel, al lado de una iglesia metodista, junto al camino. En varios sentidos, la frase de Daniel. Después, la palabra «sangre» se asoció con la carta que recibí ayer —«la sangre de Martie está sobre su cabeza»—. Luego la niebla se desvaneció y vi claramente la imagen del asesino de Martie metiéndose a toda velocidad en el vado, como yo, pero a propósito, *para lavar del coche la sangre de Martie*.

Mi boca estaba seca, mientras preguntaba, tan negligentemente como pude, al hombre:

—¿Usted no recuerda, por casualidad, qué hora era cuando esa otra persona se metió en el vado?

Estuvo pensando un rato; todo temblaba en la balanza (estos viejos clisés son tan satisfactorios), y luego dijo:

—No eran las siete. Menos cuarto o menos diez, supongo. Sí, eso es. Cerca de las siete menos cuarto.

Mi expresión debía ser todo un poema, como algunos dicen. Vi que me miraba con cierta curiosidad, y entonces exclamé con gran entusiasmo:

—¡Entonces habrá sido mi amigo! Me dijo que después de dejarme se había perdido y metido en un vado cuando pasaba por los Cotswolds, etcétera, etcétera.

Detrás de esa cortina de humo mi cerebro efectuaba un cálculo relámpago. Yo había tardado casi media hora en llegar hasta ahí. En un coche rápido, conociendo los caminos y sin tener que parar para consultar los mapas, X podría haberlo hecho entre las seis y veinte, la hora del accidente, y las siete y cuarenta y cinco.

Unos veintiocho kilómetros en veinticinco minutos, promedio de sesenta y cinco kilómetros por hora; bastante plausible para un coche deportivo. Arriesgué todo en otra pregunta:

—¿No era un coche deportivo, alargado? ¿No vio de qué marca? ¿O el número de la matrícula?

—Se metió en el agua a bastante velocidad; pero no distingo bien la marca de los automóviles. Estaba oscuro, ¿sabe?, y los faros me encandilaban. Los vi venir

desde lejos. Tampoco me acuerdo bien del número. CAD y algo más, me parece.

—¡Eso mismo! —dije—. (CAD son las letras de las nuevas matrículas de Gloucestershire. El círculo se está estrechando).

Yo pensaba: « Con buenos faros, sólo un lunático se metería a toda velocidad en un vado grande, a menos que quisiera levantar una ola de agua que cayera sobre la parte delantera de coche y lavara las manchas de sangre. Yo me había metido en el agua porque estaba mirando el paisaje, cosa que nadie hace de noche» .

¿Por qué no entró en mis cálculos la cuestión de la sangre? Naturalmente, si X se veía obligado a pararse en cualquier parte durante su viaje de regreso, las manchas de sangre sobre la carrocería podían ser advertidas, y eran más difíciles de explicar que un guardabarros abollado. Por otra parte, era peligroso pararse y ponerse a limpiar la carrocería con un trapo; no es muy fácil deshacerse de trapos manchados de sangre. Mucho más fácil sería meterse en un vado, y dejar que el agua hiciera el resto. Seguramente, había detenido el coche para ver si la limpieza había sido completa

Pero el hombre estaba diciendo, con la sospecha de un guiño en la cara:

—Es bastante bonita, señor, ¿verdad?

Por un momento pensé que me hablaba de otra cosa. Luego, horrorizado, comprendí que se refería a X. Por algún motivo desconocido nunca se me había ocurrido que la persona que buscaba pudiera ser una mujer.

—No sabía que mi amigo llevaba un... una pasajera consigo —balbuceé, tratando de reponerme.

—¡Oh, ah! —dijo. (¡Aceptado! ¡Gracias Dios!) Luego en el coche, iban un hombre y una mujer. El canalla, como había imaginado, andaba pavoneándose. Procuré que el hombre me describiera a « mi amigo », pero no resultó gran cosa —. Un tipo grandote, bien vestido, bien educado. Había que ver cómo estaba de nerviosa la señora, se había asustado al entrar en el vado a semejante velocidad. Todo el tiempo decía: « ¡Oh, George apresúrate; no podemos quedarnos aquí toda la noche!» . Pero él no tenía prisa. Se quedaba allí como está usted, apoyado en el guardabarros charlando amablemente.

—¿Apoyado en el guardabarros? ¿Así? —pregunté, asombrado por mi buena suerte.

—Hum. Así era.

Yo estaba apoyado en el guardabarros delantero izquierdo; el mismo que debía de habersele abollado a X: X se había apoyado allí, seguramente, para ocultar la abolladura al hombre con quien yo hablaba. Le hice otras preguntas, con el mayor tacto posible, pero no le pude sacar más datos acerca del hombre o de su coche. Yo estaba furioso. No encontrando otra cosa que decir, adopté un tono repugnante y horrible.

—Bueno, tendré que preguntarle a George acerca de esta amiga suya. Esas cosas no se pueden hacer. ¡Y un hombre casado! Me gustaría saber quién es ella.

La broma dio en el blanco. El individuo se rascó la cabeza.

—Pensándolo bien, yo sé su nombre; pero no lo recuerdo. La semana pasada la vi en una película. En Cheltenham. Trabajaba en paños menores, y no tenía demasiados, tampoco.

—¿En paños menores, en una película?

—Sí. En paños menores. Mi señora se escandalizó bastante. Pero ¿cómo se llama? ¡Eh, patrona!

De la casa salió una mujer.

—¿Cómo se llamaba esa película que vimos la semana pasada? La primera.

—¿La otra? *Pantorrillas de criada*.

—Hum. Eso es. *Pantorrillas de criada*. Y esta señorita era Polly, la criada, ¿comprende? Dios, casi no enseñaba las piernas.

—Medio loca, me pareció —dijo la mujer—. Mi Gertie está alocada, pero no usa ropa interior de encaje, ni tiene tiempo de andar enseñando sus encantos como esa descarada de Polly. Le daría su merecido.

—¿Usted quiere decir que la chica que estaba esa noche con mi amigo tenía el papel de Polly en esa película?

—Bueno, no podría jurarlo. No quiero meter a ese señor en líos. La señora del coche escondía la cara todo el tiempo. Sin duda no quería que la reconocieran. Se puso furiosa cuando el caballero apuntó con la luz para adentro del coche. «George, aparta esa maldita linterna», dijo. Así pude verle la cara. Y cuando vi a la Polly del cine le dije a mi señora: «¡Eh, patrona!, ¿no es la del coche que se paró en el vado?».

—Cierto.

Poco después les dejé, después de haber hecho algunas observaciones sobre la conveniencia de no hablar demasiado sobre todo aquello. Aunque hablaran, no les han quedado más que las ideas de una relación ilícita entre dos personas, la que pienso haber comentado hábilmente. No podía recordar el nombre de la actriz que había representado el papel de Polly; fui directamente a Cheltenham y lo averigüé. *Pantorrillas de criada* es una película inglesa; podría haberlo adivinado por el título, típico de la inclinación británica hacia la indecencia barata y vulgar; el nombre de la chica es Lena Lawson. Lo que llaman una «starlet» (Dios, ¡qué palabra!). Están proyectando esa película en Gloucester, esta semana; iré mañana y trataré de verla bien.

No es extraño que la policía no haya utilizado como testigos a esas personas. Su finca es un lugar desierto, junto a un camino por donde pasan de día pocos coches. Tampoco oyeron la advertencia transmitida por la BBC, porque tuvieron durante toda esa semana el aparato de radio estropeado. Y, de cualquier modo, ¿cómo hubieran podido relacionar el coche del vado con un accidente ocurrido a

casi treinta kilómetros de distancia?

Estos son los nuevos datos sobre X. Su nombre de pila es George. Su coche tiene matrícula de Gloucestershire. Esto, unido a su conocimiento de la existencia del vado (no tuvo tiempo, seguramente, de buscar uno en un mapa) sugiere fuertemente que vive en el condado. Y que Lena Lawson es su punto débil: y cuando digo débil, sé lo que digo: la muchacha estaba horrorizada, es evidente, cuando mi amigo les habló junto al vado; por eso dijo: « ¡Oh, apresurémonos! », y trató de esconder el rostro. Mi próximo paso será ponerme en contacto con ella; seguramente cederá a la presión.

### *30 de junio*

Esta noche he visto a Lena Lawson. Debo confesar que es bastante bonita. Tengo que buscar el modo de encontrarla. Pero, Dios mío, ¡qué película! Perdí bastante tiempo, después del almuerzo, buscando los nombres cuyas iniciales empiezan por G. Hice una lista de aproximadamente una docena. Es una extraña sensación mirar una lista de nombres y saber que tacharemos uno de ellos.

Mi plan de campaña empieza ya a preocuparme. No lo escribiré mientras no haya desarrollado sus líneas generales. Me parece que Felix Lane me será útil de alguna manera. Pero ¡todos los pequeños, ridículos y aburridos detalles que hay que cuidar antes de poder ponerse en contacto con la víctima, y no digamos nada de matarle! Con la misma facilidad podríamos estar organizando una ascensión al Everest.

### *2 de julio*

Es un comentario interesante sobre la falibilidad de la inteligencia humana — aun de una inteligencia superior a la normal— el hacer notar que durante dos días he estado exprimiéndome el cerebro para desarrollar el plan de un asesinato que no implique absolutamente ningún peligro, y sólo esta tarde me he dado cuenta de que era necesario. Por esto: si nadie más que yo (y probablemente Lena Lawson) sabe que George mató a Martie, nadie puede encontrarme un motivo para matar a George. Por supuesto, sé que legalmente no hace falta comprobar la existencia de un motivo si las pruebas circunstanciales están en contra del acusado. Pero, en la realidad, sólo los testigos directos del crimen pueden determinar una convicción segura de culpabilidad cuando no existe ningún motivo aparente. Mientras George y Lena Lawson no asocien a Felix Lane con Frank Cairnes, el padre del niño que ellos atropellaron, nadie puede encontrar la menor conexión entre George y yo. Ahora bien; en los periódicos no apareció ninguna fotografía mía con motivo de la muerte de mi hijo; estoy seguro de esto

porque la señora Teague no dio ninguna oportunidad a los periodistas. Y las únicas personas que saben que Frank Cairnes es Felix Lane son mis editores, y han jurado guardar el secreto. Por lo tanto, si llevo bien mi juego, todo lo que debo hacer es conseguir que me presenten a Lena Lawson, como Felix Lane, llegar a George a través de ella, y matarle. Si por casualidad ella o George han leído alguna de mis novelas y oído el asunto del «incógnito» —el «¿quién es Felix Lane?»— que mis editores han propalado, diré que sólo se trata de una mentira publicitaria y que nunca he sido sino Felix Lane. El único peligro sería que me encontrara algún conocido representando el papel de Felix Lane con Lena, pero eso no es muy difícil de evitar. De cualquier manera, me dejaré crecer la barba antes de tener ningún trato con la encantadora «estrellita».

George ha de llevarse el misterio de la muerte de Martie consigo a la tumba (donde tendrá tiempo suficiente para meditar acerca de su bestialidad), y en esa misma tumba será enterrado el motivo de mi «crimen». El único peligro posible podría ser Lena; tal vez haga falta deshacerse de ella también; espero que no, aunque todavía no tengo razones para suponer que su desaparición signifique una pérdida para el mundo.

¿Comenta usted desfavorablemente, imaginario confesor, mi deseo de salvar el pellejo? Hace un mes, cuando se insinuó en mi mente la idea de matar al asesino de Martie, no tenía ganas de seguir viviendo. Pero mientras florecía mi deseo de matar, iba creciendo, no sé cómo, mi deseo de vivir: han crecido juntos, como inseparables mellizos. Creo que debo a mi venganza el salir indemne de este asesinato, como salió George, casi, del asesinato de Martie.

George. Ya he llegado a considerarle como un viejo conocido. Siento casi la impaciencia de un amante y estoy vibrante por la expectativa de nuestro encuentro. No tengo aún, sin embargo, pruebas de que sea él quien mató a Martie: tan sólo su extraño comportamiento en el vado, y la presunción de no equivocarme. Pero ¿cómo probarlo? ¿Cómo podré alguna vez probarlo?

No importa. No cruzaré mis puentes antes de haber llegado a ellos. Sólo debo recordar que puedo matar a George, o a X, o a quien sea, con absoluta impunidad, mientras no pierda la cabeza o piense demasiado. Debe ser un accidente: nada de tonterías con venenos sutiles o coartadas complicadas; apenas un empujoncito mientras paseamos al borde de un acantilado o al cruzar la calle. Nadie conocerá mi motivo para matarle, y nadie tendrá, por lo tanto, razones para suponer que no fue un verdadero accidente.

Sin embargo, lamento que así deba ser. Yo me había prometido el placer de su agonía; no merece una muerte rápida. Me gustaría quemarlo despacio, pulgada por pulgada, o ver cómo lo devoran las hormigas; o, si no, la estricnina, que retuerce el cuerpo y lo convierte en un arco rígido. Por Dios, me gustaría empujarlo por la pendiente que va al infierno.

La señora Teague acaba de entrar. «¿Escribiendo su libro?», dijo. «Sí».



« Bueno, suerte que tiene algo para distraerse ». « Sí, señora Teague, es una suerte », dije suavemente. Ella también quería a Martie, a su manera. Hace tiempo que no lee los originales de mi escritorio; yo tenía la precaución de dejar notas abandonadas, relativas a mi apócrifa biografía de Wordsworth; eso la despistó. « Me gusta la buena lectura, entienda —me dijo una vez—, pero nada de esas cosas para intelectuales. Mi marido leía mucho: Shakespeare, Dante, Marie Corelli, los había leído todos. Trató de que yo también lo hiciera; dijo que era para mejorar mi intelecto ». « Deja en paz mi intelecto —le dije—; con un tragalibros en la casa es bastante. Dante no te hará la comida ».

Sin embargo, siempre he guardado los originales de mis novelas policíacas bajo llave, y así guardo este diario. De todos modos, si algún extraño llegara a encontrarlo, podría creer que es otra de las novelas de Felix Lane.

### *3 de julio*

Esta tarde ha venido a visitarme el general Shrivvenham. Hemos tenido una larga discusión acerca del dístico pareado. Un hombre admirable. ¿Por qué serán todos los generales inteligentes, encantadores e instruidos, mientras que los coroneles son invariablemente aburridos, e incalificables casi todos los mayores? Un tema que podría investigar la estadística.

Le he dicho al general que iba a tomarme pronto unas largas vacaciones: no puedo soportar esta casa que me recuerda tanto a Martie. Me miró muy agudamente, con sus ojos azules e inocentes, y dijo:

—No estará a punto de hacer alguna tontería, supongo.

—¿Una tontería? —repetí estúpidamente. Por un instante creí que había descubierto mi secreto. Parecía casi una acusación.

—Hum... —dijo—. Darse a la bebida. Las mujeres, los viajes de placer, la caza de osos. No son más que estupideces. El trabajo es el único remedio, créame.

Me sentí tan aliviado al comprender que sólo se había referido a estos lugares comunes, que sentí una oleada de cariño hacia el anciano. Tenía ganas de confesarle algo, de recompensarle porque no había descubierto mi secreto; una reacción interesante. Entonces le conté lo de la carta anónima y las flores arruinadas.

—En serio —dijo—. Es horrible. No me gusta nada ese tipo de cosas. Usted sabe que soy un hombre tranquilo: odio matar a los animales. Por supuesto, disparé alguna que otra vez cuando estaba en el servicio activo, especialmente a tigres, pero fue hace mucho, en la India; hermosos animales, graciosos, era una lástima matarlos. Lo que quiero decir es que a un individuo capaz de escribir una carta anónima y lo mataría sin lástima. ¿Ya se lo ha dicho a Elder?

—No —contesté.

En los ojos del general se encendió un destello de satisfacción. Insistió en que le enseñara la carta anónima y los canteros donde habían destruido las flores, y me hizo gran cantidad de preguntas.

—El sujeto viene por la mañana temprano, ¿no?—dijo, mirando autoritario el terreno. Sus ojos se detuvieron por fin sobre un manzano, y me echaron una mirada de extraña irresponsabilidad.

—Muy bien. Me siento allí cómodamente. Una manta, una botella, un arma. Lo cojo en cuanto aparece. Déjemelo, por favor.

Después de un rato, comprendí que tenía intención de esconderse en el árbol con su Winchester del 44 y disparar sobre mi corresponsal anónimo.

—No. Caramba, no puede hacer eso. Podría matarlo.

El general se ofendió.

—Mi querido amigo —dijo—, lo que menos quisiera es meterle a usted en un lío; solamente asustarlo, eso es todo. Esos individuos son cobardes. Estoy seguro de que no le molestaría más, le apuesto cinco libras. Nos salvaría de un montón de complicaciones y de molestias, sin intervención de la policía.

Tuve que ser bastante firme con él. Al irse me dijo:

—Tal vez tenga usted razón. Podría ser una mujer. No es que me importe matar a una mujer; hay tantas, que es fácil matarlas por equivocación, especialmente de perfil. Bueno, a ver esos ánimos, Cairnes. Pensándolo bien, lo que usted necesita es una mujer. No una atolondrada. Una mujer buena, sensata. Una que se ocupe de usted y le haga creer que usted se ocupa de ella. Alguien con quien pelearse; ustedes, los hombres que viven solos prefieren pensar que se bastan a sí mismos, viviendo a fuerza de nervios. Si no tienen con quién pelearse, acaban peleándose consigo mismos, y ¿adónde vamos? Suicidio o manicomio. Dos soluciones fáciles. Sin embargo, no muy buenas. La conciencia nos vuelve a todos cobardes. Supongo que no creerá que usted tiene la culpa de la muerte del chico, ¿no? Ni falta que haría, querido amigo. Es peligroso pensarlo mucho, sin embargo. Un hombre solo es un fácil blanco para el diablo. Bueno, venga a verme pronto. Tengo una cosecha magnífica de frambuesas este año. Ayer comí como un animal. Adiós.

Este viejo es agudo como una aguja. Su lenguaje militar, espectacular, abrupto y divagador, me interesa: probablemente lo adoptó como camuflaje detrás del cual podía sorprender y derrotar a sus colegas menos inteligentes; o tal vez en defensa propia. «Usted acaba peleándose consigo mismo». Todavía no, de ningún modo; tengo otra pelea a mano, y caza mayor que tigres o escritores de cartas anónimas.

*5 de julio*

Otra carta anónima esta mañana. Muy desagradable. No puedo permitir que

esta persona distraiga mi atención cuando más necesito concentrarme en el asunto principal. No tengo ganas, sin embargo, de poner el asunto en manos de la policía. Se me ocurre que si yo supiera quién es no me preocuparía más por estos alfilerazos. Me acostaré temprano esta noche y pondré el despertador para las cuatro de la mañana: debe de ser suficientemente temprano. Luego iré hasta Kemble y tomaré el tren matutino para Londres. Debo almorzar con Holt, mi editor.

### *6 de julio*

No he tenido suerte esta mañana. No ha aparecido mi anónimo enemigo. En cambio, día provechoso en Londres. Le he dicho a Holt que quería situar mi nueva novela policiaca en un estudio cinematográfico. Me ha dado una tarjeta de presentación para un individuo llamado Callaghan, no sé qué de la British Regal Films, Inc., la Compañía donde trabaja Lena Lawson. Holt se ha burlado discretamente de mi barba, que está en la edad ingrata, una especie de rastrojo salvaje. Le he dicho, equivocadamente, que era para disfrazarme: ya que tendré que recorrer el estudio en mi carácter de Felix Lane, y tal vez muy detenidamente, en busca de material, no quiero arriesgar que me reconozcan como Frank Cairnes; después de todo, podría encontrar algún viejo conocido de Oxford o del Ministerio. Holt se lo ha creído, mirándome con esa mirada de autoridad y de leve preocupación que suelen tener los editores cuando tratan con sus escritores de más éxito. Como si uno fuera un animal caprichoso que en cualquier momento pudiera hacerse el interesante o trata de escaparse del circo.

Dormiré un poco. El despertador sonará otra vez a las cuatro de la mañana. Me gustaría saber qué encontraré en la red.

### *8 de julio*

Ayer no tuve suerte. Pero esta mañana la mosca ha entrado en la red. ¡Y qué mosca! Gris, cansada, semidormida. ¡Uf! He pensado bastante acerca de quién será el autor de estas cartas: generalmente están escritas por analfabetos subnormales (no las mías) o por personas « respetables » con algún complejo oculto. Pensé en el pastor, el maestro, la empleada del correo, hasta en Peters y en el general Shrivenham; tal es la mentalidad del escritor policial: elegir la persona más inverosímil. Por supuesto, muy correctamente, resultó ser la más verosímil.

El picaporte del portón sonó débilmente poco después de las cuatro y cuarto de la mañana. A la confusa luz de la madrugada alcancé a ver una persona que venía por el camino: primero se movía despacio, indecisamente, como reuniendo

valor, o temiendo ser descubierta; luego su andar se transformó en un extraño trote rápido y mantenido, como el de un gato cuando lleva un ratón.

Entonces vi que era una mujer, extrañamente parecida a la señora Teague.

Bajé precipitadamente. Había dejado la puerta del frente sin llave, y, mientras el sobre se deslizaba dentro de la caja de la correspondencia, abrí de golpe la puerta. No era la señora Teague. Era la señora Anderson. Podría haberlo adivinado; el día que me evitó en la calle, su viudez, su soledad, su ávido instinto maternal que se había volcado sobre Martie... Pero era una vieja tan tranquila, inocua, trivial; nunca se me ocurrió pensar en ella.

Siguió una escena muy desagradable. Temo haber dicho algunas cosas hirientes. Me había hecho perder mucho sueño, no era extraño que estuviera un poco irritado. Pero el aguijón de sus cartas debía haber penetrado más profundamente de lo que yo creía. Me sentí frío y furioso, y devolví con rabia los golpes. En torno a ella había una especie de aire encerrado, sucio, como el de un apartamento lleno de mujeres después de un largo viaje nocturno, que me produjo furia y asco. No dijo nada; se quedó allí parpadeando, como si despertara de un sueño desagradable; después de un rato empezó a llorar, como una llovizna fina y desesperada. Ustedes saben cómo ese tipo de cosas despierta al matón que yace dentro de nosotros; uno amontona crueldad sobre crueldad para ocultar la lucha del remordimiento y del asco. Fui implacable. No me siento orgulloso. Por fin se fue, como arrastrándose, sin una palabra. Le grité que si el hecho volvía a repetirse le denunciaría a la policía. Debía estar fuera de mí. Un espectáculo muy, muy desagradable. Pero no tendría que haberme escrito eso de mí y de Martie. ¡Oh, Dios mío, quisiera estar muerto!

### *9 de julio*

Mañana prepararé mis maletas y me iré de aquí. Frank Cairnes desaparecerá. Felix Lane se mudará a un piso amueblado que ha alquilado en Maida Vale. Espero que nada los asocie, excepto el osito tuerto de Martie, que me llevo conmigo, para que me haga recordar. Creo haber pensado en todo. Dinero. Una dirección para que la señora Teague me mande las cartas; le he dicho que probablemente me quedará un tiempo en Londres, o quizá viajando. Ella cuidará de la casa mientras yo no esté. Me pregunto si regresaré alguna vez. Tendría que vender la casa, pero no me gusta hacerlo: un lugar donde Martie ha sido feliz. Pero ¿qué haré después? ¿Qué hace un asesino cuando se le ha terminado el trabajo? ¿Vuelve a escribir novelas policíacas? Parece un contrasentido. Bueno, por hoy es suficiente.

Siento como si me hubieran quitado las cosas de las manos. Es lo mejor para una persona sensitiva e indecisa como yo. Arreglar las circunstancias de tal manera que la obliguen a la acción. Éste debe ser el sentido de viejas frases

como «quemar las naves» y «cruzar el Rubicón». Me imagino que Julio César debía de ser neurótico, al estilo de Hamlet; casi todos los grandes hombres de acción lo fueron; por ejemplo, T. E. Lawrence.

Me resisto a admitir la posibilidad de que la relación Lena-George sea un callejón sin salida; no sería capaz de volver a empezar desde el principio. Mientras tanto, hay mucho que hacer. Tengo que crear el carácter de Felix Lane: sus padres, sus rasgos característicos, su biografía. Tengo que ser Felix Lane. Si no, Lena o George pueden sospechar. Para cuando Felix Lane me haya sustituido, mi barba ya será mayor de edad: haré entonces mi primera visita a la British Regal Films Inc. Suspendere este diario hasta ese momento. Creo seguir la dirección más apropiada. Me gustaría saber si Lena se enamorará de mi barba; uno de los personajes de Huxley recomienda las propiedades afrodisíacas de las barbas; veré si es cierto.

### *20 de julio*

¡Qué día! He ido por primera vez al estudio cinematográfico. Preferiría trabajar en el infierno, o incluso en un asilo, antes que en un estudio cinematográfico. El calor, el estrépito, la fantástica artificiosidad del conjunto: parecía una pesadilla bidimensional; las personas tan poco sólidas o reales como los decorados. Y uno está siempre tropezando con cosas; si no es un cable eléctrico, es la pierna de alguno de los integrantes de una horda de extras, que están todo el día sentados sin hacer nada, como las infelices criaturas del limbo dantesco. Pero mejor será empezar por el principio.

Me ha recibido Callaghan, el hombre para quien Holt me había dado una tarjeta de presentación; muy pálido, delgado, casi demacrado, con un brillo extrañamente fanático en los ojos, gafas de concha, jersey gris, pantalones de franela; todo muy sucio, desarreglado, y de alta tensión, exactamente como una caricatura teatral de un director de películas. Ostensiblemente eficaz, hasta la punta de los dedos (manchados de amarillo brillante; lía sus propios cigarrillos; mientras está fumando uno empieza a liar el otro: son los dedos más inquietos que he visto en mi vida).

—Bueno, «muchacho» —dijo—, ¿quiere ver alguna cosa determinada, o prefiere que recorramos todo el espinel?

Indiqué mi preferencia por el espinel.

Como un inocente. Pareció que duraba horas y horas; Callaghan emitía tecnicismos, continuamente, hasta dejarme la cabeza como un papel secante de oficina de Correos; espero que mi barba haya ocultado la absoluta incomprensión de mi mente; encontrarán escrito en mi corazón, cuando yo muera, «ángulos de toma y montaje» (aunque no sé qué son). Callaghan es implacablemente detallista. El escaso poder receptivo que yo tenía al empezar se agotó del todo

después de media hora de enredarme en cables eléctricos, de encandilarme entre lámparas de arco y de ser aplastado por activos operarios; diré de paso que el lenguaje de este lugar dejaría a un sargento o a un carretero a la altura de un representante de la « Liga de la Pureza ». Yo buscaba sin parar a Lena Lawson, y descubría que era cada vez más difícil introducir de una manera inocente su nombre en la conversación.

No obstante, Callaghan me dio una oportunidad, cuando nos detuvimos para almorzar. Hablábamos de novelas policíacas y de la imposibilidad de hacer películas con las mejores: él había leído dos mías, pero no tenía ninguna curiosidad sobre el autor. Yo creía que me obligaría a eludir preguntas molestas; Callaghan, sin embargo, sólo se interesaba por la técnica (que, por supuesto, pronuncia « técnica » ). Holt le había dicho que yo iba en busca de detalles y del ambiente necesarios para una nueva novela. Después de un rato se le ocurrió preguntar por qué había acudido para mis investigaciones a esa compañía; aproveché la oportunidad y dije que la última película inglesa que había visto era *Pantorrillas de criada*, realizada por ellos.

—Hubiera creído —dijo— que usted no se acercaría ni a una legua de distancia a una compañía que produce semejante porquería.

—¡Qué imparcialidad! —dije.

—¡Caramba, ropa interior y chistes para empleados! Era una película intolerable.

—Esa chica, ¿cómo se llama?, Lawson; me pareció que no estaba mal. Muy interesante.

—¡Oh, Weinberg quiere imponerla! —dijo Callaghan, sombríamente—. De las piernas para arriba. Está muy bien como percha para colgar lencería; por supuesto, se cree una segunda Harlow; todas se lo creen.

—¿Caprichosa?

—No, tonta.

—Yo creía que todas estas estrellas de cine se pasaban la vida en medio de un constante ataque de nervios —dije tendiendo, y me siento orgulloso, un anzuelo muy fino.

—¿A mí me lo dice? Sí, a la Lawson le gusta mucho hacerse notar. Pero últimamente se ha tranquilizado notablemente. Bastante sumisa y abordable.

—¿Por qué?

—No sé, quizá el amor ya ha entrado en su vida. Tuvo una especie de colapso nervioso, ¿cuándo fue?, en enero pasado. Hubo que suspender la filmación durante una quincena. Créame, « muchacho », cuando a la primera dama le da por sentarse en los rincones llorando, es un verdadero peligro.

—¿Tanto como eso? —pregunté tratando de que mi voz pareciera normal. « Enero, una especie de colapso nervioso ». Otra prueba, quizá. Callaghan me miró con ese brillo febril de sus ojos que le hacía parecer un profeta menor,

preparando algún exagerado alegato, lo cual forma parte de la alta tensión del oficio; el individuo eficaz al ciento por ciento. Me dijo:

—Ya lo creo, nos preocupó a todos. Por fin, Weinberg le dio una semana de descanso. Claro que ya se ha repuesto.

—¿Ha venido hoy?

—Está trabajando fuera. ¿Quiere liarse con ella? —me dijo Callaghan, sonriendo amablemente.

Le contesté que mis intenciones eran relativamente honorables. Yo quería estudiar el personaje de una típica actriz para mi nueva novela: además, pensaba escribirla de modo que fuera adaptable cinematográficamente —tipo Hitchcock—, y Lena Lawson podría ser la persona adecuada para desempeñar el primer papel. No sé si Callaghan me creyó del todo; me miró un poco escépticamente; pero que piense que mis móviles son profesionales o eróticos, no me importa. Mañana visitaré de nuevo el estudio, y me presentará a la muchacha.

Me siento absurdamente nervioso. Nunca, hasta ahora, he tratado con personas de ese tipo.

### *21 de julio*

Bueno, ya ha pasado todo. ¡Qué ordalía! Al principio no supe qué decir a la muchacha. No hacía falta tampoco. Me dio convencionalmente la mano; dirigió una mirada más bien neutral a mi barba —como reservándose su juicio— y se embarcó seguidamente en una retahíla larguísima, dirigida a Callaghan y a mí, sobre alguien llamado Platanov.

—¡Ese demonio, Platanov! —dijo—. ¿Sabéis, queridos, que me llamó anoche cuatro veces por teléfono? No me molestan las atenciones, pero cuando empiezan a seguir todos los pasos de una chica y a perseguirla por teléfono, bueno, le dije a Weinberg que me volvería loca. El hombre ese es el diablo encarnado, queridos; imaginad que tuvo el coraje de aparecer en la estación esta mañana...; por suerte le dije que el tren salía a las nueve y diez cuando en realidad sale cinco minutos antes, así que le vi corriendo por el andén; fue mi salvación, y ya sabéis, queridos, que tiene cara de pesadilla. ¿No es verdad que yo nunca podría hacerle caso?

—No, por supuesto que no —dijo Callaghan, aplacándola.

—Siempre le digo a Weinberg que llame a la Embajada y que haga deportar a este hombre, porque el país no es bastante grande como para que quepamos los dos; o él se va o me voy yo. Pero, por supuesto, todos estos judíos están confabulados verdaderamente y aquí no nos vendría mal un poco de Hitler, aunque a mí que no me vengan con cachiporras y esterilización. Bueno, como les estaba diciendo...

Siguió y siguió bastante tiempo más. Me pareció encantador que pudiera

suponer que yo entendería el contexto de su discurso. No tengo idea, probablemente nunca la tendré, acerca de si el demonio Platanov es un tratante de blancas, un hábil periodista, un agente de la GPU o solamente un admirador presuntuoso. Todo concuerda con este mundo increíblemente irreal; es absolutamente imposible saber dónde termina la película y dónde empieza la realidad. Sin embargo, el monólogo de Lena me dio una oportunidad de estudiarla en detalle. Tiene realmente una vivacidad nada vulgar, ni desagradable: si ahora está «sumisa y abordable», como dice Callaghan, antes debía ser abrumadora. Más bien me asombré de que se pareciera tanto a la Polly de la película, pero si no hubiera sido así, el hombre del vado no la habría reconocido. Nariz respingona, boca ancha, pelo rubio platino abundante, levantado en una especie de onda o tiara sobre su frente, ojos azules; sus rasgos, excepto la boca, son bastante delicados, lo cual contrasta curiosamente con su expresión infantil. Pero estos detalles son inútiles; nunca he visto en un libro la descripción física de una persona capaz de provocar una clara imagen mental. Mirándola, se creería que no ha conocido nunca la angustia. Tal vez sea la verdad. No; me niego admitir esa hipótesis.

La contemplé mientras estaba hablando y pensé: «Esta es una de las dos últimas personas que vieron a Martie con vida». No sentí contra ella ni horror ni rencor: sólo una ardiente curiosidad, una impaciencia por saber más, por saberlo todo. Al cabo de un rato se volvió hacia mí y dijo:

—Señor Vane, hábleme ahora de usted.

—Lane —dijo Callaghan.

—Usted es escritor, ¿verdad? Me encantan los escritores. ¿Conoce a Hugh Walpole? Es un escritor que me gusta. Pero, por supuesto, usted se parece mucho más que él a la idea que yo tengo de un escritor.

—Bueno, sí y no —dije, más bien vencido por aquel ataque frontal.

Yo no podía apartar mis ojos de su boca: cuando uno empieza a hablar, la abre ansiosamente, como si estuviera a punto de adivinar lo que uno va a decir. Una costumbre bastante agradable. No sé qué quiso decir Callaghan cuando la llamé «tonta»; es frívola, sin duda, pero no tonta.

Mientras vacilaba, tratando de decir algo adecuado, alguien vociferó su nombre. Debía volver al plató. Desesperación. Pensé que se me iba todo de las manos. Por eso me decidí, y le pregunté si tendría inconveniente en almorzar conmigo un día cualquiera; en el Ivy, agregué, adivinando sus preferencias. Fue como un conjuro: me miró, por primera vez, como si yo estuviera allí en realidad y no como un apéndice de su fantástico y diminuto yo, y dijo: «Sí, me gustaría. ¿Qué le parece el sábado?». Ya está. Callaghan me miró ambiguamente y nos separamos. El hielo —aunque no es justamente la palabra adecuada tratándose de Lena— ha sido roto; pero ¿cómo, ¡en nombre de Dios!, haré para seguir adelante? ¿Llevar la conversación a un tema de coches y asesinatos? Sería



inoportuno.

### *24 de julio*

Bueno; digan lo que quieran, los gastos de este asesinato resultarán elevados. Aparte del gasto de espíritu y la pérdida de vergüenza que involucra mi relación con Lena, están las cuentas. La chica come con una avidez asombrosa; el pequeño contratiempo de enero pasado no parece haberle hecho perder el apetito.

Por supuesto, ahorraré un poco, ya que no compraré ni municiones ni veneno; no tengo intención de utilizar métodos tan peligrosos y burdos con George; pero ya estoy viendo que el camino hacia él estará empedrado de billetes de cinco libras.

Notará usted, amable pero sin duda perspicaz lector, que estoy de buen humor. Sí, tiene usted razón. Creo que estoy un poco más cerca, creo que me muevo en la dirección apropiada.

Lena ha aparecido hoy en el Ivy con un traje complicado, negro con aplicaciones blancas, y un velo en los ojos, dispuesta a absorber alimentos y admiración en cantidades iguales. Creo que he representado bien mi papel; no, seamos honestos; no he tenido la menor dificultad en representar mi papel, porque ella es, a su manera, una criatura fascinadora, que me será utilísima y me permitirá combinar el placer con los negocios, mientras no me reblandezca. Me ha señalado a dos famosas actrices que estaban almorzando allí y ha dicho si y no pensaba que eran unos seres divinamente hermosos, y yo he dicho: « Sí, no están mal », sugiriendo con una mirada que no podían competir con Lena Lawson. Luego he señalado a un famoso novelista, y ella ha dicho que estaba segura de que mis libros eran mucho mejores que los de él. Así estábamos en paz y las cosas marchaban maravillosamente.

Después de un rato me he encontrado contándole todas mis cosas, todas las cosas de Felix. Mis primeras luchas, mis viajes, mi herencia, y las considerables entradas que mis libros me proporcionan (una parte importante de la leyenda es ésta: no hay peligro en que ella conozca el monto de mis saldos bancarios; el dinero podrá vencer donde mi barba fracase). Por supuesto, he hecho que la historia se pareciera en lo posible a la verdadera historia de mi vida. Nada de bordados inútiles. Yo estaba charlando —el solitario que por fin ha encontrado un auditorio, una sensación bastante agradable— sin sentir ningún deseo urgente de forzar una decisión, cuando de pronto vi una oportunidad y la aproveché. Me preguntó si siempre vivía en Londres. Dije:

—Sí, casi siempre. Me resulta más fácil escribir aquí. Sin embargo, prefiero el campo; supongo que será porque soy un campesino. Nací en el Gloucestershire.

—¿Gloucestershire? —dijo, casi en un murmullo—. ¡Ah!, sí.

Yo miraba sus manos. Dicen más que la cara, especialmente tratándose de una actriz. Vi las uñas de su mano derecha —esmaladas de rojo— hundirse en la palma. Pero no fue todo. Lo interesante es que no dijo nada más. No hay duda de que fue vista en el pueblo poco después del accidente, y no hay duda de que George vive en el Gloucestershire. ¿Comprenden? Si ella no hubiera tenido nada que ocultar, lo más natural habría sido que me dijera: « ¡Ah, en Gloucestershire! Tengo un amigo que vive allí». Claro que tal vez sólo quisiera ocultar su relación con George; pero lo dudo; muchachas como ella no se sienten culpables y confusas por ese tipo de cosas. ¿Qué otra cosa sino su presencia en el coche que mató a Martie pudo enmudecerla cuando mencioné el Gloucestershire?

—Sí —proseguí—. En un pueblecito cerca de Cirencester. Siempre pienso volver, pero nunca lo he conseguido.

No me atreví a mencionar el nombre del pueblo. Eso la hubiera asustado definitivamente. Miré las aletas de su nariz, contraídas, y la mirada cansada y evasiva que por un momento pasó por sus ojos. Luego me puse a hablar de otra cosa.

En seguida empezó a charlar divagando más rápidamente que nunca. El alivio repentino suelta la lengua. Me sentí extrañamente agradecido y amable, como retribuyendo ese momento de revelación. Y traté de ser agradable. Nunca me imaginé, ni aun en mis más alocados sueños, cambiando risas y miradas significativas con una actriz cinematográfica. Bebimos muchísimo. Después de seguir un rato en ese plan, me preguntó mi nombre de pila.

—Felix, contesté.

—¿Felix? —me sacó la punta de la lengua. « Pícaramente », creo que es la palabra—. Me parece que le voy a llamar « Pussy » .

—Será mejor que no lo haga; si no, no quiero saber nada de usted.

—¿Entonces piensa verme otra vez?

—Créame, no pienso perderla de vista durante mucho tiempo —le dije.

Las oportunidades para intercalar ironías trágicas están volviéndose peligrosamente numerosas. No debo acostumbrarme. Hubo mucho más *badinage* de este tipo, pero no me molestaré en describirlo. Comeremos juntos el martes próximo.

*27 de julio*

Lena no es tan tonta como parece, o más bien como parecen las personas de su tipo. Hoy casi me ha asustado. Ha sido después del teatro. Me ha invitado a tomar algo antes de despedirnos; yo la había acompañado a su apartamento; estaba junto a la chimenea, de pie, más bien pensativa; repentinamente se dio la vuelta y me dijo a quemarropa:

—¿A qué viene todo esto?

—¿Todo esto?

—Sí. Sacarme a pasear y gastar todo su dinero. ¿Con qué intención?

Balbuocé algo acerca del libro que quería escribir: buscando ideas; la posibilidad de escribir una novela susceptible de adaptación cinematográfica.

—Bueno, ¿cuándo va a empezar?

—¿Empezar?

—He dicho empezar. No ha dicho aún una sola palabra acerca de este libro. ¿Y qué tengo que ver con él, de cualquier modo? No crearé en este libro suyo hasta que lo vea.

Durante un momento me sentí paralizado. Me pareció que había adivinado algo de lo que yo me proponía. Mirándola, creí ver en sus ojos algo como aprensión, desconfianza, temor. Pero no estoy seguro de que fuera eso. De cualquier manera, el pánico más absoluto me hizo decir:

—Bueno, no era solamente el libro. No era el libro. Cuando la vi en esa película, la deseé. La cosa más bonita que he visto...

Sin duda, el susto me hizo parecer un amante tímido y confuso. Levantó la cabeza, dilató la nariz, con una mirada diferente en su rostro.

—Ya veo —me dijo—. Ya veo... ¿Y...?

Sus hombros se me acercaron. La besé. ¿Debería haber sentido lo mismo que Judas? De todos modos, no lo sentí. ¿Y por qué sentirlo? Es un asunto de negocios: toma y daca. Los dos ganamos algo. Yo quiero a George, y Lena quiere mi dinero.

Comprendo ahora, por supuesto, que la escena del libro era sólo una maniobra para conseguir que el tímido admirador se declarara de una vez. Debía sospechar que el libro no era más que un pretexto de mi parte y quiso hacerme concretar mis intenciones. Pero se equivocó en lo relativo al verdadero pretexto del libro. En realidad, salió muy bien. Hacerle el amor ha sido como un aperitivo de mi venganza.

Después de un rato, me dijo:

—Creo que tendrá que afeitarse la barba, Pussy, no estoy acostumbrada a las barbas.

—Ya se acostumbrará. No puedo quitármela. Es mi disfraz. Porque soy en realidad un asesino, y debo esconderme de la policía,

Lena se rió mucho.

—¡Qué mentiroso! Querido Pussy, no podría hacer daño a una mosca.

—Si vuelve a llamarme así, ya verá si no puedo dañar a una mosca.

—¡Pussy!...

Después me dijo:

—Es extraño que me gustes. No eres un Weissmuller, ¿no es cierto, querido? Debe de ser por la manera extraña de mirarme que tienes a veces, como si yo

no estuviera presente, o fuera transparente, o algo así.

¡Qué transparente hipocritona es, realmente! Pero agradable. Juntos ganaríamos un concurso de hipocresía contra cualquiera.

*29 de julio*

Anoche comió conmigo, en mi apartamento. Sucedió algo desagradable. Por suerte terminó bien; y si no hubiera sido por la pelea no me hubiera hablado de George. Pero es una advertencia para no descuidarme. En este juego no puedo permitirme pasos en falso.

Yo le daba la espalda. Estaba buscando más bebidas en el aparador. Ella se paseaba, pronunciando uno de sus monólogos relámpago.

—Entonces Weinberg empezó a gritarme: «¿qué se ha creído que es? ¿Una actriz o una anguila embalsamada? Yo no le pago para que trate de parecerse a un pedazo de piedra, ¿no es cierto? ¿Qué le pasa? ¿Se ha enamorado de alguien, gallina clueca?» . «No de usted, Viejo de la Montaña, no de usted —le dije—; no se preocupe». ¡Pussy, qué habitación tan divina! ¡Qué bien te las arreglas solo! Y, ¡oh! ¡Mirad, un osito!

Di un salto, pero era ya tarde. Salió de mi cuarto con el osito de Martie, que yo tengo sobre la chimenea; me había olvidado de esconderlo; no sé por qué perdí la cabeza.

—Dámelo —dije, tratando de agarrarlo.

—¡Malo, no me lo quites! ¿Así que mi pequeño Felix juega con muñecas? Bueno, hay que vivir y aprender —Miró el osito—. ¿Éste es mi rival?

—¡No seas estúpida, devuélvemelo!

—¡Oh, oh, oh! Tiene vergüenza porque juega con muñecas.

—Para decir verdad, era de un sobrino mío; murió; y yo le quería mucho. ¿Me lo darás?

—¡Oh, es eso!

Su expresión cambió. Vi que su pecho se agitaba. Parecía poseída por un santo terror, y estaba asombrosamente atractiva; pensé que iba a arañarme la cara.

—¿Así que no soy bastante pura para tocar el osito de tu sobrino? Podría contaminarlo. Te avergüenzas de mí, ¿no es cierto? Está bien, llévate esa porquería.

Tiró violentamente el osito al suelo, a mis pies. Algo se encendió en mí.

Le di una bofetada con fuerza. Se me tiró encima y luchamos. Estaba furiosa y fuera de sí, como un animal en una trampa. El vestido se deslizó de sus hombros; yo estaba demasiado enfadado para sentir repugnancia ante aquella extraordinaria escena. Luego su cuerpo cedió. Ella murmuró:

—¡Oh, me estás matando! —y nos besábamos. A través de su rubor podía

adivinar la marca de mis dedos. Más tarde me dijo:

—Pero en realidad te avergüenzas de mí, ¿no es cierto? ¿Me crees una vulgar locuela?

—Bueno, de cualquier manera, es evidente que te encuentras muy cómoda metida en un escándalo.

—No. Quiero que seas serio. No me presentarías a las personas de tu familia, ¿no? Tus «papás» no estarían muy contentos conmigo, y lo sé.

—No tengo. De igual modo, tú no me presentarías a los tuyos. ¿Para qué? Somos mucho más felices así.

—¿Qué cauteloso eres! Crees que voy a enredarte en un matrimonio.

Sus ojos brillaron repentinamente.

—¿Qué buena idea! Me gustaría ver la cara de George —dijo.

—¿George? ¿Quién es George?

—Bueno, bueno, no hace falta que me saltes encima, celoso. George es tan sólo... bueno, está casado con mi hermana.

—¿Y qué? —(Como ven, estoy aprendiendo el idioma)—. Continúa: ¿qué es George para ti?

—Sí, estás celoso. Un gatito celoso, de ojos verdes. Bueno, si quieres saberlo, George me buscaba...

—¿Te buscaba, o te busca?

—Como te he dicho. Le expliqué que yo no era una destructora de hogares; aunque te diré que Violeta parece pedirlo.

—¿No le has visto últimamente? ¿Te molesta todavía?

—No —dijo con una voz extraña, dura y sonora—. No le he visto desde hace mucho... unos meses.

Pude sentir junto a mí su cuerpo inmóvil y rígido. Luego, recostada, rió con insolencia.

—Le probaré a George que no es él un... ¿Qué te parece si vamos allá a pasar el fin de semana?

—¿Ir allá?

—Severnbridge. Donde ellos viven. En Gloucestershire.

—Pero querida, no puedo.

—Claro que puedes; no va a comerte. Es un hombre casado y respetable, o por lo menos eso se supone.

—Pero ¿por qué? —Me miró seriamente.

—Felix, ¿me quieres? Bueno, no te asustes, no estoy tratando de atarte. ¿Me quieres bastante como para hacer algo sin abrumarme con preguntas?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, tengo ciertas razones para volver allá; y quiero que alguien me acompañe; quiero que vengas conmigo.

Su voz parecía un poco áspera e incierta. Tal vez estuvo próxima a contarme

todo lo relacionado con George y el accidente, cuyo recuerdo sin duda la perseguía. Pero hubiera sido peligroso incitarla a una confianza total, y un poco demasiado ruin en ese momento, aun para mi criterio actual.

Aunque no haría falta. Me parecía sentir detrás de sus palabras una decisión de terminar de una vez, no con George, sino con el horror que había estado persiguiéndola durante todos aquellos meses. ¿Qué dije al principio de este diario sobre el deseo criminal de volver al lugar del crimen? Ella no mató a Martie. Pero sabe quién lo hizo: estaba allí. Ahora que quiere acabar de una vez con la fascinación mortal e insistente de ese momento, procura que yo la ayude. ¡Yo! ¡Cielos, qué salvaje ironía de parte de las Parcas! Contestó:

—Muy bien. Pasaré a buscarte el sábado.

El tono de mi voz parecía frívolo y desinteresado.

—¿Qué es George, qué hace? —pregunté.

—Tiene un taller en la ciudad: Rattery Carfax. George Rattery es su nombre. ¡Qué amable de tu parte sería acompañarme! No sé si él te gustará mucho; no es justamente el tipo que prefieres.

Un taller... No sabe si él me gustará...

George Rattery...

### *31 de julio*

Severnbridge. He ido esta tarde con Lena en el coche; he vendido mi coche viejo y comprado uno nuevo. No quiero aparecer con una matrícula de Gloucestershire.

Aquí estoy, por fin, en la ciudadela del enemigo: mi inteligencia contra la suya. No creo que corra peligro de ser reconocido; Severnbridge y mi pueblo se encuentran en los extremos opuestos del condado, y mi barba me cambia enormemente. Lo más difícil será instalar una cabeza de puente en casa de Rattery, y mantenerla cuando lo haya conseguido. Por ahora. Lena está viviendo allí, y yo paro en el Angler's Arms. Le pareció mejor introducirme paulatinamente en la familia Rattery. Por el momento soy tan sólo un amigo que ha tenido la gentileza de traerla en el coche. La he dejado con su equipaje delante de la casa; me ha dicho que no había escrito avisándoles su llegada. ¿Será porque temía que George no la quisiera tener en la casa? Es muy posible. Él podría sentirse nervioso a causa del secreto que comparten, tal vez tema que ella se ponga histérica cuando le vea, cuando recuerde.

Después de vaciar mis maletas le he preguntado al empleado cuál era el mejor taller de ese pueblo.

—Rattery Carfax —me ha dicho.

—¿El que está cerca del río? —he preguntado.

—Sí, señor; los fondos dan al río: antes de llegar al puente subiendo por High

Street.

Dos pruebas más contra George Rattery. Yo había deducido que su garaje debía de ser bastante grande para tener las piezas de repuesto con que sustituir las que fueron dañadas por el accidente, y estar junto al río. Es allí donde desaparecieron las piezas averiadas; yo sabía que las escondería en un lugar por el estilo.

Lena acaba de llamarme por teléfono. Quieren que vaya a comer. Me siento desesperado y miserablemente nervioso. Si el simple hecho de verle me pone así, ¿cómo me sentiré cuando esté a punto de matarle? Tranquilo como una monja, probablemente, el trato con la futura víctima origina una especie de desprecio. Estudiaré a George Rattery con el ojo ardiente del odio: procederé despacio, avivaré mi odio y mi desprecio hacia él antes de que muera; me alimentaré de él como un parásito se alimenta de quien lo lleva.

Espero que a Lena no se le ocurra mostrarse demasiado afectuosa conmigo durante la comida.

Y ahora, al ataque.

### *1 de agosto*

Un ser odioso. Un hombre, en verdad, muy desagradable.

Me alegro. Ahora me doy cuenta de que había temido bastante que George resultara una persona simpática; pero así está bien: no lo es; no tendré compasión en extinguir su vida.

Lo supe cuando entré en el cuarto, antes de que él dijera una palabra. Estaba de pie, al lado de la chimenea, fumando un cigarrillo: lo tenía entre los dedos anular y medio, el codo levantado, el antebrazo horizontal; en la desagradable actitud de quien se da importancia, la actitud del hombre que quiere hacer saber a todos que es el amo en su casa. Permaneció allí, como un gallo en el gallinero, mirándome desde arriba, durante un minuto o dos, antes de adelantarse a saludarme.

Después de presentarme a su madre y a su mujer, y de invitarme a tomar un combinado particularmente horrible, George prosiguió directamente con lo que estaba haciendo antes de mi llegada: típico ejemplo de su brutal falta de educación, su mal gusto innato. Sin embargo, esto me proporcionó una oportunidad para observarle; lo medí como el verdugo mide al hombre que va a ejecutar, para calcular el salto. El no necesitaría, no obstante, un salto muy grande; es tan pesado: un hombre corpulento, carnoso; su cabeza retrocede hacia arriba en la parte de atrás, y la parte superior desciende hacia una frente baja; lleva un bigote pseudomilitar, que no logra ocultar sus labios arrogantes y negroides. Diría que ha pasado los cuarenta años.

Veo que el resultado parece una caricatura. Agregaré, sin embargo, que

algunas mujeres —la suya, por ejemplo— pueden considerarle atractivo. Admito la predisposición que tengo en su contra. Pero hay en él una cualidad tan crasa y tan dominante, que podría revolver el estómago de cualquier persona sensible.

Cuando hubo terminado su monólogo, miró el reloj de una manera ostensible.

—Tarde otra vez —dijo.

Nadie hizo comentarios.

—Violeta, ¿has hablado con los sirvientes? Cada día se retrasan más las comidas.

—Sí, querido —dijo su mujer.

Violeta Rattery es una desanimada y desteñida versión de Lena, patéticamente ansiosa por agradar.

—¡Uf! —dijo George—. No parecen hacerte mucho caso. Supongo que tendré que hablarles yo mismo.

—Por favor, no lo hagas —dijo su mujer con una voz confusa (se ruborizó, sonriendo tímidamente)—: No quisiera que se fueran.

Encontró mis ojos y se ruborizó de nuevo, pensosamente.

Por supuesto, ella se lo busca. George es el tipo de hombre, cuya inmundicia moral anhela esa especie de sumisión en todas las personas que lo rodean. Es realmente un anacronismo: su tipo brutal, de piel espesa, era natural en los días del hombre mono (también en la época isabelina; habría sido un buen capitán de barco o un traficante de esclavos); pero en una civilización para la cual esas cualidades son inútiles, excepto durante alguna guerra, esa forma primitiva del poder se ve confinada a amedrentar a las personas de la casa, y degenera por falta de ejercicio.

Es extraordinario cómo el odio aguza la visión. Creo saber más de George que de personas que he conocido durante años. Yo le miraba cortésmente. Pensaba: «Allí está el hombre que mató a Martie, que le atropello y salí corriendo, que arruinó una vida más valiosa que veinte tuyas, que dio fin a lo único que me quedaba en el mundo. No importa, Martie; pronto le llegará el turno».

Durante la comida me senté al lado de Violeta Rattery, con Lena enfrente y la señora Rattery a mi izquierda. Noté que George no hacía más que mirarnos a Lena y a mí, tratando de comprender la situación. No diré que estaba celoso, porque es demasiado presuntuoso para imaginarse que una mujer prefiera a algún otro; pero tenía una evidente curiosidad por saber qué buscaba Lena en un bicho raro como Felix Lane. La trata de una manera confiada, levemente autoritaria, como si fuera un hermano mayor. «George andaba detrás de mí», había dicho Lena, una noche, en mi habitación. Me gustaría saber si era sólo una verdad a medias; hay una sugerencia de intimidad en la confianza de su trato con ella. En un momento dado, dijo:



—¿Así que te has decidido por los rizos tú también, Lena?

Se inclinó y pasó su mano por los rizos de la nuca de Lena, mirándome al mismo tiempo de una manera casi desafiante, y diciendo:

—Las mujeres son esclavas de la moda, ¿no es cierto, Lena? Si algún afeminado os dijera que en París las calvas son el último grito de la moda, os haríais afeitar inmediatamente la cabeza, sin pensarlo, ¿eh?

La anciana señora Rattery, sentada a mi lado, con su débil aureola de censura y de naftalina, dijo:

—En los días de mi juventud, el pelo de una mujer era considerado la corona de su gloria. Estoy contenta de que haya desaparecido toda esta furia por las melenas.

—¿Tú de parte de la nueva generación, madre? ¡Adónde va el mundo! —dijo George.

—La nueva generación puede defenderse sola, supongo; algunas por lo menos —la señora Rattery estaba mirando directamente hacia delante, pero tuve la impresión de que la segunda parte de su frase estaba dirigida contra Violeta, y también de que suponía que George se había casado con una persona de una clase social inferior, lo cual es cierto; la señora Rattery trata a Lena y a Violeta con una especie de tolerancia paciente y aristocrática.

Después de la comida, el mujerío (como sin duda lo hubiera llamado George) nos dejó junto al oporto. Él estaba evidentemente incómodo —no sabía en absoluto qué hacer conmigo— y probó el lance acostumbrado:

—¿Conoce el cuento de la mujer del Yorkshire y el organista? —me preguntó, acercando confidencialmente su silla.

Escuché y me reí del modo más natural. Luego siguieron muchos otros. Habiendo roto así el hielo con su sutil habilidad de hipopótamo, procedió a investigar detalles sobre mi persona. Ya me sé de memoria la leyenda de Felix Lane; por lo tanto, no hubo ninguna dificultad.

—Lena dice que usted escribe libros —me dijo.

—Sí, novelas policíacas —me miró con alivio.

—¡Ah, de crímenes! Eso es diferente. Para ser franco, me alarmé un poco cuando Lena me dijo que iba a traerme a un escritor. Creí que sería uno de esos tipos intelectuales. A mí me aburren. ¿Gana bastante escribiendo?

—Sí, bastante. Por supuesto, tengo algún dinero particular. Pero supongo que gano entre trescientas y quinientas libras con cada libro.

—¡Al diablo si gana! —Me miró casi respetuosamente—. Un escritor famoso, ¿no?

—Todavía no. Solamente un éxito moderado —por un momento sus ojos me evitaron. Tomó un trago de oporto, y me dijo, con deliberada despreocupación:

—¿Hace mucho que conoce a Lena?

—No. Hace más o menos una semana. Pienso escribir algo para el cine.

—Guapa chica. Tiene mucho espíritu.

—Sí, es un número atrayente —dije sin pensarlo.

El rostro de George se tornó incrédulo y escandalizado, como si hubiera descubierto de pronto una víbora en su seno. Parece que una cosa son los cuentos indecentes y otra la ligereza cuando se trata de las mujeres de su familia. Envaradamente, sugirió que nos reuniésemos con las señoras.

No puedo escribir más por ahora. Salgo a dar una vuelta con mi futura víctima y su familia.

## *2 de agosto*

Ayer por la tarde, cuando salíamos por la puerta que da a la calle —Lena, George, su hijo Phil, chico de unos doce años, y yo— juraría que Lena tuvo un instante de pánico y se detuvo en seco. He recordado la escena una y otra vez, tratando de visualizarla claramente: sucedió con tanta rapidez, que por el momento no pude darme cuenta de todo lo que significaba. En la superficie no había pasado nada.

Estábamos sobre los escalones, a la luz del sol. Lena se detuvo por una fracción de segundo, y dijo: «¿El mismo coche?». George, un poco más atrás, replicó: «¿Qué quieres decir?». ¿Imagino yo un matiz de temor y de amenaza en su voz? Lena respondió un poco confusa, creo.

—¿Vienes siempre en el mismo coche viejo?

—¿Viejo? Todavía no ha llegado a los quince mil kilómetros. ¿Qué? ¿Crees que soy un millonario?

Todo esto es susceptible de una explicación inocente: he aquí la dificultad. Subimos al coche; George y Lena adelante, Phil atrás, conmigo. Phil cerró con violencia la puerta, y George se volvió y exclamó airadamente:

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no hay que golpear las puertas? ¿No puedes cerrarlas con cuidado?

—Perdona, papá —dijo Phil, resentido. Tal vez George estuviera ya de mal humor antes de que saliéramos; pero sospecho que fue a consecuencia de lo que dijo Lena, o más bien de lo que no dijo, y que por eso se desahogó con Phil.

George es, sin duda, un buen conductor. Francamente, no puedo decir que ayer condujera con temeridad; pero se abría paso a través del tránsito dominical como si tuviera una especie de derecho, como el camión de los bomberos. Había muchos ciclistas que iban de tres en fondo: no les insultaba como yo esperaba, pero pasaba casi rozándoles y se atravesaba abruptamente por delante tratando de asustarles, u obligarles a chocar entre ellos. En un momento dado, me dijo:

—Lane, ¿conoce esta parte del mundo?

—No —dije—, pero siempre he querido volver. Nací en Sawyer's Cross, sabe, en el otro extremo del condado.

—¿De veras? Un pueblecito simpático. Yo he estado dos o tres veces.

Tiene bastante serenidad. Yo miraba el perfil de su cara: ni siquiera contrajo el músculo de la mandíbula cuando nombré el pueblo donde atropelló a Martie. ¿Conseguiré alguna vez que se traicione? Lena miraba hacia delante, con las manos contraídas sobre las rodillas, inmóvil. Me arriesgué bastante cuando mencioné a Sawyer's Cross. Suponiendo que empezara a sospechar —o que por simple curiosidad hiciera averiguaciones— descubriría que no ha habido ninguna familia llamada Lane en Sawyer's Cross durante los últimos cincuenta años. Cuando bajamos del coche, Lena parecía evitar mis ojos: durante el último cuarto de hora había permanecido silenciosa, desde que mencioné Sawyer's Cross. Y eso es poco frecuente en ella; pero no es una prueba irrefutable.

Bajamos y le pedí a George que me enseñara su coche. Era sólo una excusa para examinarlo. Tiene protección para las piedras, como me imaginaba, pero no hay rastros —por lo menos para mis ojos novicios— de que un guardabarros o un parachoques haya sido retirado y sustituido por uno nuevo. Pero, después de seis meses, sería difícil que los hubiera; la pista (palabra que deseo evitar en mis propias novelas) está fría. Las únicas claves que quedan están dentro de la cabeza de George y Lena; quizá dentro de la cabeza de Lena solamente. George debe haber olvidado todo lo relativo al accidente; no puedo creer que un simple homicidio pueda durar mucho tiempo en su recuerdo.

La cuestión es: ¿cómo conseguirlas? Y, lo que por ahora es más importante, ¿qué motivo plausible puedo tener para quedarme? Lena volverá mañana a la ciudad. Tal vez esta tarde me ofrezca otra posibilidad: tenemos que jugar al tenis con los Rattery.

### *3 de agosto*

Ya está arreglado. Me quedo un mes más o menos, invitado por George. El plazo me basta. Mejor empezar por el principio.

Cuando llegué, ninguno de los invitados había llegado, y George sugirió que jugáramos un poco con Lena y Phil. Esperamos un rato en la pista y entonces George empezó a gritar a Phil para que viniera. El niño estaba en la casa; los gritos atrajeron a Violeta, que llegó corriendo, y, alejándose con George, susurró:

—No quiere jugar.

—¿Qué pasa con el chico? —exclamó George—. No sé qué le sucede últimamente. ¿No quiere jugar? Ve y dile que tiene que jugar, a la fuerza. ¡Estará arriba haciéndose el interesante! Nunca...

—Se encuentra un poco mal, querido. Fuiste algo severo esta mañana con él, cuando trajo la libreta.

—Querida mía, no digas tonterías. El chico ha descuidado sus estudios. Carruthers dice que no le faltan condiciones, pero que si no trabaja no irá a

Rugby el año próximo. ¿No quieres que le den una beca?

—Claro que sí, querido; pero...

—Bien; entonces alguien tiene que decirle que se preocupe. No lo voy a tener todo el tiempo tonteando en la escuela y gastándome el dinero; está demasiado mimado, y si...

—Hay una avispa en tu espalda —le interrumpió Lena, mirándole con una ansiedad perfectamente ficticia.

—Lena, es mejor que no te metas —dijo él, peligrosamente.

Me pareció que no podría soportar un momento más aquella sórdida escena. Además, me sentía un poco apenado por Phil, al oír los proyectos de su padre; dije entonces que iría yo mismo a decirle que queríamos jugar con él. George quedó un poco desconcertado, pero no supo encontrar razones para prohibírmelo.

Encontré a Phil escondido en su dormitorio, al principio sumamente empecinado. Sin embargo, conversamos; no es un mal chico, y al rato me confesó todo: no había descuidado sus estudios, pero había otro chico en la escuela que le había amenazado, y esto le había preocupado tanto (como si yo no lo supiera) que no podía concentrarse ya en su trabajo. Cuando terminó, lloraba. Por alguna razón absurda me recordó el día en que reté a Martie porque me había arruinado las rosas; y le sugerí, impulsivamente, que yo podría darle algunas lecciones en las vacaciones, dos horas por día, por ejemplo, para que recuperara el tiempo perdido.

Mientras Phil se perdía en medio de una balbuceante y molesta demostración de gratitud, se me ocurrió que aquél era un excelente pretexto para quedarme en Severnbridge.

Un buen ejemplo de cómo, haciendo el bien, puede conseguirse el mal, si puede llamarse mal a la eliminación de George.

Esperé hasta que George estuviera de buen humor, excitado por su victoria en un partido de tenis, y después dije que el pueblo me gustaba, que pensaba quedarme unas cuantas semanas más y empezar, en la paz del campo, mi nuevo libro, y expliqué la ayuda que, mientras tanto, podía proporcionar a Phil. George pareció un poco molesto al principio, pero luego admitió la proposición, y hasta llegó a invitarme para que me quedara en su casa. Rehusé cortésmente, de lo cual, creo, se alegró. A ningún precio me quedaría en casa de los Rattery durante un mes. No es que sienta especial dificultad en matar un hombre de cuya sal he comido; pero no podría soportar la sensación de estar todo el tiempo sobre el filo de alguna pelea doméstica. Por otra parte, no quiero que George empiece a revolver mis cosas y termine encontrando este diario. Mis lecciones me permitirán una suficiente familiaridad con los Rattery. Después de haber arreglado esto, estuve un rato mirando jugar al tenis. El socio de George, Harrison Carfax, jugaba con Violeta contra George y la señora Carfax. Esta es una mujer alta, morena, de tipo gitano; tengo la sensación de que ella fue una de

las causas del repentino buen humor de George. Vi claramente cómo sus dedos se entretenían en los de ella al darle las pelotas de tenis, y cómo ella le miró dos o tres veces ardientemente. No es extraño: su marido es un tipo insignificante, aburrido y seco.

Lena vino y se sentó a mi lado; estábamos algo separados de los demás. Me pareció muy atrayente con sus ropas de tenis: armonizaban con sus ágiles movimientos. Adquiría, además, un aire infantil, ficticio pero encantador, para hacer juego.

—Estás encantadora —le dije.

—Ve y díselo a la mujer de Carfax —contestó. Pero advertí que se había alegrado.

—¡Oh!, eso se lo dejo a George.

—¿George? No seas ridículo —pareció casi enfadada. Luego recompuso su expresión y me dijo:

—Apenas te he visto desde que estamos aquí. Todo el tiempo has estado con una mirada lejana, como si hubieras perdido la memoria o tuvieras una indigestión.

—Es mi temperamento artístico que sube a la superficie.

—Bueno, podrías dejarlo a un lado y condescender a un beso de vez en cuando. Por lo menos —se inclinó y murmuró en mi oído— no hace falta esperar hasta que volvamos a Londres, Pussy, recuérdalo.

Nadie podrá decir que no soy un asesino obsesionado: tan absorto había estado en el problema de George, que había olvidado completamente mi relación con Lena. Traté de explicarle por qué me quedaba allí. Temía que ella hiciera una escena: el hecho de estar a la vista de muchas personas la hubiera estimulado en vez de contenerla. Pero, muy extrañamente, Lena recibió con toda tranquilidad la noticia. Demasiada tranquilidad, por cierto; yo podría haber sospechado alguna otra cosa; había un pliegue desafiante e irónico a los lados de su boca cuando me fui a jugar un partido de tenis, y a mitad de camino noté que estaba sumida en una profunda conversación con Violeta. Cuando salíamos de la pista, oí que le decía a George:

—¿Qué te parece si tu deslumbrante cuñada se queda un tiempo más con vosotros? Ya hemos terminado una película, y he pensado que podría enclaustrarme durante un tiempo en la tranquila vida de campo.

—Todo esto es muy repentino —dijo, dirigiéndole una de esas miradas calculadoras de traficante de esclavos—. Si Violeta está de acuerdo, supongo que nos resignaremos. ¿Por qué ese cambio?

—Bueno, no se lo digas a nadie, pero creo que languidecería lejos de mi Pussy. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Pussy?

—El señor Felix Lane. Felix el Gato. Pussy. ¿Comprendido?

George emitió una risa fortísima, estúpida y desconcertada.

—Que me cuelguen. ¡Pussy! Le queda bastante bien, sobre todo por su manera de devolver la pelota por sobre la red. Pero realmente, Lena...

No se imaginaba que yo estaba escuchando. Tal vez sea mejor que en ese momento no haya visto su cara. ¡No olvidaré el sarcasmo! Pero Lena, ¿qué pretende hacer? ¿Es posible que esté valiéndose de mí para tentar a George? ¿O habré estado, desde el principio, cometiendo una equivocación imperdonable, horrible, respecto a ella?

### *5 de agosto*

Como de costumbre, lecciones con Phil durante la mañana; es un muchacho bastante despierto —Dios sabe de dónde habrá heredado la inteligencia—, pero hoy estaba algo distraído.

Por ciertos indicios —su atención vagabunda y una mirada más bien lacrimosa de Violeta, que se cruzó conmigo cuando entré— supuse que había habido una pelea en casa de Rattery. En medio de una frase latina, Phil me preguntó si yo estaba casado.

—No. ¿Por qué? —le dije. Me avergonzó mentirle, aunque miento a los demás sin el menor escrúpulo.

—¿Le parece bien casarse? —preguntó, con su fina voz precisa y reposada.

Para sus años, su modo de hablar es de persona adulta, como la de la mayor parte de los hijos únicos.

—Sí. Creo que sí. Puede ser en algunos casos —dije.

—Sí; supongo que sí, entre personas adecuadas. Yo nunca voy a casarme. Nos hace tan desgraciados... No quisiera...

—El amor suele hacer desdichadas a las personas; parece mal, pero es cierto.

—¡Oh, el amor! —dijo. Se detuvo un momento, respiró profundamente y sus palabras surgieron atropelladas—. A veces, mi padre le pega a mi madre.

Yo no sabía qué decir; comprendí que necesitaba desesperadamente una palabra de aliento. Como cualquier chico sensible, se siente terriblemente desgarrado por estas luchas entre sus padres. Para él es como vivir en un volcán; no tiene seguridad. Yo estaba a punto de consolarle; pero de pronto me tomó una especie de repugnancia; no quería que me distrajeran, que me envolvieran.

Dije, un poco fríamente:

—Supongo que será mejor que continuemos con el ejercicio.

Realmente, fue un acto de miserable cobardía. Vi mi traición reflejada en la cara de Phil.

### *6 de agosto*

Esta tarde di una vuelta por el garaje Rattery Carfax.

Le dije a George que podía servirme de material para un libro: *nihil subhumanum a me alienum puto* es el lema del novelista policial, aunque no se lo expresé con estas palabras.

Le hice muchas preguntas idiotas que le permitieron adoptar una actitud protectora, mientras yo descubría la existencia de todas las piezas de repuesto de los modelos de coche por ellos representados; no me atreví a preguntar directamente por los guardabarros y los parachoques; podría haberle infundido la sospecha de que era un policía disfrazado. Ya he descubierto que a veces, por la noche, guarda aquí su coche, aunque tiene un garaje adosado a su casa. Luego fuimos a la parte trasera. Hay un pedazo de terreno con un apartado de cosas inútiles, y el Severn detrás. Quise dar un vistazo al montón de hierro viejo, por más que no podía creer que George hubiera sido tan tonto como para dejar el guardabarros abollado allí; por eso le entretuve con un poco de conversación.

—¡Qué feo aspecto tiene esto!

—¿Y qué quiere que hagamos con todas estas cosas? ¿Que cavemos un elegante pozo y las enterremos como los de la Liga contra el Desorden?

George estaba bastante enfadado. A pesar de su gran aplomo, a veces es muy susceptible.

De pronto, decidí arriesgarme.

—¿Por qué no tiran al río todo este material viejo? ¿Nunca lo hacen? Por lo menos, lo perderían de vista.

Hubo una pausa perceptible antes de que me contestara. Me encontré temblando sin control, y tuve que alejarme hacia la orilla del río para que no lo advirtiera.

—¡Por Dios, hombre, qué idea! ¡Toda la municipalidad se me vendría encima! ¡En el río! ¡Eso sí que es bueno! Se lo diré a Carfax.

Estaba al borde del agua.

—De cualquier manera, las orillas son muy poco profundas. Mire...

Yo miraba. Podía ver el lecho del río, y también, a quince metros a mi izquierda, una balsa amarrada. «Sí, George, son muy poco profundas estas orillas para esconder algo; pero usted pudo ir con la balsa hasta el centro del río y tirar ahí las pruebas del crimen».

—No sabía que el río fuera tan ancho en esta parte —dije—. Me gustaría navegar un poco. Supongo que por aquí se podrá alquilar algún barquito.

—Supongo —dijo con indiferencia—. Un juego muy sedentario para mi gusto, ese de estar acurrucado con una cuerda en la mano.

—Me gustaría llevarle algún día con viento fuerte. No le parecería tan «sedentario».

He visto todo lo que quería ver. El hierro viejo del vertedero es, en realidad, hierro viejo. Un espectáculo desagradable, y estoy seguro de haber visto una rata

que salía de allí, cuando volvíamos: con la basura y la humedad, aquello debe de parecerles el cielo. De regreso al garaje, nos encontramos con Harrison Carfax. Mencione, al pasar, que me gustaría navegar un poco, y me dijo que su hijo tenía un barco de doce pies de eslora, y que estaba seguro de que me lo prestaría, porque él lo usaba solamente los domingos. Sería un buen cambio de ambiente poder salir de cuando en cuando por el río. Podría enseñarle a Phil a manejar el barco.

### *7 de agosto*

Esta tarde casi mato a George Rattery. Estuve muy cerca. Me siento completamente exhausto. Ninguna emoción. Solamente un doloroso vacío donde debería estar la emoción, como si fuera yo, y no él, quien se hubiera salvado; no, salvado no, una suspensión momentánea de la ejecución: nada más que eso. Fue todo tan simple y tan infantil —mi oportunidad y su escapatoria—. ¿Llegaré a tener otra oportunidad semejante? Ya es medianoche pasada, y no he hecho más que recordar una y otra vez lo sucedido; tal vez escribiéndolo pueda quitármelo de la cabeza, y conseguir un poco de sueño.

Lena, Violeta, George, Phil y yo, hemos salido esta tarde a pasear en el coche por los Costwodls.

Íbamos a contemplar un poco los paisajes del lado de Bibury, y a tomar el té al aire libre. George me mostró el pueblo de Bibury como si fuera propiedad suya, mientras yo procuraba comportarme como si no hubiera estado allí cien veces.

Nos detuvimos sobre el puente contemplando las truchas, que parecían tan gordas y orgullosas como el mismo George; luego seguimos en el coche subiendo por los cerros.

Lena estaba sentada atrás, con Phil y conmigo; últimamente ha estado muy afectuosa, y cuando bajamos me dio el brazo y caminó apretada contra mí. Yo no sé si fue esto lo que encendió la ira de George. El hecho es que algo la encendió, porque una vez que hubimos extendido unas mantas en el extremo de un bosque, mientras Violeta sugería que encendiéramos una fogata para alejar los mosquitos, empezó a desarrollarse una escena infame.

Primero, George protestó porque tuvo que ir a buscar ramitas. Lena empezó a bromear, diciendo que un poco de trabajo manual mejoraría su silueta; esto no le sentó nada bien.

George, evidentemente furioso, llamó a Phil diciéndole que ya que había sido boy-scout en la escuela, podía demostrarnos cómo se encendía una hoguera. George estaba de pie junto a él, amonestándole y gritando, mientras el infeliz muchacho, sin saber qué hacer con las ramas, gastaba montones de fósforos y se quedaba sin pulmones tratando de avivar el fuego.



Su cara enrojeció; sus manos empezaron a temblar lastimosamente. George se estaba comportando de un modo abominable.

Después de un rato, Violeta intervino; lo que fue echar aceite a las llamas. George le gritó que si ella había pedido el fuego, para qué diablos intervenía ahora, y que solamente un retrasado mental como Phil era incapaz de encender fuego. Esto fue demasiado para Phil —este ataque insensato a su madre—; se levantó y le dijo a George en la cara:

—¿Por qué no lo enciendes tú, si sabes tanto? —El pequeño desafío acabó en un murmullo. Phil no tuvo el coraje necesario para llevarlo a término. Pero George lo había oído. Le dio un golpe que le tiró al suelo. La escena era indescriptible, horrible. Por una parte, George incitaba al niño a la rebelión, y luego le maltrataba.

Yo estaba furioso conmigo mismo por no haber intervenido antes. Me levanté: estaba decidido a decirle a George lo que pensaba de él (lo cual, de paso, hubiera arruinado todo mi plan). Pero Lena intervino, y dijo textualmente, como si nada hubiera ocurrido:

—Id vosotros dos y mirad el paisaje. El té estará listo dentro de cinco minutos. Ve, George querido.

Le miró con una de sus más acariciantes miradas, y él se fue conmigo, como un cordero.

Sí, fuimos a ver el paisaje: era un paisaje espléndido, pero casi lo primero que vi cuando rodeamos el bosque, fuera de la vista de los demás, fue un abrupto declive, de unos treinta metros, una cantera abandonada. Es largo describirlo, pero todo pasó en menos de treinta segundos. Me había alejado un poco de George, pues quería mirar una orquídea. Cuando llegué me encontré en el borde mismo de la cantera. Allí estaba la orquídea, la caída vertical a mis pies, los cerros rodeándonos, deliciosos con sus pastos y el trébol; y allí estaba George, curvando sus labios gruesos debajo del bigote, envenenando para Violeta y el pobrecito Phil el aire de la tarde; el hombre que había matado a Martie.

Vi todo esto, y la cueva de conejos al borde, simultáneamente. Ya sabía con exactitud cómo destruir a George. Le llamé para que echara un vistazo desde allí. Empezó a acercarse. Le enseñaría la moledora que estaba en el fondo de la cantera, debajo de nosotros. Él estaría en el mismo borde. Entonces yo empezaría a caminar. Pero al dar el primer paso, metería el pie en la cueva de conejos, y caería pesadamente contra las piernas de George; él se precipitaría barranca abajo: la altura y el peso se encargarían del resto.

Era un asesinato perfecto; no importaba que alguien nos viera: yo no tenía el propósito de ocultar que había tropezado y caído contra George; pero como nadie sabía que yo tenía un motivo para matarle, nadie sospecharía que no hubiera sido un accidente.

George estaba ahora apenas a unos cuatro metros de distancia.

—Bueno, ¿qué hay? —dijo, caminando siempre hacia mí.

Entonces cometí un error fatal, aunque no podía saber que era un error. Me sentí como embravecido y le dije, casi desafiándole a que se acercara.

—Hay una cantera muy alta. Un verdadero precipicio. Venga y mire.

Se paró en seco y dijo:

—No, no es para mí; gracias, amigo; nunca he podido soportar la altura, la cabeza no me da para tanto; tengo vértigo, o lo que sea.

Ahora debo empezar de nuevo.

### *10 de agosto*

Anoche hubo una fiesta en casa de Rattery. Ocurrieron dos pequeños incidentes, reveladores del carácter de George, si puede usarse la palabra «reveladores» para un carácter tan evidente.

Después de la comida. Lena hizo una o dos pruebas. Luego jugamos a un juego singularmente erótico, denominado «Sardinas». Una persona debe elegir, para esconderse, un lugar estrecho. Si alguien la encuentra, se desliza a su lado, y así sucesivamente, hasta originar una confusión que es una mezcla entre el Hueco Negro de Calcuta y una orgía babilónica. Bueno, la primera vez que jugamos se escondió Rhoda Carfax. La encontré en seguida, en un armario lleno de escobas.

Estaba bastante oscuro, y mientras me sentaba a su lado me susurró:

—Pero, George, ¡qué extraño que me hayas encontrado tan rápidamente! Debo ser magnética.

Adiviné, por la manera irónica con que lo dijo, que ya le había dicho dónde encontrarla. Tomó mi brazo y lo puso alrededor de su cintura; reclinó la cabeza en mi hombro, y descubrió que había cometido una horrible equivocación. Sin embargo, la soportó dignamente y no trató de hacerme quitar el brazo de su cintura. En ese momento entró alguien, a tientas, pisándome los pies pesadamente, y se deslizó al otro lado de la señora Carfax.

—¡Hola! ¿Eres Rhoda, no? —murmuró.

—Sí.

—¿Así que George te encontró primero?

—No es George; es el señor Lane.

El hombre que había entrado después de mí era James Carfax. Es interesante que haya supuesto que yo era George; debe de ser uno de esos maridos complacientes. George llegó el tercero; no creo que estuviera muy contento de encontrar tanta gente. Por lo menos, después de otro partido de «sardinas», dijo que debíamos jugar a otra cosa (es el tipo de hombre que quiere estar cambiando todo el tiempo, aunque sea en los juegos de salón). Y empezó a organizar un juego excesivamente salvaje y estrepitoso, que consistía en arrodillarse en un

círculo y tirarse almohadones. Eligió un almohadón bastante duro, y suscitó un gran alboroto, rugiendo de alegría. En un momento dado, me tiró el almohadón con toda su fuerza contra la cara. Me caí de lado; me había acertado en un ojo y estuve ciego por un momento. George emitió uno de sus rugidos de risa vacua.

—¡Lo derribó como un rayo, lo derribó! —aulló.

—Eres un estúpido —dijo Lena—. ¿Para qué quieres sacarle los ojos a la gente? El eslabón perdido, presumiendo.

George me golpeó la espalda con atención burlona, diciéndome:

—¡Pobre amigo Pussy! Discúlpeme, amigo. No he querido ofenderle.

Yo estaba furioso, especialmente porque utilizaba aquel sobrenombre ridículo delante de la gente. Le dije con rabia:

—No es nada, rata, no es nada, amigo. No sabe la fuerza que tiene, eso es todo.

No le gustó nada. Así aprenderá a guardar para sí su lengua grosera y torpe. Me inclino a creer que está celoso de mí y de Lena. No sé. Tal vez esté solamente perplejo; no puede comprender qué hay entre nosotros.

## *11 de agosto*

Hoy Lena me pidió que me quedara en casa de los Rattery hasta fin de mes. Le dije que temía que a George no le entusiasmara gran cosa el proyecto.

—¡Oh, no le importa!

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado —Luego me miró seriamente, y dijo—: Querido, no debes preocuparte. Hace tiempo que he terminado con George.

—¿Quieres decir que hubo algo entre ustedes?

—Sí —confesó—. Yo era su amante. Ahora, haz tu equipaje y vete a tu casa, si lo prefieres.

Lloraba, casi. Traté de consolarla. Después de un momento, me dijo:

—¿Vendrás entonces, no?

Dije:

—Sí, si no le importa a George.

No sé si fue una estupidez de mi parte; pero es bastante difícil resistirse a Lena. Tendré que guardar mi diario bien escondido; pero es muy cómodo vivir en el lugar del hecho: cuesta poco hablar de accidentes, pero es arduo, cuando llega el momento, organizar el tipo apropiado de accidente para George. Por ejemplo, no sé de coches lo suficiente como para atreverme a hurgarle el suyo. Me están vedados los accidentes mecánicos. Quizá el vivir en su casa me proporcione la inspiración necesaria. Dicen que pueden suceder accidentes aun en las familias más respetables, y nadie puede dar ese nombre a la familia Rattery. Además, será muy agradable estar con Lena, viviendo en la misma

casa; aunque espero que no me reblandezca; no quiero que haya lugar ahora en mi corazón para el amor. Estoy solo, y quiero seguir solo.

*12 de agosto*

Una bonita tarde en el río, con el *dinghy* del joven Carfax. Como sospeché la última vez que lo saqué (aunque no había viento suficiente para probarlo), se desvía un poco a sotavento; debe ser difícil de manejar en un día de ráfagas fuertes. Pronto llevaré a Phil; tiene muchas ganas de acompañarme, pero no hago más que retrasar la salida, quizá porque en este mismo mes estaría enseñando a Martie como se maneja un barco, si... Razón de más para salir con Phil; quiero que todo me lo recuerde.

Hoy me pregunté cómo puedo seguir día tras día viendo a George, odiándole con cada fibra de mi cuerpo tan amarga y encarnizadamente que casi me asombra la plácida expresión de mi cara, cuando la encuentro en un espejo; odiándole así, en cuerpo y alma, y sin embargo, tratándole correctamente; sin esfuerzo por dominarme o por disimular, sin impaciencia por acabar. No es que tema las consecuencias; tampoco desespero de encontrar el método adecuado. Y, no obstante, me doy cuenta de que trato de retrasar el cumplimiento de mi obligación.

Creo que ésta es la explicación: así como se entretiene el amante, no por timidez, sino para prolongar la dulce anticipación del cumplimiento del amor, así el hombre que odia desea saborear su venganza antes de realizar el acto por el que ésta será consumada. Parece muy rebuscado, tanto que no me atrevo a decirlo a nadie sino a mi fantástico confesor, mi diario. Pero estoy convencido de que es la verdad: esto puede hacerme pasar por una criatura neurótica, anormal, un sádico perfecto; sin embargo, corresponde tan exactamente a mis sensaciones ante George, que no dudo de que es la explicación adecuada.

¿No explica esto, además, la larga « indecisión » de Hamlet? No sé si algún erudito habrá sugerido que ella se debe al deseo de prolongar la anticipación de la venganza, de apurar gota a gota el dulce, peligroso y jamás empalagoso néctar del odio. Creo que no. Sería una ironía por mi parte escribir un ensayo sobre Hamlet, donde propusiera esta teoría, después de acabar con George. ¡Por Dios, no me faltan ganas de hacerlo! Hamlet no era un neurótico vacilante, tímido e indeciso. Era un hombre con un talento especial para el odio, capaz de convertirlo en un arte. Mientras le creíamos vacilante, absorbía hasta la última gota el cuerpo de su enemigo; la muerte final del rey no fue más que el acto de arrojar a un lado una piel vacía: la piel de un fruto consumido y seco.

*14 de agosto*

¡Hablando de ironías trágicas! Esta noche surgió en la mesa una conversación extraordinaria. No sé cómo empezó, ni por quién; pero llegó a ser un discurso sobre el derecho de matar. Creo que empezamos hablando de la eutanasia. ¿Debían los médicos, en los casos incurables, tratar de prolongar la vida?

—¡Los médicos! —exclamó la anciana señora Rattery, con su voz pesada, plúmbea—. Ladrones, todos ladrones. Charlatanes. No les tengo ninguna confianza. Recuerden a ese tipo de la India, ¿cómo se llamaba?, que descuartizó a su mujer y escondió los pedazos bajo un puente.

—¿Buck Ruxton, madre? —dijo George—. Ése fue un caso extraño.

La señora Rattery cloqueó roncamente. Me pareció que entre ella y George pasaba una mirada de complicidad. Violeta se ruborizó. Fue un momento difícil. Violeta dijo tímidamente:

—Yo creo que si una persona está desahuciada, habría que permitir a los médicos que le eviten más dolores. ¿No cree usted, señor Lane? Después de todo, lo hacemos con los animales.

—¿Los médicos? ¡Bah! —dijo la anciana señora Rattery—. Nunca he estado un solo día enferma en mi vida. La mitad es imaginación (George rió un poco), y te diré, George, sería mejor que terminaras con todos esos tónicos tuyos. ¡Un animal grande y sano como tú, pagando a un médico para que le dé frascos con agua coloreada! ¡Y lo que valen! No sé qué pasa con esta generación. Un montón de hipocondríacos.

—¿Qué es un hipocondríaco? —preguntó Phil. Supongo que todos nos habíamos olvidado de su presencia. Acababa de ser admitido a la sobremesa de la noche.

Advertí que George tenía en la punta de la lengua alguna observación aplastante, y me apresuré a contestar:

—Una persona a quien le gusta suponer que está enferma cuando no lo está.

Phil pareció desconcertado. Supongo que no comprendía que a nadie le pudiera interesar tener dolor de estómago. La conversación siguió un rato al azar; ni George ni su madre escuchan lo que los demás dicen; siguen su propia línea de ideas, si pueden llamarse ideas. Me sentí bastante irritado por este opresivo método de conversación y, con malevolencia, dije suavemente, a toda la mesa:

—Pero dejando aparte los incurables físicos o mentales, ¿qué podemos decir del incurable social, la persona que hace desgraciada la vida de todos y de cada uno de los que la rodean? ¿No le parece justificado matar a una persona así?

Hubo un interesante momento de silencio. Luego varias personas empezaron a hablar a la vez.

—Me parece que se están poniendo todos morbosos —dijo Violeta, agitada, en tono de dueña de casa y con histeria mal disimulada.

—¡Oh!, pero piensen cuántos serían; quiero decir, por dónde habría que empezar —dijo Lena, mirándose muy largamente, como si me viera por

primera vez. ¿O ha sido sólo una idea mía?

—Tonterías. Ideas perniciosas —declaró la señora Rattery, francamente escandalizada; quizá la única reacción franca en la reunión.

George no se sintió afectado. Evidentemente, ni siquiera se imaginaba que la flecha disparada al azar iba dirigida contra él.

—Lena, ¡qué hombrecito más sanguinario es tu Felix!, ¿eh? —dijo.

Es típico de la cobardía moral de George no hacer nunca estas observaciones cuando estamos solos; y cuando estamos acompañados las hace oblicuamente, agrediéndome desde detrás de Lena, por decirlo así.

Lena no le hizo caso. Todavía me miraba de una manera perpleja, más bien especulativa, torciendo un poco los rojos labios.

—Pero ¿lo harías realmente, Felix? —preguntó, por fin, con acento sombrío.

—¿Haría qué?

—Destruir una peste social: el tipo de persona que has descrito.

—Como todas las mujeres —intervino George—. Siempre refiriéndose a casos particulares.

—Sí. Lo haría. Esa clase de persona no tiene derecho a vivir —y agregué ligeramente—: Es decir, lo haría si no corriera ningún riesgo.

En este momento, la madre de Rattery entró en acción.

—¿Así que usted es un librepensador, señor Lane? Y ateo también, supongo.

Dije suavemente:

—¡Oh, no, señora! Soy muy convencional. Pero ¿no cree usted que hay circunstancias que justifiquen el asesinato, aparte de la guerra, por supuesto?

—En la guerra es una cuestión de honor. Matar, señor Lane, no es asesinar, cuando se trata del honor.

La vieja dio a luz esas penosas antiguallas de una manera más bien honrosa. Con sus rasgos cargados y su nariz dominante pareció durante un momento una matrona romana.

—¿Del honor? ¿Se refiere a su propio honor, o al de alguna otra persona? —pregunté.

—Me parece mejor, Violeta —interrumpió la señora Rattery, con su estilo más mussolinesco—, que dejemos a los caballeros de sobremesa. Phil, abre la puerta. No te quedas ahí soñando.

Con el oporto, George se puso confidencial. Sería sin duda el alivio de verse libre de aquel tema, morbosos y molesto para una conversación.

—Es una mujer notable, mi madre —dijo—. Nunca olvida que su padre era primo lejano del conde de Evershot. Nunca ha podido acostumbrarse a la idea de que yo me dedicara a los negocios. Pero la necesidad... Perdió su dinero en una quiebra, pobre vieja. Si no fuera por mí estaría ahora en el asilo; mejor no hablar de eso. Por supuesto, hoy los títulos nobiliarios no significan nada. No soy un esnob, gracias a Dios. Uno tiene que estar de acuerdo con su época, ¿no? Pero

hay algo hermoso en el modo con que la vieja se aferra a su orgullo. *Noblesse oblige*, y todo eso. Y ahora que me acuerdo, ¿conoce el cuento del duque y de la criada y tuerta?

—No —dije, tratando de contener las náuseas.

### 15 de agosto

Esta mañana he salido con Phil en el barco. Viento fuerte; más tarde, lluvia. El *dinghy* me ha dado bastante trabajo. Phil no es muy diestro, pero aprende rápidamente y tiene la valentía —la entrega a la extraña fascinación del peligro — de los sensitivos. Además, me ha dicho cómo podía matar a su padre.

Por supuesto ha sido inconscientemente. De boca de los niños, etc. Acababa de tomar el timón, y una ráfaga extraordinariamente fuerte inclinó la borda hasta la superficie del agua: tomó por avante, como le había enseñado, luego me miró, riendo, con los ojos brillantes de alegría.

—Esto es bastante divertido, ¿verdad, Felix?

—Sí. Lo has hecho muy bien. Ahora tendría que verte tu padre. ¡Cuidado! Tienes que mirar siempre por encima del hombro. Si miras a barlovento verás llegar las ráfagas.

Phil se sentía feliz. George le considera, o simula considerarle, un cobarde consumado.

Es notable hasta qué punto el carácter de un muchacho como Phil se modifica por la necesidad de justificarse a sí mismo ante los ojos de un padre antipático, con tal de demostrarle que está equivocado.

—¡Oh, sí! —gritó—. ¿No te parece que podríamos pedirle que viniera un día con nosotros? —Luego su rostro se ensombreció—. No, me había olvidado. No creo que venga. No sabe nadar.

—¿No sabe nadar? —dije.

Esta frase se repetía constantemente en mi pensamiento, gritándome cada vez más y más desde una enorme distancia, y, sin embargo, en el núcleo más secreto de mi ser. Como las voces que uno oye cuando está bajo los efectos de un anestésico; o como el enloquecido golpear de mi corazón, o como un espíritu vengador abriéndose paso a través de su cárcel.

Nada más por esta noche. Tengo que planearlo cuidadosamente; mañana escribiré mi plan. Será simple y mortal. Ya lo veo formándose ante mis ojos.

### 16 de agosto

Sí. Creo que es perfecto. La única dificultad reside en lograr que George me acompañe en el *dinghy*; pero unas burlas bien aplicadas conseguirán el milagro.

Y una vez que esté a bordo del *dinghy* la función habrá terminado.

Tendré que esperar un día ventoso como el de ayer. Supongamos un viento del sudoeste: es el viento que aquí prevalece. Ascenderemos por el río más o menos un kilómetro y luego volveremos a favor del viento; ésa será mi oportunidad: esperaré una ráfaga, y trataré de mantener la dirección. El defecto que lo hace girar a sotavento sin duda hará volcar el barco. *Y George no sabe nadar.*

Primero pensé hacerlo volcar yo mismo, pero generalmente hay pescadores diseminados a lo largo de las orillas, y alguno podría ver el accidente, saber algo de navegación, y hacerme preguntas molestas: por qué un marino experimentado como yo permitió que el barco volcara. ¡Cuánto más convincente si en el momento de zozobrar George estuviera manejando el timón!

Así lo he dispuesto. Cuando empecemos a correr, daré el timón a George, y me ocuparé de la vela mayor y de los foques. Tan pronto como vea aproximarse una ráfaga de viento, diré a George de poner timón arriba: esto hará que el viento quede detrás del gratil de la vela mayor y el botalón se correrá a la derecha, con terrible violencia; la única esperanza de evitar que el barco vuelque será poner timón abajo; pero George no lo sabe, y no tendré tiempo de quitarle el timón antes de que el barco vuelque. Tengo que acordarme de levantar la tabla central en cuanto empecemos a correr: es la cosa más natural, y asegurará por partida doble la volcadura del barco. George se verá arrojado limpiamente al agua; si tengo suerte, golpeado por el botalón. Le será imposible regresar y agarrarse al casco. Tendré que apañármelas para caer debajo de la vela o enredarme con las cuerdas, o algo semejante, de modo que no pueda libertarme para salvar al pobre hombre sino cuando ya sea tarde. Tengo que cuidar también de no estar demasiado cerca de alguno de los pescadores de las orillas cuando giremos.

Será un crimen perfecto, un accidente con todas las de la ley. Lo peor que puede pasar es que el oficial que investigue el caso me amoneste por haber permitido a George que saliera con un viento tan traicionero.

¡El oficial investigador! Por Dios; hay una trampa de la cual me había olvidado. Seguramente habrá de aparecer mi verdadero nombre durante la investigación, y Lena sabrá que soy el padre del niño que George atropello con ella en el coche.

¿Atará cabos y llegará a sospechar que el accidente no fue tan genuino como parecía? Tendré que arreglar esto de una manera u otra. ¿Me querrá lo suficiente como para no delatarlo?

Es un asunto muy sucio emplear a Lena de este modo; pero ¿por qué diablos voy a preocuparme? Lo único que debo recordar es la pobre figurita de Martie, vacilante en medio de la calle, y el cartucho, roto, de caramelos. ¿Qué importan, comparados con esa muerte, los sentimientos de una persona?

Es muy doloroso, en los primeros momentos, ahogarse. Bien. Me alegro. Los



pulmones de George, reventando; la parte de arriba de su cabeza, aullando de dolor; sus manos, tratando vanamente de arrancar del pecho el gigantesco peso del agua.

Espero que entonces se acuerde de Martie. ¿Nadaré hasta él y le gritaré: Martie Cairnes? No. Creo que puedo tranquilamente abandonarle a sus pensamientos de ahogado; ellos me vengarán suficientemente.

*17 de agosto*

Hoy, durante el almuerzo, le he echado el anzuelo a George. Estaban presentes Carfax y su mujer. La manera lastimosa que Violeta trataba de simular que no advertía el mutuo entendimiento entre Rhoda Carfax y George ha aguzado contra él mi ingenio. He dicho que Phil prometía llegar a ser un experto en el manejo del *dinghy*. En la cara de George se pudo ver una lucha entre la vanidad orgullosa y un desagradable escepticismo. Dijo, más bien rezongando, que se alegraba de que su hijo supiera hacer algo; así dejaría de haraganear por el jardín durante las vacaciones, etc., etc.

—Uno de estos días usted también debería probar su destreza —dije.

—¿Salir en esa cáscara de nuez? ¡Aprecio mucho mi pellejo! —rió, un poco demasiado estruendosamente.

—¡Oh!, es muy segura, si eso le preocupa. Es gracioso, sin embargo —proseguí, dirigiéndome a la mesa en pleno—, cómo algunas personas se asustan de un barquito; personas que nunca se han preocupado sobre las probabilidades de que les atropellen al cruzar la calle.

Ante esta broma mía, George bajó un poco la mirada; fue su única demostración. Violeta dijo:

—¡Oh, George *no tiene miedo*, estoy segura! Solamente que...

Era lo peor que podría haber dicho. Ante la idea de que su mujer tomara las armas para defenderlo, George se enfureció. Sin duda, ella estaba a punto de decir que George no sabía nadar; pero él la interrumpió, imitando desagradablemente su voz.

—No, querida, George no tiene miedo. No tiene miedo de un barquito, puedes estar segura.

—Muy bien —dije negligentemente—. Entonces, ¿vendrá usted uno de estos días, no? Estoy seguro de que va a divertirse mucho.

Ya está. Me sentí agitado y casi sin respiración. Todas las demás cosas de la habitación me parecieron difusas y lejanas: Lena conversando con Carfax, los vagos murmullos de Violeta, Rhoda sonriendo ociosamente al rostro de George, la anciana señora Rattery trinchando su pescado con un aspecto de desaprobadón, como si le faltara *pedigree*, y dirigiendo de cuando en cuando

alguna aguda mirada hacia George y Rhoda, por debajo de sus pestañas de invernadero. Tuve que permanecer inmóvil deliberadamente, para descansar mi cuerpo que temblaba como un alambre tenso. Miré por la ventana, hasta que la casa gris y el árbol por ella circundados se perdieron y confundieron en una especie de diseño tembloroso, cambiante y veteado, como las aguas de un río al sol.

Me sentí bruscamente arrancado de ese éxtasis por una voz que parecía venir desde muy lejos. Era Rhoda Carfax, que me decía:

—¿Y qué hace usted durante todo el día, señor Lane, cuando no está instruyendo a la juventud?

Me preparaba para una respuesta, cuando George intervino:

—¡Oh!, se queda sentado arriba, planeando su crimen.

En mis novelas he usado a veces el cliché sobre cómo toda la sangre parece vaciarse bruscamente del corazón de alguien. Nunca comprendí, sin embargo, cuán adecuado era. La frase de George me hizo sentir —y parecer, supongo— como si mi carne hubiera sido desangrada. Le miré absorto, durante un tiempo que me pareció durar horas, con la boca temblando y fuera de control. Sólo cuando Rhoda dijo: « ¡Ah!, usted trabaja en un libro nuevo, ¿no? », comprendí que George se había referido a un crimen literario. ¿O quizá no? ¿Es posible que haya descubierto o sospechado algo? No; temer esto sería ridículo. En ese momento, mi alivio fue tan grande que me sentí agresivo e irritable, furioso con George, por haberme dado semejante susto. Dije:

—Sí, estoy preparando un crimen muy hermoso. Creo que ha de ser mi obra maestra.

—Ciertamente, se lo guarda muy escondido —dijo George—. Puertas bajo llave, labios sellados, y todo eso. Por supuesto, él *dice* que está escribiendo una novela; pero no tenemos ninguna prueba, ¿no? Creo que debería enseñarnos los originales, ¿no te parece, Rhoda? Sólo para que nos cercioremos de que no es un fugitivo de la justicia, o un criminal disfrazado, o algo por el estilo.

—Yo, no...

—Sí, léenos algo después del almuerzo, Felix —dijo Lena—. Nos sentaremos alrededor y gritaremos en coro cuando descende la daga del villano.

Era insoportable. La idea se propagó y avivó como el fuego en un rastrojo.

—Por favor. Sí, usted debe hacerlo.

—Vamos, Felix, sé amable.

Tratando de parecer firme, pero, supongo, con todo el aspecto de una gallina asustada, dije:

—No, no puedo. Lo siento. Odio que alguien vea un manuscrito mío inconcluso. Tengo esa manía.

—No nos arruine la diversión, Felix. Le diré cómo; yo mismo lo leeré, y a que el ruboroso autor es demasiado tímido. Leeré el primer capítulo, y luego

haremos una tómbola acerca de quién es el asesino: un chelín cada uno en el pozo. Supongo que el asesino aparece en el primer capítulo, ¿no? Subo y lo traigo.

—Ni piense en hacerlo —Mi voz parecía cambiada—. Se lo prohíbo. No quiero que nadie hurgue mis manuscritos.

El rostro estúpidamente sonriente de George me enfurecía. Debí de haberle mirado con ostensible odio.

—A usted no le gustaría que alguien hurgara su correspondencia particular, así que puede dejar la mía tranquila, ya que me obliga a ser tan explícito.

George estaba encantado, por supuesto, por haber conseguido que me enfadara.

—¡Ah, conque ésas tenemos! Correspondencia particular. Cartas de amor. ¿Escondiendo su amor entre las matas? —rió estrepitosamente, celebrando su ocurrencia—. Será mejor que tenga cuidado, porque si no, Lena se pondrá celosa. Cuando la provocan es terrible; hablo por experiencia.

Hice un esfuerzo desesperado para mantenerme tranquilo y hablar de una manera negligente.

—No. No son cartas de amor, George. ¡Cómo se nota que esas cosas son su única obsesión! —Algo me hizo seguir—: Pero yo no le leería mi manuscrito, George. Suponga que le introdujera en la historia; sería muy molesto para usted, ¿no es así?

Carfax intervino inesperadamente:

—No creo que se reconociera. Generalmente nadie lo hace. Salvo que fuera el héroe, por supuesto.

Una observación agradablemente ácida. Carfax es un personaje tan indiferente, que no la hubiera esperado de él. La puntilla, no hace falta decirlo, era demasiado fina para que la espesa piel de George pudiera sentirla. Empezamos a hablar de cómo y hasta qué punto los escritores sacan sus personajes de la vida real, y la tormenta pasó. Pero mientras duró fue muy desagradable. Espero, por Dios, no haberme delatado al enfadarme tanto con George. Espero que el lugar donde escondo este diario sea verdaderamente seguro. Dudo que una cerradura y una llave sean capaces de contener a George, si éste se sintiera realmente interesado en el « manuscrito» .

*18 de agosto*

¿Puede usted imaginarse, *hypocrite lecteur*, en situación de poder cometer un crimen impunemente? ¿Un crimen que, tanto si tiene éxito su consumación, su manera de realizarse, como si por alguna desgracia imprevisible, no lo tiene, será considerado, de todos modos, como un accidente, sin la menor sombra de sospecha? ¿Puede imaginarse viviendo, día tras día, en la misma casa que su víctima, un hombre cuya existencia —aparte de lo que ya sabemos acerca de su

especial infamia— es una maldición para cada uno de los que lo rodean y un insulto al Creador? ¿Puede imaginar cuán fácil es vivir con esta detestada criatura? ¿Cuán pronto la familiaridad con la víctima origina el desprecio hacia ella? A veces, quizá, él le mira a usted extrañamente; usted le parece distraído, y le contesta con una sonrisa amable y vacua, distraída, porque en ese mismo momento usted está imaginando, por quincuagésima vez, los movimientos exactos del viento, del timón y de las velas, los movimientos que han de causar su destrucción.

Imagine todo eso, si puede, y luego trate de concebirse detenido, frustrado, impedido, por una pequeña cosa sin importancia. ¿La sutilísima voz de la conciencia? Tal vez lo haya supuesto usted, amable lector; un pensamiento generoso, pero incorrecto. Créame, no siento el menor remordimiento por la supresión de George Rattery. Aunque no hubiera tenido otra razón, me justificaría la manera en que está arruinando e hiriendo la vida de Phil, ese niño encantador; ha matado a un niño maravilloso, no le dejaremos que destruya a otro. No, no es la conciencia lo que me retiene. Ni siquiera mi timidez natural. Es un obstáculo más elemental aún que esto: ni más ni menos que el tiempo.

Aquí estoy, y aquí estaré, no sé cuántos días, silbando para que surja el viento, como un antiguo marino. (Supongo que silbar al viento es un acto de magia simpática, tan viejo como el primer barco de vela; lo mismo que cuando los salvajes golpean sus tambores para atraer la lluvia, o cumplen en los campos sus ritos de fertilidad). No es tan cierto que yo silbe para que venga el viento; hoy el viento soplaba del sudoeste, pero, por desgracia, demasiado, como un huracán. Ésa es la dificultad. Tengo que elegir un día en que haya bastante viento como para hacer girar a un barco mal pilotado, pero no tanto como para que parezca una locura salir con un novicio a bordo. ¿Y cuánto tendré que esperar para conseguir la cantidad exacta de viento? No puedo quedarme aquí para siempre. Aparte de todo lo demás, Lena se está impacientando. A decir verdad, empiezo a descubrir que me aburre un poco. Decirlo es abominable; ella es tan dulce y amorosa; pero últimamente parece haber perdido un poco de su ánimo; está demasiado infantil y apasionada e intensa para mi actual estado de ánimo. Esta tarde me ha dicho: «Felix, ¿no podríamos irnos a alguna otra parte? Estoy cansada de toda esta gente. ¿No quieres?». Estaba muy excitada al decirme lo; no me extraña; para ella no debe ser muy divertido ver todos los días a George, que le recordará la vez que atropellaron a un niño con el coche, hace siete meses. Tuve que conformarla con promesas vagas, por supuesto. No me siento muy inclinado hacia Lena; pero no me atrevería a romper con ella, aun si quisiera ser un sinvergüenza, porque debo tenerla de mi parte cuando surja mi verdadera identidad en el curso de la investigación.

Me gustaría que volviera a ser la muchacha de alta tensión, alegre y fuerte, que era cuando la conocí. Sería tanto más fácil traicionar a esa Lena. Y tarde o

temprano tendrá que saber que ha sido traicionada, utilizada como clave en algún problema mío, aunque nunca llegue a comprender de qué problema se trataba.

*19 de agosto*

Una extraña ilustración marginal del hogar de los Rattery. Pasaba junto a la puerta semiabierta de la sala. Desde adentro se oía el murmullo de un llanto ahogado; quise seguir —uno se acostumbra a esa clase de cosas en esta casa— cuando oí decir a la madre de George, en voz baja, imperiosa, urgente, áspera:

—Vamos, Phil, deja de llorar. Recuerda que eres un Rattery. Tu abuelo murió luchando en Sudáfrica. A su alrededor había un círculo de enemigos muertos. Le cortaron en pedazos. No consiguieron que se rindiera. Recuérdalo. ¿No te avergüenza sollozar cuando...?

—Pero él no debería..., él... no puedo soportar...

—Cuando seas mayor, comprenderás esas cosas. Tal vez tu padre sea un poco irascible, pero no puede haber más de un amo en la casa.

—No me importa lo que digas. Es un déspota. No tiene derecho de tratar así a mamá... Es injusto... Yo...

—¡Cállate, niño! ¡Cállate en seguida! ¿Cómo te atreves a criticar a tu padre?

—Bueno, *tú* lo haces. Ayer oí cómo le decías que era un escándalo su relación con esa mujer y que...

—Basta, Phil. No te atrevas a volver a mencionar tal cosa, ni a mí ni a nadie

—La voz de la señora Rattery parecía el filo de una hoja corroída, mellada. De pronto, en un cambio horrible, se volvió dulce y paciente, y dijo—: Prométeme, jovencito, que olvidarás todo lo que oíste ayer. Eres demasiado joven para turbar tu mente con asuntos de personas mayores. Prométemelo.

—¡No puedo prometer olvidarlo!

—No seas tan sutil, jovencito. Comprendes muy bien lo que quiero decir.

—¡Oh, muy bien! Lo prometo.

—Eso está bien. Ahora, ¿ves la espada de tu abuelo colgada allí en la pared? Tráemela, por favor.

—Pero...

—Haz lo que te digo... Está bien. Dámela ahora. Quiero que hagas una cosa por tu abuelita. Quiero que te arrodilles y sostengas la espada frente a tu pecho y jures que, suceda lo que sucediere, mantendrás el honor de los Rattery y nunca te avergonzarás del nombre que llevas. Suceda lo que sucediere. ¿Comprendes?

No aguanté más. George y la vieja arpía conseguirán que el chico se vuelva loco. Entré en la habitación, diciendo:

—Hola, Phil. ¿Qué haces con esa horrible espada? ¡Por Dios, no la dejes caer, o te cercenará los pies! ¡Ah, señora Rattery, no la había visto! Lo siento mucho, pero tengo que llevarme a Phil; ya es hora de empezar las lecciones.

Phil parpadeó, estupefacto, como un sonámbulo recién despierto; luego miró nerviosamente a su abuela.

—Ven conmigo, Phil —le dije.

Tuvo un estremecimiento y, bruscamente, se deslizó delante de mí, fuera del cuarto. La vieja señora Rattery permaneció sentada, con la espada sobre las rodillas, estúpida y pétrea, como una figura de Epstein. Al salir sentí sus ojos clavados en mi espalda; por nada del mundo me hubiera atrevido a volverme y a encontrar su mirada. Por Dios, me gustaría ahogarla con George. Entonces habría esperanza para Phil.

*20 de agosto*

Es sorprendente la facilidad con que me he acostumbrado a la idea de que, dentro de unos días (si el tiempo lo permite), cometeré un asesinato. No me emociona en lo más mínimo. Sólo siento la esporádica y leve intranquilidad que experimenta una persona normal antes de visitar al dentista. Supongo que cuando se está al borde de una acción semejante, durante largo tiempo estudiada y meditada, nuestra sensibilidad se embota. Es interesante. Me digo: « ¡Pronto seré un asesino! ». Y suena en mis oídos tan natural y desapasionadamente como si me dijera: « Pronto seré padre ».

Hablando de asesinos, esta mañana he tenido una larga conversación con Carfax, cuando he llevado mi coche al taller para que le cambien el aceite. Parece bastante decente: no puedo imaginarme cómo soporta al inaudito George. Es un admirador de las novelas policíacas, y me acribilló con preguntas relativas a su técnica. Discutimos la ciencia dactiloscópica, y los méritos comparados del cianuro, la estricnina y el arsénico, desde el punto de vista del asesino literario. Debo confesar que en esta última asignatura me descubrí bastante flojo: debo seguir un curso de venenos cuando vuelva a mi profesión de escritor. (Me extraña la calma con que admito que volveré a mi profesión cuando termine este pequeño interludio de George. Es como si Wellington se hubiera puesto a jugar con soldaditos de plomo después de Waterloo).

Luego de haber charlado un rato, me dirigí hacia la parte trasera del taller. Mis ojos se encontraron con una escena más bien extraña: George, dándome su enorme espalda y cubriendo casi toda la ventana, se encontraba en la actitud de un hombre que apunta con un arma desde una casa sitiada. Se oyó un ruido: « fub ». Me acerqué a él. Estaba disparando con un rifle de aire comprimido. « Otra rata inmunda —dijo cuando estuve a su lado—. ¡Ah, es usted! Estoy tirando al blanco sobre las ratas del vaciadero. Hemos probado con todo —trampas, veneno, gatos—, pero no disminuyen. Anoche esos bichos inmundos entraron y se comieron un neumático nuevo ».

—¡Qué rifle tan bonito!

—Sí. Se lo regalé a Phil en su último cumpleaños. Le prometí un penique por cada rata que matara. Creo que ayer cazó un montón. ¿Quiere probarlo? Juguemos un chelín. A ver quién mata más ratas en seis tiros.

A continuación tuvo lugar el divertido espectáculo de un asesino y de su futura víctima, conversando amablemente uno al lado de otro y tirando alternativamente a un montón de desperdicios lleno de ratas. Recomiendo esta escena a mis colegas: quedaría muy bien en el primer capítulo de una novela de Dickson Carr; Gladys Mitchell también podría escribirla de modo muy convincente, o Antony Berkeley.

George ganó el chelín. Cada uno mató tres ratas, pero George juró que yo apenas había herido a la última: no quise discutir; al fin y al cabo, ¿qué es un chelín entre amigos?

Hoy ha amainado un poco el viento, pero aún pueden presentarse ráfagas muy fuertes. Lo mejor sería matar a George mañana; generalmente descansa durante la tarde de los sábados, y no hay por qué retrasar el crimen. Es una broma bastante divertida que mi relación con George haya empezado y terminado con un accidente.

*21 de agosto*

Sí, hoy. Esta tarde George saldrá conmigo en el *dinghy*. Es el término de mi largo viaje y el comienzo del suyo. Durante el almuerzo, cuando le he pedido que me acompañara, mi voz pareció bastante natural. No me tiembla la mano, ahora, mientras sostiene el lápiz. Están formándose en el cielo unas nubes blancas; las hojas juegan ruidosamente con el sol. Todo saldrá perfectamente.

Fin del diario de Félix Lane



## SEGUNDA PARTE

### PLAN EN UN RÍO

George Rattery volvió al comedor, donde los otros todavía estaban de sobremesa. Se dirigió al hombre barbudo de cara redonda, que en ese momento tenía un terrón de azúcar en la cucharita y miraba cómo se desmoronaba y desaparecía debajo de la superficie del caliente líquido.

—Escuche, Felix; tengo que hacer un par de cosas todavía. ¿No quiere ir a preparar el barco? Nos encontraremos en el embarcadero dentro de un cuarto de hora.

—Muy bien. No hay prisa.

Lena Lawson dijo:

—¿Has hecho ya tu testamento, George?

—Es lo que justamente iba a hacer, pero no lo he dicho por delicadeza.

—Le cuidará, ¿no es cierto, Felix?—dijo Violeta Rattery.

—No te metas. Violeta, yo sé cuidarme solo. No soy un niño de pecho, ya lo sabes.

—Cualquiera pensaría —dijo suavemente Felix Lane— que George y yo vamos a cruzar el Atlántico en una canoa. No, George ha de vivir aún hasta que le cuelguen, siempre que haga exactamente lo que yo le diga y no se amotine en mitad del río.

Por un momento, George pareció enojado; sus labios se curvaron debajo de sus grandes bigotes; no le agradaba la idea de ser dirigido por nadie.

—Está bien —dijo—. Seré juicioso. No tengo intención de ahogarme, se lo aseguro. Nunca me ha gustado el agua, salvo para echarle whisky. Póngase su gorra de marinero, Felix. Estaré con usted dentro de un cuarto de hora.

Todos se levantaron y salieron del comedor. Diez minutos después, Felix se encontraba dirigiendo el *dinghy* hacia la parte exterior del embarcadero. Con la deliberada minuciosidad del experto, levantó las tablas del fondo, achicó el agua y las volvió a colocar; puso el timón; colocó el foque e izó la driza para ver si corría libremente, antes de dejar la vela sobre las combas y ocuparse de la vela mayor. Sujetó el botalón al palo, enganchó un extremo de la driza al estribo de la



verga, y, coleándose a barlovento, izó la vela. Ésta se sacudía y flameaba con los embates del viento intermitente. La arrió de nuevo, sonriendo distraído, y armó los botiquines y las chumaceras, bajó la tabla central, jugó un momento con las amarras del foque, y se sentó para esperar a George fumando un cigarrillo.

Todo había sido hecho con una cautela minuciosa y deliberada. Sería espantoso que surgiera algún inconveniente antes del momento tan esperado. Junto al embarcadero, el agua se deslizaba gorgoteando. Mirando agua arriba, podía ver el puente y la parte del río frente al vertedero del taller, donde George había seguramente hundido las pruebas condenatorias del accidente. Recordando aquel día, hacía casi ocho meses, cuyo horror surgía ahora destacándose entre la sucesión de días donde a veces había parecido sepultado, su boca se endureció y el cigarrillo le tembló entre los dedos. Ahora se encontraba más allá del bien y del mal; le parecían palabras tan vacías e inconsistentes como la lata y la envoltura de un helado que pasaban junto a él arrastrados por la corriente. Había construido una estructura de pretextos falsos en torno a su verdadero propósito; ahora se había puesto en movimiento, y era demasiado tarde para saltar fuera de ella; se vería arrastrado hacia el fin inevitable tan irremediabilmente como aquellos restos que eran arrastrados por la corriente. Hacia el fin inevitable, de una manera o de otra; por un momento contempló la posibilidad de que su plan fracasara; se sintió bastante fatalista. Como un soldado en la línea de fuego, no veía más allá de la hora presente; al otro lado, todo era irreal, ahogado por el *staccato* unísono de la emoción del momento, los tambores que sonaban en su corazón, el viento que golpeaba intermitente en sus oídos.

Su ensueño fue roto por el ruido de unos pasos sobre el embarcadero. George le miraba desde arriba, una montaña de hombre, las manos en las caderas.

—¡Dios! ¿Debo meterme en esto? ¡Oh, bueno, vamos, que suceda lo que Dios quiera!

—No, allí no. Siéntese en el banco del medio, y quédese al lado de barlovento.

—¿Ni siquiera puedo sentarme donde quiero? Siempre supuse que éste era un juego de tontos.

—Donde le digo es más seguro. Equilibra mejor el barco.

—¿Más seguro? ¡Ah, sí! Muy bien, profesor, salgamos.

Felix Lane izó el foque, luego la vela mayor; se sentó en la popa, y con dos ágiles movimientos fijó el extremo de babor del foque, y lo aseguró con una agarradera corrediza; luego, mientras izaba la vela mayor, el barco agarró el viento y se deslizó fuera del embarcadero. Navegaban libremente, con el viento que soplaba a través de los prados acuáticos por la manga de estribor. Con los pies asegurados sobre la cubierta, agarrándose de la borda con las manos, George Rattery miró cómo el molino pasaba a su lado; nunca lo había visto desde este ángulo; pensó que era un lugar pintoresco, pero que debían trabajar con pérdidas.

Las burbujas murmuraban y bullían en la estela; el agua golpeaba apresuradamente contra las combas. Deslizarse así era apacible, mirando las casas que pasaban con suavidad como sobre una cinta ondulante. El sentimiento de temor de George comenzó a disminuir; le divertía ver cómo Felix se ajeteaba incesantemente con la cuerda y con el timón, mirando todo el tiempo por encima del hombro derecho, simulando que todo aquello era muy difícil. Dijo:

—La navegación siempre me había parecido un poco misteriosa. Pero ahora veo que no es para tanto.

—¡Oh!, *parece* muy fácil. Pero espere a que... —Felix volvió a empezar—.

¿Quiere probar un poco cuando llegemos a aquel remanso?

George rió jovialmente.

—¿Un novato como yo? ¿No teme que tumbé el barco?

—Irá muy bien, siempre que haga exactamente lo que yo le indique. Vea: «timón arriba» es a este lado; «timón abajo» a este otro. Ponga siempre timón abajo cuando sienta que el barco se escora: lo pone en la dirección del viento, y desparrama el viento de las velas. Pero no demasiado bruscamente, porque si no se para en seco, y cuando esto sucede el barco pierde la dirección y usted queda a merced de cualquier racha que le golpee de lado mientras toma el viento de nuevo.

George sonrió; sus dientes eran grandes y blancos. Por un momento pareció una caricatura francesa de algún hombre de Estado inglés, con una mirada de ávida y solemne satisfacción.

—Bueno, me parece tan fácil como hacer pasteles. No puedo imaginarme la razón de tanto alboroto.

Felix sintió una repentina oleada de furia. Tenía ganas de golpear a aquel bulto humano, burlón y satisfecho de sí mismo. Cuando Felix se irritaba mucho, su reacción no era atacar directamente la causa, sino arriesgarse, si estaba en un coche o en un barco; llegaba entonces al borde mismo de la temeridad, y casi siempre aterrorizaba a la otra persona. Ahora, mirando por encima del hombro, notó una ráfaga que corría hacia ellos sobre el agua, y desplazó la vela mayor. El *dinghy* se escoró como si una mano grande como una nube se apoyara sobre el palo. Puso el timón bien abajo. Por la borda de sotavento entró un poco de agua, mientras el *dinghy* giraba hacia el viento y se enderezaba, sacudiéndose la ráfaga como un perro que se sacude el agua del lomo. Cuando sintió el primer tumbó del barco, George balbuceó un juramento. Felix observó con evidente placer que el hombre tenía ahora un definido color verde y que le observaba con una inquietud que ni siquiera trataba de disimular.

—Mira, Lane —comenzó a decir George—; yo preferiría...

Pero Felix, sonriéndole inocentemente y libre ya de su momentánea irritación, con un deleite infantil al notar el buen cariz que su maniobra tomaba, dijo:

—¡Oh, eso no es nada! No tiene por qué inquietarse. Cuando lleguemos al remanso y empecemos las bordadas, estaremos haciéndolo todo el tiempo.

—En ese caso, será mejor que me baje y vaya andando.

George dejó oír una risa corta e inquieta. Pensó: «El mequetrefe quiere asustarme; no debo mostrarme miedoso; además, no tengo miedo».

Al cabo de unos minutos de navegación llegaron a la esclusa. El jardín de la ribera derecha, frente a la casa del vigilante, estaba desbordante de flores —dalias, rosas, malvas, lino rojo— en apretadas hileras, agitadas por el viento, como un ejército en su brillante diversidad de uniformes. El vigilante salió fumando una pipa de barro, y se apoyó de espaldas extendiendo sus brazos contra la gran viga de madera que abría las hojas del azud.

—Buenos días, señor Rattery. No se le ve a menudo por aquí. Bonito día para navegar.

Hicieron entrar al *dinghy* en la esclusa. Abiertas las compuertas, el agua comenzó a salir con un rugido y el barco descendió más y más hasta que el palo sobresalió tan sólo un pie por encima de la esclusa y ellos se encontraron encerrados entre las verdes paredes fangosas. Felix Lane trató de contener su creciente impaciencia; afuera, media milla más allá de la puerta de madera, estaba el último tramo; allí quería llegar pronto, terminar de una vez, comprobar que sus cálculos habían sido correctos. En teoría parecían impecables; pero ¿llegado el momento? Suponiendo, por ejemplo, que George supiera nadar... El agua golpeaba y bramaba a través de las compuertas, como un rebaño salvaje, abriéndose camino a través de una empalizada; pero para Felix era como si goteara lenta y débilmente, el hilo tenue de un reloj de arena. El agua de la esclusa debía de estar ya al nivel exterior de la corriente; pero aquel maldito George todavía estaba hablando a gritos con el vigilante, prolongando la agonía de Felix. Parecía, casi, como si quisiera postergar la suya.

Felix pensó: «¡Dios!, ¿cuánto tiempo aún? A este paso estaremos aquí todo el día; el viento puede amainar antes de que lleguemos al remanso». Miró disimuladamente al cielo. Todavía pasaban las nubes, surgiendo del horizonte y deslizándose hacia el confín opuesto. Observó minuciosamente a George: el pelo negro que cubría el dorso de sus manos, el lunar del antebrazo, la curva de su codo derecho mientras sostenía frente a los labios un cigarrillo. En ese momento, George no tenía para él más sentido emocional que el cadáver que uno está a punto de embalsamar; George era tan sólo un cuerpo con el cual había que hacer determinadas cosas; la aguda impaciencia de Felix le había llevado más allá del odio; sólo había lugar en él para la impaciencia: la sensación de una periferia girando locamente, y en el centro una paz inefable y profundamente tranquila.

El bramido del agua se había transformado en un gorgoteo. Las compuertas empezaron a abrirse, mostrando una perspectiva de río y de cielo que aumentaba gradualmente.

—Van a tener viento fuerte cuando estén en el recodo del río —les gritó el vigilante mientras el bote comenzaba a alejarse.

George Rattery le contestó a gritos:

—¡Hemos tenido un ventarrón del diablo por el camino! ¡El señor Lane hizo todo lo que pudo para que nos fuéramos al agua!

—No tenga miedo del señor Lane. Es muy diestro para manejar un barco. Con él está bastante seguro.

—Bueno, mejor saberlo —dijo George, mirando a Felix con indiferencia.

El barco se deslizó indolentemente, dócil como una oveja. No era fácil imaginarse aún al caballo caprichoso, artero y difícil de dominar en que se transformaría cuando sintiera todo el embate del viento. Aquí estaba protegido por las altas márgenes del lado de estribor. George encendió otro cigarrillo, maldiciendo con petulancia, a media voz, cuando el viento le apagó el primer fósforo. Dijo:

—Bastante despacio, ¿no es cierto? —Felix no se molestó en contestar. ¿Así que también George siente que el barco se mueve demasiado lentamente? De nuevo se encendió en él la impaciencia, para abatirse luego como banderas en un día ventoso. Los sauces de la ribera arrastraban y flameaban sus cabelleras al viento, pero aquí la brisa sólo bañaba suavemente su frente. Recordó a Tessa, y a Martie, y pensó sin aprensión en el dudoso porvenir. Los sauces, al agitar sus hojas plateadas, le recordaron a Lena; pero ella parecía estar muy lejos de aquel barco que llevaba a los dos hombres hacia una crisis en cuya preparación ya había representado su papel.

Se acercaban ahora al recodo del río. George miraba de cuando en cuando a su compañero y hacía algún ademán de hablar; pero había algo en la intensa preocupación de Felix, capaz de abrirse paso aun a través de la insensibilidad de George, y de obligarle al silencio. Felix tenía una extraña y desacostumbrada autoridad mientras dirigía el barco. George lo reconoció con un vago sentimiento de petulancia, pero las emociones que luchaban en su mente fueron pronto dispersadas por la violencia del viento sudoeste que se lanzó sobre ellos mientras tomaban la curva. Frente a ellos el río estaba oscuro y tormentoso; se formaban continuas olitas sobre su superficie, a veces hondamente surcada por una ráfaga más violenta. El viento que soplab a lo largo del remanso luchaba contra la corriente, levantando olas abruptas que se sacudían y golpeaban contra los costados del barco. Felix, sentado en la misma borda del *dinghy*, apoyando con fuerza los pies sobre el banco lateral opuesto, ceñía por el lado de estribor. El *dinghy*, con su costumbre de escapar al viento, se sumergía y pateaba como un caballo indómito debajo de Felix, mientras éste luchaba con la vela mayor y el timón para mantenerlo frente al viento. Mirando continuamente por encima del hombro, calculaba la fuerza y la dirección de cada ráfaga que venía hacia él, rasgando su camino sobre la superficie. En un intervalo, pensó sardónicamente

que sería una lástima que una de estas ráfagas hiciera volcar antes del momento esperado, por ahora, todas sus energías estaban dedicadas a preservar la vida del hombre cuya huella había estado siguiendo cuidadosamente durante tantos días.

Puso el timón arriba. Mientras la proa trataba de abrirse paso hacia el viento, dejó ir la cuerda de estribor del foque; el viento se apoderó de él y lo sacudió ferozmente de lado a lado, como un perro que sacude un enorme trapo; se sintió una salvaje confusión de ruido y de movimiento: la popa, deslizándose al girar, hizo bullir el agua, y varias olitas fueron a golpear la cercana orilla próxima. El barco se adelantaba lentamente sobre la borda de babor; una ráfaga lo dobló hacia el costado, pero Felix había puesto ya el timón abajo y lo forzaba a avanzar hacia el viento; estaba erguido de nuevo, con un cansado estremecimiento de la vela hacia el lado de la nueva borda. George, inclinándose desesperadamente hacia barlovento, había advertido el peligroso vuelco del *dinghy* y oído cómo silbaba el agua junto a la borda de sotavento. Apretó los dientes, decidido a no demostrar su miedo a aquel hombrecito barbudo que silbaba mientras luchaba con el viento, amo por el momento, pero cuyo pescuezo podía romper como una ramita en cualquier instante.

Felix, en verdad, estaba tan absorto en controlar su indócil barco, que ni se acordaba de pensar en George. Era vagamente consciente del delicioso poder que ejercía sobre aquel matón vulgar y presuntuoso; se divertía con el mal disimulado terror del hombre, pero ahora sólo como una pequeña parte de su lucha habitual con el viento y el agua. Otra parte de su mente recordaba la posada blanquinegra que se veía allá lejos, en la orilla opuesta; el cacharro abandonado y roto que yacía frente a ella al lado del embarcadero; los pescadores contemplando sus barcas en un éxtasis místico que no llegaban a turbar las viradas y los giros del *dinghy* mientras tejía su zigzag de ribera a ribera. « Si yo quisiera —pensó—, podría ahogar ahora a George, y ninguno de esos pescadores lo advertiría » .

En ese instante oyeron un estrépito; mirando hacia atrás, Felix vio asomar por la curva dos lanchas a motor, por el través, y cada una remolcando un par de lanchones. Calculó con la vista la distancia. Estarían a unos doscientos metros más atrás y le alcanzarían en su tercera bordada a partir de ésta. Él podía, mientras pasaban, hacer unas bordadas cortas entre las orillas y la hilera de lanchones más próxima; pero si así lo hacía, corría el peligro de ser momentáneamente dejado sin viento al ser ocultado por los cascos, y de quedar a merced de la próxima ráfaga; y también el peligro del golpe de agua desviándole de su camino, y la amenaza del cable tenso que unía los lanchones. La alternativa era girar cuando hubieran pasado. Sus cálculos fueron interrumpidos por George, que se despejó la garganta y dijo:

—¿Qué hacemos ahora? ¿Se acercan bastante, no?

—¡Oh, habrá suficiente lugar! —agregó Felix, maliciosamente—. Los barcos

a motor deben dar paso a los barcos a vela, ¿sabe?

—¿Dar paso? No veo que nos den paso. ¡Caramba, creen que son los dueños del río! ¡Venirse de dos en fondo! Es un escándalo. Les tomaré el número y me quejaré a los propietarios.

George incubaba sin duda un ataque de nervios que pronto no podría contener. Verdaderamente, las dos grandes lanchas a motor se les venían encima, y parecían terribles, con sus bigotes de espuma ondulando a los costados. Pero Felix tomó con toda calma otra bordada, y empezó a cruzar el río unos treinta metros frente a las lanchas. George se frotaba la cara con una mano, acercándose furtivamente a Felix, mirándole absorto con sus ojos cada vez más abiertos. De pronto, empezó a gritar:

—¿Qué va a hacer? ¡Tenga cuidado! No puede...

Pero sus palabras fueron cortadas y ahogadas repentinamente por el estruendo de la sirena de una de las lanchas, que parecía hacerse eco de la creciente histeria de la voz de George. Al ver la ridícula angustia de su rostro, Felix pensó súbitamente que aquél era el momento apropiado para representar un accidente *impromptu*. El terror de George, aunque le inspiraba desprecio, al mismo tiempo le incitaba. Pero rechazó la tentación de alterar su plan primitivo. Sabía que era el mejor; para estar doblemente seguro, mejor unirse al plan y no aventurarse en improvisaciones. Pero no había inconveniente en dar otro susto a George.

Las lanchas estaban ahora a unos veinte metros, encerrando al *dinghy* contra la ribera. Felix tenía poco sitio para maniobrar. Cambió de rumbo, y la dirección del *dinghy* empezó a converger y a acercarse a la de la lancha más próxima. Se dio cuenta, vagamente, de que George se había aferrado a su pierna y le estaba gritando en los oídos: « ¡Si chocamos con la lancha, pedazo de estúpido, no pienso soltarle! ». Felix puso el timón arriba y arrió la vela, de modo que el barco giró, con el botalón sobre la borda de babor, mientras la monstruosa proa de la lancha pasaba casi rozándolo, con ocho metros apenas de separación. El *dinghy* fue arrastrado a favor del viento, y George, en un estado de furia incontrolable, se levantó tambaleándose y agitó sus puños en dirección al hombre impasible de la cubierta, gritándole toda clase de imprecaciones. Un joven, sentado más hacia la popa, miró con indiferencia sus gesticulaciones. Luego el *dinghy* fue embestido por la estela de la lancha, y George perdió el equilibrio, cayendo sobre las tablas del fondo.

—Yo de usted no me volvería a poner de pie —dijo suavemente Felix Lane—.

—La próxima vez podría caerse del barco.

—¡Al diablo esos...! ¡Que el diablo se los lleve! Les...

—¡Oh, cálmese! No había el menor peligro —Felix prosiguió tranquilamente—.

—Lo mismo sucedió el otro día cuando salí con Phil. Pero él no se asustó.

El lanchón siguiente pasó a su lado, una embarcación de hierro, larga y baja,

con la palabra «inflamable» escrita a lo largo de la cubierta. Parecía verdaderamente que Felix tuviera la intención de inflamar a su compañero. Mientras hacía girar de nuevo al *dinghy* sobre la borda de babor, brincando sobre la estela ondulante de las lanchas, observó fría y distintamente:

—Nunca he visto a una persona mayor que se pusiera tan en ridículo.

Hacía seguramente mucho tiempo que nadie se dirigía de esta manera a George. Se enderezó, miró incrédulamente a Felix, como dudando de sus oídos; un fuego peligroso brilló en sus ojos. Pero después de unos minutos se le ocurrió seguramente otra idea, porque se encogió de hombros y se volvió con una sonrisa artera y misteriosa. Ahora era Felix Lane quien parecía cada vez más y más nervioso, jugando distraidamente con el aparejo y dirigiendo inciertas miradas hacia su compañero, mientras George, desplazando su corpulencia de un lado a otro del barco, a medida que se sucedían las bordadas, comenzaba a silbar y a hacer algunas observaciones aisladas y chistosas.

—Empiezo a divertirme —dijo.

—Bueno. ¿Quiere coger un rato el timón? —La voz de Felix era seca, tensa, casi repentina. Era mucho lo que dependía de la contestación a esa pregunta. Pero George no pareció encontrar nada anormal.

—Cuando usted quiera —contestó descuidadamente.

Una sombra, una expresión que podría haber sido traducida como ambigüedad, consternación u oscura ironía, iba y venía por la cara de Felix. Cuando habló, su voz era apenas un murmullo y, sin embargo, había en ella una nota de desafío que no podía ser disimulada.

—Hace bien. Seguiremos hasta un poco más adelante, y luego daremos vuelta y usted puede timonear.

Lo estaba retrasando, se dijo a sí mismo: «Débil de voluntad, postergas la crisis, tu última esperanza. No hay otro remedio: si hay que actuar, cuanto antes mejor. Ahora, a otra cosa: me gustaría saber qué utiliza aquel pescador como carnada; mi caña también tiene carnada; una carnada lista para George Rattery».

Se habían invertido ahora las posiciones. Felix se hallaba en un estado de nervios lamentable, no ya ajetreándose, sino con todo el cuerpo rígido por el sufrimiento; George había recuperado su tono jocoso, su brutal actitud de orgullo y petulancia; o por lo menos, así habría parecido a uno de esos observadores omniscientes y ubicuos de Thomas Hardy, si hubiera asistido a esta extraña excursión. Felix notó que el lugar que había elegido para la acción —un grupo de olmos en la orilla derecha— quedaba ahora a popa. Apretando los dientes, siempre esperando inconscientemente la llegada de las ráfagas del lado de babor, hizo girar al *dinghy* en una amplia curva. El agua arremolinada gorgoteó sardónicamente. No se atrevió a encontrar los ojos de George, mientras le decía con voz abrupta y agitada:

—Ahí tiene. Coja el timón. Mantenga la amarra de la vela hacia fuera, como está ahora. Yo iré hasta la punta y levantaré la tabla central; corre mejor así, menos resistencia al agua.

Mientras hablaba, tuvo la extraña impresión de que el viento había amainado, de que todo se había sosegado para oír mejor sus palabras decisivas y esperar sus consecuencias. La naturaleza parecía contener su respiración, y su propia voz sonaba sobre la calma como un desafío gritado desde una atalaya en el desierto. Luego comenzó a percibir que este silencio extraordinario no provenía del viento y del agua, sino que emanaba, como una niebla helada, de George. La tabla central, pensó; dije que iría hacia adelante para levantarla. Pero permaneció sentado en la popa, como clavado por los ojos de George, que parecían perforarle. Se esforzó por levantar la vista y encontrarlos. El cuerpo de George daba la impresión de haberse hinchado y acercado horriblemente, como un ser de pesadilla; pero sólo se había corrido tranquilamente hacia la popa y estaba sentado a su lado. En sus ojos se veía una expresión no disimulada de astuto triunfo. George dijo suavemente, lamiéndose los gruesos labios:

—Muy bien, hombrecito. Córrase y cogerá el timón —Su voz se hizo más baja, como un afilado murmullo—. Pero le daré un consejo: nada de esas bromas que ha estado planeando.

—¿Bromas? —dijo Felix apagadamente—. ¿Qué quiere decir?

La voz de George se elevó en una ráfaga de rabia explosiva.

—¡Usted sabe muy bien lo que quiero decir, inmundo monigote asesino! —rugió. Luego, de nuevo tranquilamente, dijo—: Hoy he enviado su precioso diario a mis abogados, por correo; eso es lo que he tenido que hacer después del almuerzo, cuando le he enviado a preparar el barco. Tienen orden de abrirlo en el caso de mi muerte, y tomar las medidas necesarias. Sería sumamente triste para usted que yo me ahogara durante el paseo. ¿No es cierto?

Felix había desviado la cara. Tragó con dificultad, y trató de hablar, pero no encontró palabras. Los nudillos de sus manos parecían muy blancos sobre el timón.

—¿Ha perdido su pequeña lengua mentirosa? —George prosiguió—. Y sus uñas también. Sí, parece que le hemos arrancado las uñas definitivamente al pobre Pussy. Se creía muy superior, ¿no? Mucho más listo que todos nosotros. Bueno, se ha pasado de listo.

—¿Hace falta ponerse tan melodramático? —murmuró Felix.

—Si empieza a ser maleducado, hombrecito, le romperé la mandíbula. En realidad, me parece que voy a rompérsela de todos modos —dijo George, peligrosamente.

—¿Y pilotar el barco usted solo, de regreso? —George le miró amenazante. Luego, sonrió.

—Sí, es una idea. Creo que voy a dirigir el barco por mis propios medios. De



todos modos, siempre me queda tiempo de romperle la mandíbula cuando lleguemos a tierra firme, ¿eh?

Empujó a Felix hacia un costado, y cogió el timón. El barco se zambulló y empezó a correr con el viento, las orillas pasaron volando a los costados. Felix, sosteniendo todavía la cuerda de la vela y observando automáticamente la relinga por un posible movimiento peligroso, parecía hundido en una especie de apatía.

—Bueno, ¿por qué no empieza a hacer algo pronto? Estamos a mitad de camino de la esclusa. ¿O ha decidido, después de todo, no ahogarme? —Felix levantó un hombro con un pequeño ademán—. ¿No? Lo suponía. Ha perdido el coraje, ¿no? Quiere salvar su maldito gaznate. Me imaginé que no tendría la valentía de ir hasta el final y de aceptar las consecuencias. Confié en ello. Bastante buen psicólogo, ¿no?... Bueno, no hable, hablaré yo.

Y pasó a explicar, entre otras cosas, cómo las observaciones de Felix, un día, mientras almorzaban, le habían despertado su curiosidad acerca de la «novela policíaca» que estaba escribiendo; por eso había subido a la habitación de los invitados una tarde en que Felix había salido, y descubierto el escondite, y leído el diario. Había tenido antes vagas sospechas acerca de Felix, y el diario comprobó que eran fundadas.

—Ahora —concluyó— le tengo a usted en la cuerda floja. De ahora en adelante tendrá que portarse bien, Pussy; deberá cuidar mucho, mucho, sus pasos.

—No puede hacer nada —dijo Felix sombríamente.

—¡Oh! ¿Conque no puedo? No sé gran cosa de nuestra posición legal; pero ese diario suyo le provocaría muy probablemente un veredicto de tentativa de homicidio.

Cada vez que George pronunciaba la palabra diario, se detenía, luego la escupía con furia, como si se le hubiera pegado a la garganta. No había apreciado sin duda el análisis de su carácter que dicho diario contenía. El silencio apagado de Felix parecía enfurecerle: empezó de nuevo a insultar a su compañero, no violentamente como antes, sino en términos incrédulos, quejosos y escandalizados, casi como si estuviera quejándose de la radio de un vecino que le impidiera dormir de noche,

Mientras George se preparaba progresivamente para otra explosión de virtuosa indignación, Felix le cortó en seco:

—Bueno, ¿qué piensa hacer?

—Tengo bastantes ganas de entregar su diario a la policía. Eso es lo que debería hacer. Pero por supuesto sería muy desagradable para Lena y... todos los demás. Es posible que me decida a venderle el diario a usted. Tiene bastante dinero, ¿no? ¿No quiere hacer una oferta por él? Tiene que ser una oferta generosa.

—No sea estúpido —observó Felix, inesperadamente.

George dio un respingo y miró incrédulamente a su compañero.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué diablos quiere decir con...?

—He dicho «no sea estúpido». Usted sabe muy bien que no puede entregar mi diario a la policía...

George le dirigió una mirada cautelosa y calculadora. Hundido en la popa, el brazo rígido sobre el banco, Felix miraba atentamente la vela. George siguió la dirección de su mirada, persuadido por un momento de que podía surgir de la vela, curva e hinchada, alguna sorpresa. Felix continuó:

—Por la importante razón de que usted no quiere que la policía le persiga por una acusación de homicidio.

George parpadeó. Su gruesa cara se cubrió de sangre. Increíblemente, en el ardor del triunfo sobre su pequeño y peligroso adversario, en el tumultuoso alivio que había sentido al comprobar que ya había pasado el peligro físico, en la deliciosa expectativa de todo lo que podía hacer con el dinero de la venta del diario, había pasado por alto su contenido: la peligrosa información que Felix poseía. Sus dedos se crisparon; le dolían de ganas de rodear el cuello de su compañero, de hundirse en sus ojos, machacando y destrozando al pequeño intrigante que parecía haberse librado de una situación difícil; que le había devuelto el golpe.

—Usted no puede probar nada de lo que afirma —dijo amenazadoramente. La voz de Felix era indiferente:

—Usted mató a Martie, usted mató a mi hijo. No tengo la menor intención de comprarle mi diario. No creo que sea necesario fomentar los chantajes. Entréguelo a la policía, si quiere. Aplican sentencias bastante largas por homicidio casual, ¿sabe? Usted no está en condiciones de ocultar lo que ha hecho; y aunque pudiera hacerlo, Lena no podría. No, es un empate, amigo mío.

En las sienes de George sobresalían las venas. Sus puños apretados empezaron a levantarse. Felix dijo rápidamente:

—Yo trataría más bien de quedarme quieto, porque, si no, podría producirse un accidente auténtico. Un poco de control no le vendría mal.

George Rattery explotó en un torrente de injurias, que despertó de su éxtasis a uno de los pescadores de las orillas. «Debe de haberle picado una avispa —pensó—. Mal año para las avispas; dicen que el otro día uno de los jugadores del equipo del condado fue picado mientras estaba pateando; el otro no parece preocuparse mucho; me gustaría saber qué gusto puede tener en recorrer el río arriba y para abajo en un barquito. A mí que me den una lancha a motor bien cómoda, con un cajón de cerveza en la cabina».

—¡Usted se irá de mi casa y no volverá más! —seguía gritando George—. Si vuelvo a verle otra vez, enano, le haré mermelada. Le...

—¿Y mi equipaje? —dijo Felix, blandamente—. Tengo que volver para hacer

mis maletas.

—Usted no cruza más mis umbrales, ¿me oye? Lena puede hacerle las maletas —Por la cara de George pasó una expresión de astucia—. Lena... Me gustaría saber qué dirá cuando sepa que no ha sido más que un medio para llegar hasta mí.

—Será mejor que no la mezcle en esto —Felix sonrió amargamente para sí mismo, molesto por haberse dejado infectar por la actitud melodramática de George. Se sentía cansado, lastimado. Gracias a Dios llegarían dentro de un minuto a la esclusa y allí podría dejar a George en tierra. Puso el timón abajo y arrió la vela mientras se acercaban a la curva. El botalón cayó a estribor; el barco se desvió y zambulló; puso el timón bien arriba y volvió a su dirección. La parte que en él ejecutaba estos movimientos era real, todo el resto era un sueño. Podía ver a babor las flores apretadas y brillantes en el jardín del vigilante. Se sintió melancólico y solitario. Lena... No se atrevía a pensar en el futuro. Se lo habían quitado de las manos de manera inesperada.

—Sí —decía George—, ya me encargaré de que Lena sepa qué especie de puerco es usted. Eso hará que todo termine entre ustedes.

—No se lo diga demasiado pronto —dijo cansadamente Felix— porque podría negarse a hacer mis maletas. Entonces tendría que hacerlas usted mismo, y eso sería terrible, ¿no? Víctima providencialmente salvada arregla la maleta del asesino frustrado.

—No sé cómo puede quedarse ahí sentado y bromear. ¿No comprende...?

—Muy bien, muy bien. Los dos nos hemos pasado de listos. Dejémoslo así. Usted mató a Martíe, y yo no he conseguido matarle a usted; por suerte usted me gana por puntos.

—¡Oh, por Dios, cálese, monstruo sin sangre! No puedo soportar más su cara. Déjeme salir de este maldito barco.

—Muy bien. Aquí está la esclusa. Usted se baja aquí. Córrase, tengo que arriar la vela. Puede mandar mis cosas al Angler's Arms. ¿No quiere que firme en su libro de visitas?

George abrió la boca para dejar escapar la rabia que de nuevo hervía en él; pero Felix, mostrándole al vigilante que se aproximaba, dijo:

—No delante de los sirvientes, George.

—¿Han tenido un buen paseo, caballeros? —preguntó el vigilante—. ¡Ah!, ¿usted se baja aquí, señor Rattery?

Pero George Rattery ya había saltado fuera del bote y pasado al lado del hombre, y se alejaba rápidamente sin decir una palabra, a través del jardín, cuidado y floreciente, con su enorme cuerpo que se abalanzaba despiadadamente sobre las flores, como un tanque, caminando en su ciega furia por encima de los canteros y aplastando el lino rojo con los pies.

El vigilante le miró con la boca abierta. La pipa de barro cayó de sus labios y

se estrelló sobre el muelle de piedra.

—¡Oiga! ¡Eh, señor! —dijo por fin con una voz incierta y herida—. ¡Cuidado con mis flores, señor!

Pero George no le hizo caso. Felix contempló sus anchas espaldas alejándose hacia la ciudad, y la línea que sus pies habían cortado a través de las atónitas y lucientes flores. Fue lo último que vio de George Rattery.



### TERCERA PARTE EL CUERPO DEL DELITO

#### 1

Nigel Strangeways estaba sentado en un sillón, en el apartamento que había alquilado después de su matrimonio con Georgia, hacía dos años. Por la ventana podía admirar la dignidad precisa y clásica de una de las pocas manzanas del Londres del siglo XVII, no entregadas aún a los innecesarios negocios de lujo y a las portentosas casas de apartamentos para amantes de millonarios. Sobre las rodillas de Nigel yacía un enorme almohadón rojo, y sobre el almohadón, un libro abierto; a su lado estaba el excesivamente complicado y fastuoso atril de lectura que Georgia le había regalado para su cumpleaños. Georgia se encontraba en este momento paseando por el parque, y por eso él podía volver a su antigua costumbre de leer cómodamente con su almohadón.

Pronto, sin embargo, tiró al suelo libro y almohadón. Se sentía demasiado cansado para interesarse. El extraño caso de la colección de mariposas del almirante, que acababa de llevar hacia una feliz aunque complicada solución, le había dejado exhausto y deprimido. Bostezó, se levantó, vagó un poco por la habitación, hizo una mueca al idolo de madera que estaba sobre la chimenea, y que Georgia había traído de África; cogió del escritorio unas hojas de papel y un lápiz, y se hundió de nuevo en el sillón.

Georgia, al entrar veinte minutos después le encontró sumido en el trabajo.

—¿Qué estás escribiendo?—preguntó.

—Estoy componiendo un catecismo de Conocimientos Generales. *Favete linguis.*

—¿Eso quiere decir que debo quedarme tranquilamente sentada hasta que acabes? ¿O quieres que me acerque y respire sobre tu hombro?

—Prefiero la primera alternativa. Estoy sosteniendo un *tête-a-tête* con mi subconsciente. Es muy reconfortante.

—¿Puedo fumar?

—Por favor, como si estuvieras en tu casa.

Después de unos minutos, Nigel le entregó una hoja de papel.  
—Me gustaría saber cuántas preguntas puedes contestar —dijo.  
Georgia tomó la hoja y leyó en voz alta:

1. ¿Dónde vive actualmente Kubla-Kahn?
2. ¿Quién o qué era el « ama-seca húmeda de los leones » ?
3. ¿En qué sentido eran los Siete Sabios?
4. ¿Qué sabe acerca del señor Bangelstein? ¿Qué no sabe acerca de Bion el Borysthenita?
5. ¿Ha escrito usted alguna vez una carta a la prensa relativa a los juncos quebradizos? ¿Por qué?
6. ¿Quién es Sylvia?
7. ¿Cuántos pájaros en mano valen ciento veinticinco volando?
8. ¿Cuál es la tercera persona del plural del pluscuamperfecto de Einstein?
9. ¿Cuál fue el segundo nombre de Julio César?
10. ¿Qué cosa no es soplar y hacer botellas?
11. Decir los nombres de las dos primeras personas que sostuvieron un duelo con arcabuces en globo.
12. Dar razones explicando por qué las personas siguientes no sostuvieron duelos en globo con arcabuces: Pablo y Virginia; Más y Pi; Catón el Joven y Catón el Viejo; usted y yo.
13. Decir la diferencia entre el ministro de Agricultura y un Club de Pesca.
14. ¿Cuántos pies hay que buscar a un gato de siete vidas?
15. ¿Dónde están los muchachos de entonces? Ilustrar la contestación con un croquis aproximado.
16. ¿Cuán pronto se va el placer?
17. « Sólo los tontos como yo hacen poemas ». Refutar esta declaración, aunque no es obligatorio.
18. ¿Cree usted en las hadas?
19. ¿Qué célebres deportistas hicieron las siguientes declaraciones?:
  - a) « Lo volvería a cortar en tiras » .
  - b) « *Qualis artifex pereo* » .
  - c) « Volverán las oscuras golondrinas » .
  - d) « En mi vida me sentí tan ofendido » .
  - e) « Ya no abriré la boca » .
20. Decir la diferencia entre Mozart y el jabón Sunlight.
21. ¿Qué prefiere usted: la Cosmo-terapia o la Descongelación de Valores?
22. ¿En cuántos idiomas se ha impreso la sopa de letras?

Georgia hizo una mueca con la nariz.

—Haber recibido los beneficios de una educación clásica debe ser terrible — dijo sombríamente.

—Sí.

—Te hacen falta unas vacaciones, ¿no?

—Sí.

—Podríamos irnos unos meses al Tíbet.

—Prefiero Hove. No me gusta la leche de yak, ni las tierras lejanas, ni las llamas.

—No hay llamas. Son llamas.

—Es lo que yo quería decir. Llamas.

Sonó el teléfono. Georgia se levantó para contestar. Nigel observó sus movimientos; su cuerpo era ágil y ligero como el de un gato; nunca dejaba de gustarle; estar con ella en la misma habitación bastaba para reconfortarle; y su triste y pensativa carita de mono contrastaba extrañamente con la enorme gracia de su cuerpo, siempre envuelto en rojos flameantes, amarillos y verdes vivísimos.

« Habla Georgia Strangeways... ¡Ah!, ¿es usted, Michael? ¿Cómo le va? ¿Qué tal Oxford?... Sí, está aquí... ¿Un trabajo? No, Michael, no puede... No, está agotado, un caso difícil... No, realmente, está un poco mal de la cabeza... Acaba de preguntarme qué diferencia hay entre Mozart y el jabón Sunlight, y... Sí, ya sé que no viene al caso, pero estamos a punto de tomarnos unas vacaciones, así que... ¿Un caso de vida o muerte? Querido Michael, ¡qué frases extrañas aprende por ahí! ¡Oh, muy bien, le hablará él mismo!» .

Georgia le entregó el auricular. Nigel sostuvo una larga conversación. Cuando terminó, tomó a Georgia por debajo de los brazos y la hizo girar por los aires.

—Supongo que toda esta efervescencia significa que alguien ha matado a alguien, y que has decidido meter la nariz en el asunto —dijo ella, cuando él la hubo dejado sobre una silla.

—Sí —dijo Nigel con entusiasmo—. Una situación sumamente extraña. Te lo aseguro. Un amigo de Michael, un hombre llamado Frank Cairnes; parece que es el Felix Lane que escribe novelas policíacas, se decidió a matar a un tipo, y fracasó, y ahora han matado de veras al tipo, con estricnina. Este Cairnes quiere que yo vaya y pruebe que no ha sido él.

—No creo una sola palabra. Son cuentos. Oye, si insistes, te acompañaré a Hove. No estás en situación de ocuparte de otro asunto. Debes descansar y no ocuparte de nada.

—Debo hacerlo. Michael dice que Cairnes es una persona decente, y está en una situación sumamente difícil. Por otra parte, Gloucestershire nos vendría bien para un cambio de aires.

—No puede ser muy decente si quería matar a alguien. Déjalo. Olvídalo.

—Se encuentra en una situación desesperada. El individuo había atropellado al hijo de Cairnes y le había matado. La policía no lo descubrió; entonces Cairnes le buscó por su cuenta y...

—Es demasiado fantástico. Esas cosas no suceden. Cairnes debe estar loco. ¿Y qué necesidad tenía de contar toda la historia si ya han matado al otro?

—Michael me dijo que había escrito un diario. Te lo contaré todo en el tren. Severnbridge. ¿Dónde está la guía?

Georgia le miró largamente, pensativa, curvando el labio inferior. Luego se volvió, abrió un cajón del escritorio, y empezó a buscar algo entre las páginas de la guía.

## 2

La primera impresión que Nigel tuvo del hombre, bajo y barbudo, que se adelantó a recibirle en el vestíbulo del Angler's Arms, fue la de una persona singularmente serena ante la desastrosa situación en que se encontraba. Les dio rápidamente la mano, mirándoles intermitentemente con una sonrisa débil y melancólica, con una sugerencia de estar disculpándose en la manera de levantar las cejas, como si les pidiera perdón por haberles hecho venir desde tan lejos por un motivo tan fútil. Hablaron un rato.

—Es muy amable de su parte el haber venido —dijo Felix—. Mi posición es verdaderamente...

—Será mejor que esperemos hasta después de la comida para hablar de este asunto. Mi mujer está un poco fatigada por el viaje. La acompañaré hasta arriba.

Georgia, cuyo organismo prodigiosamente resistente había soportado la prueba de tantas largas expediciones a través del desierto y de la selva (ella era, en realidad, una de las tres exploradoras más famosas de esos tiempos), no movió ni una pestaña ante la escandalosa mentira de Nigel. Sólo cuando estuvieron en su habitación se volvió hacia él y le dijo:

—Así que estoy cansada, ¿no? Me pareció muy bien, sobre todo si lo dice un hombre que está al borde de un derrumbamiento físico y nervioso. ¿Por qué toda esta solicitud hacia tu débil mujercita?

Nigel tomó entre sus manos la cara de Georgia, vívida bajo el brillante pañuelo de seda con que cubría su cabello; frotó suavemente sus orejas, y las besó.

—No conviene dar a Cairnes la impresión de que eres tan fuerte. Debes de ser una mujer muy femenina: una criatura amable, blanda y dócil, en quien él pueda confiar.

—¡El famoso Strangeways entra en escena! —dijo burlonamente—. ¡Qué espíritu desagradablemente oportunista! Pero no veo qué necesidad hay de



mezclarme en esto.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Nigel.

—Diría que es inteligente. Bastante civilizado. Bastante nervioso. Vive demasiado solo; se nota por el modo que tiene de mirar a lo lejos cuando habla, como si estuviera acostumbrado a hablar consigo mismo. Una persona de gustos delicados y costumbres de solterona. Le gusta creer que se basta a sí mismo, que puede prescindir de la gente; pero en realidad es muy sensible a la *vox populi*, a la voz de la conciencia. Ahora es un manojo de nervios, y por eso cuesta juzgarle.

—¿Te pareció nervioso? A mí me pareció muy sereno.

—No, querido. Está de pie en el filo de una navaja. ¿No notaste sus ojos cuando decaía la conversación y no había nada que le distrajese? Se llenaba de terror. Una vez vi una persona en ese estado, cuando nos alejamos del campamento, allá junto a las Montañas de la Luna, y estuvimos perdidos una hora en la selva.

—Si Robert Young llevara barba se parecería a Cairnes. Espero, después de todo, que no haya cometido este crimen; es un hombrecito bastante simpático. ¿Estás segura de que no te gustaría descansar un poco antes de la comida?

—No, caramba. Y te diré que no pienso poner ni la punta de mi dedo meñique en este asunto. Conozco tus métodos, y no me gustan.

—Apostaría cinco contra tres a que dentro de unos días estarás metida hasta el fondo; tienes la mentalidad sensacionalista que...

—Aceptado.

Después de la comida, tal como había dispuesto, Nigel subió al cuarto de Felix. Felix estudió cuidadosamente a su huésped mientras servía el café y le ofrecía cigarrillos. Vio a un joven alto y atlético, de poco más de treinta años, con las ropas y el pelo descuidados y como si acabaran de arrancarle de un sueño inquieto en la sala de espera de una estación. Su cara estaba pálida y un poco demacrada, pero sus facciones algo pueriles contrastaban con la inteligencia de sus ojos azules, que le miraban con perturbadora fijeza y daban la impresión de reservar su juicio sobre todas las cosas de la tierra. Había también algo en los modales de Nigel Strangeways —educados, solícitos, casi protectores— que pareció por un momento a Felix indescriptiblemente siniestro. Pensó que podría haber sido la actitud de un hombre de ciencia hacia el sujeto de un experimento, interesada y solícita, pero inhumanamente objetiva bajo la superficie. Nigel era ese tipo de hombre tan poco común, que no tiene la menor dificultad en admitir que a veces está equivocado.

Felix se asombró un poco cuando se dio cuenta de todo lo que había adivinado ya en su huésped; comprendió que el peligro de su posición actual había aguzado sus facultades. Dijo, con una sonrisa un poco lateral:

—¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?

—San Pablo, si recuerdo bien. Será mejor que me lo cuente todo.

Entonces Felix le contó lo esencial de la historia, como lo había escrito en su diario: la muerte de Martie, su preocupación creciente y su decisión de vengarse, la combinación de razonamiento y de afortunado azar que le permitió descubrir a George Rattery, su plan de ahogar a George en el *dinghy* y cómo se habían invertido los papeles en el último momento. En este punto, Nigel, que había permanecido tranquilamente sentado, mirándose la punta de los zapatos, le interrumpió:

—¿Por qué él no le dijo antes que lo había descubierto todo?

—Lo ignoro —dijo Felix después de un instante—. Quizá para jugar al gato y al ratón. Era un tipo evidentemente sádico. En parte, tal vez, para cerciorarse de que yo iría hasta el fin. Quiero decir que no le hubiera gustado poner las cartas sobre la mesa, porque eso hubiera hecho posible una acusación de homicidio en la persona de Martie. Sin embargo, no sé: cuando estábamos en el barco trató de chantajearme: dijo que me vendería el diario. Pareció muy desconcertado cuando le expliqué que no le convenía entregarlo a la policía.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Bueno, me vine aquí directamente, al Angler's Arms. George tenía que mandarme el equipaje. Naturalmente, se había negado a que yo volviera a su casa. (Entre paréntesis, todo esto sucedió ayer). A eso de las diez y media. Lena me llamó por teléfono para avisarme de que George había muerto. Puede imaginarse la impresión que esto me produjo. Se había encontrado mal después de la comida. Lena me describió los síntomas; me parecieron justamente los de la estricnina. Fui de inmediato a casa de Rattery; estaba el médico; lo confirmé. Me vi perdido. Allí estaba mi diario, en manos de sus abogados, para ser abierto en el momento de su muerte; la policía conocería mi intención de matar a George; y ahí estaba George asesinado: un caso muy sencillo para ellos.

La rígida postura del cuerpo de Felix y la ansiedad de sus ojos contradecían su tono de voz tranquilo y casi indiferente.

—Tuve ganas de tirarme al río —dijo—. Parecía no haber solución. Luego recordé que Michael Evans me había contado que usted le había sacado de un lío semejante; por eso le llamé por teléfono y le pedí que me comunicara con usted. Y aquí estamos.

—¿Todavía no ha contado a la policía lo del diario?

—No. Esperaba hasta que...

—Hay que hacerlo en seguida. Lo haré yo mismo.

—Sí. Por favor, si usted no tiene inconveniente. Yo más bien...

—Y esto debe quedar establecido —Nigel miró los ojos de Felix, seria e impersonalmente—. De lo que me ha contado, deduzco que es bastante improbable que usted haya matado a George Rattery, y haré todo lo que pueda para probar que no fue usted. Pero, por supuesto, si por una casualidad ha sido

usted, y mis investigaciones me convencen de ello, no haré nada para ocultarlo.

—Eso parece bastante razonable —dijo Felix, con la tentativa de una sonrisa—. He escrito tanto sobre detectives ficticios, que me interesará mucho ver cómo trabaja uno en la realidad. ¡Oh, Dios mío, es horrible! —prosiguió con una voz muy diferente—. Debo de haber estado loco durante estos seis meses. Martie... Continuamente me pregunto si yo hubiera sido capaz de arrojar a George al río y de dejarle ahogar; si no...

—No se preocupe. No lo ha hecho; eso es lo que interesa. No hay que llorar por cosas del pasado.

La voz fría y seca, pero amistosa, de Nigel era más efectiva a la hora de darle ánimos que cualquier otro tipo de simpatía.

—Tiene razón —dijo—. A pesar de que no me sentiría arrepentido si hubiera matado a George; era, decididamente, un verdadero cerdo.

—De paso —preguntó Nigel—, ¿cómo sabe que no ha sido un suicidio?

Felix pareció desconcertado.

—¿Suicidio? No se me había ocurrido; quiero decir, siempre pensé en George desde el... hum... punto de vista del asesinato, y no me había pasado por la mente la idea de un suicidio. No, no puede ser; era una persona demasiado insensible y satisfecha de sí misma para... Por otra parte, ¿por qué iba a suicidarse?

—¿Quién cree usted que puede haber sido? ¿Hay algún candidato local?

—Mi querido Strangeways —dijo Felix, intranquilo—; no puede usted pedir al acusado principal que empiece a echar barro sobre todos o cualquiera de los demás.

—Aquí no valen las reglas de Queensberry. No puede ser excesivamente caballeresco: éste es un juego demasiado serio.

—En ese caso, le diré que cualquiera que tuviera algo que ver con George era en potencia su asesino. Trataba indescriptiblemente mal a su mujer y a su hijo Phil; le gustaban las mujeres. La única persona a quien no trataba mal y a quien no podía corromper era a su madre, y es una arpía verdaderamente horrorosa. ¿Quiere que le cuente todo lo relativo a esas personas?

—No. Todavía no, por lo menos. Quiero recibir yo mismo la primera impresión, personalmente. Bueno, creo que por esta noche ya basta. Salgamos; vamos a hablar un poco con mi mujer.

—¡Ah!, fíjese, hay una cosa. Ese niño, Phil: es un niño muy simpático, de doce años apenas; hay que sacarlo de la casa, si es posible. Es sumamente nervioso, y este asunto podría ser demasiado para él. No quiero pedírselo yo mismo a Violeta, teniendo en cuenta lo que dentro de poco ha de saber acerca de mí. Yo pensé que tal vez su mujer...

—Tal vez podamos arreglar algo de eso. Hablaré mañana con la señora Rattery.

A la mañana siguiente, cuando Nigel llegó a casa de los Rattery, encontró un policía apoyado contra el portal y mirando flemáticamente, a través de la calle, hacia un acalorado automovilista que estaba tratando de desenredar su coche y sacarlo de la casi desierta zona de aparcamiento que había frente a la casa.

—Buenos días —saludó Nigel—. ¿Es ésta...?

—Es patético. Verdaderamente patético, ¿no es cierto, señor? —dijo inesperadamente el policía.

Nigel tardó unos segundos en comprender que el hombre no se refería a lo que había ocurrido en la casa, sino a las confusas maniobras del automovilista. Severnbridge confirmaba ya su antigua reputación de honesta y firme estolidez. El gendarme indicó la zona de aparcamiento con el pulgar.

—Hace cinco minutos que está así —dijo—; me parece patético.

Nigel admitió que la situación presentaba algunos elementos patéticos. Luego preguntó si podía entrar, ya que tenía que hablar con la señora Rattery.

—¿La señora Rattery?

—Sí. Ésta es su casa, ¿no?

—Es cierto. ¡Qué terrible tragedia!, ¿verdad, señor? Era uno de nuestros hombres más representativos. ¡Pensar que el jueves pasado me dio los buenos días, y ahora...!

—Sí, una tragedia terrible, como usted dice. Por eso quiero ver a la señora Rattery.

—¿Amigo de familia? —preguntó el agente, apoyado todavía pesadamente sobre el portón.

—Bueno, no justamente; pero...

—Uno de esos periodistas. Lo había adivinado. Tendrá que esperar un poco todavía, hijo mío —dijo el gendarme, con un abrupto cambio de tono—. Órdenes del inspector Blount. Por eso estoy aquí.

—¿El inspector Blount? ¡Ah, es un viejo amigo mío!

—Todos dicen lo mismo —La voz del gendarme era lúgubre, aunque tolerante.

—Dígale que se trata de Nigel Strangeways; no, déle esta tarjeta. Le apuesto siete contra uno que me recibe en seguida.

—No hago apuestas. No me parece bien. Es un juego de tontos, y no me importa decirlo. Claro que no me pierdo el Derby; pero siempre digo...

Después de otros cinco minutos de resistencia pasiva, el gendarme accedió a llevar al inspector Blount la tarjeta de Nigel. « ¡Qué rápido han recurrido a Scotland Yard —pensó Nigel—, qué casualidad toparme con Blount! ». Recordó con encontrados sentimientos su última entrevista con aquel escocés de rostro blando y de corazón de granito; Nigel había sido el Perseo de la Andrómeda de

Georgia, y Blount estuvo muy cerca de representar el papel de monstruo marino; fue también en Chatcombe donde aquel legendario aviador, Fergus O'Brien, ofreció a Nigel el problema más complicado de su carrera.

Cuando Nigel fue introducido en la casa por un gendarme algo menos conversador, vio a Blount —como mejor lo recordaba Nigel— sentado detrás de un escritorio, como una imitación perfecta de un gerente de banco a punto de recibir a un cliente que ha girado un cheque sin fondos. La cabeza calva, gafas de montura de oro, el rostro terso, el discreto traje oscuro, respiraban dinero, tacto, respetabilidad. No se parecía en nada al implacable cazador de criminales que Nigel tan bien conocía. Por suerte, tenía cierto sentido del humor, de un tipo más bien seco.

—Es un placer inesperado, señor Strangeways —dijo, levantándose y extendiendo su mano pontifical—. Y su señora esposa, ¿está bien?

—Sí, gracias. Ha venido conmigo. Toda la familia reunida. ¿Diré, más bien, todos los cuervos reunidos?

El inspector Blount se permitió parpadear, pero de una manera seca y helada.

—¿Cuervos? ¿Supongo, señor Strangeways, que no pensará mezclarse otra vez en un crimen?

—Me parece que sí.

—Bueno, bueno, ¡vaya una casualidad! Y estará a punto de proporcionarme alguna inesperada sorpresa. Lo veo escrito en su cara.

Nigel no se impacientó. Nunca desdeñaba un poco de ostentación; pero cuando se sabía poseedor de un golpe de efecto, le gustaba prepararlo.

—¿Así que éste es un crimen? —dijo—. Asesinato, quiero decir, no uno de esos suicidios baratos.

—Los suicidas —observó Blount, un poco sentenciosamente— no suelen tragarse la botella junto con el veneno.

—¿Quiere decir que el vehículo del crimen, o como se llame, ha desaparecido? Será mejor que me lo cuente todo, si no le molesta. No sé todavía una palabra acerca de la muerte de George Rattery, salvo que una persona que paraba aquí, Felix Lane, cuyo verdadero nombre es Frank Cairnes, y que, como usted ya sabe, aquí todos le llaman «Felix», y creo mejor que le llamemos Felix Cairnes en adelante... Como decía, esta persona quería matar a George Rattery; pero según él fracasó, y algún otro debe haber ocupado su puesto.

El inspector Blount recibió esta bomba con un aplomo digno de la experiencia. Con gran minuciosidad se quitó las gafas, limpió los cristales y se las volvió a colocar sobre la nariz. Luego dijo:

—¿Felix Cairnes? Sí..., sí... El hombrecito barbudo. Escribe novelas policíacas, ¿verdad? Muy interesante.

Miró a Nigel con amable indulgencia.

—¿Por qué no establecemos las condiciones del partido? —preguntó Nigel.

—¿Usted, eh... eh, representa al señor Cairnes?

El inspector Blount se movía delicada, pero firmemente.

—Sí. Salvo que compruebe que es el culpable, por supuesto.

—Ya veo. Y usted cree que es inocente. Será mejor que ponga de una vez las cartas sobre la mesa.

Nigel resumió la confesión de Felix. Cuando llegó al plan de Felix para ahogar a George Rattery, Blount, por primera vez, no pudo ocultar su agitación.

—Los abogados del muerto acaban de llamar. Dijeron que tenían en su poder algo que nos interesaría. Sin duda debe de ser el diario que usted menciona. Lo cual perjudicará enormemente a su... cliente, señor Strangeways.

—No lo sabremos hasta haberlo leído. No estoy muy seguro de que no le salve.

—Bueno, lo envían con un mensajero especial, así que lo sabremos bastante pronto.

—No discutiré hasta entonces. Ahora, cuénteme un cuento.

El inspector Blount cogió una regla de encima del escritorio, y observó la corrección del filo cerrando un ojo. Luego se sentó rígidamente, y habló con notable precisión.

—George Rattery fue envenenado con estricnina. No puedo decir nada más sobre esto hasta después de la autopsia, que terminará a mediodía. Él, la señora Rattery, Lena Lawson, la anciana señora Rattery, su madre, su hijo Philip —un niño— comieron juntos. Todos comieron las mismas cosas. El finado y su madre tomaron whisky en la comida; los demás, agua. Ningún otro se sintió enfermo. Se levantaron de la mesa a las ocho y cuarto, primero las mujeres y el niño; después de un minuto el finado. Con la excepción del niño, todos se fueron a la sala. Después de diez o quince minutos, George Rattery sintió unos dolores violentísimos. Las mujeres, ¡pobres!, no supieron qué hacer; le dieron un vomitivo a base de mostaza, lo cual agravó el ataque; los síntomas, por supuesto, son horribles. El médico de la casa había salido a causa de un accidente de automóvil; cuando consiguieron otro era muy tarde. El doctor Clarkson llegó poco antes de las diez —había asistido a un parto—, y le aplicó el acostumbrado tratamiento de cloroformo; pero Rattery ya estaba perdido. Murió cinco o diez minutos después. No le molestaré con más detalles; me he cerciorado personalmente de que el veneno no fue administrado en lo que comieron o bebieron durante la cena. Los síntomas del envenenamiento por estricnina rara vez tardan más de una hora en presentarse; como todos se habían sentado a comer a las siete y cuarto, Rattery no pudo haber tomado el veneno antes de la comida. Queda el intervalo de un minuto entre el momento en que los demás salieron del comedor y el momento en que Rattery llegó a la sala.

—¿Café? ¿Oporto? No, claro que no estaba en el oporto. Nadie se bebe el oporto de golpe, y la estricnina tiene un gusto tan amargo que cualquiera la

hubiera escupido en seguida, salvo que esperara encontrar un gusto amargo.

—Exactamente. Y la familia no tomó café la noche del sábado; la criada había roto la cafetera.

—Parece suicidio, entonces —El rostro del inspector Blount demostró un poco de impaciencia.

—Mi querido señor Strangeways —dijo—, un suicida no se envenena y luego se va a la sala, en el seno de su familia, para que todos puedan estudiar el efecto del tóxico. En segundo lugar, Colesby no pudo descubrir *cómo* lo había tomado.

—¿Habían lavado ya la vajilla?

—La platería y la cristalería; pero no toda la vajilla. Tal vez Colesby, el encargado de esta comisaría, ha podido haber pasado por alto alguna cosa: yo no pude llegar hasta esta mañana temprano; pero...

—¿Sabe que Cairnes no volvió a la casa después de haberla dejado, temprano, por la tarde?

—¿Cierto? ¿Tiene pruebas?

—Bueno, no —dijo Nigel, algo desconcertado—. No, no las tengo por el momento. Me dijo que, después de la pelea del *dinghy*, Rattery le prohibió volver aquí, ni siquiera para hacer las maletas. De todos modos, es fácil de averiguar.

—Tal vez —dijo Blount, precavidamente. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio—. Yo creo, sí..., creo que podríamos dar otro vistazo al comedor.

#### 4

Era una habitación pesada y oscura, abarrotada de muebles victorianos de nogal —mesa, sillas y un alto aparador—, indudablemente concebidos para un cuarto mucho más grande, y que creaban una especie de ambiente congestionado y de conversación aburrida.

Este gusto recargado continuaba en las pesadas cortinas de felpa, el empapelado rojo oscuro, desteñido, pero también repelente, y las pinturas al óleo de las paredes, que representaban respectivamente un zorro comiéndose una liebre semidestripada (muy realista), una milagrosa sarta de pescados — langostas, cangrejos, anguilas, bacalao y salmónes sobre una tabla de mármol —, y un antepasado imponente a quien había dejado en las últimas, sin duda una apoplejía o un hartazgo de comida muy condimentada.

—Gula recordada en tranquilidad —murmuró Nigel, buscando instintivamente a su alrededor una botella de refresco de menta.

El inspector Blount estaba de pie junto al aparador, frotando pensativamente un dedo sobre su superficie de color amarillo icterico.

—Mire un poco, señor Strangeways —dijo. Le indicaba un círculo pegajoso, en el que podría haber sido apoyado un frasco de medicamento cuyo contenido

hubiera chorreado hasta la base.

—Bien. Me asombra —dijo. Lentamente sacó un pañuelo de seda blanca, se limpió el dedo, y apretó el botón de un timbre.

Apareció una mujer, sin duda la criada, muy erguida y displicente, con sus puños almidonados y su gorra blanca, alta y anticuada.

—¿Ha llamado usted, señor? —preguntó.

—Sí. Dígame; Annie...

—Merrit.

Sus labios tinos y contraídos expresaron su opinión sobre los policías que llaman a las criadas por su nombre de pila.

—¿Merrit? Dígame, entonces, señorita Merrit, ¿a qué se debe este círculo?

Sin levantar aparentemente los ojos, que miraban con toda discreción hacia el suelo, como una monja, dijo la mujer:

—Es el tónico del señor, del difunto señor.

—Ah, siiii... Ajá. ¿Y adónde ha ido a parar la botella?

—No sabría decírselo, señor.

A otras preguntas, Merrit respondió que la última vez que vio la botella fue el sábado después del almuerzo; cuando recogió las cosas de la mesa, después de la comida, no se fijó si la botella estaba aún allí.

—¿Lo tomaba con un vaso o con una cuchara?

—Una cuchara sopera, señor.

—Y el sábado, después de la comida, ¿lavó usted esa cuchara con las demás?

—Merrit se irguió levemente.

—Yo no lavo —dijo con énfasis glacial—. *Recojo* las cosas.

—¿Recogió usted la cuchara con que su señor tomó el tónico? —dijo pacientemente Blount.

—Interesante ejemplo de latín sin lágrimas —comentó Nigel.

—Sí, señor.

—¿Y fue lavada?

—Sí, señor.

—Es una lástima. Déjeme pensar, eh..., eh. ¿Podría usted pedirle a la señora que viniera un momento?

—La anciana señora está indispuesta, señor.

—Quería decir... oh... bien, tal vez sea mejor; sí, pregúntele a la señorita Lawson si puede concederme unos minutos.

—Es fácil ver quién manda en esta casa —observó Nigel cuando la criada hubo salido.

—Muy interesante. Esta sustancia tiene el gusto de un tónico que tomaba yo en otro tiempo, y que contenía nuez vómica.

—¿Nuez vómica? —silbó Nigel—. Eso explicaría por qué no advirtió el gusto amargo. Y se quedó aquí durante un minuto, mientras los demás se dirigían a la



sala. Por fin ha llegado usted a alguna parte.

Blount le miró astutamente.

—¿Todavía defiende la teoría del suicidio, señor Strangeways?

—No me parece muy plausible si esta botella fue realmente el vehículo del veneno. ¡Qué extraño que el asesino haya hecho desaparecer la botella! Eliminó toda la posibilidad de que pareciera un suicidio.

—No me negará que los asesinos hacen cosas muy raras.

—Sin embargo, esto parece excluir a Felix Cairnes. Es decir, si...

Nigel se calló de repente, al oír un paso detrás de la puerta. La muchacha que entró resultaba inesperada, pero de ningún modo fuera de lugar en la sombría habitación, como un rayo de sol en una celda. Su pelo rubio claro, su traje blanco de hilo y su brillante maquillaje parecían un desafío a todo lo que aquella estancia representaba, en la vida y en la muerte. Aunque Felix no se lo hubiera dicho, Nigel habría adivinado que Lena era una actriz, por su breve pausa al entrar, por la estudiada naturalidad con que aceptó la silla, que Blount le ofreció. El inspector se presentó, y presentó a Nigel, y expresó sus condolencias a la señorita Lawson y a su hermana. Lena las recibió con una superficial inclinación de cabeza; parecía tan ansiosa como el inspector por hablar de cosas más importantes. «Ansiosa, y sin embargo atemorizada por las posibles consecuencias», pensó Nigel, notando cómo sus dedos jugaban con un botón de la chaqueta, y sus ojos mostraban una especie de candor.

Blount la interrogaba amablemente, pasando de un aspecto del asunto a otro, como un médico que tantea el cuerpo de su paciente, buscando el dolor que ha de revelar la enfermedad. Sí, Lena Lawson estaba en la habitación cuando se produjo la primera convulsión de su cuñado. No, Phil no estaba allí, por suerte; seguramente se acostó en seguida después de cenar. ¿Qué hizo ella desde el instante en que salieron del comedor? Bueno, se quedó con los demás hasta que George se encontró mal; luego, el señor Rattery le dijo que trajera agua y mostaza; sí, recordaba muy bien que fue la señora Rattery quien sugirió estos remedios, y luego estuvo en el teléfono tratando de conseguir un médico. No. George no había dicho nada, entre sus espasmos de dolor, que pudiera explicar lo sucedido; apenas se movía, y una o dos veces pareció dormirse.

—¿Y durante los ataques?

Las pestañas de Lena cubrieron sus ojos, pero sin ocultar del todo el estremecimiento de temor que pasó por ellos.

—¡Oh, gemía horriblemente, quejándose del dolor que sentía! ¡Era horrible! Se había tirado al suelo. Se curvaba como un arco; una vez atropelló un gato con un automóvil y, ¡oh, por favor, no puedo...!

Escondió la cara entre las manos y empezó a sollozar. Blount le palmeó la espalda paternalmente; pero una vez que ella se hubo serenado insistió con dulzura.

—Y durante esos ataques, ¿no dijo nada, no mencionó algún nombre, por ejemplo?

—Yo... yo estuve fuera de la habitación casi todo el tiempo.

—Vamos, señorita Lawson. Debe comprender que no hay ninguna necesidad de ocultar algo que sin duda oyeron otras dos personas, además de usted. Lo que un hombre pueda haber dicho torturado por el dolor no puede condenar a nadie, no existiendo muchas otras pruebas.

—Bueno, entonces —le espetó con rabia la muchacha—, dijo algo sobre Felix, señor Lane. Dijo: «Lane, ya lo intentó antes». Algo así. Y le maldecía horriblemente. No significa nada. Él odiaba a Felix. Estaba aturdido, fuera de sí por el dolor. No puede usted...

—No se preocupe, señorita Lawson. El señor Strangeways la tranquilizará al respecto, supongo —Blount se frotó la mandíbula y dijo confidencialmente—: ¿Usted no sabe, por casualidad, qué razones podía tener el señor Rattery para suicidarse? ¿Dificultades financieras? ¿Enfermedad? Me han dicho que tomaba un tónico.

Lena le miró, rígida y helada, con el ardor insensato de una máscara trágica en sus ojos. Durante un segundo o dos no pudo hablar. Luego dijo apresuradamente:

—¿Suicidio? Por un momento me ha desconcertado usted. Quiero decir que todos habíamos pensado que había comido alguna cosa en malas condiciones, o algo así. Sí, debe de haber sido un suicidio, supongo; aunque no puedo imaginarme por qué.

Nigel sintió, sin saber cómo, que el evidente pánico de la muchacha no había sido producido por la palabra suicidio. Su intuición se justificaría después.

—Y ese tónico que él tomaba —dijo Blount— contenía nuez vómica, según creo.

—Yo lo ignoraba.

—¿Después del almuerzo tomó su cucharada habitual?

La muchacha frunció el ceño.

—No lo recuerdo con certeza. Siempre lo hacía; de modo que supongo que si no lo hubiera hecho después del almuerzo, yo lo hubiera notado.

—Correcto. Sí..., sí. Si me permite, es una observación muy sutil —dijo Blount felicitándola. Se quitó las gafas y jugó con ellas como si estuviera indeciso—. Mire, señorita Lawson: estoy pensando en la botella. Ha desaparecido. Es muy extraño, ¿sabe?, porque creemos, creemos solamente, que ese frasco puede tener... eh... relación con el fallecimiento. La nuez vómica es un veneno, ¿sabe?, del grupo de la estricnina, y el señor Rattery podría haber agregado un poco más de veneno a su dosis, si hubiera querido suicidarse. Pero si lo hizo así, no pudo, sin embargo, hacer desaparecer la botella.

La reprimida agitación de Blount hizo resurgir su casi desaparecido acento de

Glasgow. Ahora Lena se había serenado, o no tenía nada que ocultar. Habló con voz indecisa:

—¿Usted quiere decir que si hubieran encontrado el frasco sobre el aparador después de la muerte de George, esto hubiera probado que se trataba de un suicidio?

—No, no precisamente eso, señorita Lawson —dijo Blount, con tono benévolo. Luego los labios perdieron su amabilidad, se inclinó hacia delante y habló con fría deliberación—: Quiero decir que la desaparición del frasco lo configura como asesinato.

—Ah —suspiró la muchacha. Un suspiro de alivio, casi, como si la ansiedad de estar esperando aquella palabra terrible hubiera terminado, y supiera que no había ya nada peor que afrontar.

—¿No se sorprende? —preguntó Blount, abruptamente, un poco irritado por la calma de la chica.

—¿Qué quiere que haga? ¿Ponerme a llorar sobre su hombro? ¿Morder las patas de la mesa?

Nigel encontró la desconcertada mirada de Blount y le miró pícaramente. Le complacía la derrota de Blount.

—Sólo una cosa más —dijo Nigel—. Parece una pregunta un poco alarmante, pero supongo que Felix ya le habrá dicho que he venido para defenderle. No quiero sorprender su buena fe. Pero ¿sospechó usted alguna vez que Felix tuviera desde el principio la intención de matar a George Rattery?

—¡No! ¡No! ¡Es una mentira! ¡No es cierto! —las manos de Lena cubrieron su rostro, como si pugnara por rechazar la pregunta de Nigel. Luego el terror de su expresión fue sustituido por una especie de perplejidad.

—¿Desde el principio? —dijo con lentitud—. ¿Qué quiere decir «desde el principio»?

—Bueno, desde que ustedes se conocieron, antes de venir aquí —dijo Nigel, igualmente perplejo.

—No, por supuesto que no tuvo esa intención —replicó la muchacha, con evidente sinceridad. Luego se mordió el labio—. ¡Pero no fue él —gritó— quien mató a George! Estoy segura.

—Usted estaba en el coche de George Rattery cuando atropello y mató a un niño, Martie Cairnes, en enero pasado —dijo el inspector, no sin alguna lástima.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Lena—. Así que por fin lo han descubierto —Les miró con expresión sincera—. No fue culpa mía. Quise hacerle parar, pero él no quiso. Durante meses soñé con eso. Era horrible. Pero no comprendo. ¿Por qué?

—Creo que podríamos dejar tranquila a Lena Lawson por ahora, ¿no, Blount? —interrumpió Nigel rápidamente. El inspector se frotó el mentón.

—Sí... Tal vez tenga usted razón. Una pregunta más: ¿Cree usted que el señor

Rattery tenía muchos enemigos?

—Quizá. Era el tipo de persona que se hace enemigos, supongo. Pero no conozco a ninguno.

Una vez que la muchacha hubo salido, dijo el inspector Blount:

—Me ha parecido muy sugerente. Juraría que sabe algo de la botella desaparecida. Y teme que Cairnes haya cometido el crimen; pero no ha relacionado aún a Felix Lane con el padre del chico que George Rattery mató. Una bonita muchacha. Lástima que no quiera decir la verdad. Bien pronto la descubriremos. ¿Por qué le preguntó si sospechaba que Felix Lane quería matar a Rattery? Me parece que se ha apresurado un poco —Nigel arrojó un cigarrillo por la ventana.

—Fue por esto. Si Felix no mató a Rattery, nos encontramos frente a una inverosímil coincidencia: en el mismo día en que él planeaba matarle, y fracasó, alguien más lo planeó, y tuvo éxito.

—Una coincidencia inverosímil, como usted reconoce —dijo escépticamente Blount.

—No. Espere un poco. No estoy dispuesto aún a considerar imposible tal coincidencia. Si un número suficiente de monos jugaran con máquinas de escribir durante un número suficiente de siglos, acabarían por componer todos los sonetos de Shakespeare: es una coincidencia también, pero científicamente inevitable. Si el envenenamiento de George no ha sido una coincidencia, y Felix no fue el culpable, se deduce lógicamente que alguna otra persona debía conocer las intenciones de Felix por haber leído el diario o porque George le confió sus descubrimientos.

—¡Ah! Ya veo adonde quiere ir a parar —dijo Blount con los ojos brillando detrás de los cristales de sus gafas.

—Suponga la existencia de una tercera persona, que supiera todo aquello, y que *deseara la muerte de George*. Cuando la tentativa de Felix fracasó, esa tercera persona se encargó personalmente del asunto y envenenó a George, probablemente por medio del tónico. Podía estar seguro de que las sospechas recaerían sobre Felix a causa del diario. Pero tenía que actuar inmediatamente, ya que no podía esperarse que Felix permaneciera en Severnbridge durante más de una noche, después de su fracaso en el *dinghy*. Lena era evidentemente la primera persona a quien preguntar, por ser la persona con mayores posibilidades de que George le hubiera confiado la existencia del diario, puesto que ella se veía mezclada en él por la muerte de Martie Cairnes, que el diario revelaba. Pero creo que fue sincera con nosotros cuando dio la impresión de no haber relacionado a Felix Lane con el niño, Martie. Por lo tanto, ella no conoce la existencia del diario, y podemos eliminarla de la lista de sospechosos, salvo que la coincidencia del crimen planeado y del real fuera sólo una casualidad.

—No creo que podamos descubrirlo hasta que no sepamos más acerca de

toda esa gente: ¿Notó su perplejidad cuando le preguntamos si sabía que Felix había tenido desde el principio la intención de matar a Rattery? Verdaderamente perpleja. Eso me hace pensar que ella no sabe nada del diario, pero que conoce algún otro motivo para que Felix haya querido matar a George, alguna enemistad surgida después del encuentro de los dos hombres.

—Sí. Eso parece razonable. ¿Tendré que preguntar a todos los miembros de la familia si sospechaban de Felix —Felix Lane, mejor— y observar las reacciones? ¿Cree usted que si alguien ha tratado de utilizarle como escudo podremos sorprenderle?

—Eso mismo. Fíjese en otra cosa, ese niño, Phil. ¿Me permite tenerlo unos días con nosotros en el hotel? Mi mujer le cuidará. Por ahora, el ambiente de esta casa no es muy saludable para una mente tierna.

—¡Desde luego! Me parece muy bien. Uno de estos días tendré que hacer algunas preguntas al chico, pero esperaré.

—Bien. Iré a pedir permiso a la señora Rattery.

## 5

Cuando Nigel entró, Violeta Rattery estaba sentada escribiendo. Lena también estaba allí; Nigel se presentó y explicó el motivo de su visita.

—Por supuesto, si ustedes no lo disponen de otra manera; pero él y el señor Lane se llevan muy bien, y mi mujer estará encantada de hacer por él todo lo posible.

—Sí. Ya veo. Gracias. Es muy amable —dijo Violeta, vagamente.

Se volvió, con un ademán de impotencia, hacia Lena, que estaba de pie frente al torrente de luz que entraba por la ventana.

—¿Qué te parece, Lena? ¿Estará bien?

—Por supuesto. ¿Por qué no? Phil no debería quedarse aquí ni un minuto más —dijo Lena, descuidadamente, mirando siempre hacia abajo, hacia la calle.

—Sí, ya sé; pero qué dirá Ethel...

Lena giró sobre sí misma; su boca roja era viva y despreciativa.

—Mi querida Violeta —exclamó—. Ya es hora de que pienses por tu propia cuenta. Por otra parte, ¿quién es la madre de Phil? Cualquiera creería que eres una sirvienta, al ver cómo te dejas mandar por la madre de George, por esa vieja perra entrometida. Ella y George han hecho de tu vida un infierno; no, no ganas nada con fruncir el ceño, y ya ha llegado el momento de decir basta. Si no tienes coraje para defender a tu hijo, es mejor que tomes tú también una dosis de veneno y desaparezcas.

La cara indecisa y demasiado empolvada de Violeta se estremeció. Nigel pensó que iba a llorar. Vio en su interior la lucha entre su larga costumbre de

obediencia y la verdadera mujer que las palabras de Lena habían tratado deliberadamente de provocar. Después de un momento, sus labios sin sangre se apretaron, una luz apareció en los ojos apagados, y dijo, con una inconsciente y ligera elevación del mentón:

—Muy bien. Lo haré, señor Strangeways; se lo agradezco mucho.

Como contestando a este desafío silencioso, se abrió la puerta. Sin llamar, entró una anciana, toda vestida de negro. El sol que se volcaba por la ventana parecía detenerse en seco a sus pies, como si ella lo hubiera matado.

—He oído voces —dijo ásperamente.

—Sí. Estábamos hablando —dijo Lena. Su impertinencia ni siquiera fue escuchada. La vieja permaneció allí un momento, bloqueando la puerta con su enorme cuerpo. Luego se dirigió hacia la ventana, perdiendo repentinamente su dignidad, ya que el movimiento revelaba unas piernas demasiado cortas para un tronco tan formidable, y bajó las persianas. «La luz del día lucha contra ella —pensó Nigel—; en esta penumbra recobraré su poder».

—Estoy asombrada, Violeta —dijo—. Tu esposo muerto en la habitación de al lado, y ni siquiera la consideración de bajar las persianas.

—Pero, madre...

—Yo he subido las persianas —interrumpió Lena—. Las cosas están ya bastante mal para que todavía tengamos que estar sentados en la oscuridad.

—¡Cállate!

—Ni hablar. Si quiere seguir aterrorizando a Violeta, como han hecho George y usted durante estos quince años, no es asunto mío. Usted no manda en esta casa, y yo no recibo órdenes de usted. ¡Haga lo que quiera en su habitación, pero no se meta en las de los demás, vieja obscena!

«La luz contra la sombra, Ormuzd y Arriman —pensó Nigel, mientras observaba a la muchacha, con sus ágiles hombros echados hacia delante, su garganta curvándose como una cimitarra, haciendo frente a la vieja que había quedado como una columna de sombra en mitad del cuarto—; claro que este representante de la luz ha vuelto a su forma primitiva; pero, aun siendo vulgar, no es malsana, no es impura, no contamina la habitación con un olor a alcanfor y a rancias decencias y poderes podridos, como esa abrumadora criatura de negro. Sin embargo, será mejor intervenir». Nigel dijo con amabilidad:

—Señora Rattery, acabo de pedir a su nuera que nos permita a mi mujer y a mí el placer de tener a Phil por unos días con nosotros, hasta que se arreglen las cosas.

—¿Quién es este joven? —preguntó la anciana. Su actitud imperial apenas había sido conmovida por el asalto de Lena. Siguieron explicaciones—: Los Rattery nunca han huido. Lo prohíbo. Phil debe quedarse aquí —dijo.

Lena abrió la boca para contestar; pero Nigel se lo impidió con un ademán; ahora debía hablar Violeta, o permanecer en silencio para siempre. Ésta miró a

su hermana, como implorando ayuda, haciendo un ademán inútil con la mano; luego levantó un poco los caídos hombros y con una expresión de puro heroísmo que le transfiguraba la cara, dijo:

—He decidido que Phil vaya con los señores Strangeways. Sería injusto dejarle aquí; es demasiado joven.

El modo en que la señora Rattery aceptó la derrota fue aún más formidable que cualquier despliegue de violencia. Quedó inmóvil por un momento, mirando fijamente a Violeta; luego se fue hacia la puerta.

—Veo que existe una conspiración contra mí —dijo con su voz de plomo—. Estoy muy descontenta de tu comportamiento, Violeta; hace mucho que dejé de esperar otra cosa que modales de verdulera de parte de tu hermana, pero confiaba en que tú estarías lavada, a estas horas, de las manchas del albañal de donde George te extrajo.

La puerta se cerró con un golpe definitivo. Lena hizo un ademán indecente hacia ella; Violeta cayó casi desmayada en la silla, de donde se había levantado. En el aire flotaba un perfume de alcanfor. Nigel miró hacia el suelo, fijando automáticamente la escena en su memoria; era demasiado autocrítico para no confesarse que por un momento se había sentido francamente alarmado frente a la anciana. « ¡Por Dios, qué casa! —pensó—. ¡Qué ambiente para un niño sensible! El padre y la madre discutiendo constantemente y la vieja matriarca tratando sin duda de enfrentarle con su madre y de tomar posesión de su mente ». En medio de sus reflexiones, le pareció oír pasos sobre su cabeza, el pesado y vacilante andar de la orgullosa señora Rattery.

—¿Dónde está Phil? —preguntó rápidamente.

—En su habitación, supongo —dijo Violeta—. Justo encima de esto... ¿Va usted a...?

Pero Nigel ya había salido de la habitación; subió las escaleras corriendo, pero sin ruido. Alguien hablaba en el cuarto a su derecha; una voz pesada, sombría, que reconoció muy bien, pero con una nota de súplica bajo su apagado sonido.

—Tú no quieres irte, dejarme, ¿no es cierto, Phil? Tu abuelo no hubiera huido; no era un cobarde. Tú eres el único hombre de la casa, recuérdalo, ahora que tu padre ha muerto.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Te odio!

Había un débil y aterrado desafío en la voz; parecía la de un niño tratando de repeler a algún enorme animal que se le hubiera acercado demasiado, pensó Nigel. Con un considerable esfuerzo se abstuvo de entrar.

—Estás muy fatigado, Phil; si no, no hablarías así a tu pobre abuelita. Escucha, hijo: ¿No crees que deberías quedarte con tu madre, ahora que ella está tan sola? Le esperan momentos muy difíciles. Porque tu padre ha sido envenenado. Envenenado, ¿comprendes?

La voz de la señora Rattery, ahora implorante, con una dulzura atroz y pesada como el cloroformo, se detuvo. Se oyó un murmullo en la habitación: el de un niño luchando contra un anestésico. Nigel oyó pasos detrás de él.

—Tu madre necesita toda nuestra ayuda. Porque la policía podría llegar a enterarse de la pelea que tuvo con tu padre la semana pasada, y lo que ella dijo, y eso les podría hacer pensar que ella...

—Esto es demasiado —murmuró Nigel, con una mano sobre el picaporte. Pero Violeta pasó a su lado y entró como una furia en el cuarto. La vieja señora Rattery estaba de rodillas frente a Phil, apretando sus débiles brazos con los dedos. Violeta la cogió por los hombros, tratando de alejarla del niño, pero era como querer mover una roca de basalto. Con un rápido movimiento separó los brazos de la vieja y se interpuso entre ella y Phil.

—¡Bestia! ¿Cómo puede, cómo se atreve a tratarle así? No es nada, Phil. No llores. Nunca más dejaré que se te acerque. Conmigo estás seguro.

El niño miró a su madre con una mirada incrédula y asombrada. Nigel advirtió la desnudez del cuarto: una mesa de cocina, una cama de hierro, barata, ninguna alfombra sobre el suelo. Sin duda, era así como el padre pretendía «templar» al chico. Un álbum de sellos yacía abierto sobre la mesa: las dos páginas estaban sucias de impresiones digitales, y por rastros de lágrimas. Nigel estuvo más cerca que nunca de enfurecerse, pero sabía que aún no podía permitirse el lujo de enfrentarse con la señora Rattery. Ella seguía aún de rodillas.

—Señor Strangeways, ¿tendría la amabilidad de ayudarme? —dijo.

Hasta en esa ridícula posición mantenía una especie de dignidad. «¡Qué mujer! —pensó Nigel mientras la ayudaba a levantarse—. Esto promete ser sumamente interesante».

## 6

Cinco horas después, Nigel hablaba con el inspector Blount.

Phil Rattery había sido llevado sano y salvo al Angler's Arms, donde acababa de tomar un generoso té y discutía con Georgia acerca de las exploraciones polares.

—Era estricnina, no hay duda —dijo Blount.

—Pero ¿de dónde la obtuvieron? No basta entrar en la farmacia y pedirla.

—No. Pero se puede comprar veneno para las ratas. Algunos contienen un considerable porcentaje de estricnina. Aunque no creo que nuestro amigo tuviera necesidad de comprarlo.

—Eso me interesa muchísimo. Sin duda, quiere usted decir que el asesino es hermano de un cazador oficial de ratas, o tal vez la hermana.



—No exactamente eso. Pero Colesby hizo algunas averiguaciones de rutina en el taller de Rattery. Está junto al río y lleno de ratas. Me dijo que había visto dos tarros de veneno en la oficina. Cualquiera, es decir, cualquier miembro de la familia, podría entrar fácilmente y llevarse la cantidad que quisiera.

Nigel preguntó:

—¿Averiguó si no vieron, últimamente, a Felix Cairnes por el taller?

—Sí. Estuvo una o dos veces —dijo Blount, con cierta desgana.

—Pero no el día del crimen, ¿verdad?

—No fue *visto* allí el día del crimen.

—No debe permitir que Felix Cairnes se convierta en una obsesión. Manténgase imparcial.

—No es tan fácil ser imparcial cuando un hombre ha sido asesinado y otro hombre ha escrito bien claro que iba a asesinarlo —dijo Blount golpeando suavemente sobre la tapa de un cuaderno que estaba sobre el escritorio.

—A mi entender, Cairnes puede ser eliminado —dijo Nigel.

—¿Y cómo llega a esa conclusión?

—No hay ninguna razón para dudar de su aseveración de que intentaba matar a Rattery ahogándole. Cuando esta tentativa fracasó, se fue directamente al Angler's Arms. Hice averiguaciones ahí. El camarero recuerda haberle servido el té a las cinco en el bar; cuatro minutos después de dejar el *dinghy* en el embarcadero. Después del té, estuvo sentado en el jardín del hotel, leyendo, hasta las seis y media; tengo testigos. A las seis y media entró en el bar y estuvo bebiendo hasta la hora de comer. No pudo volver a casa de los Rattery durante todo ese tiempo, ¿no es cierto?

—Habrà que investigar esa coartada —dijo el inspector Blount, precavidamente.

—Puede pasarla por una criba, si quiere, pero no llegará a ninguna parte. Si echó el veneno en el tónico de George, habrá sido entre el momento en que George tomó una dosis después del almuerzo y el momento en que salió en dirección al río. Tal vez descubra usted que tuvo alguna oportunidad para hacerlo. Pero ¿por qué? No tenía ninguna razón para suponer que el accidente del *dinghy* fracasara; pero aun si hubiera elegido un veneno —el asunto del *dinghy* demuestra que es bastante perspicaz— hubiera preparado algo que también pareciera un accidente, no esta burda historia de un matarratas y de una botella que desaparece.

—La botella. Sí, sí.

—Exactamente: la botella. Eliminada la botella, el asunto parece de inmediato un crimen; pero cualquiera que sea su opinión sobre Felix Cairnes, no le atribuirá la tontería de llamar así la atención hacia el crimen cometido por él. De todos modos, creo que será fácil demostrar que no se acercó a la casa hasta algún tiempo después de la muerte de Rattery.

—Yo sé que no lo hizo —dijo Blount inesperadamente—. Ya me he ocupado de eso. Inmediatamente después de la muerte de Rattery, el doctor Clarkson telefoneó a la policía; la casa fue vigilada desde las diez y quince en adelante. Tenemos testigos de las andanzas de Cairnes desde la comida hasta las diez y cuarto, y no anduvo por aquí —agregó Blount.

—Entonces —dijo Nigel desanimadamente— si Cairnes no pudo haber cometido el crimen, ¿qué...?

—No he dicho eso. He dicho que él no pudo haber retirado la botella de tónico. Sus argumentos me han parecido muy interesantes —continuó Blount, en el tono de un profesor que está a punto de demoler la composición de un alumno —; muy interesantes, en verdad: pero parten de una falacia. Usted presupone que una sola persona puso veneno en la botella y luego la retiró. Pero suponga que Cairnes puso el veneno después del almuerzo para que hiciera efecto por la noche, en caso de fracasar el accidente fluvial; suponga que nunca tuvo intención de retirarlo, sino que quiso dar la impresión de que Rattery se había suicidado; suponga que una tercera persona aparece después que Rattery ha empezado a encontrarse mal, una tercera persona que ya sabe o sospecha que Cairnes trataba de matar a Rattery. Esta persona podría querer proteger a Felix, podría relacionar la botella con el envenenamiento, y en una tentativa de encubrimiento, irreflexiva y desesperada, la hace desaparecer.

—Ya veo —dijo Nigel, después de una larga pausa—. Se refiere usted a Lena Lawson. Pero ¿por qué?

—Está enamorada de Cairnes.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Mi intuición psicológica —dijo el inspector, burlándose del punto débil de Nigel—. Además, he interrogado a los sirvientes. Parece que eran novios más o menos oficialmente.

—Bueno —dijo Nigel, bajando la cabeza ante aquellos golpes inesperados y perspicaces—, parece que me queda bastante por hacer. Temía que mi parte en este asunto fuera demasiado simple.

—Y además hay otra cosa, para que no se fie usted demasiado. Sin duda la llamará usted una escandalosa casualidad. Su cliente menciona la estricnina en el diario; no he tenido mucho tiempo para leerlo todavía, pero mire un poco esto.

Blount le mostró el cuaderno, señalando en un lugar con el dedo. Nigel leyó:

«Yo me había prometido el placer de su agonía; no merece una muerte rápida. Me gustaría quemarlo despacio, pulgada por pulgada, o ver cómo lo devoran las hormigas; o si no, la estricnina, que retuerce el cuerpo y lo convierte en un arco rígido. Por Dios, me gustaría empujarle por la pendiente que va al infierno...» .

Nigel quedó silencioso un momento. Luego empezó a caminar por el cuarto con sus pasos enormes de avestruz.

—Inútil, Blount —dijo de pronto, más serio que nunca—. ¿No ve? Esto puede confirmar también mi teoría de que una tercera persona conocía el diario y utilizó ese conocimiento para matar a Rattery y arrojar la sospecha sobre Felix Cairnes. Pero dejemos eso. ¿Le parece a usted humanamente creíble que alguien, no digamos Cairnes, que es un hombre normalmente decente, aparte de la irreparable injuria que Rattery le infligió, que alguien pueda ser tan atrevidamente calculador y tener tanta sangre fría para preparar un segundo crimen para el caso de que el primero le salga mal? No parece muy verosímil. Usted lo sabe.

—Cuando la mente está enferma no puede esperarse que sus actos parezcan verosímiles —dijo Blount, no menos seriamente.

—El hombre desequilibrado que intenta cometer un crimen siempre yerra por demasiada confianza, no por falta de confianza. ¿No está de acuerdo?

—En principio, sí.

—Bueno, usted pretende que Frank Cairnes, que había preparado un plan criminal casi perfecto, tuviera tan poca confianza en éste y en sí mismo como para preparar también uno suplementario. No es de creer.

—Usted siga por su camino y yo por el mío. Créame, yo tampoco tengo interés en arrestar a un hombre inocente.

—Bueno. ¿Puedo llevarme el diario, para leerlo?

—Primero voy a mirarlo yo. Se lo mandaré esta noche.

## 7

Era una tarde cálida. Los últimos rayos del sol dejaban un matiz color damasco, una blanca pelusa sobre el césped que descendía suavemente desde el Angler's Arms hasta el río. Una de esas tardes misteriosamente tranquilas en las que, como hizo notar Georgia, podía oírse rumiarse una vaca a tres praderas de distancia. En un rincón del bar se había reunido un grupo de pescadores, hombres secos, huesudos, con ropas raídas y caídos bigotes; uno de ellos ilustraba con generosos ademanes una pesca real o imaginaria; si algún rumor de violencia había conseguido penetrar hasta el mundo acuoso y apagado donde estos seres se movían y vivían, seguramente había sido apartado como una impertinente intrusión.

Tampoco prestaban la menor atención al grupo que rodeaba otra mesa, bebiendo gin y cerveza.

—Una caña de pescar —dijo Nigel, con una voz nada imperceptible— es un palo con un gusano en una punta y un imbécil en la otra.

—Cállate, Nigel —susurró Georgia—. No quiero tomar parte en una pelea. Estos hombres son peligrosos; podrían matarnos.

Lena, sentada junto a Felix en una silla de alto respaldo, se movió impacientemente.

—Salgamos al jardín, Felix —dijo. La invitación estaba evidentemente dirigida a él solo; pero él no contestó.

—Muy bien. Terminen ustedes de beber, y saldremos a jugar al minigolf en el jardín, o a cualquiera otra cosa.

Lena se mordió el labio, y se levantó casi bruscamente. Georgia dirigió una rápida mirada a Nigel, que él interpretó, correctamente, como significando: «Mejor será que salgamos, es inútil andar a vueltas con estos dos. ¿Por qué no querrá estar a solas con ella?». «¿Por qué, en verdad? —pensó Nigel—. Si Blount tiene razón, y Lena sospecha que Felix ha matado a Rattery, podría comprender que la atemorice un poco su compañía, temor de ver confirmadas sus sospechas por sus propios labios. Pero sucede lo contrario. Él la evita. Durante la comida, daba la impresión de querer mantenerla a distancia: había una especie de filo cortante en su conversación, especialmente cuando se dirigía a ella, que parecía advertirle: "Acércate y te cortarás". Es algo muy complicado; pero Felix tiene un carácter complejísimo, según voy comprendiendo. Me parece que ya es hora de poner algunas cartas sobre la mesa, ver cómo reaccionan si se les habla un poco francamente».

Cuando terminaron un partido de minigolf y estaban sentados en unas sillas plegables frente al río, que brillaba oscuramente, Nigel comenzó a hablar del asunto:

—Tal vez le tranquilice saber que el documento acusador está ya en manos de la policía. Blount me lo mandará esta noche.

—¡Oh! Bueno, supongo que es mejor que lo sepan todo —dijo Felix ligeramente.

En su expresión había una extraña mezcla de timidez y orgullo. Prosiguió:

—Me imagino que podría muy bien afeitarme la barba, ahora que mi disfraz es inútil. Nunca me gustó, nunca me gustaron los pelos en la comida; una delicadeza absurda, indudablemente.

Georgia jugaba con los dedos sobre la silla; las bromas de Felix la exasperaban; ignoraba, todavía, si él le gustaba. Lena dijo:

—¿Podría preguntar de qué están hablando? ¿Qué es ese documento acusador?

—El diario de Felix —dijo Nigel rápidamente.

—¿Diario? Pero ¿por qué...? No comprendo —Lena miró a Felix como pidiéndole ayuda, pero éste evitó sus ojos. Ella parecía totalmente desconcertada. «Claro que es una actriz —pensó Nigel— y puede estar representando; pero apostaría algo que es la primera vez que oye hablar de este diario». Continuó sondeando:

—Óigame, Felix, es mejor que nos entendamos. ¿No sabe nada Lena Lawson

acerca de la existencia de este diario y lo demás? ¿No debería usted...?

Nigel no sabía cuál sería el resultado de esta pesca en aguas turbias; pero nunca hubiera esperado lo que realmente sucedió.

Felix se irguió en su silla, y miró a Lena con unos ojos donde la familiaridad, el cinismo, el desafío y una cierta brutalidad despreciativa para con ella o para consigo mismo parecían mezclados, y le contó toda la historia de Martie, de la busca de George, del diario que había escondido bajo una tabla floja del suelo de su cuarto en casa de Rattery, y la tentativa de asesinato en el río.

—Ya sabes qué clase de persona soy —dijo finalmente—. He hecho de todo, menos matar a George.

Su voz había sido serena y objetiva. Pero Nigel vio que todo su cuerpo temblaba, saltaba casi, como si se hubiera bañado demasiado tiempo en agua helada. Cuando concluyó, el silencio fue interminable; el río murmuraba y murmuraba contra sus orillas, una cerceta pasó volando con un grito histérico, y el radio del hotel repetía, sin mayor emoción, la declaración japonesa de que el bombardeo de las ciudades abiertas de China era un acto elemental de defensa propia. Pero el silencio se extendía por el pequeño grupo del jardín como un nervio al descubierto. Las manos de Lena se crispaban sobre la madera de la silla; todo el tiempo, mientras hablaba Felix, había permanecido así, inmóvil, salvo los labios, que se abrían a intervalos, como si fueran a adivinar lo que Felix diría, o para ayudarlo a hablar. Por fin distendió su rígida posición, su ancha boca tembló, todo su cuerpo pareció volverse pequeño, perderse, mientras sollozaba:

—¡Felix! ¿Por qué no me dijiste todo esto antes? ¡Oh!, ¿por qué no me lo dijiste?

Le miró de frente, pero su rostro seguía inflexible y tenso. Era como si Nigel y Georgia estuvieran muy lejos. Felix no dijo una palabra, decidido, según parecía, a apartarla para siempre. Lena se levantó, se echó a llorar y corrió en dirección al hotel. Felix no se movió para seguirla.

—No comprendo tu diplomacia secreta —dijo Georgia, una hora después, cuando estuvieron en su cuarto—. ¿Quisiste provocar esa terrible escena?

—Lo siento mucho. Verdaderamente, no creí que las cosas sucederían de ese modo. Pero por lo menos prueba casi definitivamente que Lena no mató a Rattery. Estoy seguro de que no sabía nada del diario. Y que está enamorada de Felix. Lo cual significa dos obstáculos que le impedían matar a George y hacer recaer la culpa sobre Felix. Claro que si fuera una coincidencia —siguió casi para sí mismo— quedaría explicado el modo en que dijo: «¿Por qué no me dijiste todo eso antes?». Me gustaría saber...

—Tonterías —dijo Georgia, vivamente—. Me gusta esa muchacha. Tiene alma. El veneno no es un arma de mujer, a pesar de lo que diga la gente; es un arma de cobardes. Lena tiene demasiado espíritu para usarlo; si hubiera querido matar a Rattery, lo hubiera acibillado a balazos, le hubiera clavado un puñal, o

algo así. Nunca mataría sino en un momento de cólera. Te lo aseguro.

—Me parece que tienes razón. Dime ahora otra cosa: ¿por qué la trata Felix tan ásperamente? ¿Por qué no le contó lo del diario tan pronto como George fue asesinado? ¿Y por qué contó toda la historia delante de nosotros?

Georgia apartó de la frente su pelo oscuro. Parecía un monito inteligente, algo preocupado.

—La protección de la multitud —dijo—. Había diferido su confesión para no revelar que había utilizado a Lena, por lo menos al principio, como instrumento del crimen que planeaba. Es muy sensible: sabía que Lena le amaba y no quería herirla haciéndole saber que no había hecho otra cosa que utilizarla. Tiene esa clase de cobardía moral que aborrece ofender, menos por el daño que causa a los sentimientos ajenos, que por el deseo de proteger los propios. Odia, además, las escenas. Por eso eligió la oportunidad de contarle toda la historia frente a nosotros. Nuestra presencia le salvaba de las consecuencias inmediatas: lágrimas, reproches, explicaciones, promesas y todo lo demás.

—¿Crees que no está enamorado de ella?

—No estoy segura. Parece querer persuadirla, o persuadirse, de que no lo está. Preferiría que no me gustara —agregó Georgia, inesperadamente.

—¿Por qué?

—¿Has visto qué bueno es con Phil? Creo que le quiere muchísimo, y Phil, por su parte, le considera como una especie de Dios. Si no fuera por eso...

—Le creerías capaz de hacer las peores cosas sin remordimiento —interrumpió Nigel.

—Me gustaría que no me quitaras las palabras de la boca, sobre todo cuando nunca han estado en ella —se quejó Georgia—; como un prestidigitador con un reloj de oro.

—Eres muy divertida y encantadora y te quiero, y es casi la primera vez que me has dicho una mentira evidente.

—No.

—Bueno, no será la primera, entonces.

—No era mentira.

—Muy bien, no era. ¿Qué te parece si te rasco un poco la nuca?

—Delicioso. Es decir, si no tienes nada más urgente que hacer.

—Está el diario. Tengo que leerlo todo esta noche. Velaré la luz y lo leeré cuando te hayas acostado. De paso, tengo que prepararte un encuentro con la señora Rattery, algún día. Grand Guignol ciento por ciento. Me sentiría muy feliz si pudiera encontrarle algún motivo para haber envenenado a Rattery.

—De matricidio he oído algunos casos; pero el filicidio debe de ser sumamente raro —Nigel murmuró:

¡Oh, lord Randal, mi hijo, estás envenenado!

¡Oh, mi hermoso muchacho, estás envenenado!  
¡Oh, sí, madre, lo estoy; hazme pronto la cama,  
el corazón me duele y quisiera acostarme!

—Pero yo creía que la mujer de lord Randal le había envenenado —dijo Georgia.

—Así lo creía *él* —dijo Nigel, con éxtasis siniestro.

## 8

—Me gustaría encontrar esa botella —dijo el inspector Blount a la mañana siguiente, mientras él y Nigel se dirigían hacia el taller—. Si la ha escondido alguno de la casa, no estará lejos. Ninguno de ellos se mantuvo fuera de la vista de los otros durante más de cinco minutos, después del primer ataque de Rattery.

—¿Y Lane Lawson? Dijo que había estado mucho tiempo en el teléfono. ¿Lo ha comprobado usted?

—Sí. Hice un esquema de los movimientos de todas las personas de la casa, desde que terminaron de comer hasta el momento en que llegó la policía, y consideré cada declaración en relación con las otras. Hubo momentos en que cualquiera de ellos pudo haberse deslizado hasta el comedor para llevarse la botella, pero ninguno tuvo bastante tiempo como para irse muy lejos con ella. Los hombres de Colesby han registrado la casa, el jardín y los alrededores dentro de un radio de unos cien metros. Ni rastros.

—Pero, de todos modos, ¿no tomaba Rattery regularmente este tónico? ¿Dónde están las botellas vacías?

—Un hombre que compra botellas viejas se las había llevado la semana anterior.

—Parece que se metió en camisa de once varas —observó alegremente Nigel.

Blount suspiró, se quitó el sombrero, se frotó la calva reluciente, y volvió a colocarlo en su severa posición horizontal.

—Se evitaría muchas complicaciones si preguntara a Lena directamente dónde metió la condenada botella.

—Usted sabe que nunca amedrento a mis testigos —dijo Blount.

—Me extraña que no haya bajado un rayo para exterminarle. Vaya mentira más descarada...

—¿Ya ha leído el diario?

—Sí. Hay varios datos interesantes en él, ¿no le parece?

—Bueno, sí; tal vez. Deduje que Rattery no era muy querido entre su gente, y que ha estado jugando al tira y afloja con la mujer de ese Carfax a quien

visitaremos ahora. Pero tengamos en cuenta que Cairnes puede haber exagerado todo eso en el diario, para desviar las sospechas sobre otra persona.

—No creo que *exagerado* sea la palabra. Apenas lo menciona como de pasada.

—¡Oh, es un hombrecito muy inteligente! Sabía que no le convenía insistir.

—Bueno, sus observaciones son muy fáciles de comprobar. En realidad, ya tengo bastantes pruebas de que Rattery era un infernal matón en su casa; parece que entre él y su extraordinaria madre habían reducido a todos, excepto a Lena, a polvo impalpable.

—Se lo concedo. Pero ¿sugiere usted que fue envenenado por su mujer? ¿O por algún sirviente?

—No sugiero nada —dijo Nigel con cierta irritación—, excepto que Felix escribió en su diario la verdad desnuda acerca de los Rattery.

Caminaron en silencio hasta llegar al taller. Las calles de Severnbridge dormían en el sol de mediodía; si sus habitantes, charlando en las entradas de sus pintorescas, históricas e indigentes callejuelas sabían ya que el próspero hombre de negocios que pasaba a su lado era en realidad el más formidable de los inspectores jefes de la Nueva Scotland Yard, disimulaban su curiosidad con notable desenvoltura. Aun cuando Nigel Strangeways empezó a cantar, a media voz, la *Balada* de Chevy Chase, no causó la menor sensación, excepto en el alma del inspector Blount, que aligeró el paso y mostró cierto temor en sus ojos. Severnbridge, a diferencia del inspector Blount, estaba acostumbrada a voces discordantes y cantos desafinados, aunque generalmente no tan temprano: la multitud de excursionistas de Birmingham se habían encargado de ello, organizando, cada fin de semana en el verano, un alboroto nunca oído en el pueblo desde la guerra de las Dos Rosas.

—Me gustaría que terminara con ese ruido horrible —dijo, por fin, Blount, desesperadamente.

—Seguramente no alude a mi versión de la insigne balada.

—Aludo.

—¡Oh, bueno, no importa! ¡Sólo faltan cincuenta y ocho estrofas adicionales!

—¡Dios mío! —exclamó Blount, y era en él una exclamación poco común.

Nigel continuó:

Luego las bestias de los bosques fueron  
por todos lados;  
y en los sotos de galgos aguardaron  
para matar a los ciervos.

—¡Ah, ya llegamos! —dijo Blount, metiéndose en el taller.

Dos mecánicos se movían con cigarrillos encendidos en la boca, debajo de un



cartel que decía « prohibido fumar » . Blount pidió hablar con el patrón, y fueron llevados hasta el escritorio. Mientras el inspector sostenía una pequeña conversación preliminar, Nigel estudiaba a Carfax, un hombre bajo, correctamente vestido, bastante insignificante en su aspecto general; con su cara tersa y curtida, daba la impresión de esa sumisa picardía y del franco buen humor que puede verse en la casa de algunos profesionales del cricquet. « Es un hombre enérgico, pero sin ambición —pensó Nigel—. De este tipo que es feliz al no ser nadie, que es amable, pero al mismo tiempo profundamente reservado, loco por algún hobby particular, tal vez una personalidad no reconocida en alguna rama inverosímil de las ciencias, excelente padre y marido; uno nunca lo relacionaría con una pasión violenta. Pero es un tipo de persona muy engañoso: el "hombrecito"; cuando lo provocan, tiene el frío y furioso coraje de la mangosta; el hogar del "hombrecito" es, tradicionalmente, su castillo; y para defenderlo suele demostrar la tenacidad y la actividad más asombrosas. Y esta Rhoda... Me gustaría saber... » .

—Porque hemos hecho averiguaciones por todas las farmacias del distrito — estaba diciendo el inspector Blount— y estamos seguros de que ningún miembro de la familia del finado ha comprado estricnina bajo ninguna forma; por supuesto, el autor podría haber ido un poco más lejos para comprarla; seguiremos investigando en este sentido, pero debemos creer, provisionalmente, que el asesino utilizó parte del veneno para las ratas que ustedes tenían aquí.

—¿Asesino? ¿Ha excluido entonces la posibilidad de suicidio o de accidente? —preguntó Carfax.

—¿Conoce usted alguna razón para que su socio haya querido suicidarse?

—No. ¡Oh, no! Decía tan sólo...

—Por ejemplo, ¿no tenía dificultades monetarias?

—No, el taller anda bastante bien. De cualquier modo, si no fuera así, yo perdería mucho más que Rattery. Yo puse casi todo el dinero cuando lo compramos.

Mirando un poco tontamente la punta de su cigarrillo, Nigel preguntó de pronto:

—¿Le gustaba Rattery?

Blount hizo un movimiento despreciativo, como disociándose de una pregunta tan poco ortodoxa. Carfax pareció mucho menos perturbado:

—¿Quiere saber usted por qué me asocié con él? —dijo—. La verdad es que durante la guerra me salvó la vida, y cuando le encontré de nuevo, ¡oh, hace unos siete años!, él tenía ciertas dificultades de dinero. Su madre había perdido su fortuna; bueno, como comprenderá, lo menos que podía hacer era ayudarle.

Sin responder directamente a la pregunta de Nigel, Carfax había aclarado que su asociación con Rattery había sido motivada por el pago de una deuda, y no por amistad.

Blount continuó su interrogatorio. Era la pregunta de rutina, por supuesto, pero quería saber qué había hecho el sábado por la tarde.

Carfax, con un brillo burlón en sus ojos, dijo:

—Sí, claro. Pregunta de rutina. Bueno, más o menos a las tres menos cuarto fui a casa de Rattery.

El cigarrillo de Nigel se le cayó de la boca; se agachó apresuradamente y lo recogió. Blount prosiguió, tan suavemente como si ya hubiera oído hablar de esa visita.

—¿Una visita particular?

—Sí. Fui a ver a la anciana señora Rattery.

—Pero —dijo amablemente Blount— no sabía nada de esto. La servidumbre —la interrogamos— no nos dijo que usted hubiera ido allá por la tarde.

Los ojos de Carfax eran brillantes, tranquilos y tan poco comprometedores como los de un lagarto. Dijo:

—No me vieron. Subí directamente a la habitación de la señora Rattery; cuando concertamos el encuentro ella me había dicho que procediera así.

—¿Encuentro? ¿Era una conversación de eh... eh... índole comercial la que sostuvieron?

—Sí —dijo Carfax, un poco más torvamente.

—¿Tenía algo que ver con este asunto que está en mis manos?

—No. Algunos podrían creer que sí.

—Señor Carfax, eso lo decidiré yo. Sería mucho mejor para usted que...

—Sí, ya sé, ya sé —dijo Carfax impacientemente—. El inconveniente es que esto implica a otra persona —Pensó durante un momento, y luego dijo—: Oiga, ¿esto no saldrá de ustedes dos, verdad? Si llegan a averiguar que no tiene nada que ver con...

Nigel interrumpió:

—No se preocupe. Por otra parte, está todo escrito en el diario de Felix Lane.

Vigilaba atentamente la expresión de Carfax. El hombre pareció francamente perplejo, o imitaba magistralmente la actitud de un hombre francamente perplejo.

—¿El diario de Felix Lane? Pero ¿qué sabe él?

Sin prestar atención a una mirada más bien furiosa de Blount, Nigel prosiguió:

—Lane había advertido que Rattery, ¿cómo decirlo?, era un admirador de su mujer.

Nigel hablaba de una manera sutilmente ofensiva, para obligar a Carfax a bajar la guardia, al irritarle. Carfax, sin embargo, resistió perfectamente.

—Veo que me lleva ventaja —dijo—. Muy bien, trataré de decirlo en pocas palabras. Le contaré los hechos, tal como fueron en la realidad, y espero que no deduzca conclusiones erróneas. George Rattery había perseguido durante cierto tiempo a mi mujer. Esto la divertía, la interesaba y la halagaba. Cualquier mujer

hubiera sentido lo mismo, ustedes lo saben muy bien. George era, a su manera, un hermoso bruto. Tal vez tuvieran un lío inocente. No se lo reproché; el hombre incapaz de confiar en su mujer no debe casarse. Por lo menos, así lo entiendo yo.

«¡Dios mío! —pensó Nigel—. Este hombre o es un Quijote ciego, pero bastante admirable, o, si no, es uno de los impostores más sutiles y convincentes que he encontrado en mi vida; aunque, por supuesto, existe la posibilidad de que Felix haya exagerado la intimidad de Rattery y Rhoda Carfax». Carfax prosiguió jugando con su anillo, y con los ojos entreabiertos como ante una luz deslumbradora:

—Últimamente, las atenciones de Rattery habían sido un poco excesivas. Les confesaré que el año pasado Rattery había perdido su interés por Rhoda; en esa época tenía relaciones con su cuñada, según decía la gente —La boca de Carfax se torció en una expresión de disgusto—. Perdóneme todos estos chismes. Pero parece que hubo una especie de pelea entre él y Lena Lawson, en enero; después de esto, George redobló sus atenciones hacia mi mujer. Tampoco entonces intervine. Si realmente Rhoda lo prefería —a la larga, por supuesto—, era inútil que me pusiera a hacer escenas. Pero por desgracia intervino la madre de George. Por eso quería hablarme el sábado por la tarde. Me acusó directamente de permitir que Rhoda fuera la amante de George, y me preguntó qué pensaba hacer. Le dije que por el momento no pensaba hacer nada: pero que si Rhoda quería divorciarse, se lo permitiría. La vieja señora, mejor dicho, la vieja arpía, me hizo una escena fantástica. Puso de manifiesto que yo era un cornudo complaciente, insultó a Rhoda y dijo que ella había seducido a George, lo que me pareció exagerado, y todo lo demás. Para terminar, me ordenó que detuviera ese escándalo; lo mejor para todos sería que Rhoda regresara al hogar conyugal y que silenciara definitivamente todo lo sucedido. Ella, por su parte, se comprometía a lograr que George se comportara bien. Era, en realidad, un *ultimátum*, y no me gustan los *ultimátum* —*ultima*, prefieren ustedes?— emitidos por ancianas dominantes. Repetí, con firmeza, que si George quería seducir a mi mujer, era cosa suya, y si ella quería verdaderamente vivir con él, yo le concedería el divorcio. Entonces la señora Rattery habló largamente del escándalo público, del honor familiar y de otras materias afines. Me repugnó. En medio de una frase suya salí del cuarto y me fui de la casa.

Carfax se dirigía, más y más, a Nigel, quien asentía afablemente a cada una de sus razones.

Blount se sintió excluido, y en cierto modo fuera de lugar. Por eso su voz parecía algo escéptica y cortante cuando dijo:

—Es una historia muy interesante, señor Carfax, Pero deberá usted admitir que su actitud ha sido un poco... eh... nada convencional.

—Es posible —dijo Carfax, con indiferencia.

—¿Y usted dice que salió directamente de la casa?

Había desafío en la palabra « directamente » .

Los ojos de Blount brillaron fríamente detrás de sus cristales.

—Si usted quiere preguntarme si efectué un rodeo por el camino para poner estricnina en el medicamento de Rattery, la contestación es negativa.

Blount se precipitó:

—¿Cómo sabía usted que ése fue el vehículo del veneno? —Por desgracia, Carfax no se desmoronó ante ese ataque.

—Chismes. Los sirvientes siempre hablan, y a lo sabe. La criada de Rattery dijo a nuestra cocinera que la policía estaba muy preocupada por encontrar una botella del tónico que Rattery tomaba, y até cabos. No hace falta ser un inspector jefe, como usted ve, para hacer una deducción tan fácil —agregó Carfax, con una pizca de no desagradable malicia.

Blount dijo, gravemente oficial:

—Tendremos que investigar sus declaraciones, señor Carfax.

—Si les señalara dos cosas —dijo el sorprendente señor Carfax—, quizá les evitara algunas molestias. Sin duda, ya se les habrán ocurrido. Primero: aunque no comprendan la actitud que tomé con respecto a Rattery y a mi mujer, no deben creer que les he mentado; la vieja señora Rattery puede confirmarles esa parte de mi declaración. Segundo: ustedes podrían pensar que era esta actitud mía solamente una especie de escudo para ocultar mis propios sentimientos, para ocultar mi intención de terminar de una vez este asunto entre Rattery y Rhoda. Pero traten de comprender que no necesitaba algo tan drástico como el asesinato de George. Yo financiaba el taller; y si hubiera querido eliminar a George, no tenía más que decirle que eligiera entre Rhoda o su inmediata separación de la sociedad. Su dinero o su vida amorosa, para concretar.

Habiendo detenido así toda la ofensiva del inspector Blount, Carfax se echó para atrás, mirándole afablemente. Blount trató de contraatacar, pero se encontró a lo largo de todo el frente con la misma fría franqueza, y una lógica más fría aún. Carfax casi parecía divertirse. La única prueba nueva que Blount pudo extraerle fue que Carfax tenía una coartada aparentemente inatacable desde el momento de la muerte. Cuando hubieron dejado el taller, Nigel dijo:

—Bien, bien, bien. El temible inspector Blount encuentra un rival de igual fuerza.

—Tiene presencia de ánimo —gruñó Blount—. Todo clarito; tal vez un poco demasiado clarito. Habrá notado usted, por otra parte, en el diario del señor Cairnes, cómo Carfax le agotó el tema de los venenos cuando aquél vino al taller. Habrá que ver.

—¿Así que sus pensamientos están alejándose de Frank Cairnes, por fin?

—Sigo siendo imparcial, señor Strangeways.

Durante la momentánea derrota de Blount, Georgia y Lena estaban sentadas junto a la pista de tenis de los Rattery. Georgia había venido para ver si podía servir en algo a Violeta Rattery; pero Violeta, en los últimos días, había desarrollado extraordinariamente su autoridad y su valentía; parecía estar a la altura de cualquier situación que pudiera presentarse, y la jurisdicción de la señora Rattery se había reducido ahora a las cuatro paredes de su cuarto. Como hizo notar Lena.

—Supongo que no debería decirlo, pero la muerte de George ha hecho de Violeta una nueva mujer. Ha llegado a ser lo que nuestra maestra llamaba «una persona tan serena». ¡Qué fea expresión! Pero Violeta... realmente quien la viera no podría darse cuenta de que ha sido un felpudo durante quince años... sí, George..., no, George. ¡Oh..., George, por favor..., no! Y ahora George ha sido envenenado, y quién sabe si la policía no sospecha de la viuda.

—¡Oh!, eso no es muy ...

—¿Por qué no? Todos nosotros somos sospechosos en potencia, todos los que estábamos en la casa. Y Felix parece haber hecho todo lo posible para que le ahorquen, aunque no creo que hubiera consumado lo... lo que nos decía anoche —Lena se detuvo, y prosiguió en voz más baja—. Cómo quisiera llegar a comprender que... ¡Oh, que se vaya todo al diablo! ¿Cómo está Phil?

—Cuando le dejé, estaba leyendo a Virgilio con Felix. Parecía muy contento. Pero no entiendo mucho de niños; a veces está muy animado, y de repente se cierra como una ostra, sin ninguna razón aparente.

—Leyendo a Virgilio. No comprendo nada. Me doy por vencida.

—Bueno, supongo que es una buena idea, para distraerle.

Lena no contestó. Georgia miró las nubes que pasaban sobre su cabeza. Al fin sus pensamientos fueron interrumpidos por un ruido de hierba cortada, a su lado; miró hacia el suelo rápidamente: la mano de Lena, flexible y tostada, arrancaba el césped de raíz, rompiéndolo con rabia y tirando a manos llenas los pedacitos por el aire.

—¡Ah, es usted! —dijo Georgia—. Por un momento pensé que había entrado una vaca.

—¡Si usted tuviera que soportarlo, terminaría comiendo hierba!

Lena se giró hacia Georgia con uno de esos impulsivos movimientos de sus hombros que parecían crear de la nada una situación dramática. Sus ojos ardían.

—¿Qué me ocurre? Por favor, dígame, ¿qué me ocurre? ¿Es mal aliento, o es lo que sus amigas más íntimas no se atrevían a decirle?

—Nada le ocurre... ¿Qué quiere decir?

—Bueno, entonces, ¿por qué todos me evitan? —Lena parecía progresivamente histérica—. Felix, por ejemplo, y Phil. Phil y yo nos

llevábamos muy bien, y ahora se esconde en los rincones para no encontrarse conmigo. Pero no me importa nada de él. Es Felix. ¿Por qué se me ocurrió enamorarme de él? ¿Yo... enamorada?, me pregunto. Sólo en este país, hay varios millones de hombres para elegir, y se me ocurre enamorarme del único que no me quería, salvo como tarjeta de presentación para el difunto. No, no es cierto. Juro que Felix me quería. Eso no puede simularse; tal vez las mujeres puedan, pero no los hombres. ¡Dios mío, éramos tan felices! Aun cuando empecé a preguntarme qué era lo que Felix se proponía; bueno, no me importaba, prefería estar ciega, no preocuparme.

El rostro de Lena, un poco estúpido y convencional cuando estaba tranquilo, se volvía muy hermoso cuando sus sentimientos le hacían olvidar la calma, el maquillaje y la cuidadosa educación de su preparación cinematográfica. Tomó las manos de Georgia —un ademán impulsivo y extraordinariamente conmovedor— y prosiguió rápidamente:

—Anoche, usted vio cómo no quiso salir solo conmigo al jardín, cuando se lo pedí. Bueno, luego pensé que era por el diario, por el temor de que yo me enterara de su doble juego. Pero después de contarme todo lo del diario, sabía muy bien que ya no existía ese secreto entre nosotros. Y cuando le llamé por teléfono esta mañana, y le dije que no me importaba y que le quería a pesar de todo, y que deseaba estar con él y acompañarle, ¡oh, se mostró tan conforme, tan educado, todo un caballero!, y dijo que sería mejor para nosotros que no nos viéramos más de lo necesario. No entiendo nada. Georgia, esto me mata. Creía ser orgullosa, pero aquí estoy arrastrándome de rodillas, como un peregrino, detrás de este hombre.

—Lo siento, querida. Debe de ser espantoso para usted. Pero el orgullo..., yo no me preocuparía por eso; es el elefante blanco de las emociones, muy imponente y costoso, pero cuanto más pronto se deshace uno de él, mejor.

—¡Oh!, no me preocupo por *eso*. Es por Felix que me preocupo. No me importa si ha matado o no a George, pero no veo por qué tiene que matarme a mí también. Cree usted, quiero decir, ¿estarán a punto de arrestarle? Es tan horrible pensar que pueden arrestarle en cualquier momento y que tal vez no nos veremos nunca más, que cada minuto que no estamos juntos ahora, es un minuto perdido.

Lena empezó a llorar. Georgia esperó que se serenara; luego le dijo tiernamente:

—Yo no creo que lo haya hecho; Nigel tampoco. Entre nosotros le salvaremos. Pero para poder salvarle debemos conocer toda la verdad. Tal vez tenga alguna razón muy importante para no querer verla a usted por ahora; o quizá sea una caballerosidad mal entendida, quizá no quiera comprometerla en este asunto. Pero usted no debe esconder nada, callar ninguna cosa; eso también sería caballerosidad mal entendida.

Lena se apretó las manos sobre la falda. Mirando hacia delante, dijo:

—Es tan difícil... Porque compromete a otra persona. ¿No mandan a la cárcel a las personas que ocultan una prueba?

—Bueno, eso sucede cuando uno es lo que se denomina « cómplice después del hecho ». Pero vale la pena arriesgarse, ¿verdad? ¿Es acerca de esa botella de tónico que ha desaparecido?

—Escuche, ¿me promete no decírselo a nadie más que a su marido, y pedirle que hable conmigo antes de pasar la información a otra persona?

—Sí.

—Muy bien. Se lo diré. He guardado silencio hasta ahora, porque la otra persona comprometida es Phil... y le quiero mucho.

Lena Lawson comenzó su historia. Empezaba con una conversación durante la comida en casa de Rattery. Hablaban del derecho de matar, y Felix dijo que le parecía justificado eliminar a las personas que eran una peste social, las que hacían del mundo un infierno para todos los que las rodeaban. Ella, en ese momento, no tomó en serio la discusión; pero cuando George se encontró mal y pronunció el nombre de Felix, la recordó de nuevo. Tuvo que ir al comedor, y allí vio la botella del tónico sobre la mesa. George estaba en la otra habitación, quejándose y retorciéndose, y sin saber por qué relacionó inmediatamente el hecho con la botella y con las palabras de Felix. Era algo totalmente irracional, pero por un momento creyó que Felix había envenenado a George. La única idea que se le ocurrió en ese instante fue deshacerse de la botella; no pensó que al hacerlo eliminaba la única prueba que podía sugerir que la muerte de George era un suicidio. Instintivamente, se había acercado a la ventana pensando tirar la botella entre la maleza. Entonces vio a Phil que la miraba desde afuera, con la nariz apretada contra el cristal: oyó la voz de la señora Rattery, llamándola desde la sala. Abrió la ventana, dio la botella a Phil, y le pidió que la escondiera en alguna parte. No había tiempo para explicaciones. No sabía dónde la había puesto; él parecía evitarla cada vez que ella trataba de hablarle a solas.

—Bueno, no le extrañe —dijo Georgia.

—¿No me...?

—Le pide que esconda una botella... Él la ve muy agitada; después oye que su padre ha sido envenenado y que la policía está buscando la botella. ¿Qué puede deducir?

Lena la miró, perturbada; luego exclamó, casi riendo, casi llorando:

—¡Dios mío! ¡Esto es demasiado! ¿Phil cree que he sido yo? Yo... ¡Esto es demasiado!

Georgia se levantó, y con un rápido movimiento se inclinó sobre la muchacha. La cogió por los hombros y la sacudió sin piedad, hasta que el pelo brillante de Lena quedó cubriéndole un ojo como una gran onda, y la risa insensata e idiota cesó. Mirando por encima de la cabeza de Lena, apoyada

ahora sobre su pecho, mientras sentía el temblor convulsivo de su cuerpo, Georgia vio un rostro que las observaba desde una ventana alta, la cara de una anciana de aspecto patricio, austero y sombrío, con una expresión helada en la boca, que parecía censurar la risa salvaje que había atravesado aquella casa de silencio, o el pétreo y satisfecho triunfo de un dios vengativo, una imagen de granito en cuyas rodillas acababa de consumarse el sacrificio sangriento.

Georgia refirió a Nigel esta conversación cuando volvió al hotel, antes del almuerzo.

—Eso lo explica todo —dijo—. Yo estaba seguro de que era Lena quien había hecho desaparecer la botella, pero no podía comprender por qué insistía en ocultarlo, sabiendo que esa desaparición no mejoraría en nada la situación de Felix. Supongo que de ninguna manera podría haber parecido un suicidio. Bueno, tendremos que hablar con el joven Phil.

—Estoy contenta de que le hayamos sacado de esa casa. Esta mañana he visto a la señora Rattery; nos miraba desde una ventana alta, como Jezabel; bueno, no tanto como Jezabel, sino como un ídolo que encontré una vez en Borneo, sentado solo en medio de la selva, con las rodillas cubiertas de sangre seca. Un descubrimiento muy interesante.

—Muy interesante, sin duda —dijo Nigel estremeciéndose levemente—. ¿Sabes que empiezo a tener ideas extrañas sobre la vieja señora? Si no fuera evidente el arquetipo de la falsa pista que utilizan los escritores policíacos... Pero si estuviéramos en un libro, apostararía por Carfax; es suave y transparente como el vidrio; me quedé pensando si no nos hizo alguna «prueba del espejo».

—El gran Gaboriau dijo, ¿no es cierto?, «Siempre sospechar de lo que parece increíble».

—Si dijo eso, el gran Gaboriau debía ser retrasado mental. Nunca he oído una paradoja tan fácil y fantástica.

—Pero ¿por qué no? El asesinato es fantástico, excepto cuando está gobernado por reglas estrictas como las de la *vendetta*. Es inútil considerarlo desde el punto de vista realista; ningún asesino es realista; si lo fuera, no cometería el crimen. Tu propio éxito en tu profesión se debe al hecho de estar semidemente la mayor parte del tiempo disponible.

—Ese elogio, aunque espontáneo, es inoportuno. De paso, ¿has visto a Violeta Rattery esta mañana?

—Sólo durante uno o dos minutos.

—Me gustaría saber lo que dijo cuando tuvo esa escena con George, la semana pasada. La madre de Rattery lanzó algunas oscuras indirectas cuando



rescatamos a Phil de sus manos, ayer por la mañana. Aquí haría falta, de nuevo, el tacto femenino.

Georgia hizo una mueca.

—¿Hasta cuándo piensas utilizarme como *agent provocateur*?

—*Provocateuse*. Lo eres, querida, a pesar de tu aspecto endurecido. Ignoro por qué.

—El sitio de la mujer está en la cocina. De ahora en adelante me quedaré allí. Estoy harta de tus insidias. Si quieres plantar víboras en los corazones de la gente, ve y plántalas tú mismo, para variar.

—¿Es una sublevación?

—Sí. ¿Por qué?

—Sólo quería saberlo. Bueno, la cocina está abajo, primera puerta a la izquierda...

Después del almuerzo, Nigel salió al jardín con Phil Rattery. El niño estaba muy cortés, pero distraído, mientras Nigel conversaba con él. Su palidez, la delgadez patética de sus brazos y de sus piernas, las esquivas miradas de sus ojos, hacían sentir a Nigel cierta timidez que le impedía hablar de lo que le interesaba. Sin embargo, la serenidad del niño, su aspecto de delicada reserva, como el de un gato, le desafiaban. Por fin, dijo con cierta brusquedad involuntaria:

—Con respecto a esa botella..., y a sabes, la botella del tónico, Phil. ¿Dónde la escondiste?

Phil le miró a los ojos con una expresión de inocencia casi agresiva.

—Yo no escondí la botella, señor —Nigel estuvo a punto de aceptar esta declaración en su valor estricto, pero recordó un dicho de un maestro de escuela amigo, Michael Evans: « Un niño verdaderamente inteligente y educado siempre mira al maestro a los ojos cuando está diciendo alguna mentira importante » . Nigel endureció su corazón.

—Sin embargo, Lena me dijo que te la había dado para que la escondieras.

—¿Dice eso? Pero, entonces, ¿quiere decir que no fue ella quien —Phil tragó con dificultad— envenenó a mi padre?

—No, claro que no fue ella. —La gravedad tensa y terrible del niño daba a entender que quería poner sus manos sobre el autor del crimen; no importa quién fuera. Nigel tuvo que mirar de nuevo a Phil para recordar que era un niño azorado y torturado, y no el adulto que a veces parecía hablar por su boca—. Por supuesto que no. Te admiro porque quisiste protegerla, pero ya no hace falta.

—Pero si no fue Lena, ¿por qué me dijo que escondiera la botella? —preguntó Phil, con la frente profundamente arrugada por la perplejidad.

—Yo de ti no me preocuparía por eso —dijo Nigel descuidadamente.

—No puedo evitarlo. No soy un niño, ¿sabe? Me parece que usted debería decirme por qué fue.

Nigel podía seguir la mente rápida e inexperta del niño luchando ya con el

problema. Se decidió a decirle la verdad: era una decisión que traería extrañas consecuencias, pero Nigel no podía preverlas.

—Es un poco complicado —dijo—. Para decir la verdad, Lena estaba tratando de proteger a otra persona.

—¿A quién?

—A Felix.

El rostro luminoso de Phil se ensombreció, como si una nube pasara sobre una laguna cenicienta y pura. «Aquel que enseñe a los niños a dudar —se repetía Nigel con inquietud—, de la tumba podrida nunca se ha de salvar». Phil se había vuelto hacia él, y le había agarrado por la manga.

—¿No es cierto, no? ¡Estoy seguro de que no es cierto!

—No. No creo que haya sido Felix.

—¿Y la policía?

—Bueno, la policía sospecha por principio de todo el mundo. Y Felix ha estado un poco tonto.

—Usted no permitirá que le hagan nada, ¿verdad? Prométamelo.

El candor inocente y material de la súplica de Phil le hizo parecer, por un momento, extrañamente femenino.

—Le cuidaremos —dijo Nigel—. No te preocupes. Lo más importante es encontrar esa botella.

—Está en el techo.

—¿En el techo?

—Sí, ya le enseñaré dónde. Venga conmigo. —Muy impaciente ahora, Phil sacó a Nigel de su silla, y, casi corriendo, se mantuvo a un paso de ventaja durante todo el camino hasta la casa de Rattery. Nigel quedó sin aliento, después de haber sido arrastrado por dos escaleras, y una escalera de mano. Miraron por una ventana del altillo hacia el techo de tejas; Phil indicó:

—Está en la canaleta, allí. Bajaré a cogerla.

—No señor. No quiero que te rompas la cabeza. Buscaremos una escalera y la apoyaremos contra la pared de la casa.

—Es muy fácil, señor; le juro que es muy fácil. He subido al techo muchas veces. No hay nada más fácil; basta quitarse los zapatos y atarse con una cuerda.

—¿Quieres decir que en la noche del sábado subiste al techo y escondiste la botella en la canaleta? ¿En la oscuridad?

—Bueno, no estaba tan oscuro. Primero pensé descolgar la botella atándola con un hilo. Pero hubiera tenido que soltar el hilo, después, y tal vez la botella hubiera quedado colgando junto a la pared, más abajo de la canaleta, y alguien la hubiera visto.

Phil ya estaba atándose a la cintura un pedazo de sogas que había sacado de un viejo baúl de cuero del altillo.

—Verdaderamente, es un escondite formidable —dijo Nigel—. ¿Cómo se te

ocurrió?

—Por una pelota que perdimos una vez. Papá y yo jugábamos al cricquet en el jardín con una pelota de tenis, y él la lanzó hasta el techo y se quedó colgada en la canaleta. Entonces papá se descolgó por esta ventana y la pescó. Mamá estaba muy asustada; creyó que iba a caerse. Pero él es... Él era muy práctico para trepar. Siempre usaba esta sogá en los Alpes.

Algo golpeó con fuerza en la mente de Nigel, pidiendo que lo dejaran entrar, pero la puerta estaba cerrada y en ese momento no podía encontrar la llave. Ya lo recordaría; tenía una memoria extraordinariamente amplia, en la que ordenaban cuidadosamente hasta los detalles en apariencia más impertinentes. Pero ahora estaba demasiado atento al espectáculo de Phil que se deslizaba por la unión de los dos techos, ataba un extremo de la cuerda a la base de una chimenea, trepaba por el otro techo y desaparecía al otro lado.

«Espero que la sogá sea bastante resistente: caramba, no hay peligro mientras tenga la sogá bien atada a la cintura; pero ¿la habrá asegurado bien? ¡Cuánto tarda! Es un chico tan raro... No me extrañaría que desatara la cuerda y se tirara del techo al suelo, si se le ocurriera que...».

Se oyó un grito, siguió un silencio intolerable, y después, no el golpe sordo que Nigel esperaba con todos sus nervios en tensión, sino un golpe débil, vítreo. Su alivio fue tan enorme que, cuando la cara y las manos de Phil aparecieron por el techo, cubiertos de hollín, le gritó enfadado:

—¡Eres un estúpido! ¿Por qué la has dejado caer? Hubiéramos debido usar una escalera, pero tenías tantas ganas de presumir por los techos...

Phil sonrió, disculpándose a través del hollín.

—Lo siento mucho, señor. No sé por qué, la botella estaba resbaladiza por la parte de afuera; se me cayó de las manos cuando yo...

—Sí. Muy bien. No tiene remedio. Mejor será que baje y recoja los pedazos. De paso, ¿la botella estaba vacía?

—No, medio llena.

—Dios nos guarde. ¿No hay gatos o perros por aquí?

Nigel iba a bajar corriendo las escaleras cuando le detuvo la voz plañidera de Phil. Los nudos de la sogá alrededor de su cintura y de la chimenea se habían apretado tanto que no podía deshacerlos. Nigel se vio obligado a perder uno o dos minutos preciosos en descolgarse por la ventana del altillo y desatar los nudos. Cuando pudo por fin salir de la casa y llegar al jardín, estaba hirviendo de impaciencia, y bastante preocupado también. La idea de que allí en el césped se encontraba tirada una cantidad buena de estricnina no era como para tranquilizarle. Sin embargo, no tenía por qué preocuparse. Al salir corriendo de la casa, se encontró con el espectáculo de Blount, de rodillas, su sombrero señorial colocado con el mismo austero grado de horizontalidad, frotando el césped con un pañuelo. Sobre el sendero, a su lado, ya había una cuidada pila de pedacitos de

crystal. Miró hacia arriba y dijo, en tono de reproche:

—Casi me acierta con esa botella. No sé a qué estarían jugando, pero...

Nigel oyó detrás de sí una voz entrecortada. Luego pasó a su lado Phil, como una ráfaga de viento caliente, y saltó sobre Blount, golpeándole y arañándolo en una furiosa tentativa de arrebatarle de las manos el pañuelo empapado. Los ojos del niño estaban negros de ira; todo su rostro y su cuerpo parecían transformados en los de un duende malvado. El sombrero de Blount quedó torcido, los lentes dorados colgando. Su rostro, sin embargo, no mostró ningún exceso de emoción mientras sujetaba los brazos del niño y le empujaba, no sin delicadeza, hacia Nigel.

—Mejor será llevarle adentro y hacerle lavar las manos. Podría haberle quedado algo de esta sustancia. Otra vez, métase con alguien de su tamaño, señor Phil. Y cuando haya terminado con él, me gustaría cambiar unas palabras con usted, señor Strangeways. Usted podría pedirle a la madre del chico que le cuide un rato.

Phil dejó que le llevaran hacia la casa. Parecía definitivamente derrotado. Su boca y las comisuras de sus ojos se contraían, una contracción como la de un perro que tiene una pesadilla. Nigel no sabía qué decir: sabía que, además de la botella, algo más había sido roto en pedazos, y pasaría mucho tiempo antes que volvieran a juntarse las piezas.

## II

Cuando Nigel volvió a salir de la casa, encontró a Blount entregando a un gendarme el pañuelo manchado y los pedazos de cristal. El líquido había sido exprimido dentro de una palangana.

—Suerte que la tierra está dura —dijo Blount pensativamente—, porque si no se hubiera infiltrado; tendríamos que haber cavado en el césped. Es el veneno, decididamente.

Adelantó con extremo cuidado la punta de la lengua hacia el pañuelo.

—Amargo. Todavía se siente el gusto. Le agradezco que lo haya encontrado; pero no hacía falta tirármelo por la cabeza. Más prisa, menos velocidad, señor Strangeways. De paso, ¿por qué me quiso atacar el chico?

—Está un poco nervioso.

—Ya lo he notado —dijo Blount secamente.

—Siento lo de la botella. Phil me dijo que la había escondido en aquella canaleta, y yo le permití, un poco apresuradamente, que se descolgara y la recogiera. Se ató a una chimenea. Le resbaló de las manos (la botella, no la chimenea).

—No, no le resbaló nada. —Con irritante minuciosidad Blount se limpió las

rodillas de los pantalones, se ajustó las gafas, y llevó a Nigel hasta el lugar donde había caído la botella.

—Vea, si se le hubiera caído, la botella habría ido a parar a ese cantero de flores. Pero cayó mucho más afuera, en el borde del césped. Ha debido tirarla. Ahora, si me permite un momento, nos sentaremos allá donde no nos puedan oír los de la casa, y usted me contará lo ocurrido.

Nigel le relató la confesión de Lena, y la excursión de Phil durante la noche del sábado.

—Phil es, en ciertos sentidos, un chico muy despierto. Se le habrá metido no sé cómo en la cabeza la idea de que la botella podía comprometer de alguna manera a Felix, y, como dice Georgia, Felix es para él un dios; pero como ya me había confesado dónde estaba la botella, lo único que podía hacer para ayudar a Felix era destruirla, tirarla desde el techo y entretenerme obligándome a deshacer los nudos de la sogá, con la esperanza de que, cuando yo llegara abajo, el líquido se hubiera infiltrado en la tierra. Dentro de los límites de su capacidad mental, era lógico e ingenioso. Como muchos niños solitarios, es capaz del más apasionado culto por sus héroes y al mismo tiempo de una profunda desconfianza frente a los extraños. Evidentemente, no me creyó cuando le dije que la aparición de la botella no perjudicaría a Felix en modo alguno. Hasta es posible que crea que Felix envenenó a su padre. Pero quería protegerle. Por eso le agredió a usted al comprender que su plan había fracasado.

—Sí. Parece una explicación verosímil. Y bien, es un jovencito muy valiente. ¡Descolgar por esos techos! Con sogá o sin ella, no me gustaría nada. Pero nunca he tenido cabeza para las alturas. Es el vértigo...

—¡*Vértigo!* —exclamó Nigel, con los ojos repentinamente iluminados—. ¡Ya sabía que lo recordaría después de un tiempo! ¡Por Dios, al fin he encontrado algo!

—¿Qué?

—George Rattery tenía vértigo, y al mismo tiempo no tenía. Tenía miedo de acercarse al borde de una cantera, pero no tenía miedo de los Alpes.

—Si eso quiere ser una adivinanza.

—No es una adivinanza. Es la solución de una adivinanza. O el comienzo de una solución. Ahora cálese un momento y deje que el tío Nigel reflexione sobre algo que tiene en la mente. Usted recordará lo que Felix Cairnes escribió en su diario, cuando estuvo a punto de simular un accidente en una cantera de los Cotswolds; George Rattery no quiso acercarse al borde porque, según dijo, tenía vértigo.

—Sí, me acuerdo muy bien.

—Bueno; cuando yo estaba en el altillo con Phil, le pregunté cómo se le había ocurrido semejante escondite para la botella. Me contó que una vez su padre había tirado una pelota al techo y que ésta se había quedado en la canaleta, y que

su padre había subido a buscarla. Aún más: me dijo que su padre era alpinista. ¿Entonces?

La amable boca de Blount parecía una línea delgada; sus ojos brillaban.

—Significa que Felix Cairnes, por un motivo u otro dijo una mentira en su diario.

—Pero ¿por qué?

—Ésa es una pregunta que muy pronto le haré personalmente.

—Pero ¿qué motivo pudo tener? El diario no estaba destinado a ser visto por nadie. ¿Por qué, en el nombre del Gran Khan de Tartaria, se mentía a sí mismo?

—Pero vamos, señor Strangeways, usted admitirá que era una mentira... la afirmación de que Rattery sufría vértigo.

—Sí, lo admito. Lo que no admito es que Felix lo haya dicho.

—Pero, caramba, lo dijo; está escrito, en blanco y negro. ¿Qué otra alternativa se le ocurre?

—Sugiero que fue Rattery el que mintió.

Blount abrió la boca. Por un momento pareció un respetable gerente de Banco a quien acaban de decir que han visto a Montague Norman alterando una página del libro de contabilidad.

—Calma, calma, señor Strangeways; usted no pretende que crea eso, ¿no?

—Lo pretendo, inspector jefe Blount. Siempre he sostenido que Rattery había llegado a sospechar de Felix, que había comunicado sus sospechas a una tercera persona, y que esta persona fue la que mató a Rattery, ocultándose detrás del asesino voluntario. Ahora, suponga que Rattery ya sospechara vagamente de Felix el día que fueron a esa excursión. Seguramente debía conocer la existencia de la cantera; la gente suele volver siempre a los mismos lugares a pasear cuando ha vivido un tiempo en la misma región. Felix, de pie al borde de la cantera, llama a George para enseñarle algo. George advierte cierta agitación en su voz, en su aspecto. La chispa de sospecha se aviva y convierte en una hoguera. Piensa: «Supongamos que Felix quiera tirarme por la cantera». O, según otra alternativa, no supo de la existencia de la cantera hasta que Felix, como admite en el diario, se lo dijo con bastante poca precaución. De cualquier manera, George no podía hablarle de sus sospechas; todavía no tenía ninguna prueba; su juego consistía en dar la impresión de ser la víctima inconsciente, hasta tener pruebas fehacientes de que Felix era un futuro asesino. Al mismo tiempo, no se atrevía a ir hasta el borde de la cantera. Tenía que inventar alguna excusa que no pusiera en guardia a Felix. En la prisa del momento dice: «Lo siento. No hay caso. No tengo cabeza para las alturas. Vértigo». La primera excusa que se le ocurre a un alpinista consumado.

Después de un largo silencio, dijo Blount:

—Bueno, no niego que sea una teoría bastante plausible. Pero no más que una telaraña muy bien tejida, pero que no resiste el peso de nuestro examen.

—Las telarañas no están hechas para resistir el peso de nuestro examen — replicó Nigel agriamente—. Son para cazar moscas, como usted podría saber si dejara alguna vez de mirar manchas de sangre e interiores de jarras de cerveza, y se permitiera observar un poco la naturaleza.

—¿Y puedo preguntar qué mosca ha cazado su telaraña? —preguntó Blount, escéptico.

—Toda mi defensa de Felix Cairnes está basada en el hecho de que una tercera persona conociera sus planes, o por lo menos su propósito general. Esa persona puede haberlo descubierto independientemente, pero no es muy probable; porque seguramente Felix debió esconder su diario con mucho cuidado. Pero suponga que George haya comunicado sus sospechas, tal vez desde el primer momento, a esta tercera persona. ¿En quién le parece más probable que confiara?

—No cuesta adivinar, ¿verdad?

—No le pido que adivine. Le pido que haga funcionar la máquina que está detrás de su abultada frente.

—Bueno, en su mujer no confiaría... Por lo que veo, la despreciaba demasiado. Ni en Lena, si es cierto lo que dice Carfax de que ella y George se habían peleado. Tal vez se lo podría haber dicho a Carfax. No. Yo diría que la persona más probable era su madre. Estaban muy unidos.

—Ha olvidado a una persona —dijo Nigel con tono pícaro.

—¿Quién? Supongo que no se refiere al niño...

—No. Rhoda Carfax. Ella y George eran...

—¿La señora Carfax? ¿Se burla de mí? ¿Por qué iba a desear la muerte de Rattery? De todos modos, su marido dice que ella nunca iba por el taller; luego, no ha podido sacar el matarratas.

—Lo que diga su marido no prueba nada.

—Tengo pruebas que lo corroboran. Por supuesto, ella podría haber entrado de noche y cogido parte del veneno. Pero la verdad es que tiene una coartada para la tarde del sábado. No pudo echar el veneno en la botella de tónico.

—A veces pienso que hay en usted los elementos de un buen detective. Así que usted, después de todo, también había puesto el ojo sobre Rhoda.

—Eso es parte de la investigación de rutina —dijo Blount, algo escandalizado.

—Bueno, está bien. No me importa Rhoda. Como usted dice, la señora Rattery es la persona más probable.

—No he dicho eso —dijo Blount dramáticamente—. Está Felix Cairnes. Todo lo que he dicho es que...

—Muy bien. Su protesta ha sido tomada en cuenta y recibirá toda nuestra atención. Pero no nos alejemos por ahora de Ethel Rattery. Usted ha leído el diario de Cairnes. ¿No ha encontrado allí alguna referencia a ella?

El inspector Blount se acomodó en su silla. Sacó una pipa, pero no la

encendió, frotándola pensativamente contra su mejilla tersa:

—A la anciana le entusiasma el honor de la familia, ¿verdad? De acuerdo con el diario de Cairnes, ha dicho: «Matar no es asesinar cuando se trata del honor», o algo parecido. Y más adelante, Cairnes cuenta que ella le dijo al niño que nunca se avergonzara de su familia, ocurriese lo que ocurriese. Pero ésas son muy pocas pruebas, como usted comprenderá.

—Sí, aisladas. Pero cuando las vinculamos al hecho de que ella tuvo la oportunidad: ella y Violeta estuvieron solas en la casa durante la tarde del sábado hasta que George volvió del río, y con lo que sabemos —y *ella sabía*— acerca de George y de Rhoda...

—¿Cómo lo ve usted?

—Sabemos que esa misma tarde ella pidió a Carfax que controlara a su mujer y que tratara de silenciar el escándalo. Se enfadó mucho cuando Carfax le dijo que estaba decidido a divorciarse de Rhoda, si ella quería. Ahora, suponiendo que esto fuera un ultimátum de la señora; supongamos que ella hubiera ya decidido, en su fuero interno, que si fracasaba mataría a George para no permitir que el escándalo de este asunto y de su posible divorcio mancillara el noble escudo de la familia. Había pedido a George que dejara a Rhoda; había pedido a Carfax que adoptara una actitud severa. Sus dos peticiones fracasaron. Entonces sólo le queda la estricnina. ¿Qué le parece?

—Admito que esa posibilidad pasó por mi mente. Pero hay dos inconvenientes terribles.

—¿Y son...?

—Primero: ¿Suelen las madres envenenar a sus hijos para proteger el honor de la familia? Es muy fantástico. No me gusta.

—Por regla general no suelen hacerlo. Pero Ethel Rattery es una verdadera matrona romana, de la escuela más estoica. Además, no está muy bien de la cabeza. No debemos esperar de ella un comportamiento normal. Sabemos que es una autócrata decidida, fanática del honor de la familia, y que, como buena victoriana, considera que el escándalo sexual es la peor afrenta. Combine esas tres cosas y obtendrá una criminal en potencia. ¿Cuál es su segunda objeción?

—Usted opina que George confió a su madre sus sospechas acerca de Felix Cairnes. Que el asesino conocía el plan del *dinghy*, y que el veneno era sólo una segunda línea de ataque, por si fracasaba la tentativa de Felix. Ahora bien, si la señora Rattery tenía intención de envenenar a su hijo solamente en el caso de no tener éxito la petición que pensaba hacer a Carfax, esa petición hubiera debido producirse mucho antes. Porque si no, Carfax podría acceder en el mismo instante en que George estaba ahogándose, y ella lo sabía. No tiene sentido.

—Usted confunde dos teorías más diferentes. Sugiero que la señora Rattery, lo mismo que George, conocía el plan del *dinghy*, descrito por Felix en su diario. Pero también sugiero que lo discutieron juntos y que George dijo a su madre que



representaría hasta el final su papel de víctima para obtener una confirmación absoluta de las intenciones de Felix, y que en el último momento cambiaría los papeles, diciéndole a Felix que su diario estaba en manos de un abogado. En realidad, George no tenía ninguna intención de dejarse ahogar, y *su madre lo sabía*. Pero ella tenía toda la intención de envenenarle si fracasaba su entrevista con Carfax.

—Sí. Por supuesto. Eso es ciertamente posible. Bueno, éste es un caso extraño. La señora Rattery, Violeta Rattery, Carfax y Cairnes, todos tuvieron oportunidad y motivo para matar a George Rattery. La señorita Lawson también; tuvo la oportunidad, pero es difícil imaginarse cuál pudo ser el motivo. Es muy extraño que ninguno de ellos tenga coartadas. Me sentiría más feliz con una bonita y jugosa coartada donde poder hincar los dientes.

—¿Y la de Rhoda Carfax?

—Sería demasiado. Estuvo en Cheltenham desde las diez y media hasta las seis de la tarde, jugando en un campeonato de tenis. Después se fue con unos amigos a comer al Plough y no volvió aquí hasta las nueve. Por supuesto, tenemos que comprobar todas las declaraciones; pero hasta ahora no existe la menor posibilidad de que haya podido escabullirse hasta aquí durante la tarde. Parece que no era un campeonato muy importante; cuando no jugaba, hacía de arbitro o charlaba con sus conocidos.

—Eso parece eliminarla. Bueno, ¿adonde vamos ahora?

—Tengo otra entrevista con la señora Rattery. Estaba a punto de entrar cuando me tiraron la botella por la cabeza.

—¿Puedo asistir?

—Muy bien. Pero *déjeme* hablar a mí, por favor.

## 12

Era la primera vez que Nigel tenía oportunidad de estudiar desapasionadamente a la madre de George. El otro día, en el *boudoir* de Violeta, habían revuelto tanto barro que le había sido imposible reflexionar tranquilamente. Ahora, de pie en medio de su habitación y extendiendo hacia él un brazo del cual descendían en diversos pliegues las voluminosas telas negras de su duelo, Ethel Rattery parecía un modelo posando para una estatua del Ángel de la Muerte.

Sus facciones ásperas y amplias, debajo de su expresión de dolor convencional y preparado, no parecían mostrar ni sufrimiento ni contricción, ni piedad ni temor. Más que el modelo parecía la estatua. « En lo más profundo de su ser —pensó Nigel— hay un núcleo pétreo y apagado, un principio antivital ». Notó brevemente, cuando le daba la mano, un enorme lunar negro en su

antebrazo, con largos pelos: era muy desagradable a la vista, y sin embargo, en ese momento daba la impresión de ser lo único vivo en ella. Luego, con una inclinación vacilante de su cabeza hacia Nigel, se dirigió a una silla y se sentó; la ilusión se desvaneció de inmediato. Ya no era el ángel de la muerte, el pilar de sal negra, sino una vieja desgarrada cuyas temblorosas piernas de pato eran, grotescamente, demasiado pequeñas para el cuerpo que soportaban. No obstante, los pensamientos vagabundos de Nigel fueron repentinamente traídos a la realidad por las primeras palabras de la señora Rattery. Sentada, rápidamente erguida en su alta silla, con las manos dispuestas con las palmas para arriba sobre sus amplias faldas, dijo a Blount:

—He decidido, inspector, que este triste asunto ha sido un accidente. Creo que será mejor para todas las partes interesadas considerarlo así. Un accidente. Por lo tanto, no necesitaremos más de sus servicios. ¿Para cuándo puede ordenar que sus hombres se retiren de mi casa?

Por su temperamento y por su experiencia, Blount no era un hombre fácilmente alarmable, y raras veces permitía a su rostro expresar la sorpresa que su espíritu podía sentir; pero ahora, por un instante, quedó francamente boquiabierto frente a la anciana.

Nigel sacó un cigarrillo, y rápidamente lo guardó de nuevo en su pitillera. Pensó: «Loca, completamente loca, chiflada». Blount consiguió, por fin, hablar.

—¿Por qué cree usted que fue un accidente, señora? —le preguntó cortésmente.

—Mi hijo no tenía enemigos. Los Rattery no se suicidan. La única explicación, por lo tanto, es un accidente.

—¿Sugiere usted, señora, que su hijo puso accidentalmente una cantidad de veneno para las ratas en su medicamento y luego se lo tomó? ¿No le parece un poco... improbable? ¿Por qué supone que haya hecho algo tan extraordinario?

—Inspector, yo no soy policía —contestó la señora con un aplomo monstruoso—. Es su deber, creo, descubrir los detalles del accidente. Yo le pido que lo haga lo más pronto posible. Como puede imaginar, me resulta molesto tener la casa llena de policías.

«Georgia no querrá creer esto cuando se lo cuente —pensó Nigel—. Este diálogo debería ser terriblemente gracioso, pero no lo es». Blount estaba diciendo, con peligrosa amabilidad:

—¿Y por qué tiene usted tanto interés, señora, en convencerme, y en convencerse, de que se trata de un accidente?

—Como puede imaginar, trato de defender la reputación de la familia.

—¿Le interesa más la reputación que la justicia? —preguntó Blount, no sin autoridad.

—Me parece una observación muy impertinente.

—Algunos podrían considerar una impertinencia de su parte el pretender

enseñar a la policía cómo debe resolver este asunto.

Nigel casi aplaudió. Por fin, el viejo espíritu escocés aparecía. *Nolo Ratterari*. La anciana se ruborizó un poco ante esta inesperada oposición; bajó la vista hacia el anillo conyugal hundido en su carnoso dedo, y dijo:

—¿Hablaba usted de justicia, inspector?

—Si yo le dijera que su hijo ha sido asesinado, ¿no le gustaría que el asesino fuera descubierto?

—¿Asesinado? ¿Puede probarlo? —dijo la señora Rattery con su voz sorda, plomiza; luego, la voz se volvió de plomo derretido al anunciar esta sola palabra —: ¿Quién?

—Eso, por ahora, no lo sabemos. Con su ayuda quizá podamos llegar a la solución verdadera.

Blount empezó de nuevo a hablar con ella de lo sucedido en la tarde del sábado. La vagabunda atención de Nigel fue atraída por una fotografía que estaba sobre una mesita barroca, a su derecha. Tenía un raro marco dorado y exuberante, flanqueado por medallas, un florero lleno de siemprevivas enfrente y dos floreros altos detrás, abarrotados de rosas mal arregladas y que ya empezaban a perder sus pétalos. Sin embargo, no eran aquellas reliquias lo que interesaba a Nigel, sino el rostro del hombre de la fotografía: un joven vestido de militar; sin duda, el marido de la señora Rattery. El bigote espumoso y las patillas no ocultaban las facciones —delicadas, indecisas, supersensitivas, más parecidas a las de un poeta del noventa que a las de un soldado— y su extraordinario parecido con Phil Rattery. « Bueno —le dijo Nigel silenciosamente a la fotografía —, si yo hubiera sido tú y me hubieran dado a elegir entre una bala en Sudáfrica y una vida entera al lado de Ethel Rattery, también yo hubiera elegido la muerte más rápida; pero qué ojos extraños tienes; la locura, según dicen, salta a veces una generación; entre Ethel y tu herencia, no es extraño que el niño sea tan nervioso. Pobre muchacho. Me gustaría profundizar un poco la historia de esta familia» .

El inspector Blount estaba diciendo:

—El sábado por la tarde, ¿tuvo usted una entrevista con el señor Carfax?

El rostro de la vieja enlutada pareció ensombrecerse. Nigel levantó involuntariamente la vista, esperando ver una nube sobre el sol; pero todas las persianas del cuarto estaban bajadas.

—Así es —dijo—; pero no veo que le pueda interesar a usted.

—Eso lo decidiré yo —dijo Blount, implacable—. ¿Se niega usted a referir lo que discutieron?

—Efectivamente.

—¿Niega usted haber pedido al señor Carfax que pusiera fin a la relación entre su mujer y George Rattery, y haberle acusado de admitir tácitamente esa relación, y que cuando él dijo que pensaba divorciarse de su mujer si ella así lo

quería, usted le insultó en términos más bien exagerados?

Durante este discurso, el rojo rostro de la señora Rattery se volvió púrpura y empezó a agitarse. Nigel creyó que se echaría a llorar, pero en cambio exclamó en tono de ofendida indignación:

—Ese hombre no es más que un alcahuete, y así se lo dije. El escándalo era ya bastante grande, para que encima lo estimulara.

—Si le interesaba tanto, ¿por qué no habló usted con su hijo?

—Hablé con él. Pero era muy terco... Supongo que lo ha heredado de mi familia —dijo con furtiva vanidad.

—¿No tuvo usted la impresión de que el señor Carfax disimulaba el rencor hacia su hijo como consecuencia de ese asunto?

—Pero yo... —la señora Rattery enmudeció bruscamente. Volvió a sus ojos la mirada furtiva—. Por lo menos, yo no noté nada. Pero la verdad es que estaba muy agitada para poder notarlo. Ciertamente, la actitud que adoptaba era extraña.

« Vieja lengua venenosa », pensó Nigel.

—Después de esa entrevista, tengo entendido que el señor Carfax salió directamente de la casa. —Tal como cuando había hablado con Carfax, Blount puso el mismo débil énfasis sobre la palabra « directamente » .

« Una pregunta casi capciosa: está mal », pensó Nigel. La señora Rattery dijo:

—Sí, supongo que sí. No, ahora que lo pienso un poco, no pudo salir muy directamente. Yo estaba en la ventana, y tardó uno o dos minutos en aparecer por el jardín.

—Por supuesto, su hijo le contó lo del diario de Felix Lane, ¿verdad? —Blount había utilizado la vieja treta de dejar caer una pregunta esencial cuando la atención del interrogado se encontraba dirigida hacia otra cosa. Su táctica no tuvo ningún efecto visible, a menos que pudiera haber algo sospechoso en la pétrea altivez con que la señora Rattery la recibió.

—¿El diario del señor Lane? No entiendo...

—Sin duda su hijo le contó su descubrimiento de que el señor Lane tenía intención de matarle.

—No me aturda a preguntas, inspector; no estoy acostumbrada. En cuanto a ese cuento de hadas...

—Es la verdad, señora.

—En ese caso, ¿por qué no pone usted fin a esta entrevista, que me parece sumamente desagradable, y arresta al señor Lane?

—Cada cosa a su tiempo, señora —dijo Blount con igual frigidéz.

—¿Notó usted alguna hostilidad entre su hijo y el señor Lane? ¿No le sorprendió un poco la situación del señor Lane en esta casa?

—Sabía perfectamente que él estaba aquí a causa de esa criatura

abominable, Lena. Es un asunto que prefiero no discutir.

«Usted creyó que la enemistad entre George y Felix se debía a Lena», pensó Nigel. Mirando hacia abajo, dijo en voz alta:

—¿Qué dijo Violeta cuando se peleó con su marido, la semana pasada?

—¡Pero, señor Strangeways! ¿Hay que sacar a luz hasta los más pequeños incidentes domésticos? Me parece innecesario y vulgar.

—¿Incidente? ¿Innecesario? Si le parece tan trivial, ¿por qué le dijo a Phil, el otro día: «Tu madre necesita toda nuestra ayuda. Porque la policía puede llegar a saber que se peleó con tu padre la semana pasada, y lo que dijo, y eso podría hacerles pensar...»? ¿Hacerles pensar qué?

—Eso será mejor que se lo pregunte a mi nuera.

La anciana no quiso hablar más. Después de unas cuantas preguntas, Blount se levantó para irse. Distraídamente, Nigel se acercó a la mesita barroca y, pasando un dedo por la parte de arriba de la fotografía, dijo:

—Supongo que éste es su marido, señora Rattery, ¿verdad? Murió en Sudáfrica, ¿no es cierto? ¿En qué batalla?

El efecto de esta inofensiva observación fue electrizante. La señora Rattery se levantó y avanzó con una horrible rapidez de insecto —como si tuviera cincuenta piernas en vez de dos— a través de la habitación. En medio de una oleada de naftalina, interpuso su cuerpo entre Nigel y la fotografía.

—¡Quite usted sus manos de ahí, joven! ¿Nunca terminará de hurgar y de espiar las cosas de mi casa?—Respirando agitadamente, con los puños apretados, escuchó las disculpas de Nigel. Luego se volvió hacia Blount—. La campanilla está a su derecha, inspector. Tenga la bondad de llamar, y la sirvienta le acompañará hasta la puerta.

—Creo que sabré salir solo, señora; muchas gracias.

Nigel le siguió mientras bajaba y se dirigía al jardín. Blount juntó los labios y se enjugó la frente.

—¡Uf, qué vieja loca! Me da escalofríos, y no me avergüenzo de decirlo.

—No importa. La trató usted con gran intrepidez. Parecía un Daniel. Y ahora, ¿qué me dice?

—No hemos adelantado nada. Absolutamente nada. Quiere que lo consideremos un accidente. Pero en seguida se dejó seducir, con demasiada rapidez me parece, por mi sugestión de que Carfax era el culpable. Picó de inmediato el anzuelo cuando hablamos del tiempo que Carfax tardó en salir de la casa; habrá que averiguar cuál de los dos se ha equivocado, pero supongo que, muy probablemente, encontraremos una explicación inocua. Por otra parte, prefiero no hablar de Felix Cairnes o de Violeta Rattery. Evidentemente, no sabía nada del diario de Felix Cairnes; por lo menos ésa es mi impresión; y eso es un golpe mortal para su teoría. Está chiflada por el prestigio de la familia, pero ya lo sabíamos. Sus observaciones contra Carfax pueden haber sido motivadas

exclusivamente por el odio que le tiene. No. Si ella mató a George, no nos ha dicho nada que lo confirme. Estamos de nuevo en el punto de partida. Y es, tanto si le gusta como si no, Felix Cairnes.

—Sin embargo, hay una cosa que valdría la pena investigar.

—¿Se refiere a esa pelea entre George y su mujer?

—No. Me parece que eso no tiene ninguna importancia. Violeta pudo haber proferido alguna amenaza histérica; pero una mujer que se ha humillado ante su marido durante quince años, no se amotina de golpe y le mata. No es verosímil. No, me refiero a lo que el viejo Watson habría llamado « El Singular Episodio de la Anciana y la Fotografía » .

### 13

Nigel se separó de Blount, que quería interrogar a Violeta Rattery, y volvió al hotel. Cuando llegó, Georgia y Felix Cairnes estaban tomando el té en el jardín.

—¿Dónde está Phil? —preguntó en seguida Felix.

—En su casa. Supongo que su madre lo traerá después. Hubo algunos inconvenientes.

Nigel relató las aventuras de Phil sobre el techo y su tentativa de destruir la botella probatoria. Mientras hablaba, Felix parecía más y más nervioso, y por fin no pudo contenerse más.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿No pueden alejar a Phil de todo esto? Es verdaderamente desesperante; un chico de su edad en semejante ambiente. No lo digo por usted; pero este Blount, ¿cómo no comprende el daño que puede hacer a un niño tan nervioso?

Nigel no había comprendido hasta aquel momento que Felix tenía los nervios de punta. Le había visto paseando por el jardín, leyendo con Phil, hablando de política con Georgia; un hombre tranquilo y amable, cuya discreción natural se alternaba con repentinas confidencias y momentos de sardónico buen humor; un hombre con quien sería muy molesto vivir, pero agradable aun en sus momentos más inabordables y espinosos. Aquella explosión recordó a Nigel cuan pesadamente debía pesar sobre él la nube de la sospecha. Dijo amablemente:

—Blount es un buen hombre. Es muy humano; por lo menos, lo es bastante. Creo que Phil ha tenido que soportar todo esto por mi culpa. A veces es muy difícil recordar su extraordinaria juventud. Uno termina tratándole casi como si fuera de nuestra edad. Y además, él me arrastró hasta ese tejado.

Siguió un apacible silencio. Georgia sacó un cigarrillo de la caja de cincuenta que siempre llevaba consigo. Las abejas zumbaban entre las dalias, en el cantero de enfrente. A lo lejos podía oírse el melancólico y prolongado silbato de una lancha que anunciaba su llegada a la esclusa.

—La última vez que vi a George Rattery —dijo Felix, casi para sí—, atravesaba el jardín de aquella esclusa, pisoteando las flores. Estaba de muy mal humor. Habría pisoteado cualquier cosa que hubiera encontrado en su camino.

—Habría que hacer algo con ese tipo de gente —dijo Georgia afablemente.

—Algo hicieron con él.

La boca de Felix se redujo a una línea.

—¿Cómo van las cosas, Nigel? —preguntó Georgia. La palidez de la cara de su marido, los pliegues de su frente, sobre la que caía un mechón rebelde, la infantil y obstinada posición de su labio inferior, todo la preocupaba. Estaba cansadísimo; jamás debió aceptar aquel asunto. Deseó que Blount, los Rattery, Lena, Felix, incluso Phil, desaparecieran en el fondo del mar. Pero mantuvo fría e impersonal su voz. Nigel no quería ser protegido; y además allí estaba Felix Cairnes, que había perdido a su mujer y a su único hijo; Georgia comprendió que no debía obligarle a oír en su voz ese afecto que ya nunca sería para él.

—¿Cómo van? No muy bien. Este parece uno de esos casos simples y péfidos donde nadie tiene coartada y todos podrían haber cometido el crimen. Sin embargo, ya lo sortharemos, como diría Blount. De paso, Felix, ¿sabe usted que George Rattery no sufría en absoluto de vértigo?

Felix Cairnes parpadeó. Su cabeza se inclinó hacia un lado, como la cabeza de un zorzal que mira con el costado del ojo algún movimiento en las cercanías.

—¿No tenía vértigo? Pero ¿quién dijo que lo tenía? ¡Dios mío, me había olvidado! Sí. El asunto de la cantera. Pero ¿por qué dijo eso entonces? No comprendo. ¿Está seguro?

—Completamente seguro. ¿Ve la consecuencia?

—La consecuencia es, supongo, que yo dije una fea mentira en mi diario —dijo Felix, mirando a Nigel con una especie de candor tímido y cauteloso.

—Hay otra posibilidad: que George sospechara sus intenciones, o empezara ya a sospecharlas, y dijera que tenía vértigo para mantenerse fuera de su alcance sin que usted imaginara que él sospechaba.

Felix se volvió hacia Georgia.

—Esto ha de parecerle a usted muy incomprensible. Se refiere a una oportunidad en que yo traté de empujar a George desde el borde de una cantera, pero en el último momento no quiso acercarse. Lástima, nos habríamos ahorrado muchas molestias.

Su irresponsabilidad molestó a Georgia. Pero pensó: pobre hombre, tiene los nervios al descubierto, no es culpa suya. Recordaba demasiado bien una vez en que ella se había encontrado en la misma situación, y Nigel la había salvado. Nigel salvaría también a Felix, si es que alguien podía salvarle. Miró a su marido; éste contemplaba el suelo de esa manera inexpresiva que significaba que su cerebro trabajaba a toda presión. « Querido Nigel —se dijo—, querido Nigel ».

—¿Sabe usted algo del marido de la anciana señora Rattery? —preguntó

Nigel a Felix.

—No. Salvo que era militar. Muerto en la guerra bóer. Se salvó providencialmente de Ethel Rattery, supongo.

—Verdaderamente. Me gustaría saber cómo podría averiguar algo de él. No tengo conocidos entre los militares retirados. ¿Y ese amigo suyo? Usted lo menciona al principio de su diario: Chippenham, Shrivellem, Shrivvenham; sí, eso es, el general Shrivvenham.

—Eso parece. ¡Oh! ¿Ha estado usted en Australia? ¿No encontró allá un amigo mío llamado Brown? —dijo burlonamente Felix—. No creo en absoluto que el general Shrivvenham sepa nada acerca de Cyril Rattery.

—Sin embargo, vale la pena intentarlo.

—¿Por qué? No veo el motivo.

—Tengo el presentimiento de que valdría la pena investigar la historia de la familia Rattery. Me gustaría saber por qué la señora Rattery se emocionó tanto cuando le pregunté algo acerca de su marido esta tarde.

—Ese afán suyo de exhumar viejos escándalos de familia es indecente —dijo Georgia—. Hubiese sido mejor que me casara con un chantajista.

—¡Escuche! —dijo Felix pensativamente—. Si usted quiere informarse, conozco una persona en el Ministerio de la Guerra que podría enseñarle los archivos.

La respuesta de Nigel a esta oferta fue extraordinariamente ingrata, por no decir otra cosa. En el tono más amistoso, pero más serio imaginable, dijo:

—¿Por qué no quiere que me entreviste con el general Shrivvenham, Felix?

—Yo... Es absurdo lo que usted dice. No opongo la menor objeción a que ustedes se vean. Sólo sugería una manera más práctica de obtener esa información que usted busca.

—Muy bien. Disculpe. No se habrá ofendido, supongo, porque mi intención no ha sido ofenderle.

Hubo una pausa incómoda. Nigel, evidentemente, no estaba nada convencido, y sabía que Felix lo sabía. Después de un momento, Felix sonrió:

—Creo que no era toda la verdad. Lo cierto es que quiero mucho a mi viejo amigo, y que inconscientemente luchaba contra la idea de que él llegara a saber qué clase de persona soy en realidad —Felix sonrió amargamente—. Un asesino que ni siquiera tiene éxito.

—Bueno, supongo que tarde o temprano llegará a ser de dominio público —dijo Nigel razonablemente—. Pero si usted no quiere que Shrivvenham se entere todavía, puedo preguntarle lo de Cyril Rattery sin necesidad de contarle lo demás. Si usted quiere darme una tarjeta de presentación...

—Muy bien. ¿Cuándo piensa ir para allá?

—Mañana, supongo.

Hubo otro largo silencio, el silencio inquieto que hay en el aire cuando ha



amenazado una tormenta y ha pasado sin desencadenarse, pero está a punto de volver. Georgia vio que Felix temblaba. Por fin, fluyendo dolorosamente, su voz brotó con fuerza y sin naturalidad, como la de un amante que por fin se ha decidido a confesar su amor, y dijo:

—Blount. ¿Cuándo va a arrestarme? No puedo soportar por mucho más tiempo esta espera —Sus dedos se contraían y volvían a extenderse, colgando a ambos lados de su silla—. Pronto confesaré cualquier cosa.

—No es mala idea —dijo Nigel pensativamente—. Usted confiesa, y como no fue usted, Blount estará en condiciones de destruir su confesión, y convencerse así de que no es usted el asesino.

—¡Nigel, por el amor de Dios, no seas de tan implacable corazón! —exclamó Georgia, vivamente.

—Para él no es más que un juego, como el ajedrez. —Felix sonrió. Parecía haber recuperado su serenidad. Nigel se sintió más bien avergonzado; debía curarse de esa costumbre de pensar en voz alta. Dijo:

—No creo que Blount piense todavía arrestarle. Es muy minucioso y quiere estar seguro del terreno que pisa. Recuerde: la detención de un hombre inocente es un asunto serio para un policía; no le reporta beneficio alguno, créame.

—Bueno, espero que cuando se decida usted, me mande un telegrama o algo así, y entonces yo me afeito la barba, me hago el despistado, atravieso el cerco de la policía y tomo un barco para Sudamérica: allí van los criminales prófugos en las novelas policíacas...

Georgia sintió lágrimas en sus ojos. Había algo intolerablemente patético en las bromas que hacía Felix sobre su situación. Además, era muy molesto: tenía el coraje, pero no el tipo de audacia necesario para decir una broma semejante; estaba herido demasiado en lo vivo, y se le notaba. Se encontraba sin duda en una horrible necesidad de que alguien le consolara: ¿por qué no trataba Nigel de hacerlo? No le costaría mucho. Una asociación de ideas hizo decir a Georgia:

—Felix, ¿por qué no le pide a Lena que venga esta tarde? Hoy he estado hablando con ella. Confía en usted. Le quiere, y está desesperada de ganas de ayudarle.

—Es mejor que no nos veamos mientras yo esté bajo la sospecha de asesinato. Sería injusto —dijo Felix obstinadamente y un poco distante.

—Seguramente es a Lena a quien corresponde decidir si es o no injusto con ella. No le importa que usted haya matado a Rattery, o no lo haya hecho; sólo quiere estar con usted, y, sinceramente, usted está haciéndole mucho daño; no quiere su caballerosidad, le quiere a usted.

Mientras ella hablaba, la cabeza de Felix se inclinaba de un lado a otro, como si su cuerpo estuviera atado a la silla y las palabras hubieran sido piedras que le arrojaban a la cara. Pero no quería admitir cuánto le dolían. Se recogió dentro de sí mismo, diciendo obstinadamente:

—Prefiero no hablar de esto.

Georgia miró a Nigel, implorante. Pero en ese momento se oyó el sonido de unos pasos sobre la grava, y los tres levantaron la vista, secretamente aliviados por la interrupción. El inspector Blount, con Phil a su lado, venía por el sendero. Georgia pensó: «Gracias a Dios, aquí está Phil; es el David que alegrará el humor de este melancólico Saúl».

Nigel pensó: «¿Por qué lo ha traído Blount, cuando debía traerlo Violeta Rattery? ¿Querrá decir que Blount ha descubierto algo acerca de Violeta?».

Felix pensó: «Phil..., ¿qué hace el policía con Phil? ¡Dios! ¿Habría arrestado a Phil? Claro que no, no seas absurdo; si lo hubiera hecho, no lo traería aquí. Pero la sola idea de verles juntos..., enloqueceré si esto dura».

## 14

—He tenido una conversación muy interesante con la señora Rattery —dijo Blount cuando quedó a solas con Nigel.

—¿Violeta? ¿Qué dijo?

—Bueno, primero le pregunté por esa pelea que había tenido con su marido. Fue muy franca en ese sentido; por lo menos, ésa es la impresión que me dio. Se pelearon, según parece, a causa de la señora Carfax.

Blount calló para aumentar el énfasis dramático. Nigel examinaba atentamente la punta de su cigarrillo.

—La señora Rattery pidió a su marido que pusiera fin a su relación, o lo que fuera, con Rhoda Carfax. De acuerdo con su relato, ella no se refirió para nada a sus sentimientos personales, sino al daño que podía causar a Phil, que, según me han contado, sabía muy bien lo que pasaba, aunque sin duda no lo comprendía del todo. Entonces Rattery le preguntó directamente si quería divorciarse. Ahora bien: Violeta Rattery había estado leyendo un libro, una novela sobre dos niños cuyos padres se habían divorciado; es una mujer, me parece, que toma muy en serio los libros; hay personas así, ¿no? Bueno, esos niños, los del libro, sufrieron mucho a consecuencia del divorcio de sus padres; uno de ellos era un varoncito, que le recordó a Phil. Por eso le dijo a su marido que de ninguna manera consentiría en un divorcio.

Blount respiró profundamente. Nigel esperó con impaciencia; estaba muy seguro de que Blount, como buen escocés, no perdonaría ningún detalle.

—Esta actitud de la señora Rattery irritó singularmente a su marido. Especialmente en lo que respecta a Phil. Sin duda, le dolía que todo el afecto del niño estuviera dedicado a su madre. Pero sobre todo le disgustaba que Phil fuera tan diferente de él; más fino, por decir así. Quería herir a Violeta, y sabía que la mejor manera de hacerlo era a través de Phil. Entonces le dijo bruscamente que

había decidido no mandar a Phil a la escuela secundaria, sino emplearlo en el taller, en cuanto acabara su período legal de educación. No sé si Rattery lo decía en serio; pero así lo entendió su mujer; y ahí empezó la verdadera pelea. En un momento dado, ella dijo que preferiría verle muerto antes que permitirle arruinar la vida de Phil, y esto es lo que la vieja señora Rattery oyó. De todos modos, siguió una discusión terrible, y por fin Rattery perdió la cabeza y empezó a pegar a su mujer. Phil la oyó gritar e irrumpió en la habitación para detener a su padre. Hubo un alboroto espantoso —concluyó Blount sin emocionarse.

—¿Así que Violeta sigue siendo sospechosa?

—Bueno; yo diría que no. Por esto: Después de esa escena se dirigía a la madre de George para que le persuadiera de no poner a trabajar al chico en el taller. La vieja es bastante esnob, me parece, y por una vez estuvo de acuerdo con Violeta. Le pregunté acerca de esto y me dijo que consiguió que George le diera su palabra de que Phil seguiría estudiando. Así que ya no existe ese motivo para la posible culpabilidad de Violeta.

—Tampoco es probable que fuera por celos de la señora Carfax; porque de ser así, la habría envenenado a ella, y no a su marido.

—Todo esto es razonable, aunque, por supuesto, se trata sólo de teorías —Blount continuó con su sistemática exposición—: Durante mi entrevista con Violeta Rattery conseguí otra información importante. Estaba preguntándole acerca del sábado por la tarde. Parece que después de hablar con la señora Rattery, Carfax cambió algunas palabras con Violeta, y que ella le acompañó hasta fuera de la casa. Así que él tampoco tuvo oportunidad de envenenar el tónico del señor Rattery.

—¿Por qué nos dijo entonces una mentira innecesaria, haciéndonos creer que había salido directamente de la casa?

—Bueno, no nos dijo ninguna mentira. Recuerde que contestó: «Si usted quiere decir que hice un rodeo para poner el veneno en el tónico de Rattery, la contestación es negativa».

—Pero esto es un subterfugio.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero me parece más probable que lo haya utilizado porque no quería referirse a la breve conversación sostenida con Violeta Rattery.

Nigel preparó sus oídos. Por fin llegaba a algo concreto.

—¿Y de qué trató esa conversación? —preguntó.

Blount se detuvo solemnemente antes de contestar. Luego con el grave aspecto de un juez, dijo:

—Protección de la infancia.

—¿Quiere decir protección de Phil? —dijo Nigel perplejo.

—No, quiero decir protección de la infancia. Nada más. —Los ojos de Blount brillaban. No tenía muchas oportunidades de burlarse de Nigel; y, cuando conseguía una, trataba de aprovecharla minuciosamente—: De acuerdo con

Violeta Rattery, y no veo ninguna razón para no creerla, existe el propósito de crear en este pueblo un centro de protección de la infancia. Las autoridades locales contribuyen parcialmente y el resto del dinero será obtenido por suscripción privada. La señora Rattery pertenece al comité encargado de recolectar esas contribuciones, y el señor Carfax fue a decirle que quería contribuir con una suma elevada, anónimamente. Es el tipo de hombre que no permite que su mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Por eso mantuvo en secreto su breve conversación con Violeta Rattery.

—¡Dios mío! La dulce plática de una mente inocente. Así que Carfax ha sido eliminado. ¿O podría haberse deslizado en el comedor cuando subía para encontrarse con la vieja señora Rattery y charlar con ella?

—También ha sido eliminada esa posibilidad. Hablé un poco con el chico cuando veníamos. Parece que él estaba en el comedor cuando el señor Carfax entró; la puerta estaba abierta, y vio cómo Carfax subía las escaleras.

—No nos queda más que la vieja señora Rattery entonces —dijo Nigel.

Bordeaban la parte del jardín que daba al río. A su izquierda, unos diez metros más allá, había un pequeño macizo de laureles. Nigel notó descuidadamente una leve agitación en los arbustos, impropia de una tarde tan tranquila; seguramente, pensó, se trataba de un perro. Si hubiera investigado esa agitación, con toda seguridad se habría alterado profundamente el curso de varias vidas. Pero no lo hizo. Blount estaba diciendo, con un tono de discusión en la voz:

—Usted es terco, señor Strangeways. Pero no me convenceré de que todas las pruebas que hasta ahora tenemos no señalan inequívocamente a Frank Cairnes. Hay argumentos contra la señora Rattery, lo admito; pero son demasiado teóricos, demasiado fantásticos.

—¿Quiere usted arrestar a Felix, entonces? —dijo Nigel.

Habían dado la vuelta y pasaban ahora al lado del macizo de laureles.

—No veo otra alternativa. Tuvo la oportunidad; tenía un motivo bastante más serio que el de la señora Rattery; puede decirse que ha confesado con sus propios labios. Por supuesto, queda todavía bastante trabajo de rutina por hacer; no pierdo las esperanzas de que alguien le viera sacando el matarratas del taller; o tal vez encontremos restos microscópicos del veneno en su habitación, en casa de Rattery, aunque confieso que hasta ahora no los hemos encontrado. Quizá tengan los fragmentos de la botella huellas dactilares, aunque también es muy improbable, a causa de su larga exposición a la intemperie, en la canaleta, y, por otra parte, un escritor de novelas policíacas es la última persona que dejaría por ahí sus huellas dactilares. De modo que por ahora no arrestaré a Cairnes; pero le haré vigilar, y, como usted bien sabe, es después del crimen, no antes, que el criminal comete su peor equivocación.

—Bueno, así será, supongo. Pero mañana iré a ver a un señor que se llama general Shrivensham. Y no me sorprendería nada que volviera con una buena

cosecha. Señor jefe inspector Blount, sería mejor que comenzara a reconciliarse con la idea de sufrir una nueva decepción. Estoy convencido de que la solución de este problema se encuentra en el diario de Felix Cairnes; deberíamos tan sólo saber cómo y dónde buscarla. Tengo la sensación de que se trata de algo muy evidente. Por eso quiero averiguar algo más sobre la historia de la familia Rattery: creo que esto puede iluminar algún punto del diario que hasta ahora ha permanecido en la oscuridad.

## 15

Esa noche, Georgia se fue a acostar porque sabía que no debía entrometerse cuando Nigel estaba en uno de esos intensos estados de abstracción, durante los cuales parecía mirarla sin verla. « Por Dios —pensó— cómo me hubiera gustado no haber venido a este lugar; está agotado; si no tiene más cuidado acabará en un serio *surmenage* ».

Nigel estaba sentado en el escritorio del hotel. Una de sus excentricidades más notables consistía en que su cerebro podía funcionar con eficacia en los escritorios de los hoteles. Frente a él había varias hojas de papel. Empezó lentamente a escribir...

*Lena Lawson:*

¿Oportunidad para obtener el veneno? Sí.

¿Oportunidad para envenenar el tónico? Sí.

¿Motivo para el crimen? a) Afecto por Violeta y Phil: eliminar a George Rattery, que les arruinaba la vida. Inadecuado, b) Odio personal hacia G. R. Resultado de su anterior relación con él y a consecuencia de la conmoción que le produjo el accidente de Martie Cairnes. No, ridículo: Lena era muy feliz con Felix, c) Dinero. Pero G. R. dejó su dinero en partes iguales a su mujer y a su madre, y además no tenía mucho que dejar. L. L. está definitivamente eliminada.

*Violeta Rattery:*

¿Oportunidad para obtener el veneno? Sí.

¿Oportunidad para envenenar el tónico? Sí.

¿Motivo del crimen? Cansada de George: a) a causa de Rhoda; b) a causa de Phil. Pero el asunto de Phil estaba arreglado y V. había soportado a G. durante quince años. ¿Por qué rebelarse tan bruscamente? Si el motivo hubieran sido los celos de Rhoda, la hubiera envenenado a ella y no a G. V. R. queda eliminada.

*James Harrison Carfax:*

¿Oportunidad para obtener el veneno? Sí. (Mucho más que los otros).

¿Oportunidad para envenenar el tónico? Aparentemente ninguna.

El sábado subió directamente al cuarto de Ethel Rattery, declaración de Phil. Bajó para hablar con Violeta, que le acompañó hasta el exterior de la casa; declaración de Violeta. Tiene coartada segura desde ese momento; ref. investigaciones de Colesby.

¿Motivos para el crimen? Celos. Pero, como nos indicó el otro día, si hubiera querido poner fin al asunto entre G. y Rhoda, no tenía más que amenazar a G. con echarle de la sociedad, que él dominaba financieramente. C. parece quedar eliminado.

*Ethel Rattery:*

¿Oportunidad para obtener el veneno? Sí. (Aunque iba al taller mucho menos que los otros).

¿Oportunidad para envenenar el tónico? Sí.

¿Motivo para el crimen? Extravagante orgullo de familia; cualquier cosa para terminar el escándalo del asunto George-Rhoda, y especialmente para evitar el escándalo de un divorcio. Ruega a Carfax que adopte una actitud decidida, pero sin éxito. Él le dice que se divorciará de Rhoda si así lo desea ella. Su conducta con Violeta y con Phil demuestra que es capaz de ser abiertamente cruel; una autócrata para quien el poder es un derecho.

Nigel estudió cuidadosamente cada hoja de papel, y luego las rompió en muchos pedacitos. Se le había ocurrido una idea. Tomó otra hoja de papel y empezó a escribir...

¿Habremos descuidado la posibilidad de una relación más íntima entre Violeta y Carfax? Es interesante notar que, hasta cierto punto, se proporcionan mutuamente coartadas psicológicas y materiales.

Carfax podría haber sustraído el matarratas mucho más fácilmente que los otros tres; Violeta podría haberlo puesto en el tónico. No es inconcebible que cada uno de ellos, desilusionado por el comportamiento de su cónyuge respectivo, se haya sentido atraído hacia el otro. Pero ¿por qué no se fueron? ¿Por qué algo tan drástico como el envenenamiento de George?

Respuestas posibles: Que George se hubiera negado a divorciarse de

Violeta y/o Rhoda del dicho Carfax: que, yéndose juntos, habrían dejado a Phil en manos de George y Ethel Rattery, cosa que Violeta no hubiera admitido. Plausible. Hay que investigar cuidadosamente las relaciones entre V. y C. Pero a menos que sea una coincidencia que el crimen haya tenido lugar el mismo día que la fracasada tentativa de Felix (lo cual es increíble), el asesino debe haber conocido el plan de Felix, o por confidencias de George o por haber descubierto independientemente el diario. Lo primero es improbable en el caso de Violeta y Carfax; pero V. pudo haber descubierto el diario.

Conclusión. No puede eliminarse la posibilidad de una alianza entre Carfax y Violeta. Es de notar de paso, que cada vez que he ido a casa de los Rattery, Carfax no estaba allí. Como socio del marido y amigo de la familia, Carfax debería haberse encontrado presente, proporcionando a Violeta toda la ayuda y el consuelo posibles. El hecho de no haber estado allí sugiere que no desea dar motivo para que sospechemos una relación culpable entre ellos. Pero por otro lado, la actitud de Carfax, cuando Blount le interrogó, era notablemente franca, sincera y abierta, y también suficientemente excepcional, como para ser creída. Es muy difícil para un criminal mantenerse en una actitud moral falsa hacia su reciente víctima, y hacerlo de una manera verosímil, mucho más difícil que un plan prefijado (coartada, ocultación de motivos, etc.). Estoy dispuesto a creer, provisionalmente, en la inocencia de Carfax.

Quedan Ethel Rattery y Felix. Las posibilidades de que haya sido Felix son superficialmente mucho mayores que las de los demás. Medios, motivo, todo, hasta una confesión de propósitos; pero es justamente ahí, en el diario, donde está la dificultad. Es concebible —aunque no demasiado— que Felix haya preparado otra arma (el veneno) para que surtiera efecto en el caso de fracasar el plan del *dinghy*. Pero, en realidad, no puedo llegar a creer que tenga la sangre fría o la locura necesaria para permitirse una tan complicada estrategia. Pero supongamos, por un momento, que lo hubiera hecho. Lo inconcebible es que, después del fracaso en el *dinghy*, y sabiendo que su diario está en manos de un abogado, y que se leerá si muere George, Felix persista en el plan de la estricnina.

Obrar así era ponerse una soga al cuello y saltar. Si Felix hubiera envenenado el tónico, inevitablemente, en cuanto hubiera sabido que la muerte de George significaba su propia destrucción, se lo habría dicho a George o hubiera penetrado en la casa y retirado la botella. A menos que, por supuesto, estuviera tan ciego de odio contra George por la muerte de Martie, que no le importara cometer ese suicidio con tal de que George muriera. Pero si no le importaba salvar su vida, ¿por qué desarrollar un

plan tan complicado para que pareciera un accidente de navegación, y por qué hacerme venir hasta aquí para probar su inocencia? La única respuesta posible es que Felix puso el veneno dentro del tónico. No creo que haya matado a George Rattery: está contra toda probabilidad y toda lógica.

Nos queda Ethel Rattery. Una mujer malvada; pero ¿mató a su hijo? Y si lo hizo, ¿habrá alguna manera de probarlo? El asesinato de George es típico de la altanería egoísta que uno tan fácilmente asocia con Ethel Rattery. Ninguna tentativa de su parte para despistar, aunque no hacía mucha falta, si sabía que toda las sospechas recaerían sobre Cairnes. Ninguna tentativa de buscarse una coartada para la tarde del sábado, cuando la botella fue envenenada. Vierte tranquilamente su medicamento y reposa en sus excesivas asentaderas, hasta que George lo bebe. Y luego publica un edicto ordenando a Blount que el asunto sea considerado accidente. «Supremo dictador y juez de la tierra»; ése es el papel que quiere representar. Hay una casi agresiva falta de sutileza en el envenenamiento de George, que armoniza con el carácter de Ethel Rattery. Pero ¿es suficientemente serio el motivo? Llegado el caso, ¿sería ella capaz de actuar de acuerdo con su propio dictado de que «matar no es asesinar cuando se trata del honor?». Tal vez reúna bastante material de manos del viejo Shrivensham, o de alguno de sus camaradas, para decidir este punto. Mientras tanto...

Nigel suspiró cansadamente. Miró lo que había escrito, hizo una mueca, y acercó un fósforo a las hojas de papel. El reloj de pared del vestíbulo jadeó largamente y anunció que era medianoche. Nigel tomó la carpeta donde estaba la copia del diario de Felix Cairnes. Algo le llamó la atención en la página que abrió primero. Su cuerpo se endureció, su cerebro cansado comenzó de inmediato a trabajar. Siguió hojeando las páginas en busca de otra referencia. Una idea extraordinaria empezó a tomar forma dentro de su cabeza; una trama tan lógica, tan clara, tan convincente, que tuvo que desconfiar de ella. Era como uno de esos maravillosos poemas que uno compone en el momento de dormirse, y que, vueltos a ver a la luz desilusionada del día, parecen vulgares, incoherentes o absurdos. Nigel decidió dejarlo para la mañana siguiente; no estaba ahora en condiciones de comprobar su verosimilitud; le repugnaban sus amargas consecuencias. Bostezando, se levantó, puso la carpeta bajo el brazo y se dirigió a la puerta del escritorio.

Apagó la luz y abrió la puerta. El salón estaba oscuro como la muerte. Nigel caminó a tientas a través de él hacia los interruptores de la luz eléctrica, que estaban en la pared opuesta, tratando de orientarse con la mano sobre la puerta de entrada. «¿Estará dormida Georgia?», pensó. Y en ese momento oyó un



ruido sibilante en la oscuridad y algo surgió de las tinieblas y le golpeó en la sien...

Oscuridad. Una negra cortina de terciopelo sobre la cual se encendían, bailaban y desaparecían unas luces dolorosas; un ballet de fuegos artificiales. Lo contempló sin curiosidad; deseaba que aquellas luces dejaran de jugar frente a sus ojos, porque quería abrir la cortina negra, pero se interponían a su paso. Por fin las luces dejaron de oscilar. La negra cortina de terciopelo subsistía. Ahora podía avanzar y abrir la cortina, aunque primero debía sacar la tabla dura que parecía estar atada a su espalda. ¿Por qué tenía una tabla en la espalda? Debía ser un hombre emparedado. Por un momento quedó inmóvil, deleitado por el brillo de su deducción. Luego quiso caminar hacia la cortina negra. De pronto se encendió en su cabeza un dolor lacerante, y el ballet de fuegos artificiales se reanudó con furiosa rapidez. Dejó que terminara ese baile. Cuando éste hubo terminado, permitió, muy cautelosamente, que su cerebro comenzara a trabajar; si empezaba muy rápidamente todo se haría pedazos.

«No puedo acucarme a esa hermosa cortina negra de terciopelo, porque... porque... porque... no estoy de pie y esta tabla atada a mi espalda no es una tabla, sino el suelo. Pero nadie puede tener el suelo atado a la espalda. No, eso es evidente. Estoy en el suelo. En el suelo. Bueno. ¿Por qué estoy en el suelo? Porque... porque... porque —ahora no me acuerdo— algo salió de la cortina de terciopelo y me dio un golpe. Un golpe muy fuerte. ¡Qué broma! Entonces estoy muerto. El problema de cómo se llama está resuelto. Problema de la Supervivencia. Vida tras la muerte. Estoy muerto, pero consciente de la existencia. *Cogito, ergo sum*. Por lo tanto, he sobrevivido. Soy uno de la Gran Mayoría. ¿O tal vez no? Quizá no esté muerto. Los muertos, con toda seguridad, no sufren estos atroces dolores de cabeza: no figuran en el contrato. Entonces estoy vivo. Lo he probado *incontro... incontro...* lo que sea, lógicamente. Bien, bien, bien».

Nigel se llevó la mano a la sien. Pegajosa. Sangre. Muy lentamente se levantó, tanteó la pared y encendió la luz. Por un momento le aturdió su repentino resplandor. Cuando pudo abrir de nuevo los ojos, miró a su alrededor. El vestíbulo estaba vacío. Vacío, excepto un viejo palo de golf y la copia del diario que yacía en el suelo. Nigel sintió que tenía frío. Su camisa estaba desabrochada: la abrochó, se inclinó dolorosamente, para recoger el palo y el diario, y se arrastró escaleras arriba con ellos.

Georgia le miró desde la cama, medio dormida.

—Hola, querido. ¿Has jugado un bonito partido de golf? —dijo.

—Bueno, para decir verdad, no. Un sujeto me dio con esto. No era cricquet. No era golf, quiero decir. En la cabeza.

Nigel miró con aturdimiento a Georgia, y se deslizó, no sin gracia, hasta el suelo.

—Querido, ¿vas a levantarte?

—Claro que voy a levantarme. Tengo que ver al viejo Shrivensham esta mañana.

—No puedes levantarte con un agujero en la cabeza.

—Con o sin agujero, iré a ver al viejo Shrivensham. Diles que suban el desayuno. El coche vendrá a las diez. Puedes venir conmigo, si quieres, para evitar que me arranque las vendas en el delirio que puede acometerme.

La voz de Georgia temblaba.

—¡Oh, querido! Y pensar que yo no hacía más que decirte que debías cortarte el pelo. Y tu pelo te ha salvado, y tu cabeza dura. Y no vas a levantarte.

—Querida Georgia, te amo más que nunca, voy a levantarme. Ayer, anoche, empecé a ver claro, antes de que ese individuo me pegara con el palo de golf. Y creo que el viejo Shrivensham puede..., por otra parte, no estará mal ponerse bajo la protección del ejército durante unas horas.

—¿Cómo? ¿Crees que puede repetirse? ¿Quién fue?

—Adivina. No, no espero una repetición del atentado. No, ciertamente. No a la luz del sol. Por otra parte, mi camisa estaba desabrochada.

—Nigel, ¿estás seguro de no delirar?

—Seguro.

Mientras Nigel tomaba el desayuno, entró el inspector Blount. Parecía bastante preocupado.

—Su amable mujer me ha dicho que usted se niega a permanecer en cama. ¿Está seguro de que puede...?

—Sí, por supuesto. Los golpes con palos de golf me hacen mucho bien. De paso, ¿no encontró en él huellas dactilares?

—No. El cuero es muy áspero para conservarlas. Pero en cambio, descubrimos una cosa rara.

—¿Cuál?

—Las ventanas del comedor estaban sin pestillo. El camarero jura que las cerró a las diez, anoche.

—Bueno, ¿qué tiene de raro? El sujeto que me golpeó tuvo que entrar y salir de alguna manera.

—¿Cómo pudo entrar si estaban cerradas? ¿Sugiere usted que tuvo un cómplice?

—Pudo haber entrado antes de las diez, y haberse escondido, ¿no le parece?

—Bueno, es posible. ¿Pero cómo podía saber alguien de afuera que usted se quedaría levantado hasta tarde, hasta que hubieran apagado las luces del vestíbulo y él pudiera atacarle sin ser visto?

—Ya veo —dijo Nigel lentamente—. Sí, y a veo.

—Es muy comprometedor para Felix Cairnes.

—¿Se explica usted por qué Felix, habiendo pagado los servicios de un detective sumamente caro, se dedique a golpearle la cabeza con un palo de golf? —preguntó Nigel, examinando una tostada—. ¿No sería ir en contra de sí mismo?

—Tal vez. Fíjese, no es más que una sugerencia. Tal vez tuviera alguna razón para desear que usted estuviera imposibilitado en este momento.

—Bueno, seguramente habrá pasado esa idea por el fondo de la cabeza de mi agresor. Quiero decir, que no estaba entrenándose en el vestíbulo —dijo Nigel burlándose del inspector. Pero recordaba cómo Felix trató de poner inconvenientes a su visita al general Shrivvenham.

Blount parecía aún preocupado. Dijo:

—Pero eso no es lo más raro. Fíjese, señor Strangeways, hemos encontrado huellas dactilares en la llave y en la manija interior de la ventana; también en el vidrio y en la manija exterior. Como si alguien la hubiera cerrado con una mano en el cristal y otra en la falleba.

—No me parece tan raro.

—Espere un momento. Las huellas no son las de ningún miembro del personal del hotel, ni pertenecen a nadie relacionado con este caso. Y no hay forasteros en el hotel, aparte de ustedes.

Nigel se sentó de un salto, con un terrible estremecimiento de dolor en la cabeza.

—Así que no pudo haber sido Felix, después de todo.

—Eso es lo más extraño. Cairnes pudo golpearle, y luego abrir la ventana usando un pañuelo mientras levantaba el pasador, para dar a entender que usted había sido atacado por alguien de afuera. ¿Pero quién dejó esas huellas afuera de la ventana?

—Esto es demasiado —se quejó Nigel—. Traer a un misterioso desconocido al asunto cuando... Oh, bueno, se lo dejo a usted. Le distraerá mientras hablo con el general Shrivvenham...

Media hora después, Nigel y Georgia se sentaban en la parte trasera de un coche alquilado. En ese momento una sirvienta, atrasada en su trabajo a consecuencia de las tempranas investigaciones del inspector, entraba al dormitorio de Phil Rattery...

Poco antes de las once, el coche se detuvo frente a la casa del general Shrivvenham. La puerta del frente estaba abierta, y entraron en un amplio vestíbulo cuyas paredes y suelo estaban cubiertos de pieles de tigre y otros trofeos de caza. Hasta Georgia se estremeció al ver las feroces mandíbulas llenas de blancos colmillos que por todas partes sonreían.

—¿Crees que algún criado les limpia los dientes todas las mañanas? —murmuró a Nigel.

—Muy probable. Me deslumbran los ojos; murieron a edad temprana.

La criada abrió una puerta a la izquierda del vestíbulo; desde el interior se oía la música alada, débil y aérea de un clavicordio; alguien tocaba, con moderada destreza, el *Preludio en Do Mayor* de Bach. Las minúsculas notas parecían ahogadas por el rugido silencioso de todos los tigres del vestíbulo. El preludio terminó en un largo y tembloroso quejido, y el ejecutante se embarcó afanosamente en la fuga. Georgia y Nigel parecían fascinados. Finalmente, la música terminó y oyeron una voz que decía:

—¿Quién? ¿Qué? ¿Por qué no les ha hecho pasar? No hay que dejar a la gente esperando en los pasillos.

Un anciano apareció en la puerta, vestido con pantalones y chaqueta antiguos, y una gorra escocesa, de pesca. Les observó amablemente con sus apagados ojos celestes.

—¿Admirando mis trofeos?

—Sí. Y la música también —dijo Nigel—. Es el más hermoso de los preludios, ¿no?

—Me alegra oírle decir eso. A mí me lo parece, pero estoy muy poco dotado para la música. Muy poco. Para decirle la verdad, estoy enseñándome yo mismo a tocar. Compré este instrumento hace pocos meses. Clavicordio. Un hermoso instrumento. El tipo de música que uno se imagina que emplean las hadas para bailar. Los espíritus de Ariel, ya sabe. ¿Cómo me dijo que se llama?

—Strangeways. Nigel Strangeways. Esta es mi esposa.

El general les dio la mano, mirando a Georgia con una mirada algo insinuante. Georgia le sonrió, conteniendo un deseo casi avasallador de preguntarle si siempre llevaba un sombrero escocés, de pescador, para tocar a Bach; parecía la indumentaria más apropiada.

—Tenemos una tarjeta de presentación de Frank Cairnes.

—¿Cairnes? Sí. ¡Pobre hombre! Su hijo fue atropellado, como usted sabrá. Murió. Una tragedia terrible. Dígame, ¿no se ha vuelto loco, no?

—No. ¿Por qué?

—El otro día pasó una cosa extraordinaria. En Cheltenham. Todos los jueves voy allá y tomo el té en Banners. Tienen los mejores pasteles de chocolate de Inglaterra; debería probarlos. Trago como un animal. Bueno, pues, entro en el Banners y juraría que estaba Cairnes sentado en un rincón. Un hombre bajo, con una barba. Cairnes se fue del pueblo hace unos dos meses, pero creo que había empezado a dejarse la barba antes de irse. No me gustan las barbas; las usan en la Marina, pero la Marina no ha ganado una batalla desde Trafalgar; no sé que les pasa; miren cómo está ahora el Mediterráneo. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, Cairnes! Bueno, este sujeto que me pareció Cairnes..., fui directo a hablarle, pero salió disparado; él y otro individuo que estaba con él, un hombre grandote con unos bigotes. Bueno, ese Cairnes, o el individuo que parecía Cairnes, huyó como una comadreja y se llevó consigo al otro. Le llamé por su nombre, pero no me hizo

caso; entonces me dije: ése no puede ser Cairnes. Luego pensé, tal vez sea Cairnes y haya perdido la memoria, como ésos de la BBC. ¿Recuerda los mensajes de SOS? Por eso le pregunté si Cairnes había perdido la razón. Siempre fue muy raro este Cairnes, pero no sé qué podía andar haciendo con ese hombre grandote en Banners.

—¿Recuerda usted la fecha?

—Déjeme pensar. Fue la semana... —El general consultó una agenda de bolsillo—. Sí, aquí está, el doce de agosto.

Nigel había prometido a Felix que no hablaría del asunto Rattery cuando se entrevistara con el general; pero éste parecía haber aterrizado involuntariamente en medio del mismo asunto. Por ahora, prefirió descansar su mente en la encantadora y tétrica atmósfera, donde un guerrero retirado tocaba el clavicordio y aceptaba como la cosa más natural del mundo la llegada de un extraño con la cabeza vendada y una esposa muy guapa. El general y Georgia se habían sumergido en una conversación relativa a la vida de los pájaros en los valles de Burma del Norte. Nigel callaba, tratando de ajustar dentro de su plan provisional el pequeño episodio ocurrido en la confitería Banners. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el general, que decía:

—Veo que su marido ha estado en la guerra por estos días.

—Sí —dijo Nigel tocando tiernamente su vendaje—. En realidad, un hombre me golpeó la cabeza con un palo de golf.

—¿Un palo de golf? Bueno, no me sorprende. Hoy día se ve de todo en las pistas de golf. Por otra parte, nunca ha sido un juego como debe ser; una pelota inmóvil; es como girar a un pájaro dormido; de modo alguno un juego de caballeros. Miren un poco a los escoceses —ellos lo importaron—, la raza menos civilizada de Europa: sin arte, sin música, sin poesía, incluyendo, por supuesto, a Burns; y miren sus comidas: *haggis* y roca de Edimburgo. Dime lo que comes y te diré quién eres. Pero el polo, eso es diferente. Yo jugaba un poco en la India. El golf no es más que el polo quitándole toda la dificultad y la diversión; una versión en prosa del polo; una paráfrasis; es típico de los escoceses el reducirlo todo a su nivel prosaico; hasta hicieron una paráfrasis de los Salmos. Horrible. Vándalos. Bárbaros. Estoy seguro de que este hombre que le golpeó con el palo tenía sangre escocesa en las venas. Son buenos soldados, sin embargo. No sirven para otra cosa.

Nigel interrumpió, sin impaciencia, la polémica del general, y explicó la razón de su visita. Investigaba el asesinato de Rattery y quería saber algo sobre la historia de la familia; el padre del muerto había servido en el ejército: Cyril Rattery; cayó en la guerra con los bóers. ¿No podría el general Shrivensham presentarle a alguien que hubiera conocido a Cyril Rattery?

—¿Rattery? ¡Dios mío, entonces es él! Cuando leí en los periódicos este asunto, pensé si ese hombre tendría algo que ver con Cyril Rattery. ¿Su hijo, dice

usted? Bueno, no me extraña. Hay mala sangre en esa familia. Escuche, mientras toma una copita de jerez le diré todo lo que sé acerca de él. No, no es ninguna molestia: siempre tomo una copita de jerez y unos bizcochos por la mañana.

El general salió de la sala, y volvió con una licorera y una bandeja de bizcochos. Cuando todos se hubieron servido, empezó a hablar, con los ojos iluminados por el placer de los recuerdos.

—¿Sabe que el asunto de Rattery fue todo un escándalo? Me extraña que los periódicos no lo hayan sacado de nuevo a la luz; lo habrán ocultado, en su época, algo mejor que de costumbre. Peleó valientemente durante toda la primera parte de la campaña; pero cuando empezamos a vencer, falló. Uno de esos tipos que suelen tener los labios apretados —muertos de miedo, en realidad, como todos nosotros, solamente que no se lo confiesan ni a sí mismos—, hasta que un día no pueden disimular más. Me lo encontré una o dos veces, en los primeros tiempos, cuando los bóers nos estaban enseñando a pelear; qué tipos magníficos los bóers. Fijese, yo no he servido más que para sablear, pero conozco a la gente cuando vale algo. Cyril Rattery valía; demasiado bueno para el ejército; debería haber sido poeta; pero aun así, me pareció un poco —¿cómo les llaman ahora?— un poco neurótico. Neurótico. Conciencia... también; tenía demasiada conciencia; Cairnes es otro tipo así, de paso. El momento crítico llegó cuando Cyril Rattery fue enviado al frente de un destacamento, a incendiar unas granjas. No conozco los detalles; parece que la primera granja no había sido evacuada a tiempo; hubo un poco de resistencia y uno o dos de los hombres de Rattery fueron muertos; el resto se exaltó un poco y, cuando vencieron la oposición, prendieron fuego a las casas sin averiguar demasiado si había alguien adentro. Según parece, había una mujer que se había quedado a cuidar a su hijo enfermo. Los quemaron vivos a ambos. Fijese, en la guerra suelen ocurrir esas cosas; a mí no me gustan; son horribles. Hoy matan a los no combatientes con toda naturalidad; suerte que soy muy viejo para verme mezclado en esas cosas. Bueno, de cualquier modo, allí terminó Cyril Rattery. Se trajo a los hombres de vuelta y se negó a destruir las granjas restantes. Desobedeciendo órdenes, por supuesto. A causa de eso lo destituyeron; fue degradado. Pobre hombre, ése fue su fin.

—Pero yo tenía la impresión, por lo que la señora Rattery había dicho, de que su marido había muerto en acción de guerra.

—Nada de eso. Con el incidente de la granja, y la degradación —tenía pasión por su carrera militar— y su estado de ánimo, que habría empeorado más y más a lo largo de la guerra, el pobre perdió la razón. Murió, según creo, en un manicomio, años después.

Hablaron un rato todavía. Luego Nigel y Georgia se separaron, muy en contra su voluntad, de su delicioso huésped, y subieron al coche. Mientras volvían a través de las onduladas y pequeñas colinas de los Cotswolds, Nigel iba muy

silencioso; tenía ganas de decirle al chófer que los llevara directamente a Londres, lejos de aquel triste y lamentable asunto; pero seguramente ya era demasiado tarde.

Estaban de vuelta en Severnbridge, haciendo sonar la gravilla de la entrada al Angler's Arms. Parecía haber una agitación desusada en torno al tranquilo hotel. Un agente junto a la puerta; un grupo de gente reunida sobre el césped. Una mujer se separó de este grupito cuando se acercó el coche: era Lena Lawson, con su pelo rubio flotando al aire mientras corría hacia el coche, y los ojos llenos de ansiedad.

—¡Oh, gracias a Dios, han vuelto! —gritó.

—¿Qué pasa? —dijo Nigel—. Felix...

—Es Phil. Ha desaparecido.



#### CUARTA PARTE LA CULPA SE REVELA

El inspector Blount había dejado dicho a Nigel que fuera a la comisaría en cuanto llegara. Mientras el coche le conducía hacia allá, repasó mentalmente los detalles de la desaparición de Phil, extraídos de las casi incoherentes declaraciones de Lena y de Felix Cairnes. En la confusión consecuente al atentado de la noche anterior contra Nigel, nadie se había dado cuenta de que Phil no estaba en el hotel para el desayuno. Felix supuso que había desayunado antes de que él bajara; Georgia había estado muy ocupada atendiendo a Nigel; el empleado del hotel creyó que el chico se había ido a su casa y desayunado allí. Sólo cuando la criada entró en el dormitorio de Phil a las diez de la mañana, y descubrió que la cama estaba sin deshacer, comprendieron que había desaparecido. Encontró también, sobre la cómoda, un sobre dirigido al inspector Blount. Éste no había dado a conocer todavía el contenido del sobre; pero Nigel pensó que era muy fácil de adivinar.

Felix Cairnes estaba casi loco de ansiedad. Nunca había sentido Nigel tanta compasión por él como ahora. Hubiera deseado evitarle la tragedia que se desarrollaría a continuación, pero sabía que ya era imposible: las cosas habían empezado a moverse solas, y nadie podría detenerlas; era como si se tratara de un deslizamiento de tierra o de la botadura de un transatlántico cuando ya ha sido apretado el botón que lo deja libre. La tragedia había empezado cuando George Rattery atropello a Martie Cairnes en aquel camino rural; había empezado, podría decirse, antes de que Phil Rattery naciera. Los últimos acontecimientos representaban su culminación. Ahora sólo faltaba el epílogo.

Pero ese epílogo sería largo y doloroso; duraría mientras vivieran Felix Cairnes, o Lena, o Violeta, o Phil.

El inspector Blount, cuando Nigel lo encontró en la comisaría local, tenía un modesto aire de triunfo. Contó a Nigel las medidas que se habían tomado para descubrir el paradero de Phil; vigilancia de las estaciones de ferrocarriles y autobuses, aviso a los camioneros, etc. Era tan sólo cuestión de tiempo.

—Aunque —agregó muy seriamente— podría llegar a ser necesario rastrear



el río.

—¡Dios mío! Usted no cree que pueda haber hecho eso, ¿verdad?

El inspector se encogió de hombros. El silencio se volvió intolerable para Nigel. Dijo un poco febrilmente:

—No es más que el último gesto quijotesco de Phil. Seguramente. Porque ayer, cuando estábamos caminando por el césped, me pareció ver un movimiento entre los arbustos. Debía tratarse de Phil. Le oyó decir a usted que arrestaría a Felix. Le quiere apasionadamente; sin duda, creyó que huyendo distraería de él la atención. Eso ha de ser lo que pasó por su mente.

—Quisiera creer que así ha sido, señor Strangeways. Pero ya no puedo. *Ya sé que Phil envenenó a George Rattery.* ¡Pobre criatura!

Nigel abrió la boca para hablar, pero el inspector prosiguió:

—Usted dijo ayer que la solución de este asunto debía encontrarse en alguna parte del diario del señor Cairnes. Anoche estuve leyéndolo de nuevo y se me ocurrió el principio de una idea: lo que ha sucedido después la comprueba. Le daré las claves en el orden en que se presentaron a mi mente. Primero, Phil estaba trastornado por el trato que su padre daba a su madre; George Rattery solía amenazarle y pegarle; Phil se quejó una vez de ello al señor Cairnes, pero, por supuesto, el señor Cairnes no podía intervenir. Recuerde ahora esa comida que menciona en su diario. Hablaron sobre el derecho de matar. El señor Cairnes dijo que era justificado matar a una persona que hace sufrir a todos los que la rodean. Y luego, como usted recordará, porque está escrito en el diario, Phil hizo una pregunta, y el señor Cairnes comenta: « Supongo que nos habíamos olvidado todos de su presencia. Era la primera vez que se le permitía asistir de noche a la mesa ». Todos nos hemos olvidado de su presencia, me parece, desde el primer momento. No le habíamos tomado las huellas dactilares. Bueno, piense usted en el efecto que aquella observación podía tener —la relativa a la eliminación de las pestes sociales— sobre un muchacho impresionable y neurótico. Imagínes a Phil, preocupado por la brutalidad de su padre con su madre, oyendo decir al hombre a quien más admira en el mundo que existe el derecho de matar a las personas que arruinan la vida de los demás. Recuerde la implícita confianza de Phil en Cairnes, y piense que un niño hará cualquier cosa cuando ha sido aprobada por una persona a quien venera. Y recuerde que ya le había pedido a Felix que hiciera algo en ese sentido, y que esa petición no había tenido éxito. Bastantes veces ha dicho usted que el ambiente en que ha sido criado Phil bastaría para desequilibrar la mente de cualquier niño. Bueno, esto en lo que respecta al motivo y al estado de ánimo.

—El general Shrivenham me dijo esta mañana que el abuelo de Phil, el marido de Ethel Rattery, había muerto en un manicomio —dijo Nigel, suavemente, casi para sí mismo.

—Ahí tiene. Estaba en la sangre. Ahora veamos cómo lo hizo. Sabemos que

el muchachito podía ir al taller en cualquier momento, y el diario de Cairnes lo confirma: dice que George Rattery mencionó que Phil solía disparar contra las ratas con su rifle de aire comprimido, en el vertedero del garaje. Nada más fácil para él que apoderarse de una porción del matarratas. Había ocurrido una escena desagradable entre George y Violeta, durante la semana anterior: Phil había visto cómo golpeaba a su madre y había tratado de protegerla. Esta escena debió decidir definitivamente al pobre chico, o le enloqueció; como usted prefiera.

—Pero todavía tiene en contra la fantástica coincidencia de que Phil haya elegido el mismo día que Felix para matar a George Rattery —protestó Nigel.

—No tan fantástica si se tiene en cuenta que dos días antes había tenido lugar la escena culminante entre su padre y su madre. Pero tal vez no sea una coincidencia. El diario estaba escondido debajo de una tabla en el cuarto de Cairnes. Pero Phil siempre estaba entrando y saliendo; allí daba sus lecciones; y una tabla suelta en el suelo es justamente lo primero que un chico podía descubrir, si ya no lo había descubierto antes: quizá hubiera guardado ahí, alguna vez, sus tesoros secretos.

—Pero seguramente, si Phil quería tanto a Felix, no podía envenenar a su padre justamente el mismo día de la tentativa de Felix, y acusar tan evidentemente a este último.

—Ah, usted es demasiado sutil, señor Strangeways. Recuerde que se trata de la mente de un niño. Mi teoría es que, si no fue una casualidad, Phil descubrió el diario de Felix, descubrió que Felix intentaba matar a George; cuando su padre volvió sano y salvo del río, puso el veneno en el tónico. No se le hubiera ocurrido que así acusaba a Felix, porque no sabía que el diario había sido descubierto también por George y puesto en manos de un abogado. Ya sé que esto no deja de presentar algunas dificultades: por eso, en general, me inclino a creer que las dos tentativas de asesinato ocurrieron el mismo día por casualidad.

—Sí, todo eso parece bastante razonable.

—Ahora veamos otros detalles. Después de la comida del sábado, cuando el veneno ya había empezado a actuar en George Rattery, Lena Lawson entra en el comedor y descubre la botella sobre la mesa. Llega a la conclusión de que Felix es el responsable del envenenamiento, y, presa de pánico, sólo piensa en deshacerse de la botella. Se dirige a la ventana, para tirarla, *cuando ve la cara de Phil apoyada contra el cristal*. ¿Qué estaba haciendo allí? De ser inocente, sabiendo que su padre estaba enfermo, hubiera tratado de ser útil de alguna manera, llevando mensajes, trayendo cosas...

—Conociendo el carácter de Phil, diría que es más probable que se hubiera escapado lo más lejos posible, tal vez a su cuarto, o encerrado dentro de él, tratando de borrar de su imaginación la horrible escena, huyendo de ella de cualquier manera.

—Tal vez tenga usted razón. De todos modos, uno no se lo imaginaría mirando

por la ventana del comedor, a menos que hubiera puesto el veneno en la botella del tónico y quisiera esperar el momento en que el cuarto estuviera vacío para entrar y esconderla. Sería natural en un chico, sabiendo que ha hecho algo malo, tratar de esconder la prueba de su culpa. Bueno, ya le dijo Phil dónde había escondido la botella, y él mismo se la trajo.

—¿Por qué, si la había envenenado y escondido para protegerse a sí mismo?

—Porque ahora sabía que Lena había confesado que ella se la había dado para que la escondiera. No podía simular que no sabía nada acerca de la botella: lo que podía hacer era destruirla. Y lo hizo lo mejor que pudo. La tiró desde el techo; y cuando descubrió que yo había recogido los pedazos, se me vino encima como una pequeña furia. Usted mismo pudo notar cómo se enfureció por eso. Por un momento pensé que se había vuelto loco. Ahora me doy cuenta de que ya estaba loco. El único pensamiento de su pobre cabecita enloquecida era hacer desaparecer, de una manera u otra, la botella. Vea: todo el tiempo nos hemos explicado sus rarezas como consecuencia de su afecto por Felix: nunca se nos ocurrió que trataba de protegerse a sí mismo.

Nigel se recostó, tocándose el vendaje de la cabeza. Esto le hizo recordar una cosa.

—¿Cómo explica, si Phil fue el culpable, que Felix me golpeará anoche en la cabeza? Yo no lo comprendo.

—No fue él. Fue el muchacho. Escuche, y lo veo así: él había decidido huir. Desciende en la oscuridad, después de medianoche. Cuando llega al pie de la escalera, oye abrirse la puerta del despacho. Sabe que hay alguien entre él y la puerta del frente, por donde pensaba huir; sabe también que la persona que acaba de salir del despacho encenderá las luces del vestíbulo, y que él será descubierto. Mientras se apoya contra la pared, para no ser visto, su mano encuentra el palo de golf. Está desesperado y aterrorizado. ¡Pobre chico! En una trampa. Levanta el palo y lo blande ciegamente en la oscuridad, golpeando a la persona invisible que se interpone entre él y la huida. Le da un golpe y usted cae. Phil está horrorizado por lo que ha hecho: tiene miedo de encender la luz, tiene miedo del cuerpo que yace entre él y la puerta del frente. Recuerda las ventanas del corredor, y decide huir por ese lado. Las huellas dactilares que encontramos allí eran suyas: las hemos comparado con las que dejó en su dormitorio.

—¿Tenía «miedo del cuerpo»? —dijo Nigel soñadoramente—. ¿Huyó del hotel para no verlo?

—Bueno, ¿qué tiene de raro?

—Nada. Nada. Sí, estoy seguro de que eso es lo que habría hecho. En adelante siempre le defenderé, inspector, cuando me digan que Scotland Yard no tiene imaginación. De paso, le aconsejo una entrevista, alguna vez, con el general Shrivensham; tal vez usted le hiciera cambiar de opinión sobre los escoceses. Seriamente, Blount, su conjetura está brillantemente explicada; pero es teórica.

Usted no tiene ni un pedacito de prueba material contra Phil.

—Un pedacito de papel —dijo sombríamente el inspector—. Lo dejó en su cuarto para mí. Una carta para mí. Una confesión.

QUERIDO INSPECTOR BLOUNT:

Ésta es para decirle que Felix no puso el veneno en esa botella de medicina; fui yo. Odiaba a papá porque era tan cruel con mamá. Me escaparé donde no puedan encontrarme.

Le saluda atentamente,

PHILIP RATTERY

—¡Pobre chico! —murmuró Nigel—. ¡Qué asunto más lamentable! ¡Dios, qué mala suerte! —Siguió diciendo apresuradamente—: Fíjese, Blount, hay que encontrarle. Rápido. Tengo miedo de lo que pudiera suceder. Phil es capaz de cualquier cosa.

—Hacemos todo lo que podemos. Tal vez, sin embargo, sería mejor que lo encontráramos un poco demasiado tarde. Le mandarán a un manicomio. Me horroriza pensarlo, señor Strangeways.

—No se preocupe por eso —dijo Nigel, mirando a Blount con extraña intensidad—. Encuéntrenlo. Tiene que encontrarlo antes de que pase nada malo.

—Ya le encontraremos, créame. No hay la menor duda. No puede haber ido muy lejos, a menos que se haya ido por el río —agregó Blount con melancólica intención...

Cinco minutos después, Nigel estaba de vuelta en el Angler's Arms. Felix Cairnes estaba esperándole en la puerta, con los ojos llenos de inquietud y silenciosas preguntas temblando en sus labios.

—¿Qué saben...?

—¿Podemos subir a su cuarto? —dijo Nigel rápidamente—. Tengo muchas cosas que decirle, y me parece un poco público este lugar.

Arriba, en el cuarto de Felix, Nigel se sentó. De nuevo había empezado a dolerle la cabeza; por un instante el cuarto giró ante sus ojos. Felix estaba de pie junto a la ventana, mirando las graciosas curvas y los brillantes remansos del río donde él y George habían navegado. Su cuerpo estaba tenso; sentía un peso intolerable en la lengua y en el corazón, que le impedía formular la pregunta que había estado creciendo en su interior durante todo el día.

—¿Sabía usted que Phil ha dejado una confesión? —preguntó Nigel amablemente. Felix se dio la vuelta, agarrándose con las manos al alféizar de la ventana—. La confesión de que él envenenó a George Rattery.

—¡Pero es una locura! El chico tiene que haberse vuelto loco —exclamó Felix en una especie de desesperada y desconcertada agitación—. No podría matar ni... Oiga, supongo que Blount no se lo ha tomado en serio, ¿verdad?

—Blount ha desarrollado una tesis sumamente inverosímil en contra de Phil, y esta confesión no hace más que confirmarla.

—No fue Phil. Él no hubiera podido. Yo sé que no fue él.

—Yo también —dijo Nigel, con voz serena.

Las manos de Felix se detuvieron en la mitad de un ademán. Durante un instante miró desconcertado a Nigel.

Luego murmuró:

—¿Usted «sabe»? ¿Cómo sabe?

—Porque por fin he descubierto quién fue. Necesitaré su ayuda para completar los detalles de mi teoría. Luego decidiremos qué hacer.

—Siga. ¿Quién fue? Siga; dígame.

—¿Recuerda la frase de Cicerón? Está en alguna parte del *De Officiis*, creo: *In ipsa dubitatione facinus inest* (la culpa se revela en la misma vacilación). Lo siento mucho, Felix. Usted es una persona demasiado buena para cometer un crimen con éxito. Como me dijo esta mañana Shrivensham, usted tiene demasiada conciencia.

—¡Oh! Ya veo. —Felix tragó con dificultad, y dejó caer las palabras en medio del triste silencio que entre ellos se abría. Luego trató de sonreír—. Siento mucho haberle causado todas estas molestias. No ha de ser muy divertido para usted, después de todo lo que hizo para salvarme, llegar a esta conclusión. Bueno, en un sentido estoy contento de que todo haya terminado. Supongo que, por otra parte, Phil no me dejaba otra alternativa con su confesión. Me obligaba a decir toda la verdad a la policía. ¿Por qué lo ha hecho?

—Él le quería mucho. Oyó decir a Blount que estaba a punto de arrestarle. Era lo único que podía hacer para ayudarle.

—¡Dios mío! Si hubiera sido cualquier otro... Me recordaba a Martie, y lo que Martie hubiera podido ser.

Felix se sentó en una silla y hundió la cara entre las manos.

—¿Usted no cree que haya hecho ninguna locura, no? Nunca me lo perdonaría.

—No. Estoy seguro. Creo seriamente que no tiene por qué preocuparse.

Felix levantó los ojos. Su rostro estaba pálido y tenso, pero el peor sufrimiento había desaparecido de él.

—Dígame: ¿Cómo lo descubrió? —preguntó.

—Su diario. Fue una equivocación, Felix. Usted se traicionó. Como había escrito al principio: «Ese estricto moralista que juega al gato y al ratón, con los furtivos, con los tímidos o con los atrevidos, induciendo al criminal a lapsus verbales, induciéndole al exceso de confianza, dejando pruebas en su contra y representando el papel de agente provocador». Usted quiso que su diario fuera una especie de válvula de seguridad para su conciencia; pero luego, cuando cambió sus planes, cuando descubrió que no podía matar a un hombre cuya

*culpabilidad no había sido probada*, el diario se convirtió en el instrumento principal del nuevo plan; y es ahí donde usted se vendió.

—Sí. Ya veo que usted lo sabe todo. —Felix sonrió oblicuamente—. Supongo que subestimé su inteligencia. Tendría que haber solicitado un defensor un poco más obtuso. ¿Quiere un cigarrillo? El condenado puede fumar su último cigarrillo, ¿verdad?

Nunca olvidaría Nigel esa última escena. El sol que se volcaba sobre la cara pálida y barbuda de Felix Cairnes; el humo del cigarrillo ascendiendo por la luz del sol; la manera tranquila, casi académica, en que discutían el crimen de Felix, como si sólo hubiera sido el argumento de una de sus novelas policíacas.

—Porque —dijo Nigel— hasta el momento en que fracasó su tentativa de empujar a Rattery por la cantera, en su diario usted cavilaba sobre la imposibilidad de probar que él había matado a Martie. Pero desde ese momento, usted dio por sentado su culpa. Esta discrepancia fue lo que primero me puso en la dirección correcta.

—Sí, ya veo.

—Habíamos supuesto todo el tiempo que su fracaso en la cantera se debía a que George conocía ya sus intenciones. ¿Por qué mintió y dijo que sufría de vértigo? Porque, argumentábamos, había llegado a tener vagas sospechas de usted, y trataba de ganar tiempo. Pero anoche, cuando leí de nuevo su diario, se me ocurrió de pronto que tal vez hubiera mentido usted. ¿Y si usted hubiera llevado a Rattery hasta el borde de la cantera, y, cuando iba a tropezar y caer sobre él y empujarle, usted hubiera descubierto que no podía hacerlo, simplemente porque no tenía pruebas de que él hubiera matado a su hijo...? ¿No ocurrió así?

—Sí. Tiene razón. Fui demasiado delicado —dijo Felix amargamente.

—Una característica que a nadie desmerece. Pero le traicionó. Volvió a traicionarle después, cuando usted se negó a tener ninguna clase de relaciones con Lena, aun después de habérselo contado todo, esa tarde en el jardín, lo del diario y su odio hacia George; usted quería romper con ella, porque le disgustaba la idea de verla unida por más tiempo a un asesino. Phil no es la única persona absurdamente quijotesca en este asunto.

—No hablemos más de Lena. Es lo único que me avergüenza. Y la he utilizado como si fuera un peón de ajedrez; perdóneme el lugar común.

—Bueno, volviendo al asunto. Consideré todos sus movimientos en el episodio de la cantera desde el punto de vista de que su objetivo principal fuera arrancar a George la verdad, y sólo entonces, cuando él hubiera admitido su culpa en la muerte de Martie, matarle. La culpa era visible en la vacilación que le impedía matar a un hombre quizá inocente. Usted no podía preguntarle a quemarropa si había matado a Martie; él lo hubiera negado, simplemente, y le hubiera echado de su casa. Por eso usted trató deliberadamente de hacerse sospechoso a sus ojos,

de despertar su curiosidad, de darle a entender de una manera indirecta que proyectaba matarle.

—No veo cómo pudo llegar usted a esa conclusión.

—Primero: se hizo invitar a casa de Rattery, aunque sólo unos días antes había dicho que nada en el mundo le induciría a vivir bajo su techo, y a pesar de que así aumentaba enormemente el peligro de que su diario fuera descubierto. Pero supongamos que una parte importante de su nuevo plan hubiera sido *que su diario fuera descubierto por George*. Y según usted mismo dice, le incitó deliberadamente a interesarse por él. Durante ese almuerzo al que asistieron el señor y la señora Carfax, usted dijo que estaba escribiendo una novela policíaca; simuló ponerse muy nervioso cuando alguien propuso que leyera un capítulo en voz alta, usted sugirió a George, muy inteligentemente, que le había hecho aparecer en la obra; después de eso, ningún hombre del tipo de George podía resistir el deseo de hurgar los manuscritos, especialmente cuando, unos días antes, usted le había permitido muy claramente descubrir que su verdadero nombre no era Felix Lane.

Felix le miró durante un momento con verdadera incredulidad. Luego mostró en su rostro haber comprendido.

—El general Shrivensham me dijo esta mañana que el doce de agosto, un jueves, le había visto, o creído verle, en una confitería de Cheltenham. Usted estaba con un hombre alto de grandes bigotes, así lo describió el general. Sin duda era Rattery. Ahora bien, Shrivensham va todos los jueves por la tarde a esa confitería; siendo amigo suyo, era de imaginar que usted lo supiera; y sabiéndolo, era muy poco probable que fuera con Rattery a esa confitería un jueves por la tarde, a menos que quisiera ser reconocido y saludado por el general por el nombre de « Cairnes », que es precisamente lo que sucedió. Al salir ustedes, el general le llama por el nombre de Cairnes; Rattery, de inmediato, lo relaciona con el Martie Cairnes que atropelló con su coche. Tan pronto como Shrivensham me lo dijo —de paso, me lo contó sin que yo se lo hubiera preguntado— comprendí por qué usted no quería que yo hablara con él y llegara a deducir...

—Siento muchísimo el golpe que le di en la cabeza. Verdaderamente, ayer no sabía lo que hacía; era una inútil tentativa de postergar su entrevista con Shrivensham. ¡Es tan hablador! Temía que le contara el incidente de la confitería. Pero, en realidad, traté de no golpearle muy fuerte.

—No es nada. Siempre trato de conciliar lo bueno con lo malo. Blount creyó que Phil me había golpeado en el momento de huir. Blount desarrolló su teoría muy correctamente, pero sin explicar por qué yo había encontrado desabrochados los botones de mi camisa, cuando volví en mí. Nadie abre la camisa de un individuo para comprobar si todavía late su corazón, sino cuando teme haberle golpeado muy fuerte. Phil se hubiera asustado del cuerpo que estaba en el suelo y no se hubiera atrevido a acercarse a él, como el mismo

Blount admite. Y si el asesino de George hubiera sido otra persona, y hubiera advertido que yo estaba acercándome demasiado a la verdad, para desgracia suya, habría tratado de matarme; habría vuelto a golpearme si al abrir la camisa hubiera descubierto que todavía latía mi corazón.

—*Ergo*, el hombre que le abrió la camisa fui yo. *Ergo*, yo soy el asesino de Rattery. Sí, supongo que fue un mal paso de mi parte.

Nigel ofreció un cigarrillo a Felix y encendió el fósforo. Su mano temblaba mucho más que la de su amigo; para poder seguir conversando debía convencerse a sí mismo de que sólo era una discusión académica acerca de un crimen imaginario. Siguió amontonando detalle sobre detalle, aunque los dos lo conocían muy bien, y retrasando así el momento inevitable en que él o Felix decidirían cuál había de ser el próximo capítulo de la historia: el último.

—El doce de agosto fue el día en que usted se encontró con Shrivenham en la confitería. En su diario no habla de ese encuentro. Usted menciona que pasó una tarde muy agradable en el *dinghy*. Es interesante —siento ser tan frío en mi manera de encarar este asunto— que usted haya falsificado esa anotación. No había ninguna necesidad de hacerlo, porque de todos modos George leería después el diario; y era peligroso ocultar su viaje a Cheltenham, pues la policía hubiera podido estudiar sus movimientos y notar la discrepancia, la contradicción...

—Yo estaba nervioso y agitado cuando escribí eso. El asunto de la confitería había sido mi primer movimiento en mi nueva campaña contra George, y era un plan delicadísimo. Eso habrá nublado mi lucidez.

—Sí, yo pensé que debió ocurrirle algo semejante. Ya antes me había parecido un poco fuera de tono su anotación del doce de agosto. Usted desarrolló una teoría sobre las dilaciones de Hamlet. Pero desarrollando su teoría acerca de la «prolongación de la dulce anticipación de la venganza», usted esperaba ocultar de cualquier entrometido el hecho de que su verdadero motivo era una conciencia demasiado sensible.

—Ha sido usted muy inteligente al advertir eso —dijo Felix.

A Nigel le pareció que había algo extraordinariamente patético en la manera en que Felix admitió esto último, una manera tranquila, pero levemente decepcionada, como si Nigel hubiera encontrado un error en un libro suyo.

—Más adelante vuelve usted a lo mismo. Era algo así: «La voz de la conciencia, supone usted, amable lector. Se equivoca. No tengo el menor remordimiento por matar a George Rattery». Usted trataba de simular que no tenía conciencia; pero esa palabra estaba indeblemente escrita a lo largo de todo el diario y en todas sus acciones. Espero que no le moleste que siga hablando de esto. Comprenda que quiero aclararlo todo; para mí, por lo menos.

—Siga hasta donde quiera —dijo Felix con otra sonrisa oblicua—. Cuanto más largo mejor. Recuerde a Scherezade.



—Bueno. Si usted quería que George leyera el diario, el plan del *dinghy* era un pretexto. Si realmente pensaba ahogar a George en el río, no había necesidad de escribir todos los detalles en el diario y luego incitarle a que lo leyera. Entonces me pregunté, ¿para qué este asunto del *dinghy*? Y la respuesta fue que usted quería obtener una confesión de labios de George. ¿Es así?

—Sí. De paso, le diré que yo estaba bastante seguro de que George había mordido el anzuelo: un día descubrí el diario colocado en una posición levemente alterada, bajo la tabla del suelo. Evidentemente, a George no le bastaba saber que yo era Cairnes y que quería matarle. A causa de la acusación de homicidio que pesaba sobre su cabeza, no se atrevía a actuar a menos que fuese definitivamente cuestión de vida o muerte para él. Por eso me permitió desarrollar mi plan hasta que le pedí en el río que dirigiera el barco a favor del viento. Se salvaguardó —así creyó él— mandando el diario a sus abogados antes de embarcarse. Yo estaba casi seguro de que haría algo semejante. La escena del *dinghy* fue muy terrible para ambos. George no creía, sin duda, que yo tuviera el coraje de llevar mi plan hasta el fin; y yo estaba sobre ascuas, por ver si él se daba realmente cuenta del peligro y si en el último momento llegaba a admitir que había atropellado a Martie. Estábamos nerviosos como dos gatos, lo puedo asegurar. Por supuesto, si él hubiera aceptado mi invitación de conducir el barco a favor del viento, habría significado que no había leído mi diario: en ese caso, yo habría vaciado aquella botella del tónico al volver a la casa.

—¿Se rindió, por fin?

—Sí. Cuando dimos la vuelta, y le pedí que pilotase el barco, ya no pudo disimular. Dijo que conocía mis intenciones, que había mandado el diario a sus abogados para que lo abrieran en el caso de su muerte, y luego trató de hacerme un chantaje vendiéndomelo. Ese fue el peor momento. Yo estaba casi seguro de que él había matado a Martie, porque si no no habría esperado hasta tan tarde para discutir el asunto conmigo. No fue el único cuya vacilación probó su culpa. Pero no tenía ninguna prueba segura. Y cuando le hice notar que el diario era tan peligroso para él como para mí, a causa de la explicación de la muerte de Martie, podría haberlo negado, podría haber simulado que no sabía absolutamente nada acerca de Martie. Pero se rindió. Admitió que la posición era un empate, y por lo tanto admitió tácitamente su responsabilidad por la muerte de Martie. Esto firmó su sentencia de muerte, como dicen algunos.

Nigel se levantó y caminó hacia la ventana. Se sentía mareado y un poco indispuerto. La tensión nerviosa, tan cuidadosamente reprimida, de esta conversación, obraba su efecto. Dijo:

—Desde mi punto de vista, la teoría de que el plan del *dinghy* era una impostura y que nunca fue destinado a ser llevado a la práctica era la única teoría que explicaba otro punto muy difícil.

—¿Cuál era?

—Lo lamento, pero tenemos que hablar de Lena otra vez. Resulta que si el plan del *dinghy* estaba realmente destinado a cumplirse, si hubiera sido su único y franco plan para matar a Rattery, usted se hubiera visto inevitablemente obligado a descubrir su verdadera identidad durante la investigación subsiguiente. Lena habría sabido que usted era el padre de Martie Cairnes, y sospechado de inmediato que el accidente no era tan « genuino » como parecía. Por supuesto, existía la posibilidad de que ella no lo delatara; pero no creo que usted dejara su vida en sus manos de esa manera.

—Creo que todo el tiempo me he engañado deliberadamente con respecto a la intensidad de su amor hacia mí —dijo Felix tristemente—. Yo había empezado por engañarla, y no podía creer realmente que ella no me engañaba también; que buscaba mi dinero. Eso demuestra lo despreciable que soy. El mundo no perderá nada con mi desaparición, ni yo tampoco.

—Por otra parte, si usted envenenaba a George sabiendo que el diario llegaría a ser públicamente conocido, significaba que aceptaba la idea de que toda la historia de Felix Cairnes fuera puesta en evidencia. Usted confió en que nadie dudaría de que el plan de ahogar a George era el verdadero. Ya que pensaba ahogar a George ese día, y sólo fue impedido porque él, inesperadamente, conocía sus planes, era inverosímil que usted hubiera arreglado todo para envenenarlo esa misma noche. Así creyó usted que pensaría la policía, ¿no?

—Sí.

—Era una idea brillante. Me engañó totalmente. Pero un poco demasiado sutil para Blount. X admite haber planeado la muerte de Y; Y es asesinado; por lo tanto, lo más probable es que el asesino sea X. Así lo pensó Blount. Es siempre muy peligroso confiar demasiado en la sutileza de un policía, o subestimar su sentido común. Y otra cosa: usted no le dio a la policía la oportunidad de sospechar de otra persona. —Felix se ruborizó.

—Vamos, no soy tan perverso. Supongo que no me cree capaz de inculpar a una persona inocente, ¿verdad?

—No. No a propósito, por lo menos. Pero su diario contenía muchas cosas que me hicieron creer durante un tiempo que la vieja señora Rattery era la asesina; y Blount también basó gran parte de su acusación contra Phil en el diario.

—No me hubiera importado mucho que colgaran a la vieja señora Rattery, supongo; estaba arruinando espantosamente la vida de Phil. Pero no se me ocurrió que pudieran sospechar de ella. En cuanto a Phil, bueno, usted sabe bien que hubiera preferido morir antes que verle sufrir algún daño. En realidad — continuó Felix, en voz baja— fue Phil quien mató a George Rattery, en cierto modo. Yo podría haberme sentido desanimado o asustado, dejando a un lado la idea de matar a Rattery, si no hubiera tenido que ver, día tras día, su horrible influencia sobre la vida de Phil. Era como si hubieran torturado y oprimido a mi

propio Martie. ¡Dios mío! ¡Pensar que todo ha sido inútil! Si Phil hubiera...

—No, Phil estará perfectamente. Estoy absolutamente seguro de que no ha hecho ninguna locura —dijo Nigel, tratando de poner en su voz un poco más de convicción que la que realmente tenía—. Pero ¿cómo creyó usted que interpretarían la muerte de George?

—Como suicidio, por supuesto. Pero Lena retiró la botella y logró que Phil la escondiera. Justicia poética, supongo.

—¿Pero qué motivo podía tener George para suicidarse?

—Bueno, yo sabía que esa tarde él volvería del río muy agitado. La gente lo notaría. Es el tipo de pregunta que siempre hace el oficial que se ocupa de la investigación: ¿en qué estado de ánimo se encontraba el finado? Me imaginé que la policía creería que se había suicidado en una especie de arrebató mental, de temor porque iba a ser descubierta la realidad acerca de la muerte de Martie. Algo por el estilo. Yo sabía que de regreso pasaría por el taller para sacar su coche, y por lo tanto sería verosímil que hubiera conseguido el veneno en ese momento. Claro que no me preocupé mucho por el motivo. Todo lo que deseaba era sacar a Rattery de allí, antes de que pudiera hacer más daño a Phil. —Felix se detuvo—. Es extraño. Estuve preocupándome toda la semana, hasta sentirme enfermo. Pero ahora que sé que no hay remedio, ya no me importa.

—Siento muchísimo que este asunto concluya así.

—No es su culpa. Usted estaba mucho mejor armado que yo. ¿Querrá Blount detenerme ahora mismo?

—Blount no sabe nada todavía —dijo Nigel lentamente—. Todavía cree que ha sido Phil. Y es mucho mejor: pondrá todo su empeño en encontrarle; tiene que mantener su reputación.

—¿Blount no lo sabe? —Felix estaba de pie junto a la cómoda, de espaldas a Nigel—. Bueno, quizá no tuviera tantas armas.

Abrió un cajón y se volvió con un brillo febril en los ojos y un revólver en la palma de la mano.

Nigel permaneció sentado, tranquilo: nada podía hacer; entre ellos mediaba toda la habitación.

—Cuando Phil desapareció esta mañana, fui hasta la casa de Rattery a buscarle. No lo encontré, pero en cambio encontré este revólver. Era de George. Pensé que tal vez me hiciera falta.

Nigel levantó los ojos, mirando a Felix con una expresión interesada, levemente impaciente.

—Usted no piensa matarme, ¿no? Verdaderamente, no habría ninguna razón...

—¡Mi querido Nigel! —exclamó Felix, sonriéndole tristemente—. No creo merecer eso. No. Estaba pensando en mi propia conveniencia. Una vez asistí a un juicio criminal; no tengo muchas ganas de asistir a otro. ¿Le parecería mal si yo

declinara la invitación y utilizara esto?

Hizo unas muecas desdeñosas dirigidas al revólver. Nigel pensaba: «Está haciendo un esfuerzo enorme de voluntad; su orgullo es terrible; el orgullo y una especie de sentido artístico de la ocasión le permite elevarse a la altura de las circunstancias, y dominar su carne atemorizada; bajo una tensión intolerable, estamos todos inclinados a dramatizar las situaciones; es una manera de ablandar la dura realidad, de hacer soportable una agonía suprema». Después de un minuto, dijo:

—Escuche, Felix. Yo no quiero entregarle a Blount, porque me parece que la muerte de Rattery no ha sido ninguna pérdida para el mundo. Pero no puedo estar tranquilo mientras no arregle el asunto de Phil; por otra parte, Blount siempre me ha tenido confianza. Si usted escribe una confesión —mejor será que se la dicte yo, así nos referimos a los puntos más importantes—, y se la envía a Blount, dejándola en el buzón del hotel, y yo me iría a dormir hasta última hora de la tarde. Tengo que dormir, por estos dolores que siento en la cabeza.

—El buen espíritu inglés para los pactos —dijo Felix, mirándolo burlescamente—. Tendría que estar agradecido por esto. Pero ¿lo estoy?... Sí, lo estoy. Mejor que un revólver...; es molesto y desagradable. Mejor terminar peleando en mi elemento.

Los ojos de Felix se habían encendido de nuevo. Nigel le miró inquisitivamente.

—Si pudiera llegar hasta Lyme Regis... Allí está mi *dinghy*. Nunca se imaginarán que me escapé por ese lado.

—Pero Felix, usted no tendría ninguna esperanza de llegar...

—No creo que me haga falta. Mi vida acabó con Martie. Ahora lo sé. Volví a la vida durante unas semanas tan sólo para salvar a Phil. Me gustaría morir en el mar luchando con un enemigo franco, para cambiar: el viento y las olas. ¿Podré llegar hasta allá?

—Creo que sí. Blount y la policía están buscando a Phil. Si ha tenido dudas a su respecto, ya no las tiene. Aquí tiene usted su coche, y...

—¡Y puedo afeitarme la barba! ¡Dios mío! Tal vez consiga pasar. Una vez dije que me afeitaría la barba y me escabulliría a través del cerco policial. Esa tarde en el jardín, ¿recuerda?

Felix echó el revólver de nuevo dentro del cajón, sacó las tijeras y los utensilios para afeitarse, y puso manos a la obra. Nigel le acompañó hasta arriba de la escalera y vio cómo echaba la confesión en el buzón del hotel. Estuvieron durante un momento en la habitación.

—Tardaré más o menos tres horas y media en llegar allá.

—Todo irá bien si Blount no vuelve hasta el atardecer. Yo me encargaré de Lena.

—Gracias. Ha sido usted muy bueno. Desearía..., me gustaría haber sabido

que Phil está a salvo, antes de irme.

—Nosotros nos encargaremos de Phil.

—Y Lena... Dígale que es mucho, mucho mejor, y todo eso. No. Dígale que la quiero. Ha sido conmigo más buena de lo que yo merezco. Bueno, adiós. Esta noche o mañana desapareceré para siempre. ¿O habrá algo después de la muerte? Sería bonito comprender la razón de todas estas cosas tan tristes. — Sonrió rápidamente a Nigel—. Seré entonces *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*...

Nigel oyó cómo el coche arrancaba.

—¡Pobre hombre! —murmuró—. Cree que tiene alguna esperanza, en un *dinghy*, con este viento que está levantándose.

Salió del hotel, en busca de Lena...



## EPÍLOGO

Recortes de diarios del archivo de Nigel relativos al caso Rattery.

*Recorte del Gloucestershire Evening Courier:*

Philip Rattery, el niño que había desaparecido de su hogar en Severnbridge ayer por la mañana, fue encontrado hoy en Sharpness. La señora Violeta Rattery, la madre del niño, entrevistada por un reportero del *Courier*, declaró: « Philip se escapó en una lancha del río Severn. Fue descubierto mientras descargaban la lancha en Sharpness, esta mañana. No ha sufrido ningún daño durante su fuga. Ésta se debió a la preocupación causada por la muerte de su padre» .

Philip Rattery es el hijo de George Rattery, el destacado ciudadano de Severnbridge cuya muerte investiga la policía. El inspector jefe Blount, de Scotland Yard, oficial a cargo de la investigación, informó esta mañana a nuestro corresponsal que confía en una rápida solución.

No hay noticias todavía de Frank Cairnes, quien desapareció ayer por la tarde del Angler's Arms de Severnbridge, donde paraba, y a quien la policía quiere interrogar con respecto a la muerte de George Rattery.

*Recorte del Daily Post:*

Ayer a la tarde fue arrojado por el mar, en Portland, el cuerpo de un hombre. Lo identificaron como Frank Cairnes, el hombre que la policía buscaba con motivo del crimen de Rattery, en Severnbridge. Después de haber sido encontrados los restos destrozados del *dinghy* de Cairnes, el *Tessa*, arrojados a la costa durante la tempestad de la semana pasada, la investigación se había concentrado sobre esta región de la costa.

Cairnes era muy conocido por el público lector, como autor de

novelas policíacas, bajo el seudónimo de Felix Lane.

Mañana tendrá lugar la investigación judicial de la muerte de George Rattery, en Severnbridge (Glos.).

Nota de Nigel Strangeways:

Éste es el final del más lamentable de mis casos. Blount me mira todavía con cierto aire de sospecha; del modo más cortés posible insinuó que era « una gran lástima que este Cairnes se le hubiera escapado de las manos », acompañando estas palabras con una de esas miradas agudas y heladas que son mucho más inquietantes que cualquier acusación. De todos modos, estoy muy contento de haber permitido a Félix que se fuera como más le gustaba: un final limpio, por lo menos, después de un asunto tan, tan sucio.

En la primera de las *Cuatro Canciones Serias* de Brahms, éste parafrasea el Eclesiastés, 3, 19: *La bestia debe morir, el hombre muere también; si, ambos deben morir.* Que éste sea el epitafio de George Rattery y de Félix Lane.



### Colección de «El séptimo círculo»

1. *LA BESTIA DEBE MORIR* (*The Beast Must Die*), Nicholas Blake, 1945<sup>[1]</sup>
2. *LOS ANTEOJOS NEGROS* (*The Black Spectacles*), John Dickson Carr, 1945
3. *LA TORRE Y LA MUERTE* (*Lament for a Maker*), Michael Innes, 1945
4. *UNA LARGA SOMBRA* (*The Long Shadow*), Anthony Gilbert, 1945
5. *PACTO DE SANGRE* (*Double Indemnity*), James M. Cain, 1945
6. *EL ASESINO DE SUEÑO* (*The Murderer of Sleep*), Milward Kennedy, 1945
7. *LAURA* (*Laura*), Vera Caspary, 1945
8. *LA MUERTE GLACIAL* (*Corpse in Cold Storage*), Milward Kennedy, 1945
9. *EXTRAÑA CONFESIÓN* (*Novosti dnia*), Anton Chejov, 1945
10. *MI PROPIO ASESINO* (*My Own Murderer*), Richard Hull, 1945
11. *EL CARTERO LLAMA DOS VECES* (*The Postman Always Rings Twice*), James M. Cain, 1945
12. *EL SEÑOR DIGWEED Y EL SEÑOR LUMB* (*Mr. Digweed and Mr. Lumb*), Eden Phillpotts, 1945
13. *LOS TONELES DE LA MUERTE* (*There's Trouble Brewing*), Nicholas Blake, 1945
14. *EL ASESINO DESVELADO*, Enrique Amorim, 1945
15. *EL MINISTERIO DEL MIEDO* (*The Ministry of Fear*), Graham Greene, 1945
16. *ASESINATO EN PLENO VERANO* (*Midsummer Murder*), Clifford Witting, 1945
17. *ENIGMA PARA ACTORES* (*Puzzle for Players*), Patrick Quentin, 1946
18. *EL CRIMEN DE LAS FIGURAS DE CERA* (*The Waxworks Murder*), John Dickson Carr, 1946
19. *LA GENTE MUERE DESPACIO* (*The Case of the Tea-Cosy's Aunt*),



Anthony Gilbert, 1946

20. *EL ESTAFADOR (The Embezzler)*, James M. Cain, 1946
21. *ENIGMA PARA TONTOS (A Puzzle for Fools)*, Patrick Quentin, 1946
22. *LA SOMBRA DEL SACRISTÁN (Black Beadle)*, E. C. R. Lorac, 1946
23. *LA PIEDRA LUNAR (The Moonstone)*, Wilkie Collins, 1946
24. *LA NOCHE SOBRE EL AGUA (Night Over Fitch's Pond)*, Cora Jarret, 1946
25. *PREDILECCIÓN POR LA MIEL (A Taste for Honey)*, H. F. Heard, 1946
26. *LOS OTROS Y EL RECTOR (Death at the President's Lodging)*, Michael Innes, 1946
27. *EL MAESTRO DEL JUICIO FINAL (Der Meister des Jüngsten Tages)*, Leo Perutz, 1946
28. *CUESTIÓN DE PRUEBAS (A Question of Proof)*, Nicholas Blake, 1946
29. *EN ACECHO (The Stoot)*, Lynn Brock, 1946
30. *LA DAMA DE BLANCO (2 tomos) (The Woman in White)*, Wilkie Collins, 1946
31. *LOS QUE AMAN, ODIAN*, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, 1946
32. *LA TRAMPA (The Mouse Who Wouldn't Play Ball)*, Anthony Gilbert, 1946
33. *HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE (Till Death Do Us Part)*, John Dickson Carr, 1946
34. *¡HAMLET, VENGANZA! (Hamlet, revenge!)*, Michael Innes, 1946
35. *¡OH, ENVOLTURA DE LA MUERTE! (Thou Shell of Death)*, Nicholas Blake, 1947
36. *JAQUE MATE AL ASESINO (Checkmate to Murder)*, E. C. R. Lorac, 1947
37. *LA SEDE DE LA SOBERBIA (The Seat of the Scornful)*, John Dickson Carr, 1947
38. *ERAN SIETE (They Were Seven)*, Eden Phillpotts, 1947
39. *ENIGMA PARA DIVORCIADAS (Puzzle for Wantons)*, Patrick Quentin, 1947
40. *EL HOMBRE HUECO (The Hollow Man)*, John Dickson Carr, 1947
41. *LA LARGA BÚSQUEDA DEL SEÑOR LAMOUSSET (The Two of Diamonds)*, Lynn Brock, 1947
42. *LOS ROJOS REDMAYNE (The Red Redmaynes)*, Eden Phillpotts, 1947

43. *EL HOMBRE DEL SOMBRERO ROJO (The Man in the Red Hat)*, Richard Keverne, 1947
44. *ALGUIEN EN LA PUERTA (Somebody at the Door)*, Raymond Postgate, 1947
45. *LA CAMPANA DE LA MUERTE (The Bell of Death)*, Anthony Gilbert, 1948
46. *EL ABOMINABLE HOMBRE DE NIEVE (The Case of the Abominable Snowman)*, Nicholas Blake, 1948
47. *EL INGENIOSO SEÑOR STONE (The Ingenious Mr. Stone)*, Robert Player, 1948
48. *EL ESTRUENDO DE LAS ROSAS*, Manuel Peyrou, 1948
49. *VEREDICTO DE DOCE (Verdict of Twelve)*, Raymond Postgate, 1948
50. *ENIGMA PARA DEMONIOS (Puzzle for Fiends)*, Patrick Quentin, 1948
51. *ENIGMA PARA FANTOCHES (Puzzle for Puppets)*, Patrick Quentin, 1949
52. *EL OCHO DE ESPADAS (The Eight of Swords)*, John Dickson Carr, 1949
53. *UNA BALA PARA EL SEÑOR THOROLD (The Public School Murder)*, R. C. Woodthorpe, 1949
54. *RESPUESTA PAGADA (Reply Paid)*, H. F. Heard, 1949
55. *EL PESO DE LA PRUEBA (The Weight of the Evidence)*, Michael Innes, 1949
56. *ASESINATO POR REFLEXIÓN (Murder by Reflection)*, H. F. Heard, 1949
57. *¡NO ABRAS ESA PUERTA! (Don't Open the Door!)*, Anthony Gilbert, 1949
58. *¿FUE UN CRIMEN? (Was it Murder?)*, James Hilton, 1949
59. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS (The Poisoned Chocolates Case)*, Anthony Berkeley, 1949
60. *EL QUE SUSURRA (He who Whispers)*, John Dickson Carr, 1949
61. *ENIGMA PARA PEREGRINOS (Puzzle for Pilgrims)*, Patrick Quentin, 1949
62. *EL DUEÑO DE LA MUERTE (Trial and Error)*, Anthony Berkeley, 1949
63. *CORRIENDO HACIA LA MUERTE (Run to Death)*, Patrick Quentin, 1949
64. *LAS CUATRO ARMAS FALSAS (The Four False Weapons)*, John

Dickson Carr, 1950

65. *LEVANTE USTED LA TAPA (Lift up the Lid)*, Anthony Gilbert, 1950
66. *MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES (Dead March in Three Keys)*, Peter Curtis (Norah Lofts), 1950
67. *MUERTE EN EL OTRO CUARTO (Death in the Wrong Room)*, Anthony Gilbert, 1950
68. *CRIMEN EN LA BUHARDILLA (The Attic Murder)*, Sidney Fowler, 1950
69. *EL ALMIRANTE FLOTANTE (The Floating Admiral)*, “Detection Club”, 1950
70. *EL BARBERO CIEGO (The Blind Barber)*, John Dickson Carr, 1950
71. *ADIÓS AL CRIMEN (Goodbye to Murder)*, Donald Henderson, 1950
72. *EL TERCER HOMBRE - EL ÍDOLO CAÍDO (The Third Man - The Fallen Idol)*, Graham Greene, 1950
73. *UNA INFORTUNADA MÁS (One More Unfortunate)*, Edgar Lustgarten, 1950
74. *MIS MUJERES MUERTAS (My Late Wives)*, John Dickson Carr, 1950
75. *MEDIDA PARA LA MUERTE (Measure for Murder)*, Clifford Witting, 1951
76. *LA CABEZA DEL VIAJERO (Head of a Traveller)*, Nicholas Blake, 1951
77. *EL CASO DE LAS TROMPETAS CELESTIALES (The Case of the Angel's Trumpets)*, Michael Burt, 1951
78. *EL MISTERIO DE EDWIN DROOD (The Mystery of Edwin Drood)*, Charles Dickens, 1951
79. *HUÉSPED PARA LA MUERTE (Tenant for Death)*, Cyril Hare, 1951
80. *UNA VOZ EN LA OSCURIDAD (A Voice From the Dark)*, Eden Phillpotts, 1951
81. *LA PUNTA DEL CUCHILLO (The Knife Will Fall)*, Marten Cumberland, 1951
82. *CAÍDOS EN EL INFIERNO (Headlong from Heaven)*, Michael Valbeck, 1951
83. *TODOS SE DERRUMBA (All Fall Down)*, L. A. G. Strong, 1951
84. *LEGAJO FLORENCE WHITE (Folio on Florence White)*, Will Oursler, 1951
85. *EN LA PLAZA OSCURA (Above the Dark Circus)*, Hugh Walpole, 1951
86. *PRUEBA DE NERVIOS (A Matter of Nerves)*, Richard Hull, 1952
87. *EL BUSCADOR (The Follower)*, Patrick Quentin, 1952

88. *EL HOMBRE QUE ELUDIÓ EL CASTIGO (The Man Who Got Away With It)*, Bernice Carey, 1952
89. *EL RATÓN DE LOS OJOS ROJOS (The Mouse With Red Eyes)*, Elizabeth Eastman, 1952
90. *PAGARÁS CON MALDAD (Do Evil in Return)*, Margaret Millar, 1952
91. *MINUTO PARA EL CRIMEN (Minute for Murder)*, Nicholas Blake, 1952
92. *VEREDICTOS DISCUTIDOS (Verdict in Dispute)*, Edgar Lustgarten, 1952
93. *PELIGRO EN LA NOCHE (Don't Go Out After Dark)*, Norman Berrow, 1952
94. *LOS SUICIDIOS CONSTANTES (The Case of the Constant Suicides)*, John Dickson Carr, 1952
95. *EL CASO DE LA JOVEN ALOCADA (The Case of the Fast Young Lady)*, Michael Burt, 1952
96. *¿ES USTED EL ASESINO? (Monsieur Larose, est-il l'assassin?)*, Fernand Crommelynck, 1952
97. *EL SOLITARIO (La Brute)*, Guy Des Cars, 1952
98. *EL CASO DEL JESUITA RISUEÑO (The Case of the Laughing Jesuit)*, Michael Burt, 1952
99. *BEDELIA (Bedelia)*, Vera Caspary, 1953
100. *PESADILLA EN MANHATTAN (Nightmare in Manhattan)*, Thomas Walsh, 1953
101. *EL ASESINO DE MI TÍA (The Murder of My Aunt, Richard Hull)*, 1953
102. *BAJO EL SIGNO DEL ODIO*, Alexander Rice Guinness (Alejandro Ruiz Guñazú), 1953
103. *BRATFARRAR (Brat Farrar)*, Josephine Tey, 1953
104. *LA VENTANA DE JUDAS (The Judas Window)*, John Dickson Carr, 1953
105. *LAS REJAS DE HIERRO (The Iron Gates)*, Margaret Millar, 1953
106. *MIEDO A LA MUERTE (Fear of Death)*, Anna Mary Wells, 1953
107. *MUERTE EN CINCO CAJAS (Death in Five Boxes)*, John Dickson Carr, 1953
108. *MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD (Stranger Than Truth)*, Vera Caspary, 1953
109. *CUENTA PENDIENTE (Payment Deferred)*, C. S. Forester, 1953
110. *LA ESTATUA DE LA VIUDA (Night at the Mocking Widow)*, John Dickson Carr, 1953

111. *UNA MORTAJA PARA LA ABUELA (A Shroud For Grandmama)*, Gregory Tree, 1954
112. *ARENAS QUE CANTAN (The Singing Sands)*, Josephine Tey, 1954
113. *MUERTE EN EL ESTANQUE (Rose's Last Summer)*, Margaret Millar, 1954
114. *LOS GOUPI (Goupi-Mains rouges)*, Pierre Very, 1954
115. *TRAGEDIA EN OXFORD (An Oxford Tragedy)*, J. C. Masterman, 1954
116. *PASAPORTE PARA EL PELIGRO (Passport to Peril)*, Robert Parker, 1954
117. *EL SEÑOR BYCULLA (Mr. Byculla)*, Eric Linklater, 1954
118. *EL HUECO FATAL (The Dreadful Hollow)*, Nicholas Blake, 1954
119. *EL CRIMEN DE LA CALLE NICHOLAS (The Key to Nicholas Street)*, Stanley Ellin, 1954
120. *EL CUARTO GRIS (The Grey Room)*, Eden Phillpotts, 1954
121. *LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO (Death Plays the Gramophone)*, Marjorie Stafford, 1954
122. *BLANDO POR DENTRO (Soft at the Centre)*, Eric Warman, 1955
123. *LA MUERTE BAJA EN EL ASCENSOR*, María Angélica Bosco, 1955
124. *LA LÍNEA SUTIL (The Thin Line)*, Edward Atiyah, 1955
125. *EL CÍRCULO SE ESTRECHA (The Narrowing Circle)*, Julian Symons, 1955
126. *SCOLOMBE MUERE (Scolombe Dies)*, L. A. G. Strong, 1955
127. *SIMIENTE PERVERSA (The Bad Seed)*, William March, 1955
128. *SOY UN FUGITIVO (I'm a Fugitive From a Georgia Chain Gang!)*, Robert Burns, 1955
129. *CLAVES PARA CRISTABEL (Clues for Christabel)*, Mary Fitt, 1955
130. *SUSURRO EN LA PENUMBRA (The Whisper in the Gloom)*, Nicholas Blake, 1955
131. *EL FALSO ROSTRO (False Face)*, Vera Caspary, 1955
132. *EL CASO MÁS DIFÍCIL (Per Hills Schwerster Fall)*, Richard Katz, 1956
133. *EL 31 DE FEBRERO (The 31st of February)*, Julian Symons, 1956
134. *LA MUJER SIN PASADO (La femme sans passé)*, Serge Groussard, 1956
135. *UN CRIMEN INGLÉS (An English murder)*, Cyril Hare, 1956
136. *EL SIETE DEL CALVARIO (The Case of the Seven of Calvary)*, Anthony Boucher, 1956

137. *EL OJO FUGITIVO (The Fugitive Eye)*, Charlotte Jay, 1956
138. *EL MUERTO INSEPULTO (Dead and not Buried)*, H. F. M. Prescott, 1956
139. *MI HIJO, EL ASESINO (My Son, the Murderer)*, Patrick Quentin, 1956
140. *EL BÍGAMO (The Man with Two Wives)*, Patrick Quentin, 1957
141. *EL RELOJ DE LA MUERTE (Death Watch)*, John Dickson Carr, 1957
142. *EL MUERTO EN LA COLA (The Man in the Queue)*, Josephine Tey, 1957
143. *EL CASO DE LA MOSCA DORADA (The Case of the Gilded Fly)*, Edmund Crispin, 1957
144. *TRASBORDO A BABILONIA (Change Here for Babylon)*, Nina Bawden, 1957
145. *LA MARAÑA (A Tangled Web)*, Nicholas Blake, 1958
146. *LA PUERTA DE LA MUERTE (Lying at Death's Door)*, Marten Cumberland, 1958
147. *EL HOMBRE EN LA RED (The Man in the Net)*, Patrick Quentin, 1958
148. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1958
149. *PATRICK BUTLER, POR LA DEFENSA (Patrick Butler for the Defence)*, John Dickson Carr, 1958
150. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1958
151. *CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS (Suspicious Circumstances)*, Patrick Quentin, 1959
152. *ASESINATO EN MI CALLE (Murder on My Street)*, Edwin Lanham, 1959
153. *TRAGEDIA EN LA JUSTICIA (Tragedy at Law)*, Cyril Hare, 1959
154. *LA COLUMNATA INTERMINABLE (The Endless Colonnade)*, Robert Harling, 1959
155. *VIOLENCIA (Violence)*, Cornell Woolrich, 1960
156. *LA SOMBRA DE LA CULPA (Shadow of Guilty)*, Patrick Quentin, 1960
157. *UN PUÑAL EN MI CORAZÓN (A Penknife in My Heart)*, Nicholas Blake, 1960
158. *FANTASÍA Y FUGA (Fantasy and Fugue)*, Roy Fuller, s.d., 1960
159. *EL CRUCERO DE LA VIUDA (The Widow's Cruise)*, Nicholas Blake, 1960
160. *LaS PAREDES OYEN (The Listening Walls)*, Margaret Millar, 1960

161. *LA DAMA DEL LAGO (Lady in the Lake)*, Raymond Chandler, 1960
162. *MUERTE POR TRIPLICADO (Death in Triplicate)*, E. C. R. Lorac, 1960
163. *EL MONSTRUO DE OJOS VERDES (The Green-Eyed Monster)*, Patrick Quentin, 1961
164. *TRES MUJERES (Three Women)*, Wallace Reyburn, 1961
165. *EVVIE (Evvie)*, Vera Caspary, 1961
166. *LUGARES OSCUROS (The Dark Places)*, Alex Fraser, 1961
167. *ASESINATO A PEDIDO (Murder by Request)*, Beverley Nichols, 1961
168. *LA SENDA DEL CRIMEN (The Progress of a Crime)*, Julian Symons, 1962
169. *VUELTA A ESCENA (Return to the Scene)*, Patrick Quentin, 1962
170. *PESE AL TRUENO (In Spite of Thunder)*, John Dickson Carr, 1962
171. *EL GUSANO DE LA MUERTE (The Worm of Death)*, Nicholas Blake, 1963
172. *SEMEJANTE A UN ÁNGEL (How Like an Angel)*, Margaret Millar, 1963
173. *SANATORIO DE ALTURA*, Max Duplan (Eduardo Morera), 1963
174. *CLARO COMO EL AGUA (The Nose on My Face)*, Laurence Payne, 1963
175. *EL MARIDO (The Husband)*, Vera Caspary, 1963
176. *EL ARMA MORTAL (Deadly Weapon)*, Wade Miller, 1964
177. *LA ANGUSTIA DE MRS. SNOW (The Ordeal of Mrs. Snow)*, Patrick Quentin, 1964
178. *YLUEGO EL MIEDO (And Then Came Fear)*, Marten Cumberland, 1964
179. *UN LOTO PARA MISS QUON (A Lotus for Miss Quon)*, James Hadley Chase, 1964
180. *NACIDA PARA VÍCTIMA (Born Victim)*, Hillary Waugh, 1964
181. *LA PARTE CULPABLE (Guilty Party)*, John Burke, 1964
182. *LA BURLA SINIESTRA (The Deadly Joker)*, Nicholas Blake, 1965
183. *¿HAY ALGO MEJOR QUE EL DINERO? (What's Better Than Money?)*, James Hadley Chase, 1965
184. *UN LADRÓN EN LA NOCHE (A Thief in the Night)*, Thomas Walsh, 1965
185. *UN ATAÚD DESDE HONG KONG (A Coffin From Hong Kong)*, James Hadley Chase, 1965

186. *APELACIÓN DE UN PRISIONERO (Prisoner's Plea)*, Hillary Waugh, 1966
187. *BESA AL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS (Kiss the Dark Angel)*, Maurice Moiseiwitsch, 1966
188. *EL ESCALOFRÍO (The Chill)*, Ross MacDonald, 1966
189. *PELIGRO EN LA CASA VECINA (Danger Next Door)*, Patrick Quentin, 1966
190. *ESCONDER A UN CANALLA (To Hide a Rogue)*, Thomas Walsh, 1966
191. *TRASATLÁNTICO "ASESINATO" (S.S. Murder)*, Patrick Quentin, 1966
192. *NO HAY ESCONDITE (No Hiding Place)*, Edwin Lanham, 1966
193. *EL ÁNGEL CAÍDO (Fallen Angel)*, Howard Fast, 1966
194. *FUEGO QUE QUEMA (Fire, Burn!)*, John Dickson Carr, 1966
195. *AL ACECHO DEL TIGRE (Waiting for a Tiger)*, Ben Healey, 1966
196. *EL ESQUELETO DE LA FAMILIA (Family Skeletons)*, Patrick Quentin, 1967
197. *LA TRISTE VARIEDAD (The Sad Variety)*, Nicholas Blake, 1967
198. *LOS RASTROS DE BRILLHART (The Traces of Brillhart)*, Herbert Brean, 1967
199. *UN INGENUO MÁS (Just Another Sucker)*, James Hadley Chase, 1967
200. *DINERO NEGRO (Black Money)*, Ross MacDonald, 1967
201. *LA JOVEN DESAPARECIDA (Girl on the Run)*, Hillary Waugh, 1967
202. *UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL (One Bright Summer Morning)*, James Hadley Chase, 1967
203. *UN FRAGMENTO DE MIEDO (A Fragment of Fear)*, John Bingham, 1967
204. *EL CODO DE SATANÁS (The House at Satan's Elbow)*, John Dickson Carr, 1967
205. *LA CAÍDA DE UN CANALLA (The Way the Cookie Crumbles)*, James Hadley Chase, 1967
206. *EL OTRO LADO DEL DÓLAR (The Far Side of the Dollar)*, Ross MacDonald, 1968
207. *CAÑONES Y MANTECA (Gun Before Butter)*, Nicholas Freeling, 1968
208. *LA MAÑANA DESPUÉS DE LA MUERTE (The Morning After Death)*, Nicholas Blake, 1968
209. *FRUTO PROHIBIDO (You Find Him - I'll Fix Him)*, James Hadley Chase, 1968



210. *PRESUNTAMENTE VIOLENTO (Believed Violent)*, James Hadley Chase, 1968
211. *LA HERIDA ÍNTIMA (The Private Wound)*, Nicholas Blake, 1968
212. *EL HOMBRE AUSENTE (The Missing Man)*, Hillary Waugh, 1969
213. *LA OREJA EN EL SUELO (An Ear to the Ground)*, James Hadley Chase, 1969
214. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1969
215. *30 MANHATTAN EAST (30 Manhattan East)*, Hillary Waugh, 1969
216. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1969
217. *EL ENEMIGO INSÓLITO (The Instant Enemy)*, Ross MacDonald, 1969
218. *OSCURIDAD EN LA LUNA (Dark of the Moon)*, John Dickson Carr, 1970
219. *EL FIN DE LA NOCHE (The End of the Night)*, John D. MacDonald, 1970
220. *EL DERRUMBE (The Breakdown)*, John Boland, 1970
221. *TRATO HECHO (You Have Yourself a Deal)*, James Hadley Chase, 1970
222. *¡TSING-BOUM! (Tsing-Boum!)*, Nicholas Freeling, 1970
223. *CORRA CUANDO DIGA: ¡YA! (Run When I Say Go)*, Hillary Waugh, 1970
224. *Y AHORA QUERIDA... (Well Now - My Pretty)*, James Hadley Chase, 1970
225. *MUERTE Y CIRCUNSTANCIA (Death and Circumstance)*, Hillary Waugh, 1970
226. *VENENO PURO (Pure Poison)*, Hillary Waugh, 1970
227. *LA MIRADA DEL ADIÓS (The Goodbye Look)*, Ross MacDonald, 1970
228. *LA ÚNICA MUJER EN EL JUEGO (The Only Girl in the Game)*, John D. MacDonald, 1970
229. *BESA YMATA (Kiss and Kill)*, Ellery Queen, 1971
230. *ASESINATOS EN LA UNIVERSIDAD (The Campus Murders)*, Ellery Queen, 1971
231. *EL OLOR DEL DINERO (The Whiff of Money)*, James Hadley Chase, 1971
232. *PLAZO: AL AMANECER (Deadline at Dawn)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1971
233. *ZIGZAGS*, Paul Andreota, 1971

234. *LOS JUEVES DE LA SEÑORA JULIA* (*I giovedì della signora Giulia*), Piero Chiara, 1971
235. *LAS MUJERES SE DEDICAN AL CRIMEN* (*A Lessons for Ladies*), Ben Healey, 1971
236. *SÓLO MONSTRUOS* (*Beyond This Point Are Monsters*), Margaret Millar, 1971
237. *MEDIODÍA DE ESPECTROS* (*The Ghosts' High Noon*), John Dickson Carr, 1971
238. *ALGO EN EL AIRE* (*Something In The Air*), John A. Graham, 1971
239. *EL ÚLTIMO TIMBRE* (*The Last Doorbell*), Joseph Harrington, 1971
240. *UN AGUJERO EN LA CABEZA* (*Like a Hole in the Head*), James Hadley Chase, 1971
241. *CARA DESCUBIERTA* (*The Naked Face*), Sidney Sheldon, 1972
242. *NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS* (*I Wouldn't Be in Your Shoes*), William Irish (Cornell Woolrich), 1972
243. *EL ROBO DEL CEZANNE* (*The Aldeburg Cézanne*), John A. Graham, 1972
244. *COSTA BÁRBARA* (*The Barbarous Coast*), Ross MacDonald, 1972
245. *ACERTAR CON LA PREGUNTA* (*Ask the Right Question*), Michael Z. Lewin, 1972
246. *EL PULPO* (*La pieuvre*), Paul Andreota, 1972
247. *MANSIÓN DE MUERTE* (*Deadly Hall*), John Dickson Carr, 1972
248. *PELIGROSO SI ANDA SUELTO* (*No Safe to be Free*), James Hadley Chase, 1972
249. *EL FIN DE LA PERSECUCIÓN* (*Run Down the World of Alan Brett*), Robert Garret, 1972
250. *RETRATO TERMINADO* (*Final Portrait*), Vera Caspary, 1972
251. *LA DAMA FANTASMA* (*Phantom Lady*), William Irish (Cornell Woolrich), 1973
252. *SI DESEAS SEGUIR VIVIENDO* (*Want to Stay Alive?*), James Hadley Chase, 1973
253. *¿QUIERES VER A TU MUJER OTRA VEZ?* (*If you want to see your wife again*), John Craig, 1973
254. *EL TELÉFONO LLAMA* (*The Phone Calls*), Lillian O'Donnell, 1973
255. *ACTO DE TERROR* (*Act of Fear*), Michael Collins, 1973
256. *EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE* (*Man from Nowhere*), Stanley Ellin, 1973
257. *LA ORGANIZACIÓN* (*The Organization*), David Anthony, 1973

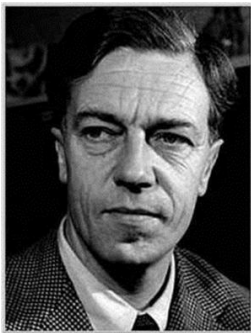
258. *EL CADÁVER DE UNA CHICA (The Body of a Girl)*, Michael Gilbert, 1973
259. *LA SOMBRA DEL TIGRE (Shadow of a Tiger)*, Michael Collins, 1973
260. *EL SÍNDROME FATAL (The Walter Syndrome)*, Richard Neely, 1973
261. *¡PÁNICO! (Panic)*, Bill Pronzini, 1973
262. *PEÓN DAMA, (Queen's Pawn)*, Victor Canning, 1973
263. *CITA EN LA OSCURIDAD (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1974
264. *TRAFICANTE DE NIEVE (The Snowman)*, Arthur Maling, 1973
265. *ESTÁS SOLO CUANDO ESTÁS MUERTO (You're Lonely When You're Dead)*, James Hadley Chase, 1974
266. *SANGRE A LA LUZ DE LA LUNA (Blood on a Harvest Moon)*, David Anthony, 1974
267. *SIN DINERO, A NINGUNA PARTE (You're Dead Without Money)*, James Hadley Chase, 1974
268. *LA AMANTE JAPONESA (The Japanese Mistress)*, Richard Neely, 1974
269. *NO USES ANILLO DE BODA (Don't Wear Your Wedding Ring)*, Lillian O'Donnell, 1974
270. *ACUÉSTALA SOBRE LOS LIRIOS (Lay Her Among The Lillies)*, James Hadley Chase, 1974
271. *EL HOMBRE XYX (The XYX man)*, Kenneth Royce, 1974
272. *LA EFIGIE DERRETIDA (The Melting Man)*, Victor Canning, 1974
273. *LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (The Specialty of the House)*, Stanley Ellin, 1975
274. *LA ESTRANGULACIÓN (Stranglehold)*, Gregory Cromwell Knapp, 1975
275. *EL SUDOR DEL MIEDO (The Sweat of Fear)*, Robert C. Dennis, 1975
276. *ACUPUNTURA Y MUERTE (The Acupuncture Murders)*, Dwight Steward, 1975
277. *DING DONG (Dingdong)*, Arthur Maling, 1975
278. *CASTILLO DE NAIPES (House of Cards)*, Stanley Ellin, 1975
279. *EL LLANTO DE NÉMESIS*, Roger Ivynes (Roger Pla), 1975
280. *TÉ EN DOMINGO (Tea on Sunday)*, Lettice Cooper, 1975
281. *ASESINO EN LA LLUVIA (Killer in the Rain)*, Raymond Chandler, 1975
282. *LA CABEZA OLMECA (The Olmec Head)*, David Westheimer, 1976

283. *CRESTA ROJA (Firecrest)*, Victor Canning, 1976
284. *EL BUITRE PACIENTE (The Vulture is a Patient Bird)*, James Hadley Chase,
285. *EL GRITO SILENCIOSO (The Silent Scream)*, Michael Collins, 1976
286. *EL ORÁCULO ENVENENADO (The Poison Oracle)*, Peter Dickinson, 1976
287. *CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (You Never Know With Women)*, James Hadley Chase, 1976
288. *CIELO TRÁGICO (The Dreadful Lemon Sky)*, John D. MacDonald, 1976
289. *LUCHAR POR ALGO (Something Worth Fighting For)*, Reg Gadney, 1976
290. *HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (There's a Hippie on the Highway)*, James Hadley Chase, 1976
291. *CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (Five Roundabouts to Heaven)*, John Bingham, 1976
292. *LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (The Bride Wore Black)*, Cornell Woolrich, 1976
293. *LAMENTO TURQUESA (The Turquoise Lament)*, John D. MacDonald, 1976
294. *LA MUERTE DEL AÑO (This Year's Death)*, John Godey, 1977
295. *PRISIONERO EN LA NIEVE (Snowbound)*, Bill Pronzini, 1977
296. *GOLPE FINAL (Knock Down)*, Dick Francis, 1977
297. *TRAFICANTES DE NIÑOS (The Baby Merchants)*, Lillian O'Donnell, 1977
298. *SERENATA DEL ESTRANGULADOR (Strangler's Serenade)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1977
299. *UN AS EN LA MANGA (An Ace Up My Sleeve)*, James Hadley Chase, 1977
300. *LA DAMA DE MEDIANOCHE (The Midnight Lady and the Mourning Man)*, David Anthony, 1977
301. *CÁLCULO DE PROBABILIDADES (The Probability Factor)*, Walter Kempley, 1977
302. *LA MARCA DE KINGSFORD (The Kingsford Mark)*, Victor Canning, 1977
303. *DISQUE 577 (Dial 577 R-A-P-E)*, Lillian O'Donnell, 1977
304. *PECES SIN ESCONDITE (Goldfish Have No Hiding Place)*, James Hadley Chase, 1977
305. *NO ME APUNTES CON ESO (Don't Point That Thing at Me)*, Kyril

- Bonfiglioli, 1978
306. *OPERACIÓN LEÑADOR (The Woodcutter Operation)*, Kenneth Royce, 1978
  307. *EL ESQUEMA RAINBIRD (The Rainbird Pattern)*, Victor Canning, 1978
  308. *LA FORTALEZA (Stronghold)*, Stanley Ellin, 1978
  309. *EN EL HAMPA (Spider Underground)*, Kenneth Royce, 1978
  310. *LA HERMANA DE ALGUIEN (Somebody's Sister)*, Derek Marlowe, 1978
  311. *TOC, TOC. ¿QUIÉN ES? (Knock, knock, Who's There?)*, James Hadley Chase, 1978
  312. *LA MÁSCARA DEL RECUERDO (The Mask of Memory)*, Victor Canning, 1978
  313. *PRÁCTICA DE TIRO (Target Practice)*, Nicholas Meyer, 1978
  314. *SI USTED CREE ESTO... (Believe This, You'll Believe Anything)*, James Hadley Chase, 1978
  315. *MIENTRAS EL AMOR DUERME (While Love Lay Sleeping)*, Richard Neely, 1979
  316. *EL PAÍS DE JUDAS (Judas Country)*, Gavin Lyall, 1979
  317. *MUÉRASE, POR FAVOR (Do Me A Favour - Drop Dead)*, James Hadley Chase, 1979
  318. *LA HORA AZUL (The Blue Hour)*, John Godey, 1979
  319. *EN EL MARCO (In the Frame)*, Dick Francis, 1979
  320. *PREGUNTA POR MÍ, MAÑANA (Ask for Me Tomorrow)*, Margaret Millar, 1979
  321. *FIGURA DE CERA (Waxwork)*, Peter Lovesey, 1979
  322. *UNA NOVIA PARA HAMPTON HOUSE (A Bride for Hampton House)*, Hillary Waugh, 1979
  323. *TRABAJO MORTAL (Leisure Dying)*, Lillian O'Donnell, 1979
  324. *JUEGO DIABÓLICO (Schroeder's Game)*, Arthur Maling, 1979
  325. *VIAJE A LUXEMBURGO (The Luxembourg Run)*, Stanley Ellin, 1979
  326. *ASUNTO DE FAMILIA (A Family Affair)*, Rex Stout, 1980
  327. *ZURICH / AZ 900, (Zurich / AZ 900)*, Martha Albrand, 1980
  328. *POR ORDEN DE DESAPARICIÓN (In Order of Disappearance)*, Simon Brett, 1980
  329. *CONSIDÉRATE MUERTO (Consider Yourself Dead)*, James Hadley Chase, 1980
  330. *EL CABALLO DE TROYA (The Trojan Horse)*, Hammond Innes, 1980

331. *AMO YMATO (I Love, I Kill)*, John Bingham, 1980
332. *TENGO LOS CUATRO ASES (I Hold the Four Aces)*, James Hadley Chase, 1980
333. *OLIMPIADA EN MOSCÚ (Trail Run)*, Dick Francis, 1980
334. *EL ASESINATO DE MRS. SHAW (The Murder of Miranda)*, Margaret Millar, 1980
335. *AL ESTILO HAMMETT (Hammett)*, Joe Gores, 1980
336. *UN LOCO EN MI PUERTA (Madman at My Door)*, Hillary Waugh, 1980
337. *LOS EJECUTORES (The Terminators)*, Donald Hamilton, 1980
338. *EL TOQUE DE SATÁN (Satan Touch)*, Kenneth Royce, 1981
339. *CRÍMENES IMPERFECTOS (Mes crimes imparfaits)*, Alain Demouzon, 1981
340. *EL NEGRO SENDERO DEL MIEDO (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1981
341. *DETRÁS, CON UN REVÓLVER (After You With the Pistol)*, Kyril Bonfiglioli, 1981
342. *LA ESTRELLA DESLUMBRANTE (Star Light, Star Bright)*, Stanley Ellin, 1981
343. *LA ESPECTADORA (The Watcher)*, Kay Nolte Smith, 1981
344. *RIESGO MORTAL (Risk)*, Dick Francis, 1981
345. *LA FOTO EN EL CADÁVER (Photo Finish)*, Ngaio Marsh, 1981
346. *NINGÚN ROSTRO EN EL ESPEJO (No Face in the Mirror)*, Hugh McLeave, 1981
347. *LA PRUEBA DECISIVA (Murder Mystery)*, Gene Thompson, 1981
348. *UN CADÁVER DE MÁS (One Corpse Too Many)*, Ellis Peters, 1981
349. *EL LARGO TÚNEL (Adieu, La Jolla)*, Alain Demouzon, 1981
350. *CAMBIO RÁPIDO (Quick Change)*, J. Cronley, 1982
351. *LOS ENVENENADORES (The Poisoners)*, Donald Hamilton, 1982
352. *HUELGA FRAGUADA (The Renshaw Strike)*, Ian Stuart, 1982
353. *VÍCTIMAS (Victims)*, B. M. Gill, 1982
354. *EL CASO DE LA MUERTE ENTRE LAS CUERDAS (Case with Ropes and Rings)*, Leo Bruce, 1982
355. *ASESINATO EN EL CLUB (Rubout at the Onyx)*, H. Paul Jeffers, 1982
356. *EL CASO PARA TRES DETECTIVES (Case for Three Detectives)*, Leo Bruce, 1982
357. *CONTRAGOLPE (Counterstroke)*, Andrew Garve, 1982

358. *YSI VINIERA EL LOBO... (Wolf! Wolf!)*, Josephine Bell, 1982
359. *ROSTROS OCULTOS (Hidden Faces)*, Peter May, 1982
360. *TANTA SANGRE (So Much Blood)*, Simon Brett, 1982
361. *UN CASO PARA EL SARGENTO BEEF (Case for Sergeant Beef)*, Leo Bruce, 1982
362. *EL FALSO INSPECTOR DEW (The False Inspector Dew)*, Peter Lovesey, 1983
363. *LOS DESTRUCTORES (The Ravagers)*, Donald Hamilton, 1983
364. *CABEZA A CABEZA (Neck and Neck)*, Leo Bruce, 1983
365. *ENGAÑO (Dupe)*, Liza Cody, 1983
366. *LOS INTIMIDADORES (The Intimidators)*, Donald Hamilton, 1983
367. *SANGRE FRÍA*, Leo Bruce (novela anunciada para esta colección, pero finalmente publicada en la serie «Grandes maestros del suspenso» de Emecé)



NICHOLAS BLAKE (seudónimo de Cecil Day-Lewis, Ballintogher, 1904 - Hadley Wood, 1972). Poeta lírico de exquisito talento, crítico y novelista policíaco irlandés. Graduado en Oxford, publicó su primer libro de poemas, *Beechen Vigil*, en 1925. Tres años después apareció *Country Comets*, seguido de *Transitional Poem*, que le dio renombre y en el que trabajó con gran sutileza la articulación entre lo social y lo personal.



## Notas

[1] El año va referido siempre a la fecha de la publicación de la obra en esta colección, no al año de su edición original (*N. del E. D.*) <<